

Fray Mocho

"Evocación romántica"

Por EARL CHRISTY

No. 917

Las grandes figuras del Cine





CLARA BOW

JUNE COLLYER



MARY BRIAN

Fundado el 3 de Mayo de 1912



Fray  Mocho

Dirección, Redacción y Administración
CERRITO 607



Año XIX — Buenos Aires, agosto de 1930 — No. 917



SUMARIO

INFORMACIONES GRAFICAS—NOTAS DE ACTUALIDAD — VIDA SOCIAL — Etc. etc.

Las tres manzanas de oro

(Historia de grandes para chicos)

¿No habéis oído nunca hablar de las manzanas de oro que se criaban en el jardín de las Hespérides? ¡Oh, aquéllas sí que eran manzanas!

Hasta en los tiempos antiguos, muy antiguos, ya casi olvidados, en que el jardín de las Hespérides no había sido invadido aún por la mala hierba, dudaba mucha gente de que pudiera haber árboles verdaderos, cuyas ramas tuvieran manzanas de oro macizo. Todos habían oído hablar de ellas, pero nadie recordaba haber visto ninguna. Sin embargo, los niños solían escuchar, boquiabiertos, los cuentos del árbol de las manzanas de oro, y se proponían descubrirle cuando llegasen a mayores. En busca de ese fruto iban los jóvenes valerosos que deseaban realizar hazañas más señaladas que sus compañeros. Muchos de ellos no volvieron jamás. ¡No es maravilla que les fuera imposible cogerlas! Decíase que, bajo el árbol, había un dragón de cien terribles cabezas, cincuenta de las cuales vigilaban siempre, mientras las otras cincuenta dormían.

Me parece a mí que apenas si valía la pena de correr tanto peligro por una manzana de oro macizo. Si hubieran sido manzanas dulces, jugosas, sazonadas, ya sería otra cosa. Podría haber tenido entonces algún sentido el tratar de cogerlas, a pesar del dragón de las cien cabezas.

Pero, como os he dicho, era cosa muy corriente entre los jóvenes, cuando se cansaba del exceso de paz y descanso, ir en busca del jardín de las Hespérides. Y una vez fué emprendida la aventura por un héroe que había disfrutado de bien poca paz y descanso desde que vino al mundo. En el tiempo en que os voy a hablar, vagaba por la apacible tierra de Italia con una pesada maza en la mano, y un arco y una aljaba pendiente de los hombros. Iba envuelto en la piel del león más grande y más fiero de aquellos bosques, que él mismo había matado, y aunque en el fondo era bueno y generoso y noble, tenía en su corazón mucho de la fiereza del león. Mientras caminaba iba constantemente preguntando cuál era el camino más derecho para llegar al famoso jardín; pero nadie sabía palabra de ello ,y muchos se hubiesen reído de la pregunta, si el forastero no hubiera llevado una maza tan enorme.

Así fué andando, andando, preguntado siempre lo mismo, hasta que al fin llegó a la orilla de un río, en donde unas cuantas jóvenes hermosísimas estaban tejiendo guirnaldas de flores.

—Lindas doncellas—preguntó el forastero—, ¿podéis decirme si éste es el camino derecho para ir al jardín de las Hespérides?

—¡El jardín de las Hespérides! —exclamó una—. Creíamos que, después de tanta decepción, se habrían cansado los mortales de buscarle. Y dime, intrépido viajero, ¿para qué deseas ir allí?

—Cierto rey, primo mío—replicó el viajero—, me ha mandado que le lleve tres de las manzanas de oro.

—Casi todos los jóvenes que van en busca de esas manzanas—advirtió otra de las damiselas—desean adquirirlas para sí mismos o para regalarlas a alguna hermosa doncella de quien están enamorados. ¿Tanto quieres tú a ese rey, primo tuyo?

—Tal vez no—replicó el forastero ,suspirando—. Ha sido severo y cruel conmigo muchas veces, pero es mi destino obedecerle.

—¿Y no sabes—preguntó la que había hablado primero—que un terrible dragón de cien cabezas está debajo del árbol de las manzanas de oro, guardándole?

—Bien sabido lo tengo—respondió el forastero—; pero desde la cuna ha sido mi ocupación y casi mi entretenimiento el habérmelas con serpientes y dragones.

Las jóvenes miraron su pesada maza y la peluda piel de león que llevaba, y también sus heroicos miembros y aspecto, y unas a otras se dijeron muy bajito que el forastero parecía ser persona de quien razonablemente cabía esperar que ralizara hazañas muy fuera del alcance de los demás hombres.

Pero, ¡el dragón de las cien cabezas! ¿Qué mortal, aunque tuviera cien vidas, podría abrigar esperanza de escapar a los colmillos de semejante monstruo? Tan compasivas eran las doncellas, que no podían ver con tranquilidad que aquel valiente y hermoso viajero intentara cosa tan arriesgada y se condenara a ser, muy probablemente, pasto para las cien voraces bocas del dragón.

—¡Vuelve atrás—exclamaron todas—, vuelve a tu casa! Tu madre, al verte sano y salvo, llorará lágrimas de alegría. ¿Qué más podría hacer si lograras tan gran victoria? No hagas caso de las manzanas de oro. No hagas caso del rey, tu cruel primo. Nosotras no queremos que te coma el dragón de las cien cabezas.

El forastero pareció impacientarse con estas advertencias. Levantó negligentemente su poderosa maza y la dejó caer sobre una roca que allí cerca había, medio enterrada en el suelo. Con la fuerza de aquel golpe indolente, la roca salió toda hecha pedazos. El dar aquella señal de fortaleza gigantesca no costó al extranjero más esfuerzo que a una de las doncellas tocar con una flor la rosada mejilla de su hermana.



...vuelve a tu casa! Tu madre, al verte sano y salvo, llorará lágrimas de alegría...

—¿No creéis—dijo mirándolas y sonriendo—que un golpe como éste habría aplastado una de las cien cabezas del dragón?

Sentóse después sobre la hierba y les contó la historia de su vida, o por lo menos todo lo que de ella podía recordar desde el día en que tuvo por cuna el escudo de bronce de un guerrero. Estando echado en él, llegaron, arrastrándose por el suelo, dos enormes serpientes, y abrieron sus horribles mandíbulas para devorarlo; pero él, un bebé de meses nada más agarró una de las fieras culebras en cada uno de

sus puñitos y las estranguló.

Cuando era un chiquillo mató a un león enorme, casi tan grande como aquel cuya piel amplia y peluda llevaba entonces sobre los hombros. Lo primero que hizo después fué luchar con una especie de monstruo feísimo ,al cual llamaban hidra, y que tenía nueve cabezas nada menos, y con dientes afiladísimos en todas ellas.

—Pero el dragón de las Hespérides, ya lo sabes—observó una de las doncellas—, ¡tiene cien cabezas!

—Sin embargo—replicó el forastero—, mejor hubiera querido pelear con dos dragones así que con una sola hidra; porque tan pronto como cortaba una cabeza, nacían otras dos en su lugar, y además, entre las cabezas había una a la que no era posible matar de ningún modo, sino que seguía mordiendo tan fieramente como antes, mucho después de haber sido cortada. Así es que me vi obligado a enterrarla bajo una gran piedra, donde, sin duda, hoy mismo estará viva todavía; pero el cuerpo de la hidra, con sus otras ocho cabezas, ya no volverá a hacer daño a nadie.

Las jóvenes, calculando que la relación iba a durar buen rato, habían dispuesto una merienda de pan y uvas para que el forastero pudiera refrescar en los intervalos de su charla.

El viajero pasó a contar cómo había dado caza a un velocísimo ciervo, corriendo detrás de él durante un año entero, sin pararse ni a tomar aliento, y cómo le cogió al fin por los cuernos, llevándosele vivo a casa. Y cómo había peleado con una casta de gente rarísima, mitad caballos y mitad hombres, y los había matado a todos, creyéndolo su deber, para que nunca volvieran a verse tan horribles figuras. Y además de todo esto, se dió mucho tono por haber limpiado un establo.

—¿Y a eso le llamas hazaña maravillosa? — preguntó, sonriendo, una de las doncellas—. Cualquier trabajador del campo lo haría.

—Si hubiera sido un establo ordinario—replicó el forastero—, no lo habría mencionado; pero fué una tarea tan gigantesca, que habría consumido mi vida en acabarla, a no ocurrírseme felizmente la idea de meter un río por la puerta, desviándole de su cauce. ¡Eso realizó el trabajo en muy poco tiempo!

Viendo con qué atención le escuchaban sus hermosas oyentes, les contó luego que había matado unas aves monstruosas, y había cogido vivo a un toro bravo y le había soltado otra vez, y que había domado muchísimos caballos muy salviajes, y vencido a Hipólita, la belicosa reina de las Amazonas. Refirió también que había cogido el cinturón encantado que tenía Hipólita y se le había regalado a la hija de su primo, el rey.

—¿Era el cinturón de Venus—preguntó la más bonita de las doncellas—, que hace a las mujeres hermosas?

—No—respondió el forastero—. Había sido en tiempos el tahalí de Marte, y a quien le lleva puesto le hace valiente y animoso.

Siguiendo su maravilloso relato, enteró a las doncellas de que las más extraña de cuantas aventuras se le presentaron fué su pelea con Gerión, el hombre de seis piernas. Bien podéis creer que sería una figura rarísima y temerosa. Quien mirara sus huellas en la arena o en la nieve, supondría que tres buenos compañeros habían marchado juntitos. Al oir sus pisadas a corta distancia, nada más razonable que pensar que se acercaban varias personas. ¡Y era solamente el extraño Gerión, que venía pisando con sus seis pies!

¡Seis piernas y un cuerpo gigantesco!

Cuando el forastero acabó la narración de sus aventuras, miró las atentas caras de las doncellas.

—Tal vez hayáis oído hablar de mí antes de ahora—dijo modestamente—. Me llamo Hércules.

—Ya lo habíamos sospechado—replicaron—, porque la noticia de tus hazañas maravillosas ha corrido por todo el mundo. Ahora no nos parece extraño que vayas en busca de las manzanas de oro de las Hespérides. Venid, hermanas, y coronemos de flores al héroe.

Entonces pusieron hermosas guirnaldas sobre su augusta cabeza y sus poderosos hombros, de manera que la piel de león quedó casi enteramente cubierta de rosas. Se apoderaron de la pesada maza y entretejieron a su alrededor los más brillantes, los más delicados, los más olorosos capullos, sin dejar al descubierto ni el ancho de un dedo, de su leñoso material; parecía toda ella un enorme ramo de flores.

Finalmente, se cogieron de las manos y danzaron a su alrededor, cantando palabras que, sin molestarse en procurarlo, resultaban poesía y formaban una composición coral en honor del ilustre Hércules.

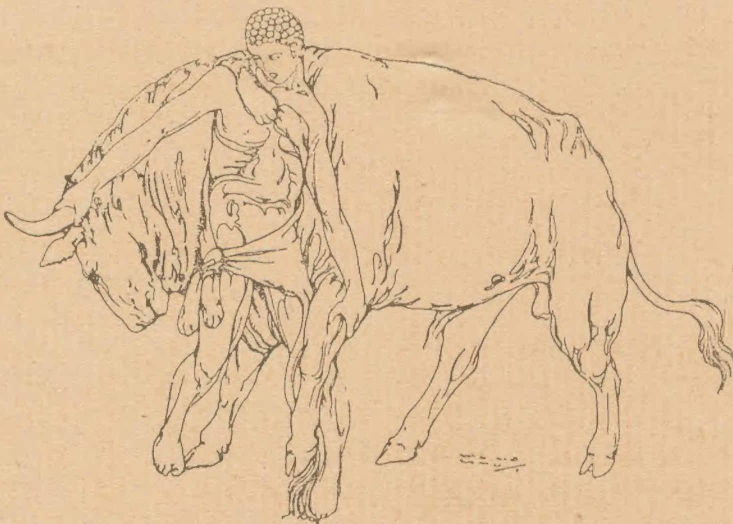
Y Hércules se puso contento, como le hubiera ocurrido a cualquier otro héroe, al ver que aquellas hermosas jóvenes ya habían oído hablar de los valerosos hechos que tanto trabajo y tanto riesgo le habían costado llevar a cabo; pero no estaba aún satisfecho. No podía creer que lo realizado mereciera tanto honor, mientras quedase alguna aventura temeraria o difícil por emprender.

—Queridas doncellas — dijo cuando se detuvieron para tomar aliento—, ahora que ya sabéis mi nombre, ¿no me diréis cómo podré llegar al jardín de las Hespérides?

Tienes que ir a orilla del mar, encontrar al Viejo y obligarle a informarte de dónde se encuentran las manzanas de oro.

—¡El Viejo!—repitió Hércules, riéndose de ese nombre. — ¿Y quién es el Viejo?

—¿Quién ha de ser? ¡El Viejo del Mar!—contestó una de las muchachas—. Tiene cincuenta hijas y hay quien dice que son muy hermosas; pero no nos ha parecido bien relacionarnos con ellas, porque tienen el pelo de color verde mar y su cuerpo remata en cola como el de los peces. Tienes que hablar con ese Viejo del Mar. Siempre está cruzando los mares. Sabe cuanto se refiere al jardín de las Hespérides, porque está en una isla que él acostumbra a visitar.



...y había cogido vivo a un toro bravo y le había soltado otra vez...

Hércules preguntó entonces dónde se podría encontrar más fácilmente al Viejo, y cuando las jóvenes le hubieron informado, les dió las gracias por todas sus bondades—por el pan y las uvas que le dieron, las flores exquisitas con que le coronaron y los cánticos y danzas con que le habían honrado—, y sobre todo por haberle indicado el camino, y se puso en marcha inmediatamente.

Pero antes de que se hubiera alejado mucho, le llamó una de las doncellas.

—¡Agarra bien fuerte al Viejo cuando le cojas!—le gritó, sonriendo y levantando un dedo para dar más fuerza a la recomendación—, y no te asombres de ninguna cosa que pueda ocurrir. Sujétale bien, y él te dirá lo que deseas saber.

Hércules dió las gracias de nuevo y siguió su camino, mientras volvían las jóvenes a su agradable tarea de trenzar guirnaldas de flores. Siguieron hablando del héroe mucho después de haberse alejado.

—Le hemos de coronar con nuestras más hermosas guirnaldas—dijeron—, cuando vuelva por aquí con las tres manzanas de oro, después de haber matado al dragón de las cien cabezas.

Mientras tanto, Hércules caminaba avanzando siempre, salvando montes y valles y cruzando bosques solitarios. Algunas veces alzaba su maza, y al descargar el golpe hacía astillas un poderoso roble. Tenía la imaginación tan llena de los gigantes y monstruos que había estado combatiendo toda su vida, que tal vez tomara al corpulento árbol por uno de ellos. Tan ansioso estaba Hércules de dar cima a la empresa acometida, que sentía casi haber perdido tanto tiempo con las doncellas, malgastando aliento en el relato de sus aventuras.

Apresurando la marcha, sin hacer alto ni mirar hacia atrás, no tardó en oir a lo lejos el rugido del mar. Esto le hizo aumentar la velocidad aún más, y pronto llegó a una playa en donde las olas, muy grandes, se deshacían sobre la arena dura, formando una larga faja de espuma, blanca como la nieve. Sin embargo, a un extremo de la playa había un sitio agradable, en donde unos cuantos arbustos verdes trepaban sobre un peñasco, haciendo que su roquiza superficie pareciera blanda y bella. Una alfombra de verde hierba, profusamente mezclada con trébol oloroso, cubría el estrecho espacio comprendido entre la base del peñasco y el mar. ¿Y qué pudo vislumbrar Hércules allí? Pues vió a un hombre viejo, profundamente dormido.

Pero ¿era real y verdaderamente un hombre viejo? Cierto que a primera vista lo parecía; pero, después de un examen detenido, semejaba más bien alguna especie de criatura marina. Sus piernas y sus brazos tenían escamas como la de los peces; tenía las manos y los pies membranosos, a la manera de los patos, y su luenga barba, de tinte verdoso, más parecía un puñado de algas que una barba ordinaria.

¿No habéis visto nunca un leño que ha sido azotado por las olas mucho tiempo y se ha cubierto enteramente de conchas y de algas, y que al fin, cuando se le saca a tierra, parece haber surgido de los más profundos senos del mar? Bueno; pues a aquel hombre anciano le hubiérais tomado ni más ni menos que por un leño así. Pero Hércules, en cuanto puso los ojos sobre aquella extraña figura, se convenció de que no podía ser más que el Viejo, el que había de indicarle su camino.

Sí; era el mismísimo Viejo del Mar, de quien le habían hablado las hospitalarias jovencitas. Dando gracias a su estrella por la buena suerte de encontrarle dormido, Hércules fué hacia él de puntillas y le cogió de un brazo y de una pier-

na.

—Dime—exclamó antes de que el Viejo se despertarse del todo—, ¿por dónde se va al jardín de las Hespérides?

Como os podéis figurar fácilmente, el Viejo del Mar se despertó asustado. Pero su asombro apenas pudo ser mayor que el que tuvo Hércules en el momento siguiente. Porque, de pronto, pareció que el Viejo se le deshacía entre los dedos, y en su lugar se encontró sujetando a un ciervo por una pata trasera y otra delantera. Pero siguió apretando.

Entonces desapareció el ciervo y en su lugar había un ave marina que chillaba y aleteaba, mientras Hércules le apretaba un ala y una pata. Pero el ave no pudo escaparse. Inmediatamente después había un horroroso perro de tres cabezas, que gruñó y ladró a Hércules, y mordió fieramente las manos con que le sujetaban.

Pero Hércules no le soltó. Al minuto siguiente, en vez del perro de las tres cabezas, apareció nada menos que Gerión, el hombre-mónstruo de las seis piernas, dando puntapiés a Hércules con cinco de ellas para ver de libertar la otra. Pero Hércules siguió sujetando fuerte. En seguida, no estaba allí Gerión, sino una serpiente inmensa, como aquellas que Hércules había estrangulado en su niñez, sólo que cien veces más grande; se retorció y se enlazó alrededor del cuello y del cuerpo del héroe, y sacudió su cola erguida y abrió sus espantosas fauces como para devorarle de un bocado. De manera que el espectáculo era de lo más terrible. Pero Hércules no se desanimó ni pizca, y estrujó la grandísima serpiente con tanta fuerza, que la hizo silbar de dolor.

Habéis de saber que el Viejo del Mar, aunque generalmente se parecía muchísimo al mascarón de proa de un barco azotado por las olas, tenía el poder de tomar cualquier forma que se le antojase. Cuando se sintió tan fuertemente cogido por Hércules, tuvo la esperanza de producirle una sorpresa y terror tales, con sus transformaciones mágicas, que el héroe le dejara escapar. Si Hércules hubiera aflojado un poco, el Viejo habría ido a hundirse en el mismo fondo del mar, de donde no se hubiera molestado en salir para contestar preguntas impertinentes.

Pero como Hércules le sujetaba tan tercamente y no hacia sino estrujarle más a cada cambio de forma, haciéndole, no poco daño, acabó por pensar que lo mejor sería reaparecer en su propia figura. Y así de nuevo se mostró aquel personaje, algo pez escamoso, con membranas en pies y manos, y con una especie de mechón de algas en la barba.

—Haz el favor de decirme qué quieres de mí—exclamó el Viejo. ¿Por qué me aprietas tan fuerte? Déjame al momento, o me harás pensar que eres una persona sumamente incivil.

—¡Me llamo Hércules—dijo con voz bronca el poderoso forastero—, y no te soltaré sino me dices cuál es el camino más derecho para ir al jardín de las Hespérides!

Cuando el Viejo oyó quién era el que le había cogido, comprendió al instante que sería preciso decirle todo lo que necesitaba saber. Tened presente que el Viejo era habitante del mar y correteaba por todas partes, como toda la gente marina. Por de contado había oido hablar muchas veces de la fama de Hércules, de las hazañas maravillosas que estaba realizando a cada paso y de lo decidido que era siempre para llevar a término cosa que emprendiera. Por tanto, no hizo ya más esfuerzos por escapar, y dijo al héroe cómo podría encontrar el jardín de las Hespérides, y le advirtió, además, cuáles eran las muchas dificultades que habría de vencer antes de llegar a él.

—Tienes que ir por aquí, por allá—dijo el Viejo del Mar, después de marcar los rumbos—, hasta que llegues a la vista de un gigante muy alto, que sostiene los cielos sobre sus hombros. Y el gigante, si es que está de humor, te dirá exactamente dónde se encuentra l jardín de las Hespérides.

—Y si por casualidad el gigante no está de humor—observó Hércules, balanceando su maza en la punta de un dedo—, es muy posible que encuentre yo manera de convencerle.

Dando las gracias al Viejo del Mar y pidiéndole perdón por haberle estrujado tan rudamente, emprendió de nuevo la marcha nuestro héroe.

En este viaje fué donde encontró a aquel prodigioso gigante, concertado por la Naturaleza de tan admirable manera que cada vez que tocaba la tierra se hacía diez veces más fuerte que antes de caer. Se llamaba Anteo. Fácilmente comprenderéis que era cosa muy difícil pelear con él, porque en cuanto se le derribaba a tierra de un golpe, se levantaba de nuevo más fuerte, más fiero, más diestro para manejar sus armas que si el enemigo le hubiera dejado en paz. Así, cuanto más fuerte golpeaba Hércules al gigante con su maza, más lejos parecía de alcanzar la victoria. Yo he discutido algunas veces con personas así, pero nunca me he peleado con ninguna. El único medio que encontró Hércules para poner fin al combate fué el de levantar a Anteo, sosteniéndole con los pies separados del suelo, y estrujarle, estrujarle y estrujarle hasta que le sacó toda la resistencia del enorme cuerpo.

Terminado este asunto, prosiguió Hércules su viaje y llegó a tierras de Egipto, en donde le cogieron prisionero, y le habrían quitado la vida, de no haber matado al rey del país, escapando de este modo. Cruzó luego los desiertos de Africa, y marchando lo más aprisa que pudo, llegó por fin a la orilla del gran Océano. Y allí, a menos que pudiera andar sobre las crestas de las olas, parecía que su viaje tenía que darse por concluído.

Nada había delante de él, salvo el Océano espumante, impetuoso, inmenso; pero de pronto, al mirar hacia el horizonte, vió a mucha distancia algo que no se veía un momento antes. Relucía con gran brillo, casi como el redondo y dorado disco del sol cuando se alza a ose pone tras el borde del mundo. Se iba acercando evidentemente, porque a cada momento aquel objeto maravilloso se hacía más grande y más brillante. Al cabo se acercó tanto, que Hércules reconoció que era una inmensa copa o un tazón enorme, hecho o de oro o de bronce pulido. Cómo podía flotar sobre el mar, es cosa que yo no sé explicaros; pero, de todos modos, allí estaba balanceándose sobre las olas tumultuosas.

—He visto muchos gigantes en mi vida—pensó Hércules—, pero ninguno que para beber necesitara copa como ésta.

Y, verdaderamente, ¡vaya una copa que hubiera sido! Era tan grande... tan grande... ¡Me asusta deciros lo inmensamente grande que era!

Las olas la empujaron hacia adelante, hasta que rozó a corta distancia del sitio en donde estaba Hércules.



...y se deslizó hasta el fondo, en donde, extendiendo su piel de león, se dispuso a reposar un poquito.

Era claro como la luz del día que aquella copa maravillosa había sido enviada sobre las olas por algún poder oculto, y guiada hasta allí a fin de llevar a Hércules a través del mar, siguiendo su ruta hacia el jardín de las Hespérides. En consecuencia, sin perder momento saltó por encima del borde y se deslizó hasta el fondo, en donde, extendiendo su piel de león, se dispuso a reposar un poquito. Las olas se estrellaban, con agradable y metálico sonido, contra la superficie de la cóncava copa; la bamboleaban ligeramente de un lado para otro, y el movimiento era tan suave, que Hércules, blandamente mecido, cayó pronto en un sueño delicioso.

Llevaba ya mucho tiempo de siesta, probablemente, cuando la copa acertó a tropezar contra una roca, y en consecuencia resonó y repercutió, a través de su substancia de oro o de bronce, cien veces más

fuerte que la mayor campana de iglesia que hayáis podido oír. Al ruido despertó Hércules, que inmediatamente se levantó y examinó el lugar en que se hallaba. No tardó mucho en reconocer que la copa había flotado a través de gran parte de mar, y estaba acercándose a la costa de lo que le pareció ser una isla. Y en aquella isla, ¿qué pensaréis que vió?

No, no lograréis jamás adivinarlo, ni aún cuando lo intentéis mil veces. Creo positivamente que aquél fué el más admirable espectáculo de cuantos había visto Hércules en todo el curso de sus maravillosos viajes y aventuras. Era una maravilla más grande que la hidra de nueve cabezas, que se duplicaban a medida que las iban cortando; más grande que el hombre monstruo de las seis piernas; más grande que Anteo; más grande que todo lo que haya podido ver nadie antes o después de los días de Hércules, y que cualquier cosa que haya aún de ser vista por los viajeros de los tiempos futuros. ¡Era un gigante!

Pero, ¡qué gigante más intolerables para sus fuerzas. Lo que era el cielo para el gigante, son los cuidados de la tierra para los que se dejan aplastar por ellos. ¡Cuántas veces acometen los hombres más de lo que permiten sus facultades, y encuentran su perdición, como al pobre gigante le había ocurrido!

¡Pobre hombre! Evidentemente llevaba allí una larga temporada. Una selva espesa había crecido y envejecido alrededor de sus pies, y encinas de seis o siete siglos habían brotado y arraigado entre sus dedos.

El gigante miró entonces hacia abajo desde la remota altura de sus ojos enormes ,y divisando a Hércules, gritó con voz que parecía un trueno salido de la nube que acababa de quitarse de delante de su cara:

—¿Quién anda ahí entre mis pies? ¿De dónde viene en esa tacita?

—¡Soy Hércules!—tronó el héroe, con voz tan fuerte o poco menos como la del gigante—. Voy en busca del jardín de las Hespérides.

—¡Oh! ¡Oh!—rugió el gigante en un acceso de risa inmenso—. Sí



Hércules recogió las tres manzanas de oro, grandes como zapallos...

rablemente enorme! Un gigante alto como una montaña; un gigante tan grande, que las nubes rodeaban su talle como un cinturón y pendían de sus mejillas como una barba blanca, y volaban por delante de sus ojos inmensos, de modo que no le dejaban ver ni a Hércules ni a la copa de oro en que viajaba. Y lo más maravilloso de todo era que el gigante tenía levantadas sus grandes manos y parecía sostener el cielo, que, según pudo entrever Hércules, a través de las nubes, se apoyaba sobre su cabeza. Realmente, esto parece demasiado para creerlo.

Mientras tanto, la copa, resplandeciente, seguía flotando y avanzando hasta tocar la orilla. En aquel momento la brisa barrió las nubes que ocultaban la cara del gigante, y Hércules contempló sus enormes facciones: ojos que parecían lagos, nariz de una milla de largo y boca de igual anchura. Con su enormidad de tamaño tenía un terrible aspecto, pero desconsolado y fatigado, como le podemos observar ahora en muchas personas obligadas a sobrellevar cargas excesivas que es una aventura prudente.

—¿Y por qué no? — exclamó Hércules, un tanto enojado por la hilaridad del gigante—. ¿Piensas que tengo miedo al dragón de las cien cabezas?

Mientras estaban hablando, se reunieron unas cuantas nubes negras alrededor de la cintura del gigante y estalló una tormenta de truenos y relámpagos, causando tal estrépito, que Hércules no pudo entender ni palabra. Unicamente se veían las piernas inmensas del gigante bajo la negrura de la tempestad, y de cuando en cuando aparecía momentáneamente su figura entera envuelta en la niebla. Parecía estar hablando la mayor parte del tiempo; pero su enorme, profunda y ronca voz se confundía con el retumbar de los truenos, e iba, como ellos, rondando sobre las montañas.

Al fin cesó la tempestad tan súbitamente como había empezado. De nuevo pudo verse el cielo sereno, y al fatigado gigante sosteniéndolo, y la luz del sol irradiando sobre su colosal altura, iluminándole y haciéndole destacarse sobre el fondo negro de las nubes tempestuosas ya lejanas. Tan por encima del chaparrón había quedado su cabeza, que ni un sólo cabello se le había mojado con la lluvia.

Cuando el gigante pudo ver a Hércules, en pie todavía a la orilla del mar, le gritó de nuevo:

—Yo soy Atlas, el gigante más fuerte del mundo, y sostengo el cielo sobre mi cabeza.

—Ya lo veo—contestó Hércules—; pero, ¿no puedes enseñarme el camino del jardín de las Hespérides?

—¿Qué buscas allí?—preguntó el gigante.

—Quiero tres manzanas de oro—gritó Hércules—para mi primo, el rey.

—Nadie más que yo—afirmó el gigante—puede ir al jardín de las Hespérides y coger las manzanas de oro. Si no fuera por este encarguito de sostener el cielo, daría media docena de zancadas a través del mar y te las traería.

—Eres muy amable — replicó Hércules—. ¿Y no puedes dejar al cielo apoyado sobre una montaña?

—No hay ninguna de bastante altura—dijo Atlas, moviendo la cabeza—; pero si fueras a ponerte en la cima de esa que está más cerca, quedaría tu cabeza casi a nivel con la mía. Pareces ser muchacho forzudo. ¿Por qué no tomas mi carga sobre tus hombros, mientras yo hago ese recado por ti?

Hércules, según recordaréis, era un hombre notablemente vigoroso, y aunque el sostener el cielo requiere gran dosis de fuerza muscular, si algún mortal había a quien pudiera suponerse capaz de semejante hazaña, era él. Sin embargo, tan difícil parecía aquéllo, que vaciló por vez primera en su vida.

—¿Pesa mucho el cielo?—preguntó.

—¡Bah! No gran cosa, al principio—respondió el gigante encogiendo los hombros—; pero al cabo de un millar de años, se hace un poquito pesado.

—¿Y cuánto tiempo tardarás—preguntó el héroe—en traerme las manzanas de oro?

—¡Oh! Eso es cosa de un momento—exclamó Atlas—; salvaré doce o quince leguas de cada paso, e iré y volveré antes de que empiecen a dolerte los hombros.

—Entonces, bueno — respondió Hércules—. Subiré a la montaña que hay detrás de ti y te libraré de tu carga.

La verdad es que Hércules era muy compasivo de suyo, y consideró que haría un gran favor al gigante proporcionándole aquella oportunidad de hacer una escapatoria. Además, pensó que si lograba sostener el cielo alcanzaría más gloria que realizando hazaña tan corriente como vencer a un dragón de cien cabezas. En consecuencia sin decir más palabra. Hércules levantó el cielo de las espaldas de Atlas y lo puso sobre las suyas.

Cuando quedó ultimado el trueque sin novedad, lo primero que hizo el gigante fué desperezarse, y os podéis figurar qué prodigioso espectáculo sería. Primero, con mucho cuidadito, sacó un pie de la selva que había crecido alrededor; luego, el otro. Después, de pronto, comenzó a brincar y a saltar y a bailar de alegría por verse libre. Se lanzaba al aire, nadie sabe hasta qué altura, y al dar de nuevo en el suelo, eran tan grande el golpe que toda la Tierra temblaba. Después se echó a reir con tal estruendo, que su carcajada repercutió de montaña en montaña, cerca y lejos, como si el gigante y ellas fueran otros tantos hermanos regocijados. Cuando se calmó un poco su alegría, echó a andar por el mar; diez leguas avanzó del primer paso, llegándole el agua a media pierna; diez leguas del segundo, con el agua justamente a las rodillas, y otras diez leguas del tercero, con lo cual iba sumergido hasta cerca de la cintura.

Hércules miraba cómo iba avanzando el gigante. Realmente, era maravilloso ver aquella inmensa forma humana a más de treinta leguas, medio sumergido en el océano, pero con su mitad superior tan alta, brumosa y azulada como una montaña lejana. Al cabo, la forma gigantesca se perdió enteramente de vista, y entonces fué cuando se puso Hércules a considerar qué haría en el caso de que Atlas se ahogara en el mar o fuera muerto a dentelladas por el dragón de las

cien cabezas que guardaba las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. Si ocurría tal desgracia, ¿cómo podría llegar a desembarazarse del cielo? Porque, entre paréntesis, ya comenzaba su peso a ser un poquito molesto para su cabeza y sus hombros.

—Compadezco al pobre gigante —pensó Hércules—. Si el cielo me pesa tanto en diez minutos, ¡cuánto no le habrá pesado a él en mil años!

Comenzó a temer que el gigante no volviera nunca. Miró atentamente el mundo que tenía debajo, y reconoció que se era mucho más feliz siendo pastor al pie de una montaña, que estando en su cumbre vertiginosa sosteniendo el firmamento con cuerpo y alma. Porque, según comprenderéis, desde luego tenía Hércules tan inmensa responsabilidad sobre su conciencia como peso sobre la cabeza y los hombros; porque si no mantenía perfectamente firme al cielo y no le conservaba inmóvil, podría ocurrir que el sol se desquiciase, o que, después de anochecer, se salieran muchas estrellas de su sitio y cayeran como lluvia de fuego sobre la cabeza de las gentes. Y ¡qué vergüenza para el héroe si, por no aguantar firme el peso, crujía el cielo y se rajaba de punta a punta!

No sé cuánto tiempo hubo de pasar antes de que, con alegría indecible, viera de nuevo la inmensa forma del gigante, como una nube en el remoto límite del mar. Cuando se acercó, alzó Atlas la mano, y Hércules pudo distinguir tres magníficas manzanas de oro, grandes como zapallos, pendientes todas de una rama.

—Me alegro de volverte a ver— gritó Hércules, cuando el gigante estuvo suficientemente cerca para oirle. ¿De modo que traes las manzanas de oro?

—Claro, claro — respondió Atlas—. ¡Y qué hermosas son! He cogido las mejores que había en el árbol; puedes creerme, sí, y el dragón de las cien cabezas es cosa digna de verse. Después de todo, mejor sería que hubieras ido tú mismo a buscarlas.

—No importa—replicó Hércules—. Has hecho una excursión agradable y arreglado el asunto tan bien como hubiera podido hacerlo yo mismo. Te doy las gracias muy de veras por tu molestia. Y ahora, como he de ir lejos y tengo prisa, porque el rey, mi primo, está impaciente por recibir las manzanas de oro, ¿tendrás la amabilidad de volver a tomar el cielo y quitarle de encima de mis hombros?

—En eso—dijo el gigante, tirando al aire las manzanas, a veinte leguas de altura o cosa así, y cogiéndolas cuando caían—, en eso me parece, mi buen amigo, que eres poco razonable. ¿No podría llevar yo las manzanas de oro al rey, tu primo, mucho más de prisa que tú? Ya que su Majestad tiene tanto afán por recibirlas, yo te prometo dar las zancadas más largas que pueda. Y además, que no tengo humor de cargar ahora mismo con el cielo otra vez.

Al oir esto se impacientó Hércules, e hizo un gran movimiento de hombros. Era durante el crepúsculo, y hubiérais podido ver caer de su sitio dos o tres estrellas. Todo el mundo, en la Tierra, miró hacia arriba asustado, pensando si el cielo se caería inmediatamente después.

—¿Qué es eso?—gritó el gigante Atlas, riendo estrepitosamente— En los últimos cinco siglos no he dejado caer yo tantas estrellas. Cuando lleves ahí tanto tiempo como he estado yo, aprenderás a tener calma.

—¡Cómo!—gritó Hércules, muy rabioso—. ¿Te propones hacerme sostener esta carga toda la vida?

—Eso lo veremos un día de estos—respondió el gigante—. Y, en todo caso, no debes quejarte si tienes que aguantarla cien años o mil. Mucho más tiempo la he sostenido yo, a pesar del dolor de espaldas. Si al cabo de mil años me da la humorada, muy bien puede suceder que venga a relevarte. Eres hombre muy fuerte, y nunca tendrás mejor ocasión de demostrarlo. La posteridad hablará de tí, te lo aseguro.

—¡Me importa un rábano que hable o no hable!—exclamó Hércules con otra sacudida de hombros—. Sostén el Cielo un instante con la cabeza, ¿quieres? Voy a hacerme una almohadilla con mi piel de león para apoyar el peso encima. Realmente me está despellejando, me causaría una molestia innecesaria en tantos siglos como he de estar aquí.

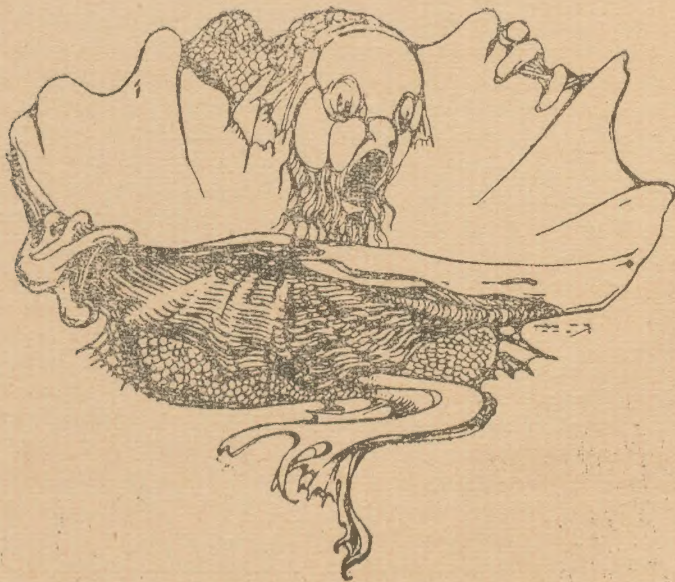
—Eso sí lo haré—dijo el gigante, que no quería mal a Hércules, y si se portaba de tal manera lo hacía sólo por buscar, con demasiado egoísmo, su propia conveniencia—. Consiento en sostener otra vez el cielo cinco minutos justos; pero cinco minutos nada más, acuérdate bien. No tengo ganas de pasar otros mil años como estos últimos. La variedad es la sal de la vida.

¡Bah, y qué torpe era aquel gigante! Echó a rodar las áureas manzanas, y recibió otra vez el cielo, de la cabeza y las espaldas de Hércules, sobre las suyas, que eran las que debían sostenerlo. Hércules recogió las tres manzanas de oro, grandes como zapallos, o más, y se fué derechito hacia su casa, sin prestar la más pequeña atención a las desaforadas voces que le daba el gigante, gritándole que volviera. Alrededor de sus pies creció una nueva selva, y se hizo vieja allí, y otra vez pudieron verse robles de cinco o seis siglos, que se habían hecho añosos entre sus enormes dedos.

Y allí está el gigante aún, o por lo menos allí hay una montaña tan alta como él y que lleva su nombre. Y cuando el trueno retumba en la cima, podemos figurarnos que es la voz del gigante Atlas, que en vano llama a Hércules.

NATANIEL HAWTORNE

Traducción de G. MARTINEZ SIERRA



Ilustraciones de MAXIMO RAMOS







El Enemigo...

Por ALBERTO GHIRALDO

I

El día era hermoso. Tranquilo, suave, transparente, fúlgido. Día de primavera. Los campos parecían dormir como aletargados en una embriaguez deliciosa. Se diría que el amor y la voluptuosidad brindaban de consumo en la copa dorada del triunfo el himno grandioso, solemne y serenamente radiante de la vida. ¡Oh luz!

Todo esplendía. La Pampa, floreciente, crepitaba bajo la caricia fecundante del gran Sol, centro del universo, que dijera el anciano maestro en cláusula tan imperecedera como su nombre.

Loca de espasmos, la Naturaleza toda daba a los vientos el lamento, la queja, el grito del eterno parto, de la eterna transformación, de la perpetua mudanza. Era la aurora.

Alegres, con el músculo fuerte y el cerebro en ebullición continua, cruzábamos un pedazo del jardín porteño, totalmente cubierto por silvestres flores, sobre cuyas hojas temblaban, lucientes, las gotas del rocío nocturnal. Todo parecía empapado de agua, luz y color.

Bella era la vida en medio de aquella gloria, de aquella palpitación, de aquel bregar sin tregua en que los elementos todos — fusión de átomos — presentaban el espectáculo de la gestación del mundo a simple vista de ojo.

¡Qué ansias de gustar cosas y sensaciones nuevas! ¡Qué deseo de sentir el hálito de las fecundaciones perennes, invadiendo nuestros pechos, infiltrándose en nuestra sangre, inundando el cauce vivo de nuestra existencia!

* * *

Sobre una loma cercana, un grupo. Doce o catorce hombres, jinetes todos en gordos "pingos" de campo.

—Caso extraño — dice mi compañero, un criollo de pura cepa — sangre de andaluz y de querandí—, tanta gente por este lado, a estas horas y todos juntos...

—Acerquémonos.

Y de un galope estábamos sobre la loma.

—¡Salú, compadre!

—¿Qué ocurre?

—¿No sabe?...

Y escuchamos por boca del gaucho más ladino del grupo el tremendo drama.

II

La tarde anterior, ebrio y loco, el gaucho Ferreira había, llegado a casa del colono Straus, el viejo colono honra y orgullo de la comarca.

María, la más rubia y la más linda de las hijas del colono, salió a recibirlo en el palenque.

Desmontado, el gaucho acondicionó su cabalgadura, y mientras ataba corto al "pangaré" obscuro, el más conocido de los "fletes" del pago, miraba a la muchacha con ojos llenos de codicia trágica.

—Vengo a buscarla, rubia, porque quiero que sea mía, ¿sabe?...

Y le tiró un manotón de bruto que la muchacha esquivó, ágil, huyendo, despavorida, en dirección a las casas.

Avanzó el gaucho arrastrando el poncho y el rebenque, prendas ambas que llevaba como colgadas en la mano izquierda, y al enfrentar con la puerta del comedor de la modesta vivienda exclamó, sin quitar los ojos del cuerpo hermoso de María, que trataba a toda costa, de esconderse detrás de las sayas maternales.

—¡Ahijuna! ¡No te has d'ir lejos, aunque te difienda el gringo!

Y los ojos del gaucho continuaban brillando llenos de codicia trágica.

Su frase era una frase de enojo. Se diría que habla, no a una mujer a quien se desea, sino a un enemigo a quien se odia.

¡Y María era su enemigo: "el enemigo"!...

La madre, leona herida en su orgullo y en su carne, se cuadró, bravía, ante el gaucho insolente.

—Mire, Doña. Pa mí todo es igual. Vengo-resuelto. ¡Me da la hija, o los mato a todos!

La leona se vió impotente. Estaba sola en la casa con las hijas. ¿Qué hacer? Sin embargo, ensayó un golpe de astucia; pero sin resultado feliz. Y al considerarse perdida quiso morir resistiendo.

La casa entonces fué inundada de sangre, y el gaucho hizo suyo a un cadáver. ¡La pobre rubia! "El enemigo"...

* * *

El relato terrible acababa de dejarnos mudos.

—¡Qué horror!—dijo al rato alguien.

Otro exclamó:

— ¡El gaucho Ferreira! ¡No puede ser! Si es un buen hombre... Yo le conozco...—y terminó balbuciendo, como abismándose en su terror— ¡Imposible!... ¡Imposible!...

Un indignado, impulsivo, sentenció:

—¡Debe morir!

Entre tanto yo trataba de hacer el proceso de aquel estallido bárbaro y primitivo de calor sensual y sangriento, que había impulsado al gaucho a aquel crimen, que para todos los circunstantes no tenía nombre, explicación ni justificativo humano posible.

III

—Ese debe ser Ferreira.

—Lo traen maneao y con grillos.

—¡Y vienen con él como trescientos!

—Lo que es de ésta no cuenta el cuento.

—¡Lo debían de hacer achuras!

—¡Oh, y de no! Los gringos no son mancos. ¡Ya verás vos! Van camino e la iglesia. Pa mí que esto va a ser como en día de elesiones...

—¿Vamon, Don?...

—No hay inconveniente.

Y partimos.

* * *

Mientras galopábamos, yo continuaba formulando en mi cerebro el proceso de aquel caso insólito.

No podría fijar aquí terminantemente cómo llegué a explicarme la acción del gaucho. Sé sólo que, para justificarlo, más bien dicho, para comprenderlo, evoqué, mientras marchaba, al hombre rudo de las cavernas apoderándose violentamente de la hembra en la noche antigua del mundo, y que mi ser entero concibió en aquel instante, la brama, el celo, la furia, producto de savia acumulada con exceso en medio de aquella naturaleza salvaje, savia ardiente y bravía, que no encontró otro cauce que el extraviado para derramarse, para confundirse en la energía universal.

La fiera, el bruto, también hace suya a la hembra matando, si es preciso, poniendo toda clase de obstáculos a un lado. Era, pues, aquél un caso de regresión.

Sacóme repentinamente de mis abstracciones un grito formidable que se alzaba frente a nosotros. Era también algo así como la exteriorización de la ira del hombre antiguo de las cavernas. Era la fiera colectiva que hablaba rugiendo.

Recién entonces tuve la impresión neta de que el gaucho debía morir. Pagar el crimen...

Contra el muro izquierdo de la iglesia, allí donde los niños del pueblo jugaban a la pelota en los hermosos días, cuatro jóvenes fornidos trataban de sujetar al gaucho atándolo a un garfio de hierro colocado en ese sitio quien sabe por quién ni con qué objeto.

De pronto hubo un gesto de asombro en la multitud. El gaucho, en un arranque supremo, rompiendo las ligaduras que destrozaban sus manos, dando tres saltos de gimnasia, a pies juntos, con grillos y todo, se había colocado en el centro mismo del atrio, frente al grupo feroz y armado, que en el primer instante, sorprendido, retrocedió, compacto, como una masa que se amolda a un movimiento ordenado.

—¡Haganme fuego ahora, cobardes!

El desafío del gaucho tenía toda la terrible y trágica desesperación del hombre que sólo desea, en el supremo inevitable minuto, morir luchando.

Había sonado un disparo hecho desde un costado del grupo. Después hízose un momento de silencio. ¡Pero qué silencio! Pretendió moverse el gaucho y cayó de rodillas. Estaba herido, y no hablaba. Se ayudó con las manos y volvió a erguirse ante el grupo armado.

Las dos fieras estaban frente a frente...

Entonces comenzaron a sonar seguidas las descargas de los fusiles.

—¡Juan, tira tú!

—¡Ahora me toca a mí!

—Yo traje la escopeta vieja cargada con municiones hasta la boca. No quiero dejarle ni pedazo de piel sana. ¡Ahí va mi parte!...

Así se expresaban las fieras del grupo.

En cuanto á la otra fiera, el gaucho, tenía algo de salvajemente heroico al recibir el castigo allí, frente a la casa mezquina y sórdida del Dios de los cristianos, todo bondad y amor...

Anécdota

Erase un cómico, ya profesional, pero tan defectuoso de entendimiento, que no podía hablar en escena sin equivocarse, por lo menos, un par de veces por minuto.

En una comedia de altos vuelos, tenía una escena muy romántica con la primera actriz, y, al final, solicitaba de la dama un beso de amor. Pues bien, en lugar de decir: "¡Dame un beso!", cambió una letra, y dijo: "¡Dame un vaso!"

La actriz no pudo contenerse, y preguntó:

—¿Cómo un vaso?

Y el desgraciado comediante, no hallando otra manera mejor de deshacer el entuerto lingüístico añadió:

—¡Sí, un vaso... de agua porque la emoción me ahoga!

Fiel

En la luz de sus ojos tan lánguida y severa
había una manera
de disgusto repuesto;
era un perro ordinario, un pobre can sin dueño
que no tenía cóleras y no pagaba impuesto.

Avezado a los vientos y a las noches sin sueño,
recorría los viejos barrios de la miseria
en busca de yantar;
y, al surgir de la luna la palidez etérea,
el pobre perro aullaba una canción funérea,
triste, con las tristezas osiánicas del mar.

Si la lluvia era grande y el frío era inclemente,
tendíase a cobijo de los grandes portales;
y, si le echaban de ellos, huía humildemente,
resignados y mustios sus ojos virginales.
Parecía nostálgico de unos vagos cariños;
nunca ladró a los pobres de capas desgarradas,
y, como jamás hizo ningún daño a los niños,
le solían los niños perseguir a pedradas.

Una vez, casualmente, un mísero pintor,
bohemio y soñador,
se encontró por las calles al miserable can;
el artista era un alma heróica y desgraciada,
que habitaba una obscura buhardilla ignorada,
donde sobraba el genio, donde faltaba el pan.
Un alma que tenía el amor de la gloria,
el grande amor fatal,
que unas veces nos lleva, radiante, a la victoria
y otras veces al cuarto sin luz de un hospital.
Y, al ver el magro aspecto del pobre can baldío,
le dijo:
—Tu destino casi es igual al mío:
yo soy, como tu eres, un proletario roto,
sin familia, sin madre, sin hogar, sin abrigo,
¡y quién sabe si en tí, mísero perro ignoto,
no acabo de encontrar a mi primer amigo!

Derramaba la luna su luminosa calma,
y del ínfimo can, el intenso mirar
daba a entender las ansias y la inquietud de un alma
que está encerrada y que quiere romper a hablar...
Supo ver el artista, en los ojos de brasa,
el mutismo elocuente de un corazón humano;
y le dijo así:
—Fiel, vámonos hacia casa,
que tú serás mi amigo, desde hoy, y yo tu hermano.

Y vivieron después los dos, buenos estóicos,
compañeros leales, puritanos heróicos,
partiendo por igual miserias y dolores.
Cuando el artista débil, exhausto y miserable,
sentía vacilar el genio inquebrantable
merced al cual avanzan los fuertes luchadores;
cuando creía, a veces, que era su bienandanza
partir con una bala su última esperanza,
poner punto final a su destino odiado,
le decía su amigo de los ojos serenos:
Yo sufro... y ya tu ves, la gente sufre menos
si alguien sufre a su lado.

Mas la fortuna, un día, la diosa millonaria,
llegándose al artista, le dijo, alegremente:
"Un genio como tú viviendo como un paria,
arrastrado del hambre por la fría corriente!...
Ya ha tiempo que este cambio lo tengo en la cabeza,
que debía venir a traerte este aviso;
pero ¡vives tan alto! lo digo con franqueza



¡cuesta un esfuerzo grande subir a un quinto piso!
Ven conmigo: la gloria se te echará a los pies"...
Y así fué. Al otro día, las mejores Frinés
sus mejores caricias brindaron al pintor;
la gloria, deslumbrante, le iluminó la vida
con su bella alborada espléndida, nacida
de toques de clarín y alardes de tambor.

Era feliz: su alano
dormía, en una alfombra, a los pies de su lecho;
y todas las mañanas le besaba la mano,
gruñendo, con un aire tranquilo y satisfecho.
Mas ¡ay! el dueño, ingrato, desleal compañero,
sumergido en un mar de goces y delicias;
ya soportaba mal las festivas caricias
de su leal cerbero.

Y pasó tiempo... El can, esto es, el desdichado,
perdió la paz y el sueño,
viéndose muchas veces herido y castigado
por la simple razón de seguir a su dueño.
Enfermó... perdió el pelo, las fuerzas, la arrogancia...

Su dueño no podía verle sin repugnancia,
y mandó que cerraran la puerta de su encierro.
El habitaba, entonces, un frío cuarto obscuro,
y dábanle a comer un hueso blanco y duro,
cuya carne arrancaron los dientes de otro perro.

Y era como un infame, miserable asesino,
condenado a la cárcel y a galeras después;
si gruñía, llorando su mísero destino,
los lacayos brutales le daban puntapiés...
La lepra corrosiva se incrustó sobre el hambre...
y cuando, al sol, ponía sus espaldas obscenas,
sobre todas sus llagas se posaba el emjambre
de las moscas que viven chupando las gangrenas.
Hasta que un día, en fín, sintiéndose morir,
dijo:
—"No moriré sin verle; quiero ir
a exhalar, a sus pies, el último gemido"...
Y, arrastrando los pies, exhausto y moribundo,
metióse en el cuarto, lo mismo que un bandido.

Cuando el artista vió llegar al can inmundo,
gritó con violencia:
—¡Por aquí, todavía, se arrastra este animal!
Es preciso acabar con tanta impertinencia.
¡Está podrido y tiene llagas... y huele mal!
Le echó la mano al cuello muy cariñosamente,
y le dijo, con el aire de un buen amigo:
—¡Pobrecito Fiel mío!... ¡tan viejo y tan doliente!
ven que te acostaré; sal del cuarto conmigo.
Y salieron los dos: todo estaba desierto;
la noche era sombría, era enorme aquel huerto,
y el viejo can, andando del dueño en seguimiento,
vacilante y sombrío
oía, no muy lejos, como un presentimiento,
¡el hondo sollozar monótono del río!

¡Y comprendió, por fin! —Acaban de llegar
al agua: y el pintor
agarrando una piedra se la ató en el collar,
friamente, cantando una canción de amor.
Y el can, sublimente entonces, impasible y sereno,
clavaba sus pupilas en las tinieblas mudas,
con aquella amargura ideal del Nazareno,
recibiendo, en la faz, el ósculo de Judas.

Y pensaba... Es lo mismo... mi muerte va a ser cierta;
pero cumplir sus órdenes es mi único deber...
moriré, si le doy, con mi muerte, placer".
Luego, súbitamente,
el artista arrojó el perro al agua brava:
y, al darle un puntapié, cayóle en la corriente
la gorra que llevaba...
Era un dulce recuerdo de una hora de locura,
la memoria de un rato de placer, concedida
por la más caprichosa y gentil criatura
que él amó, como se ama solo un día en la vida.
Y, volviendo a su casa, decía el hombre, airado:
Por el maldito perro perder este tesoro!...
¡cuánto mejor sería haberle envenenado!...
¡Maldito sea el perro!... Daría montes de oro,
la riqueza, la gloria, la existencia, el futuro,
para volver a ver aquel precioso objeto,
dulce recordación de aquel amor tan puro!".
Y acostóse nervioso, alucinado, inquieto.
No podía dormir.
Apenas nace el día —¡extraño!—oye que dan,
en su puerta, unos golpes... Se levanta y va abrir;
y recula, espantado. Es Fiel, el pobre can,
que retorna, anhelante, exánime, enarcado,
a gruñir y a exhalar el último estertor,
soltando de los dientes, al caer fulminado,
la gorra del pintor.

GUERRA JUNQUEIRO



¡Perdóname!

(Del concurso de crónicas del diario "La Libertad", de Madrid).

Grita la madre al desgarrarse sus entrañas por el alumbramiento, y el hijo, mi hijo, un trocito de carne rosada y trémula, lanza rabiosamente en un vagido su primera protesta al enfrentarse con la vida. Le lavan, le visten, le fajan, le someten, en fin, a una serie de pequeñas torturas. Desde las manos de férreos dedos afilados del tocólogo a las de la matrona, pasando por las de algún familiar experimentado, todos son a infligirle violencias a este mínimo ser que exterioriza su disgusto, ya que sin eficacia, con la sonoridad y persistencia del yunque nuevo.

En medio de una jubilosa algazara jalonada de sollozos le han traído al despacho, donde yo, inquieto, desazonado, nervioso, aguardaba ese instante, y lo han depositado entre mis brazos.

—Ahí tienes a tu hijo. ¡Qué hermoso es! Dale gracias a Dios y... pon otra cara, hombre. ¿No te alegra el mirarle?

—¡No!

—¿Qué dices? ¿Estás loco?

—Creo que jamás estuve más cuerdo ni procedí con más sensatez que ahora. No me alegro, no. Porque, por encima de todo otro sentimiento, al mirarle tan débil, tan pequeño, tan absolutamente puro, tan candoroso, tan inocente de toda culpa, tan ajeno al hecho maravilloso de nacer, triunfa en mi espíritu el remordimiento. Ved cómo en la mirada de sus ojos, sin luz todavía, parece albergarse un tácito reproche. Se ha asomado simultáneamente a la vida y al dolor, y con ese gemido parece preguntarme, a mí, único responsable, autor consciente del mal que ya ha sufrido: "¿Por qué, padre, por qué?"

—¡Bah! ¡Bah! ¡Qué tontería! El dolor que ha sufrido es nada. Crecerá, será fuerte y feliz. No es de reproche su expresión, sino de gratitud. Mejor dicho, su expresión no es ninguna. Acabarás por contagiarnos a todos y hacernos desbarrar. El día de mañana, cuando el desarrollo de su cerebro lo permita...

—Me pedirá cuenta estrecha.

—¿De qué? Es él quien estará contigo en deuda inextinguible. ¡Tú le has dado la vida!

—¡Bravo don! ¡La vida! Y la muerte también, que es su secuela inevitable.

—Y el amor.

—Y el odio.

—Y la ilusión.

—Y el desencanto.

—Por tí sabrá del placer inefable de contemplar la infinidad azul del cielo y del mar, las praderas verdes, el triunfal rosicler de los amaneceres de primavera...

—Y los sombríos crepúsculos sin sol del invierno... Yo le he dado la vida; es decir, dolor y lucha. Caminará por senderos plurales y conocerá el rencor, la envidia, la traición... Triunfador o vencido, le puedo asegurar que no será feliz, porque no hay nada más profunda y definitivamente infeliz que el hombre.

—Pero, en fin, la vida es tránsito...

—La vida es tránsito, tránsito doloroso, pero tránsito, para los creyentes. ¿Y si, como yo, él no lo fuese?

—¿Crees que será un herejote como tú?

—Me permito esperar que sea inteligente. Otra desdicha que habrá de reprocharme. Porque amará la libertad y la verá constantemente mancillada; porque amará la fraternidad y sufrirá comprobando que el hombre es lobo para el hombre; porque amará la igualdad y contemplará el triste espectáculo de la humanidad distribuida en castas...

—Pero, entonces, si todos pensaran así y obraran de acuerdo con su pensamiento, se acabaría el Mundo.

—¿Y crees sinceramente que se habría perdido una gran cosa?

—Eso es una "boutade".

—Es posible. Pero lo que no es posible es que yo mire alegre a este hijo mío. Le contemplo con amor y con pena. Sin la estúpida vanidad del que engendró por azar, sin proponerse más que dar un instante de brutal expansión al sexo, y que al hallarse frente a la consecuencit inevitable y no prevista da a la paternidad un sentido arbitrario de posesión, residuo de la bárbara legislación primitiva del imperio romano. Yo no puedo ser nunca el padre que gritaa, autoritario, encarándose con el hijo: "¡Me debes la vida!" Yo tengo que coger a esta existencia que comienza, a esta rosa palpitante hecha con sangre de mi sangre, y estrecharla convulso contra mi corazón, y besarla apasionadamente, y mojar con mis lágrimas amargas la tierna albura de sus mejillas vírgenes, y decirle, emocionado y contrito, con temblor en mi voz de varón, firme otras veces:

—¡Perdóname, hijo mío!

JOSE SIMON VALDIVIELSO.

ARTURO

Por Alfonso Daudet

Hace algunos años vivía en un pequeño pabellón de los Campos Elíseos, en el pasaje de las Doce Casas. Figuraos un pedazo de arrabal perdido en medio de esas grandes avenidas aristocráticas tan frías tan inquietas, por donde parece que sólo se anda en coche. No sé por qué capricho de propietario, por qué manía de avaro o de viejo perduraban en el corazón del hermoso barrio, aquellas tierras baldías, aquellos jardinillos musgosos, aquellas casas bajas, edificadas al sesgo, con la escalera por el exterior, y galerías de madera, llenas de ropa tendida, conejeras, gatos escuálidos y cuervos enjaulados. Allí vivían familias de obreros, de pequeños rentistas, unos cuantos artistas — siempre se encuentra alguno donde queda algún árbol — y, por último, había dos o tres posadas de sórdido aspecto, como engrasadas por mil generaciones de miseria. Y en torno, el esplendor y el ruido de los Campos Elíseos, un continuo rodar de coches, ruido de arneses y de pasos nerviosos, puertas cocheras que se cierran pesadamente, carretelas que resuenan en los portales, pianos apagados, los violines de Mabille, un horizonte de grandes palacios mudos en rotonda, con sus vidrieras veladas por cortinas de clara seda y sus grandes lunas diáfanas, a cuyo través transparecen los dorados de los candelabros y las flores exóticas de las macetas.

Aquella obscura callejuela de las Doce Casas, que iluminaba sólo un reverbero en un extremo, parecía los entrebastidores de la magnífica decoración circundante. Todo cuanto era de similar, de lentejuela, en aquel lujo, venían a refugiarse en ella: galones de librea, calzones de clown, una bohemia entera de palafreneros ingleses, de artistas ecuestres, los dos diminutos postillones del Hipódromo con sus "ponnies" gemelos y sus anuncios de reclamo, el coche tirado por cabras, los guiñoles, los barquilleros y tribus de ciegos que regresaban por las noches con sus sillas de tijera, sus acordeones y sus platillos de pedir. Uno de estos ciegos se casó en época en que yo vivía en el pasaje. Durante toda la noche sonó un fantástico concierto de clarinetes, óboes, aristones y acordeones, que hacían acordar todos los puertes de París, cada cual con su diferente salmodia. Pero de ordinario, la callejuela estaba asaz tranquila. Estos vagabundos de las calles no volvían hasta el anochecer, y ya rendidos. No había jaleo más que los sábados, cuando Arturo se veía con el jornal en el bolsillo.

Arturo era mi vecino. Un pequeño paredón, coronado por una reja, separaba mi cuarto del piso donde vivía con su mujer. De este modo, y bien a mi pesar, su vida se mezclaba a la mía, y todos los sábados oía, sin perder una sílaba, el horrible drama, muy parisién, que se desarrollaba en esta familia de obreros. El comienzo siempre era el mismo: La mujer preparaba la cena; los niños andaban a su alrededor; les hablaba dulcemente, vacaba a sus quehaceres... Sonaban las siete, las ocho; ¡nada! A medida que el tiempo transcurría, su voz cambiaba, las lágrimas le rodaban por las mejillas, se iba poniendo nerviosa. Los niños tenían hambre, sueño; comenzaban a refunfuñar. Pero el hombre no acababa de llegar. Al fin cenaban sin él. Luego, cuando ya había acostado a la pollada y el gallinero dormía la mujer se asomaba al balcón y la oía decir, muy bajito, sollozando:

—¡Oh! ¡Canalla! ¡Canalla!

Los vecinos que volvían a su casa la encontraban todavía asomada. La compadecían.

Váyase usted a acostar. Ya sabe usted que no volverá tan pronto; hoy es día de paga.

Y luego venían los consejos, las comadrerías, los chismes.

—En vuestro lugar verá usted lo que haría... ¿Por qué no le dice usted a su patrón...?

Tanta conversación le hacía llorar más aún; pero ella persistía en su ilusión, en su espera; se quemaba la sangre y cuando ya las puertas estaban cerradas y el pasaje mudo, creyéndose sola, se quedaba asomada, replegada en una idea fija, contándose a sí misma, en alta voz, sus tristezas, con ese descuido del pueblo, que siempre tiene la mitad de su vida en la calle. Hablaba de alquileres atrasados, de proveedores que la atormentaban, del panadero que le negaba el pan... ¿Qué iba a hacer si volvía sin dinero? Al fin se cansaba de oír los pasos de rezagados, de contar las horas. Se metía para dentro, pero mucho tiempo después, cuando ya la creía en la cama, oía toser cerca de mí en la galería. Todavía estaba allí la desgraciada, arrastrada por su inquietud, estropeándose los ojos de tanto mirar la obscura callejuela, sin ver más que su propia angustia.

Hacia la una o las dos, a veces más tarde, se oía cantar a lo último del pasaje. Era Arturo que volvía. Lo frecunnte era que se hiciese acompañar, que arrastrase a un compañero hasta su puerta. "Vamos, hombres, ven conmigo". Y todavía allí bromeaba, sin decidirse a entrar, sabiendo lo que le esperaba. Al subir la escalera, el silencio de la casa dormida que le devolvía el ruido de su pesado paso, le molestaba como un remordimiento. Hablaba solo, a veces, parándose delante de cada cuchitril. "Buenas noches, señora Weber". "Buenas noches, señora Mathieu". Y, si no le respondían, lanzaba una andanada de improperios, hasta que las puertas y ventanas se abrían para devolverle sus maldiciones. Precisamente, era lo que quería; tenia malo el vino y le daba por disputar y alborotar. Además, se enardecía se ponía rojo de cólera, y así la entrada le producía menos miedo.

La entrada era terrible.

—Abre, soy yo...

Se oía a la mujer andar descalza sobre las baldosas, encender las cerillas, y al hombre que ya desde la puerta intentaba balbucear una historia siempre la misma; los amigos que le arrastraban... "Crose, ya les conoce... Crose, el que trabaja en la estación" La mujer no le escuchaba.

—¿..el dinero?

—No tengo nada — respondía la voz de Arturo.

—Mientes!

Y, en efecto, mentía. Aun en el aturdimiento de la borrachera, atinaba a reservarse algunas monedas, pensando por adelantado en la sed del lunes, y ella trataba de arrancarle aquella migaja de la paga. Arturo se resitía.

—Ya te he dicho que me lo he bebido todo gritaba.

Sin responderle ella le cogía indignada, sacando todas sus fuerzas, le sacudía, le registraba, le volvía del revés los bolsillos. Al cabo se oía caer el dinero por el suelo La mujer se arrojaba sobre el con risa de triunfo.

—¡Ahí lo tienes!

Después una blasfemia, golpes sordos... Era el borracho que se vengaba. Y cuando se ponía a pegar, no sabía concluir. Todo cuanto hay de malo, de destructor en estos horribles vinos que se venden en los arrabales, se le subía al cerebro y pujaba por salir. La mujer daba alaridos; los últimos muebles de la zahurda volaban hechos astillas; los niños al despertar sobresaltados, lloraban de miedo. En el pasaje, las ventanas se abrían. Se oía decir:

—Es Arturo... Es Arturo...

A veces ocurría que el suegro, un trapero viejo, que moraba en un cuarto vecino, llegaba en socorro de su hija; pero Arturo se cerraba con llave para que nadie le molestara en su operación. Entonces, a través de la cerradura, se empeñaba un diálogo terrible entre suegro y yerno, y nos enterábamos de cosas muy bonitas.

¿Pero todavía no tienes bastante con dos años de cárcel, so bandido? — le gritaba el viejo.

Y el borracho, en un tono arrogante:

—Bien, sí; he estado preso dos años. ¿Y qué?... Por lo menos, yo pagué mi deuda a la sociedad... Paga tú la tuya.

De Ramón y Cajal

Nada me apena más que la ceguera de ciertos ancianos. Al ver sus pupilas opacas, evoco sin querer al reo a quien se le vendan los ojos para morir.

—La Naturaleza, previsora en todo, ha hecho fea e infecunda a la decrepitud para no gastar pólvora en salvas.

—Hay amigos vehementes que al despedir equivocan nuestra diestra con un dinamómetro. Y sólo la sueltan cuando un suspiro de angustia les revela haber alcanzado la raya deseada.

—¿Alardeas de carecer de enemigos? Veo que te calumnias. ¿Es que jamás tuviste la entereza de decir la verdad o de realizar un acto de justicia?

—Como la vela al arder, el entendimiento humano alumbra quemándose y derramando lágrimas.

—El anillo de Giges.—¿Quieres ser invisible para los hombres? Sé pobre.—¿Quieres serlo para las mujeres? Sé viejo.

—Nada más útil — se ha dicho mil veces—que la experiencia. A la mayoría de los hombres nos pasa lo que a las ranas o a las moscas decapitadas, que se obstinan en preservar y defender la cabeza después de haberla perdido.

Era una cosa muy sencilla: yo robé, vosotros me metísteis en la cárcel, estamos en paz... De todas suertes, si el viejo insistía demasiado Arturo, exasperado, abría la puerta, caía sobre el suegro, la suegra, los vecinos y golpeaba a todo el mundo como Polichinela.

Y a pesar de todo no era mala persona. A menudo, los domingos, al día siguiente de tales carnicerías, el borracho, apaciguado ya, sin un céntimo para ir a bebérselo, pasaba el día en casa. Se sacaban las sillas de los cuartos, y se acomodaban junto al balcón de la señora Weber la Sra Mathieu, la casa entera, y charlaban. Arturo se deshacía en amabilidades, se las echaba de ingenioso; hubiérase dicho que era uno de esos obreros modelos que van a las clases nocturnas. Para hablar sacaba una voz aflautada, melosa, declamaba desperdicios de ideas, recogidos por un lado y por otro, acerca de los derechos del obrero, la tiranía del capital. Su pobre mujer enternecida por los trastazos de la víspera, le miraba con admiración, y no era la única en contemplarle.

—¡Este Arturo si le diera la gana! — murmuraba la señora Weber, suspirando — Después las mujeres le hacían cantar. Y cantaba "Las Golondrinas", de Beranger. Era una voz engolada, henchida de lágrimas, falsas, de ese sentimientatismo del obrero. Y en el viejo corredor, tapizado de papel alquitranado, los trapos tendidos dejaban ver un pedazo de cielo azul entre las cuerdas, y aquella gente mísera, ávida de ideal a su manera, volvía hacia allí sus ojos húmedos.

Pero esto no impedía que el sábado siguiente, Arturo se bebiese otra vez la paga y diera una tunda a su mujer; y allí, en aquella pocilga, había un monton de Arturitos que no esperaban más que tener la edad de su padre para comerse el jornal y pegar a sus mujeres. ¡Y es esta raza la que quiere gobernar al mundo! ¡Ah, miseria! —como dicen mis vecinos.

LA VERDAD

Por Marchese di Marga

Un judio iba por el campo entretenido en mirar las hierbecillas de que estaba sembrado. De pronto oyó resonar la tierra bajo sus pasos, y dijo: "Este sitio está hueco, y quizá entierre algún tesoro. Si lo encuentro he de hacerme hombre de bien". El judío cayó en tierra e hizo una zanja considerable pero después de haberse cansado extraordinariamente sólo halló la boca de un pozo, que tal vez había estado cegado durante muchos siglos. Estaba considerando con tristeza el fruto de su trabajo, cuando vió salir del pozo una mujer mojada, transida de frío y desnuda; pero como tenía una belleza deslumbradora, el judío la miraba con embriaguez y sin pensar en taparla con su sobrehábito.

—Dime, ¿quién eres y por qué te bañas en ese pozo?

La joven contestó:

—Soy la Verdad.

El judío perdió el color y echó a correr con toda rapidez, como si un judío y la verdad no pudieran estar un momento juntos.

La hermosa mujer, al verse abandonada, encaminóse tranquilamente hacia la ciudad. El ver una mujer que viaja desnuda no parece tan extraño en aquel país (un país muy cálido) como en los climas menos favorecidos por el fuego del sol. Pasaron por su lado poetas, mercaderes y los hombres de peor especie: los aduladores.

Al verla, decían los poetas: ¡Qué flaca está!; los mercaderes: ¡Qué tonta es!, y los aduladores: ¡Qué miedo me inspira!

Un cortesano voluptuoso pasó también por su lado; era un rico hastiado de placeres, a quien sólo le quedaban ya algunos caprichos. Se dignó reparar en que la Verdad tenía el cutis terso y blanco, y con los modos más corteses y bondadosos la hizo montar en su palanquín. Apenas se halló sentada la Verdad, cuando vió pasar a la mujer del emperador, y, como era la verdad, dijo:

—Tiene cara de mala esa mujer.

El cortesano tembló al oír tales palabras, y se creyó perdido, porque había una ley que prohibía se hablara mal de la cara de la emperatriz.

Arrojó a la Verdad del palanquín diciendo: ¡Qué loco he sido al cargar con esta charlatana! Llegó la Verdad a la puerta de la ciudad, y preguntóle a un mendigo dónde podría pasar la noche. No le hizo caso. Halló un escritor, y éste se la llevó a su casa, figurándose que el hallazgo de joven tan hermosa iba, desde luego, a determinar su fortuna.



El hombre en cuya casa se había alojado la Verdad escribía un periódico, en el cual leían todas las mañanas los personajes elogios grandes con motivo de sus pequeños actos. Así es que, cuando iba a casa de ellos, los criados tenían orden de darle parte del banquete celebrado. La residencia en su casa de la hermosa viajera trastornó mucho los negocios del pobre diablo. Tenía sólo el periodista el tiempo suficiente para escribir su boletín de adulaciones.

La Verdad le veía trabajar sin decir una palabra, y después, al menor descuido del mentiroso, se levantaba serena, inexorable, y borraba de un solo golpe todo cuanto el adulador había escrito. El boletín faltó tres días seguidos.

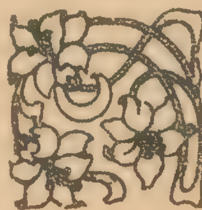
El visir, picado con estas faltas, y sabiendo, además, que no había sido recogido por orden de la autoridad, porque estaba siempre libre de este peligro, mandó llamar al periodista, y, después de haberle reconvenido duramente le permitió que se justificara.

Le contó lo sucedido, y el visir, después de oírlo, lo dejó marchar, no sin dar visibles muestras de contrariedad y de profunda inquietud, porque o tenía que mandar asesinar a la Verdad, o ésta iría contando tal cual ellas eran las cosas que había visto; y sobre todo, lo que le llenaba de cólera era el conocimiento que la Verdad tenía de las mentiras que se estampaban en el periódico..., el cual era mandado fuera para acrecer la conveniencia de mando y engañar al emperador.

Se decidió por lo más torpe: a proceder contra la Verdad. Mandó sacarla de casa del periodista y matarla seguidamente a palos.. y sin ruido. Pero al ir a mandar que su disposición fuera cumplida, cambió de parecer Hizo que le trajeran inmediatamente su presencia a la joven. Cuando se halló y se creyó él solo en posesión de la Verdad, díjole a ésta que necesitaba saber todo cuanto había de verdadero en el ánimo de sus amigos, y qué pensaban y deseaban sus enemigos. La Verdad enmudeció; porque, según le dijo en su propia cara al visir, harto le debía decir su conciencia de lo que en el fondo pensaban y sentían sus amigos y enemigos; éstos te odian y aquéllos te explotan, y te insultarán después como te insultaron antes de que fueras visir.

Llegó el emperador de paso por el país y se hospedó en casa del visir, y éste, temiendo que ocurriera algo tremendo hallándose allí la Verdad, mandó se la diera muerte. Cuatro emires la colocaron cuidadosamente entre dos enormes cojines de seda, ricamente bordados de oro y muy perfumados, y con las mayores precauciones y delicadeza la ahogaron. Después arrojaron el cuerpo inanimado al paraje más hediondo del jardín, hicieron un hoyo y lo llenaron de tierra, colocando encima césped y arbolillos tupidos que cerraran el paso...

Los hombres poderosos de aquel país creen que la Verdad ha muerto...; pero se llevan chasco..., porque no todos los periodistas son como el que adulaba al visir y a sus hechuras, y a la Verdad no se la puede ahogar ni entre cojines de seda ni a golpes, porque, cuando menos se la teme, aparece en un periódico o en un libro, hermosa y desnuda, como ella es.



HORAS DE AYER

El rescate de las cien doncellas

Era por los días suavemente vernales del mes de Septiembre del año 791. Las pequeñas villas asturianas, y principalmente Oviedo, estaban consternadas.

Rondaba un suceso que cada vez que se producía turbaba el reposo y la paz de las familias: los moros habían tenido la audacia de reclamar del rey Alfonso II el pago del torpe tributo pactado por sus antecesores, mediante el cual cien doncellas cristianas, mitad nobles y mitad plebeyas, habían de ser entregadas a los dominadores musulmanes.

Ya habían entrado en Oviedo los encargados de recaudar aquel oprobio de tributo; paseaban las calles con insultante arrogancia; la suerte, por otra parte, estaba decidiendo a las víctimas, y los árabes sólo esperaban la codiciada presa...

Las gentes, dolidas, atribuladas, oraban e imploraban de los cielos ayuda. Los más jóvenes, inquietados, violentos, se condolían fuertemente.

En uno de los más vocingleros grupos, una voz fuerte, emocionada, habló así:

—¡Deberé matarme!... Amaba a Jimena, y...

—¿Tocó en suerte a tu amada?

—¡Sí!



Agazapados los más tras duras peñas movedizas; encaramados otros en las cimas próximas...

—Consuélate. Ten paciencia. Es imposible...

—¿Imposible..., decís? — exclamó aquella voz, cada vez más encolerizada. ¿Y sois jóvenes? ¿Y sois valientes?... Si en vuestros pechos hay algo de nobleza, uniros a mí; vamos a impedir esa infamia...

Siguió la voz enardeciéndoles. Quién tal hablara era un joven de regular estatura, pálido, de ojos brillantes y mirada aguda.

Sus palabras enardecían al grupo. Los semblantes iban animándose, y el grupo crecía.

—¡No se las llevarán!—fué, al fin, el grito unánime, violento, amplio...

—¡Calma!—dijo de pronto una voz gastada por los años. —¿No advertís que con vuestro intento podéis ocasionar una guerra funesta? Tú, Ordoño, no soliviantes a la gente, porque además os declarais en abierta rebeldía a los mandatos de nuestro rey...

—¡Y qué importa!...—replicó Ordoño, cada vez más exasperado—. ¿Qué consideración merecen esos reyes pusilánimes que no tienen el valor de pelear y sí la cobardía de consentir tan oprobioso tributo?...

—¡Calla!... ¡Calla!... La cólera te ciega. No fué ninguno de nuestros monarcas quien estableció tal pacto. Un bastardo usurpador, Mauregato, en fin, como hijo de mujer infiel, compró el apoyo de los de su casta para sostenerse en el trono usurpado e inventó ese feudo odioso...

—¡No se las llevarán! ¡No se las llevarán!...—volvió el clamor...

La voz anciana se dejó oir al fin.

—Escuchadme por vez última. Acallad vuestros gritos; calmad vuestra cólera. Y si es que persistís, dad la batalla lejos de la ciudad, y cuidad mucho que al monarca no pueda importársele nada...

Sus últimas palabras fueron ahogadas por aquella frase que era una promesa formal y un pacto:

—¡No se las llevarán!...

* * *

Breves fueron aquellas reuniones secretas. Poco había que discutir. Unánimes en el parecer, sólo se trató concienzudamente en el medio de lograr un gran sigilo. Se pensaron las posibilidades, y se llegó a fraterno y decidido acuerdo.

Y cuando las sombras de la noche tendían sus velos negros y propicios, en grupos dispersos y pequeños, los caballeros más jóvenes ganaron el campo en silencio.

Era penosa aquella caminata nocturna, escalando riscos y atravesando árboles y maleza. La luna, que parecía que también tenía empeño en ocultarse, sólo a ratos, muy espaciados y cortos, iluminaba el monte silencioso, en el que latían unos corazones animosos, que difícilmente se orientaban.

Muchos y dispersos los grupos. Pero todos caminaban hacia un sitio determinado.

Alboreaba ya cuando los grupos fueron congregándose y escondiéndose en el lugar escogido de antemano.

La mayor parte de aquellos briosos mancebos no llevaban más arma que cortos y gruesos garrotes; otros llevaban venablos de caza; algunos, aperos de labranza, y otros, los menos, espadas.

Ya estaba bien entrado el día, ya empezaban a impacientarse en sus escondrijos, cuando una voz sonó en el monte como un grito guerrero:

—¡Aprestarse a la lucha! ¡Se les divisa a lo lejos!...

Agazapados los más tras duras peñas movedizas; encaramados otros en las cimas próximas, aprovechando las resquebrajaduras del terreno, esperaban el paso del convoy...

El terreno elegido era admirable. Un barranco profundo, largo y estrecho. Cuando la caballería, que, como en descubierta, galopaba en vanguardia confiadamente, llegó al final del barrancal, una descomunal algarabía emergió de la tierra y se mezcló con el rumor de enormes peñas desgajadas y arrancadas, que caían con violencia sobre los jinetes, sorprendidos y maltrechos.

Al mismo tiempo la retaguardia era atacada con igual empuje y violencia. Los grandes peñascos rodaban por las laderas, como azotados por un huracán violentísimo, como sacudidos por un movimiento apocalíptico.

Y tras los peñascos rodantes y homicidas, mortíferos duramente, se lanzó la pequeña avalancha humana con ímpetu creciente.

Los árabes trataron de rehacerse y aprestarse a la defensa. Pero era inútil. Aunque menos, eran más decididos aquellos cristianos, que pare-

cían poseídos de furor demoníaco.

Ordoño lanzó un grito y una maldición. A quien se llevaban era a Jimena.

Trató de perseguirle. Arrebató, con la muerte, a un árabe su brioso corcel, escapado milagrosamente de herida alguna.

Pero el otro caballo era más ligero. En dos o tres recovecos del camino su presa codiciada se perdió. Al fin su caballo, más débil, cayó al suelo exánime, reventado acaso; Ordoño levantó entonces rápidamente el venablo que tenía en la mano, y, dirigiéndolo a las ancas del otro caballo que seguía su veloz carrera, se lo arrojó.

El corcel, herido por el afilado hierro, cayó, y con él, el caudillo árabe y Jimena, desmayada.

Sin soltar su presa, el árabe se aprestó a la defensa. Ordoño no tardó en alcanzarlo. Violenta y dura fué la lucha.

Pero en una de las acometidas, cayó mortalmente herido el musulmán, y pudo entonces Ordoño recuperar a su amada.

Cuando se reintegró a los suyos, el combate había concluído. Las cien doncellas estaban sanas y salvadas. Un día después entraban de nuevo en Oviedo, entre jubilosa algarabía ,las cien doncellas rescatadas.



...entraban de nuevo en Oviedo, entre jubilosa algarabía, las cien doncellas....

Es sabido que esto encorajinó a los árabes en forma que se decidieron a vengarse y arrasar las bellas campiñas astures.

Organizaron un valiente y numeroso ejército. Avanzaron sobre Oviedo, pero fueron derrotados por los ejércitos de los cristianos. Aquel triunfo fué seguido de otros, principalmente en Abelda y en Clavijo. Y la España cristiana fué así abriendo sus dominios y ensanchando sus territorios, que dieron en este empujón con las márgenes nada menos que del río Tajo...

ENRIQUE DE LA RUA

Ilustraciones de M. RAMOS

EL PASADO

Por Mauricio Bourdet

Al sentarse a la mesa, León Gilbert dijo a su mujer, fingiendo una alegría que estaba muy lejos de sentir.

—¿Sabes que han condecorado a Bouvard?

Hubo un largo silencio. Al fin, la señora de Gilbert dijo:

—Creo que deberías ir a verle. Hace tiempo que buscas un empleo y Bouvard podría proporcionarte algo.

—Sé lo que tengo que hacer— repuso Gilbert, que era enemigo de recibir consejos—. Además no necesito a Bouvard para nada.

—Como quieras.

Salió furiosa del comedor. No sabía cómo había podido contenerse.

Todo le había irritado en la noticia que acababa de saber: primero, el tono de su marido, aquella alegría que afectaba y que le había llegado a ser insoportable; luego, el nombre de Bouvard, que desde hacía años no podía oir sin estremecerse.

El pasado se alzaba ahora ante ella. Bouvard. ¡Cómo lo había amado! Lo había conocido dos años antes de su matrimonio. Trabajaba en la oficina de León Gilbert, del cual se había hecho muy amigo, tal vez por simple curiosidad de psicólogo. Había cedido sin remordimiento y se había convertido en su esclava.

Un día se ausentó, pretextando un viaje. Creyó morir, y de aquel dolor del abandono quedó un gusto amargo de la vida que nunca desaparecería.

La voz seca de su marido vino a interrumpir sus recuerdos.

—Creo que tienes razón—dijo León—Nada pierdo con ver a Bouvard. Voy a su casa ahora mismo.

* * *

Le hicieron aguadar bastante rato en la antesala. Gilbert estaba convencido de que su antiguo amigo se apresuraría a servirlo. Le bastaría con felicitarlo y darle las gracias. Le era muy penoso aparecer necesitado ante él y solicitar su ayuda.

Al ver su afectuosa acogida, creyó ganada la partida. Hablaron de su situación.

—Yo he tenido suerte — dijo Bouvard—. Mi fábrica produce cada vez mayores beneficios, y el porvenir es excelente. Y tú, ¿qué haces ¿Cómo vives?

—Ni bien ni mal, querido. Me voy defendiendo; pero hay momentos...

Llamaron a la puerta, y Bouvard, mirando el reloj, se excusó:

—Me vas a perdonar, pero tengo una entrevista urgente. Vuelve por aquí. Tenemos mucho que hablar. Y si me necesitas para algo...

—Te lo agradezco... Precisamente mi mujer me había aconsejado...

—¿Pero te has casado?

—¿No lo sabías? ¡Pero si me casé con Teresa!... Teresa Varoquié... ¿No recuerdas?

—Sí...; tengo una idea. Chico, con las mujeres... Ha conocido uno tantas...

Y se despidieron.

* * *

—¿Eres tú, León?—preguntó Teresa—. ¿Y qué?

—Me ha recibido bien. Hemos charlado.

—Pero—preguntó con voz apenas perceptibles—, ¿cómo se encuentra? ¿Está contento? Y... te ha hablado de mí?

—¿De tí? ¡Pero si no se acordaba de nada! ¡No recordaba ni tu nombre! Figúrate, que no sabía que me había casado. Además, ¿por qué iba a...?

No acabó la frase. Se detuvo como si alguna sospecha le hubiera rozado. Pero la nube pasó pronto. ¡Qué ocurrencias tan graciosas tienen a veces las mujeres! Y empezó a reír, satisfecho de la vida, como si ninguna nube hubiese jamás obscurecido su cielo.

LA GITANA

Por JOAQUIN ARDERIUS.

Esta noche no puedo. No puedo levantarme de este sillar que nos sirve de banco a los dos.

¡Mi ser no puede transportarse a sí mismo!

Lo que acaba de darme, ¿ha sido un corte con un vidrio o un beso?... Me duele esta mejilla como si me la hubieran rajado con un pedazo de vaso infecto por todas las bocas de un suburbio.

Ha simulado besarme; pero me ha herido, dejándome sobre esta piedra con mi mecanismo roto. Y ella ha desaparecido por la puerta de ese corralón, lanzándome su anatema.

Siete días de amores con la gitana errante. Ella tirando de mi hacia los caminos de la tierra, y yo tirando de ella hacia las calles de la urbe.

¡Desde el viernes pasado todas las noches a la misma hora!

Salía de un bar secándose los labios con un enorme pañuelo malva cuando la conocí.

—¡Guapa! ¡Guapa! ¡Guapa— repitió ella, gesticulando con muecas de burla.

Como mi olfato estaba tan cerca de su carne, percibí un olor de fiera.

Yo hablaba atropelladamente y ella sonreía silenciosa.

—Adiós—dijo de pronto, alargándome una mano—. En ese corralón tenemos las tiendas.

—Espérate— le supliqué, reteniéndola por la mano que había ofrecido.

—Suéltame—balbució con dulzura—. Puede asomar mi padre o mi hermano...

—¿Cuándo podremos vernos?

—¡Oh! No sé. Si algún día nos encontramos por alguna calle...

—Nos podemos citar.

—¿Para qué?

No supe contestarle; pero mis ojos la miraron con una expresión que le hizo exclamar:

—¡Yo soy honrada! Para qué quieres volver a verme a mí? ¡Yo seré de uno de mi raza! ¡De uno de mi vivir! ¡

Quedóse unos minutos en silencio, y dándole un puntapié al suelo comenzó a hablar todas las lenguas del mundo.

—¡Alguna vez callarás!

—¡Ahora mismo! ¿Qué?

—¿Es que es imposible que tú me puedas querer a mí?

—¿Quererte yo a tí?

Tampoco supe responderle, y mis ojos actuaron sobre su sensibilidad.

No fué de odio su reacción, como antes, sino de dulzura iluminada por una sonrisa tierna.

—¿De qué te ríes.

—Me estoy fijando en tí, y estoy viendo que tienes cara de uno de los nuestros. Oye, de verdad; pareces de nuestra raza.

—¡Tú qué has de ser! ¡Adiós!

—Yo quiero volver a verte.

—Es tontería; pero ven por la noche, a las once.

Esta piedra que me sirve de banco fué esa noche, y también todas las que nos hemos visto, el 11 del áncora de un reloj, y la gitana y yo, fundidos cada uno en una aguja marcamos la hora con exactitud.

Es breve nuestra cita. Al irse siempre me dice:

—Si quieres que sea tuya te tienes que hacer de los nuestros.

Quieres que llame a mi padre para que le contemos nuestro cariño y nos case mañana?

—¡Tú eres la que te tienes que venir conmigo!

—¡Nunca!

—¡Déjate esa vida de aperreo y vente a un cuartito que yo tengo en una casa muy alta, muy alta!

—¡Me ahogo en las casas, por muy altas que sean!

—¡Abandona tu tribu!

—¡Tú a la ciudad, que es una cárcel! Yo soy adivina, y estoy viendo un "duende" que se pasea por tu pecho cargado de cadenas. ¡Hasta que no te lo saque yo en mitad del campo no te verás libre de él!

—¡Soñadora!

—¡Cobarde!

—En las urbes es donde se vive a gusto!

—¡En los caminos! ¡Adiós, que es muy tarde!

—¡Ven también mañana!

—¡Hasta mañana!

Ese diálogo es siempre el final de nuestra cita. Pero hoy ha agregado más. Me ha dado un beso y...

Esto que me ha hecho en la mejilla, ¿ha sido con los labios o con un vidrio? Con los labios o con un pedazo de vaso infecto me ha herido, marchándose a tiempo que gritaba:

—¡Adiós para siempre! ¡De madrugada nos vamos! ¡Ya que no quieres andar por el mundo permita Dios que te quedes roto encima de esa piedra, sin poder dar ni un paso en toda tu vida!

Su maldición se ha cumplido. Me ha dejado roto. Pero lo peor es que no tengo compostura.

Si yo pudiera andar me iría a casa de un amigo que tengo actor y le pediría unas barbas muy negras. Me las pondría, y también una melena de bohemio. Tiene una pelliza y unos pantalones de pana muy anchos, y me vestiría con ellos.

Cogería de donde fuese, un mono, una cabra amaestrada y un burro, y después de meterme en la cintura una pistola de dos cañones, vendría a la puerta de ese parador a decirle a mi gitana nómada:

—¡Llama a tu padre y dile que nos case con vuestras ceremonias! ¡Mírame! ¡Saca de tu tribu a uno que sea más de tu raza que yo! ¡Anda a ver si lo sacas! ¿Para qué echarnos a caminar mañana? ¡Ahora mismo!

Pero lo que más me martiriza es no verme junto a ella en la orilla de un mar embrevecido para decirle:

—¡Sí que eres adivina! ¡Yo tenía un duende en el pecho! ¡Mi libertad, mi alma de errabundo hipócritamente escondida! ¡Tú me has sacado el "duende"! ¡Estoy harto de empolvarme los pantalones y quiero que nos echemos a nadar unos cuantos años por esos mares!

POR CARIDAD

Por PAUL GINISTY

—¿Qué tiempo hace?—preguntó Roberto Lallier a su criado cuando éste entró a despertarlo.

—Hace frío y nieva, señor.

Se vistió, y luego pensó que había avisado al médico, al doctor Hersart un íntimo.

Intencionadamente había escogido testigos desconocidos, obscuros, deseoso de que aquel duelo fuese conocido lo menos posible; pero en lo tocante al médico quería, en caso de accidente, poder fiarse de él.

Minutos después llegó el doctor Hersart.

—¿Pero es verdad que te bates? Eso ya no se estila. ¿Por qué motivo? ¡Con Baillet! ¿Quién es ese Baillet?

—Un correcto caballero que tiene la desgracia de estar casado con una mujer fea, y yo que soy un estúpido. Ya te contaré luego.

Los dos testigos, muy solemnes, se presentaron puntualmente. Montaron en el coche y llegaron al lugar del desafío al mismo tiempo que los adversarios.

Los testigos se habían reunido para elegir el sitio y las espadas.

Los dos adversarios se pusieron en guardia. Comenzó el duelo, y al tercer asalto Lallier recibió una herida bastante profunda en el antebrazo. Brotó la sangre en abundancia. Baillet, mientras se vestía, miraba al herido cofo diciéndole: "Perdóneme usted; ha sido sin querer".

En el coche, al regreso, Lallier se impacientaba al pensar en la quietud que tendría que guardar durante unos días. Al llegar a París dió las gracias a sus testigos, se despidió de ellos y quedó solo con el doctor Hersart.

La cosa no tiene la menor importancia—le dijo éste—, aunque te molestará un poco.

—Ahora debo decirte por qué me he batido. Te aseguro que no volveré a sentirme caritativo.

—¿Caritativo tú?

—Esa ha sido precisamente la causa del duelo. No hace mucho que conozco a ese excelente Baillet que acaba de propinarme este pinchazo. Ya t he dicho que está casado con una mujer muy fea, pero fea sin atenuaciones. ¡Cuando pienso en lo absurdo que he sido! La casualidad hizo que me encontrase tres veces seguidas en sociedad con esa desagradable señora Baillet. Me dió lástima ver el papel tan desairado que hacía entre tanta mujer bonita, pues nadie, ni aun los hombres mejor educados, se dignaban concederle la menor atención. Pensé que ella sufría al ver este abandono y precisamente (y perdona mi fatuidad) porque no me han mirado mal algunas de estas criaturas seductoras, porque adoro a las mujeres hermosas, pensé que había una verdadera injusticia en la desgracia de aquella pobre mujer, y que los hombres eran crueles dejando exteriorizar así su indiferencia. La casualidad hizo que Baillet me invitara a ir a su casa. Fuí dos veces. La tercera tuve que aguardarlo un momento sólo con su mujer. Aquel día estaba más fea que nunca, si cabe Aumentó mi piedad por ella. "He aquí —pensé—una mujer condenada a no oir nunca una frase gentil, halagadora, que deje el recuerdo de un homenaje de galantería". Me excité por aquella causa caballeresca. Quise, por piedad, dedicarle algunas palabras galantes. Murmuré no sé qué con mi voz más seductora, y dulcemente cogí sus manos y las besé. Te aseguro que en aquel momento era bueno y misericordioso. Era, por mi parte, una buena acción, inspirada por una idea verdaderamente caritativa.

—¿Y qué?...

—Pues que lanzó un grito, se defendió bravamente, como si yo hubiera intentado inferirla algún ultraje grave, y llamó. Apareció su marido, que acababa de llegar. "Este caballero—le dijo—me ha faltado al respeto". La situación no podía ser más ridícula. Baillet se encogió de hombros; pero se resignó, sin embargo, a hacer lo que debía. Ya sabes lo demás. Me lo tengo merecido.

—Eso creo yo también—dijo el doctor—, y con tu generosidad sentimental no eres más que un tonto... Pero procura que no se te suelte el vendaje.

El Regreso de Amèrica

Por D. Henry Hirsoh

Miss Mabel Georgina Coxstorm, de Siracusa (Estado de Nueva York), era hija de Jeremías Coxstorm, el "rey de los aceites animales", y de su esposa evangélica, elegida entre las cinco hijas del reverendo Pirk, al comienzo de su provechosa carrera.

Tenía Mabel de su padre el sentido de la realidad y de su madre la afición a las especulaciones sentimentales.

Esta amalgama hacía de ella, a los dieciocho años, un ser extraño, de ideas delicadas capaz para todo acto de energía y para incurrir en las más graves contradicciones. La sociedad de Siracusa no es tan brillante que no piense en residir en otros centros cuando se poseen los millones que libertan de todo género de insoportables servidumbres.

La señora Coxstorm no podía disuadir a su hija del deseo de vivir en Nueva York. Pero Mabel iba conquistando para la realización de su proyecto al voluntad del rey de los aceites animales.

Aquí no podré casarme jamás a mi gusto — decía la muchacha.

—Sin embargo, aquí me casé yo —contestaba la señora Coxstorm—. Además los negocios de tu padre reclaman nuestra permanencia en Siracusa.

Este era el argumento supremo de la señora de la casa, que reducía al silencio a la exasperada joven y satisfacía el amor pronto comercial de su marido.

Al cabo de un año decidió, al fin, Jeremías Cosxtorm trasladar su trono a Nueva York.

Al mismo tiempo que los Coxstorm se instalaban en la gran capital, el barón Roberto l'Arcasse de Honri desembarcaba de un buque procedente de El Havre.

Contenía su cartera dos mil francos, varias cartas de recomendación para algunos millonarios y tres pergaminos auténticos que probaban su ilustre origen.

Los D'Arcasse de Honri habían dotado al antiguo régimen de almirantes y de personajes insignes. Después de un largo eclipse, la familia, unida a la causa de Napoleón III, había honrado a Francia con un intrépido joven alegre de cascos, que supo mantener las galantes tradiciones de la segunda época imperial hasta los tiempos de Julio Grevy.

Disipó el ilustre vástago casi toda su inmensa fortuna y murió repentinamente, con su gardenia en la solapa del frac, mientras apuraba una copa de champagne, rodeado de varios amigos.

Algunos periódicos deploraron que con él desapareciese una era nacional y sus funerales fueron dignos de un héroe.

Su hijo Roberto dilapidó en poco tiempo el millón de francos que su padre le había legado, y, como buen calculador, resolvió cruzar el Océano en busca del vellocino de oro.

Roberto fué presentado a los Coxstorm, y su nombre y sus títulos produjeron extraordinaria sensación en el seno de la acaudalada familia americana.

A las pocas semanas de un trato frecuente, miss Mabel dijo a sus padres:

—Lily Goldenswain es condesa; Nancy Stockfih se casó con un príncipe ruso, y Virginia Flyngcow, la menos rica de mis amigas, es baronesa alemana. Yo también quiero ser baronesa. Amo a Roberto, y, con permiso de ustedes, no me casaré con nadie más que con él.

Media hora después de esta terminante declaración, el rey de los aceites animales recibió la visita del aristócrata francés.

Jeremias Coxstorm felicitó a Roberto por lo bien que hablaba el inglés, y el barón atribuyó el mérito a los frailes que habían dirigido sus estudios.

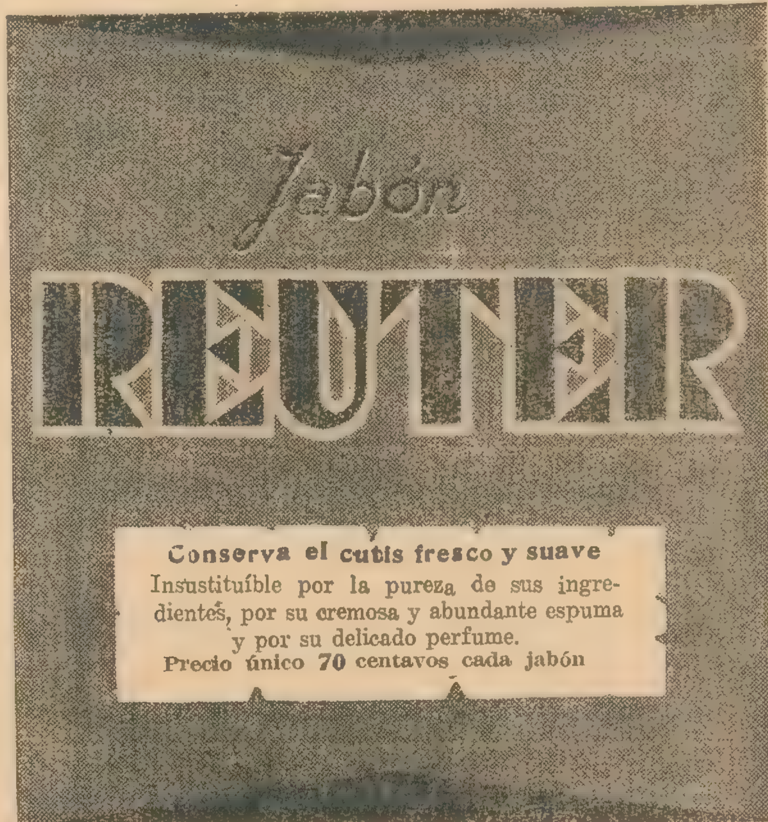
Iba a hablar el padre cuando de pronto se oyó la sonora risa de miss Mabel.

—¡Ah! ¿Usted aquí?—dijo simulando una sorpresa.

Bastóle una mirada para comprender que el asunto requería una contestación, y añadió:

—He aquí mi mano, Roberto. Mis padres están conformes en nuestra unión y se muestran satisfechos de la petición que usted acaba de hacerles.

—"¡All right!"—exclamó Jeremia Coxstorm.



Los dos hombres se estrecharon las manos estupefactos, y la señora de la casa enviada a buscar por un lacayo, vertió las lágrimas que son de rigor en tales casos.

Roberto y Mabel fueron novios. En una de sus íntimas conversaciones, la joven dijo a su prometido:

—Deseo saber a cuánto ascienden tus deudas.

—Pero...

—Me darás la litsa de tus acreedores, con las cantidades correspondientes. Puedes estar tranquilo, porque haré en ese punto la vista gorda. Mi padre arreglará todo eso cuando estemos casados. Ya he discutido con él la cuestión de intereses. No careceremos de nada.

Y, sin ninguna transición, se puso a elogiar el intermedio sinfónico de "Cavallería rustinaca".

La boda fué solemne, y el mismo buque que nabía llevado a Roberto a América condujo a Europa al venturoso matrimonio.

Mabel comparaba su alma con el Océano, y la espuma de las olas con los ricos encajes que pensaba comprar en París para adorno de su persona.

El barón le dirigía también frases muy poéticas, impregnadas de ardiente pasión.

—Roberto—dijo una tarde Mabel a su marido—, ¿te bastarán ochocientos francos mensuales para tus gastillos menudos?

—¡Por Dios, Mabel!...

—Eso es lo que hemos convenido mi padre y yo. No quería darte más que quinientos; pero yo le exigí algo más para que pudieras hacerme de cuando en cuando algún regalito sin importancia. ¡Me gusta tanto abrir paquetes!...

—Sin embargo, esa desconfianza de tu padre...

—La idea ha sido mía.

—¿Tuya, Mabel?

—Sí, pensaba confesártelo antes de nuestra llegada a Francia.

—Pues me lo ha inspirado el inmenso amor que te profeso. Muchas amigas mías se han casado como yo y ninguna de ellas es feliz. Pero yo quiero serlo. Viviremos en Paris, donde, si dispusieses de mucho dinero para gastar, las mil tentaciones que hay allí te apartarían con frecuencia de mi lado.

—¡Me admira tu franqueza!

—Te amo con ardiente pasión, y por mi podrás hacer todas las locuras imaginables con tal de que correspondas fielmente al afecto extremado que te profeso. Mi padre lo pagará todo. No te rías, Roberto. No debe haber para tí en el Mundo más que una mujer, y esa soy yo.

Roberto d'Arcasse la escuchaba encantado. Como tantas mujeres le habían ayudado a arruinarse, sin quererle, parecíale milagroso que hubieses solamente un ser que le adorase solamente por los méritos de su persona.

— Te has incomodado conmigo, Roberto? — preguntó Mabel a su marido.

El barón la tranquilizó con un beso resuelto a dejarse amar sin perder la cabeza, como le había ocurrido con las mujeres a quienes en otro tiempo había amado, y a las cuales pagaba el alquiler de casa, las cuentas de la modista y los más extravagantes y estúpidos caprichos.

EL CUERVO

Por GABRIEL GREINER

Se entregaba a aquella extraña y morbosa pasión con la misma intensa voluptuosidad que antes se entregara a las delicias del amor. Porque esta nueva pasión había llegado a anular a la otra normal, sana y juvenil del amor.

No se dió cuenta del proceso evolutivo de aquel gusto nuevo hasta que de lleno se vió metido en él y por él desbordado. Y cuando quiso reaccionar ya fué imposible. Ya ni el amor le distraía de su nueva pasión...

Efectivamente; se lo confesaba él mismo en sus largos y mentales diálogos con ese otro ser misterioso que llevamos dentro de nosotros; todo lo fúnebre, lo macabro, todo aquello que fuera preparatorio, accesorio, auxiliar acompañante de la Muerte, le interesaba, le sugestionaba, y él lo buscaba lleno de un absurdo deseo...

¡La Muerte!... ¡Gran misterio de la Vida! ¡Gran abismo lleno de sugestiones eternas e infinitas, abierto todos los días a nuestros pies!... ¿Por qué pensar con tristeza, con dolor, con terror en la Muerte? ¿Existe aventura más formidable, más extraordinaria que morirse?

El hombre que a veces se arma de una escopeta y va a cazar leones en el desierto; que otras se cubre con pieles hasta los ojos y se va al polo Norte; que otras en fin, vuela en el aire como un pájaro o se hunde en el agua, como un pez, en busca siempre de un interés nuevo, de una emoción nueva de una sensación original, siente temor miedo, dolor, ante la aventura magnífica, llena de perspectivas, éstas si, completamente inéditas, de morirse...

¡Ah, si él hubiera podido arengar a la Humanidad en este punto! ¿Por qué no pensar en el día de la muerte como, por ejemplo, en el día de nuestro santo cuando niños, o en el día de nuestro amor cuando hombres?... La Muerte, tal como la vemos, es un hielo puesto ante el sol de nuestra vida; le quita y quita a la vida calor y luz.

Los hombres no quieren pensar en la Muerte, y quién sabe si el no haber llegado aún a la fórmula de la inmortalidad material se debe a ese alejamiento moral de la idea de la Muerte.

No era un triste ni un pobre estúpido cansado de la vida y propicio al suicidio. Ni pensaba en la Muerte como en un fin, como en un descanso, como en algo consolador y compensador. No. El gran interés sugestivo de la Muerte era, para él, su misterio. Quizá la aventura que se inicia al exhalar el último suspiro no sea divertida; pero quizá sí. ¿Quién sabe? Y en esa interrogación estaba todo su interés por lo lúgubre, lo fúnebre, lo mortuorio...

Había ido muchas veces al Depósito judicial a ver cadáveres, a presentir, a querer adivinar. Pero estos cuerpos, la mayoría de las veces deshechos, destrozados, amputados, sangrientos, acabaron por no interesarle. En ellos, sí, veía la Muerte como un fin, como una destrucción. En los hospitales, que también visitó a menudo, sucedía algo muy parecido.

Y lo que a él más le interesaba era el cadáver normal, el muerto tranquilo, con todo su cuerpo entero, que empezaba el viaje en medio de esa última decoración, casi siempre fastuosa, que el hombre se prepara para morirse y enterrarse...

Le distraía ver pasar los entierros, contarlos, comparar las clases y categorías de carrozas, de caballos, de personal, de acompañamientos.

A veces él también, en las tardes crudas y asesinas del invierno, en esos atardeceres sombríos, turbios yertos, de los crepúsculos vespertinos helados, acompañaba cadáveres sin conocer ni al muerto que iba en el coche ni a los que a pie marchaban tras él...

Le gustaba ver llegar ante las casas que tenían el portal semicerrado el carro que traía las decoraciones de la Muerte. Se paraba entonces para ver sacar por aquellos hombres de largas blusas negras la caja, primero, y luego, los candelabros de plata, los paños negros, las velas amarillas unas maderas y se imaginaba, arriba, en un piso cualquiera, la Muerte abriendo la puerta a sus servidores, complacida y sonriente.

—Pasen, pasen; aquí es...

Y cuántas veces, por la noche, había seguido a distancia a ese hombre lúgubre que lleva un ataúd al hombro y que nos encontramos bruscamente al volver una esquina... Y lo seguía, gozándose en hacerlo resaltar sobre perspectivas macabras, como, por ejemplo, las que nos prestan esos faroles agonizantes que parpadean como borrachos de gas verde y pestilente.. Y sonreía.

—Soy como un cuervo—decía.

En la noche, ¡cuántas veces!, en las altas horas de la madrugada, mejor en el invierno, cuando con el cuello del gabán subido y las manos en los bolsillos caminaba solo, por en medio de las calles heladas, desiertas, barridas por los estiletes agudos del frío seco, dueño absoluto de ellas, solitario y alto como un aparecido, gozando intensamente de su soledad, entre los altos edificios y en la obscuridad del arroyo;. ¡cuántas veces se sentía atraído por los escaparates, los únicos encendidos como faros eternos, de las funerarias!

En las sombras mal disipadas por el alumbrado urbano surgían brillantes, cegadores, llenos de esa luz potente, blanca y luminosa, de que se hinchan en esas horas las pocas luces que permanecen encendidas. Su reflejo se alargaba hasta en medio del arroyo, y, en las calles estrechas, hasta las fachadas de la acera de enfrente.

Se detenía ante ellos. Contemplaba ávidamente los grandes Cristos crucificados, las Vírgenes dolientes y dulces, las grandes coronas mortuorias en sus altos atriles de maderas negras; los mármoles blancos, los medallones, las lápidas reducidas, y, sobre todo, aquellas carrozas diminutas que, encerradas en un fanal de cristal ofrecían sus modelos en pequeño... Eran carrozas de gran lujo, como juguetes carísimos... Y parecían exhibirse, como para tentación del transeúnte, para obligarle a entrar y decir, señalándolas:

—Yo quiero una como ésa...

Luego se iba despacio, en la noche, pensando en todo aquello.

Y sonreía.

—Soy como un cuervo—decía...

Una noche en que su ánimo se había sobrecargado de sensaciones fúnebres, volvía muy tarde—las tres, tres y media de la madrugada—por una larga y estrecha calle.

Bruscamente, se detuvo. Había pasado, rozando con un hombro, una ancha ventana, protegida por su fuerte reja, de un piso bajo, casi al nivel del empedrado de la calle. Había creído percibir luces extrañas en el interior de la habitación correspondiente a la ventana. Volvió sobre sus pasos, se acercó a la reja, y... ¡oh el maravilloso espectáculo para él! Las hojas de la ventana estaban totalmente abiertas de forma que a no ser por la reja hubiérase podido saltar a la habitación Estaba ésta totalmente recubierta en sus paredes, techos y suelo con tapices negros, como terciopelos mates, por los que corrían grandes lágrimas de plata, como extrañas palomas blancas por un cielo negro. No había ni un mueble. Pero en el centro de la estancia, rodeado de ocho grandes candelabros, altos como centinelas, y sobre un túmulo de tonos dorados y obscuros, había un ataúd. Un ataúd que estaba sin tapar, sin cerrar, puesto que la tapa recorrida toda por una gran cruz de paño de oro, estaba apoyada sobre una pared.

en que él estaba, no se podía ver el interior del ataúd, a cuyo pie había una gran corona de rosas frescas y húmedas... venidas Dios sabe de dónde en aquellos días.

Anécdota

Había hace tiempo un cómico catalán, cuyo nombre no recordamos y cuya especialidad consistía en hacer de un modo notable el protagonista del drama Don Juan Tenorio. *Sobre todo, en el acto de la quinta, se posesionaba de tal modo con su papel, llevándolo a tales extremos de realidad, que ya en varias ocasiones Don Gonzalo y Don Luis habían resultado heridos de verdad en la contienda.*

Un año le contrataron para hacer la obra en el teatro Paralelo de Barcelona, y, ya en el ensayo, el comediante, que hacía el Comendador, previniéndose contra futuras exaltaciones, le dijo:

—Oye tú, ten mucho cuidado; y cuando me mates, apunta a los telares, no me vayas a dar con el taco en la cara.

—Descuida, hombre, descuida; apuntaré hacia lo alto.

El jefe de la maquinaria, que por casualidad se hallaba presente en el ensayo, al oir aquello imaginó el modo de embromar al actor en cuestión, cuyas exageraciones conocía de antiguo. Consultó con sus compañeros la graciosa idea. Al efecto, convinieron en construir un gran muñeco de trapo, del tamaño de una persona y vestido de obrero, y cuando Tenorio disparase hacia lo alto, arrojarían el muñeco desde el peine, para que el cómico creyese que había matado a un hombre de los telares.

Y dicho y hecho, llegó el acto de la quinta y el momento culminante de la lucha.

—¡Cuando Dios te llame a juicio, tú responderás por mí! — dijo Tenorio—. Y apuntando hacia el techo, disparó la pistola.

Aun no se había apagado el ruido de la detonación, cuando cayó de las alturas el pelele. Y Don Juan, al ver al muñeco, exclamó aterrado:

—¡Mare de Deu! ¡¡Ya m'he cargat a un tramoyista!!

Enrique POVEDANO

El apenas respiraba. Maravilloso, magnífico espectáculo, ni soñado por él ni para él. Oteó la calle. Arriba: abajo. Nadie. Por aquella calle no pasaba nunca nadie. Así, todo el espectáculo para él solo, y por todo el tiempo que él quisiera estar allí, pegado a las rejas, escudriñando, espiando, examinando...

Pensó. Aquello no era otra cosa que un difunto esperando la hora de su entierro. La decoración mortuoria estaba un poco recargada, como aquellas que él había visto en Francia y en Italia.

Seguramente, la familia y amigos del muerto, que estarían en una habitación contigua fumando y bebiendo coñac en silencio y con nervios, habían dejado expresamente la ventana abierta para que no se hiciese insoportable el olor a cadaverina... Sin embargo, realmente no olía a nada. De todas formas, la precaución era limpia y sana, y sencilla de realizar en calle como aquélla y a aquella hora.

Pero..., en realidad..., sí...., él podía ver el rostro del difunto. No tenía más que subir un poco sobre la verja, de adornos fáciles al pie| Se desabrochó el gabán y trepó a un metro escasamente del nivel del suelo. Desde allí podía ver perfectamente todo el muerto extendido.

Miró con viva curiosidad.

En el interior del ataúd no había nadie.

De un leve salto volvió al suelo, un poco decepcionado, un poco inquieto. Un ataúd vacío es como una fosa abierta...

Pero no tuvo mucho tiempo para perderse en conjenturas. Una puerta que había al fondo de la estancia mortuoria se abrió lentamente...

Enrtó una mujer. Altísima, extraordinariamente delgada, rubia, de un rubio que más que oro parecía plata... Tenía muy acusados los pómulos de su rostro fino, en el que se abrían dos enormes ojos rasgados. Vestía toda de blanco, como una novia, y no llevaba más flor que la flor triste de una sonrisa muerta en sus labios finos y casi blancos...

El se sintió atraído, sugestionado por la aparecida, sin poder ya separarse de los barrotes de la reja.

Ella miró el ataúd vacío y luego lo miró a él con una mirada triste, infinitamente, definitivamente, eternamente triste... Y avanzó a pasos lentos hacia la reja, hacia él, que sentía trepidar su corazón, oprimirse su pecho y batir sus sienes... Pero que no podía, "que no quería huir".. Proyectada por la luz de los ocho cirios encendidos, la silueta de ella llegó a la calle antes que ella misma, agigantada, temblorosa y fina como una llama negra... El la veía avanzar, que llegaba, llegaba, lenta pero fatalmente, inexorablemente... Y él le sonreía.

Cuando estuvo al lado de él, al otro lado de la reja, se arrodilló, sacó un brazo, blanco y brillante como de hueso, cogió la cabeza de él y la atrajo, la atrajo hacia sus labios, mirándolo en los ojos con sus ojos sin límites. Con su boca descolorida lo besó, lo besó en un largo prieto, eterno beso frío.

El sintió más fuerte el trepidar de su corazón, más vivo el batir de sus sienes, y, sobre todo, más aguda la opresión de su pecho. Y él también entornó los ojos, besó y suspiró.

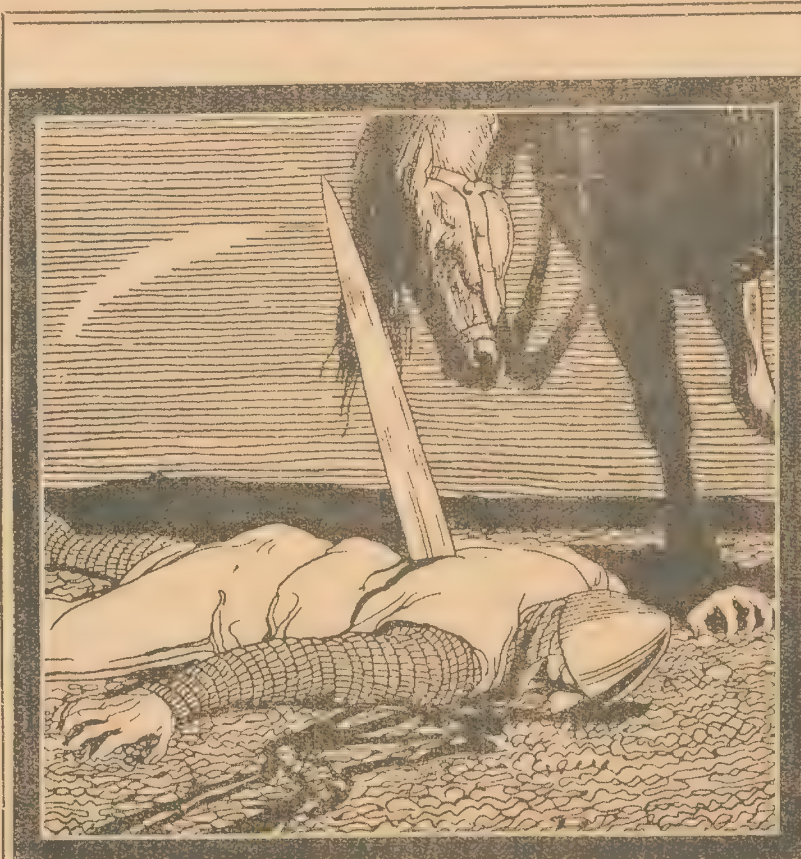
* * *

A la luz aguardentosa de la mañana, que nacía húmeda, fría y hosca, el vigilante encontró el cadáver agarrado a las rejas de la ventana. No había caido en tierra. Y nadie, ni los guardias, ni el juez, ni el médico, se explicaron qué interés podía haber tenido para el muerto aquel gran cuarto de aquel piso bajo, desalquilado, según dijo el portero, desde hacía medio año.

Por lo demás, un vulgar caso, según el médico, de angina de pecho.

o o o

Es verdad. No se debe pensar en la Muerte. Porque cuando pensamos en la Muerte, la Muerte viene. O es que estaba cerca y nos avisaba...



La Espada de Atila

Dijo el rey al caballero,
—Por mi quebraste tu espada,
escoge de mi armería
aquella que más te plazca.

Y el noble dijo al armero:
—Ven y muéstrame las armas;
el rey escoger me deja
la mejor de las que guardas.

Y va probando una a una,
ésta deja, aquélla aparta;
y, al fin, todas las desdeña
por una disforme y bárbara.

Medrosamente el armero
le dice:—Señor, dejadla.
¡Es la de Atila ¿Quién osa,
cuando duerme, despertarla?

—Dámela, que la victoria
ha de darme en la batalla.

De nuevo vuelve a la lucha,
que vas a verte saciada.

Y el hierro tosco de Atila
hiende y corta, tunde y raja;
no es el brazo quien lo mueve,
que lleva en sí la matanza.

Se extingue la luz del día;
la luna, como guadaña,
en la lividez del cielo
teñida en sangre se alza.

—Basta, hierro sanguinario—
dice el caballero. - Basta.
Detén tu furia inclemente.
Detén tu incansable rabia...

Pero el caballo tropieza,
arrojándole a distancia,
y el tosco hierro de Atila
por el pecho le traspasa.

Conrado MEYER

¿Realidad o fabula?

De las riquezas fabulosas de los príncipes indios se habla muy a menudo, aunque con bastante inexactitud. Por eso, no poca gente se pregunta si esas riquezas tan alabadas, no serán pura leyenda. Es preciso, pues, poner las cosas en su punto. No todos los soberanos de la India son ricos. Algunos de ellos que gobiernan en territorios exiguos y sobre un número de hombres irrisorio, particularmente los rajás de los distritos montañosos del Norte, son pobrísimos. Los soberanos indígenas de la India son más de trescientos, pero los reconocidos oficialmente por el Gobierno inglés y que en su calidad de príncipes reinantes tienen derecho a las veintiuna salvas de ordenanza cuando viajan por el exterior, no llegan a dos docenas.

En el distrito de Rajputana, hay un conjunto como de una docena de Estados semi-independientes sobre los cuales Inglaterra no ejerce más que una simple protección y, cuyos maharajás pueden considerarse como verdaderos Cresos.

Entre esos Estados los principales son los de Gwallor, Bhopal, Indore, Alwar, Jaipur y Udaipur. Sus soberanos tienen derecho a acuñar moneda y a hacer emisiones de sellos de correo, limitados éstos a circular dentro de los límites de sus reinos. Estos monarcas son inmensamente ricos. El maharajá de Alwar tiene la costumbre de regalar el día de su cumpleaños su peso en oro al más pobre de su reino.

El maharajá de Jaipur posee, entre otras muchas cosas, una colección de alfombras persas de gran antigüedad, que, según un perito londinense, vale la no despreciable suma de ocho millones de libras esterlinas. Su colección de joyas y piedras preciosas es por su variedad y valor considerada como única en el mundo.

El Gaekwar de Boroda tiene a la entrada de su residencia cañones macizos de oro.

Del maharajá de Kapurtala se ha hablado mucho.

La cuantía de sus riquezas es del dominio público. Pero daremos un detalle: Posee tantos anillos que podría ponerse uno diferente cada día en el curso de su existencia, suponiendo ésta la regular en un hombre.

El más rico de los soberanos indios es el Mizam de Hayderabad. Como que es quizás el hombre que posee mayores riquezas en el mundo. La cantidad de esmeraldas que posee parece fabulosa. Tiene vestidos recamados de perlas.

La Sembradora de Amor

Por R. M.

En la ciudad situada por los imperiales, y sobre la más alta torre de la ciudadela, flotaba al aire la desgarrada bandera izada con trabajo como si luciese insolentes gestos de desafío a los cañonazos homicidas.

Las tiendas de campaña empavesadas como para celebrar una victoria, los alertas de pífanos y tambores, la vigilante armada que bordeaba las costas próximas con sus blancas velas henchidas por el viento ,semejando una bandada de cigüeñas y sombreando el azul de las olas, formaban un cuadro lleno de vida y animación.

Los que no esperaban la libertad sino por un milagro, encontraban divertido admirar al enemigo con una defensa desesperada, resistiendo un puñado de soldados decididos a todo un ejército, esperando cuando las murallas se derrumbasen brindar con el último trago a la salud del rey y hacer volar confundidos los tres polvorines con todo lo que quedase en pie y con vida, no teniendo más alegría, más placer en aquel monótono encierro encadenado perpetuamente.

Era de ver una hermosa muchacha de pelo rojizo, con una boca que incitaba a beber en ella el olvido y el sueño si se prestara por casualidad al capricho de dejarse amar.

Había sido recogida por unas gentes honradas y caritativas que vivían en la atalaya de la puerta marina.

Se llamaba Bibiana. Sus cabellos hacían pensar en una deslumbrante aurora, en algún tesoro que esparcieran las manos temblorosas de un avaro, en alguna de esas magníficas y suntuosas capas con que se revisten los obispos para bendecir a la gente arrodillada el día del Corpus; cuando una caricia los destrenzaba, eran tan finos y suaves como un traje de seda. Su boca parecía un cáliz húmedo aún con la púrpura de un delicado vino; los pequeños y nacarados dientes lucían en ella como menudos granos de arroz. Se hubiera gastado la vida y perdido la razón queriendo sondar los abismos de sus ojos extraños, inciertos, de color de mar y cielo; buscando de qué mágica nieve había sido formado por aquel corazón, que no la servía más que de juguete en aquel cuerpo de nereida, de soberbios hombros, de caderas redondas, de seno exuberante, que hubiera adornado mejor que cualquiera escultura simbólica la proa de una galera capitana que bogase lenta, tentadora, en los archipiélagos de la voluptuosidad.

No dependía de nadie: ni de un esposo, ni de un tutor, ni de un amo; no era ni de las orgullosas a quien los criados llevan en silla de manos blasonada, que se abanican a la hora del crepúsculo en los balcones adornados con guirnaldas de flores, con sus finos dedos cargados de sortijas: ni de las impúdicas que se venden la noche entera, que cuelgan faroles amarillos en sus puertas como una muestra, y que están relegadas como los judíos en las encrucijadas de mala fama.

Vendía mariscos cerca de una fuente, cuya clara agua fluía por bocas de mascarones griegos, cantando sin tregua la misma canción alegre, al lado de una losa de mármol blanco, donde tenía colocados sobre algas húmedas los mariscos y limones.

Indiferentes a los convoyes de heridos y muertos que escoltaban sombríos penitentes, a las campanillas del Viático, a los sollozos de las mujeres, a los brazos enganchados en los zócalos de los calvarios, triste consecuencia de las bombas que estallaban por todas partes, a los incendios que consumían los barrios, los oficiales y los trompetas, los veteranos y los bisoños, acudían alrededor de Bibiana al terminar su guardia, cuando tenían algún tiempo de reposo y de placer, sacudiéndose el polvo de sus cuellos de terciopelo, de sus sombreros de plumas y de sus vistosos uniformes, algunas veces llenos de barro o de sangre, demandándola una sonrisa, una promesa, una mirada y ofreciéndola su paga entera para que la radiante pescadora les invitase a comer en su mano los suculentos marsicos que ella acababa de abrir; acudían a respirar el perfume del clavel, de la rosa, de la rama de jazmín que llevaba colocadas entre sus abundantes cabellos.

Esto producía riñas, acompañadas de insultos, que subían como hiel a sus labios abrasados, y a veces los contendientes, arrojando las casacas sobre un guarda cantón, sacaban a relucir los aceros, y después del chis chas, caía pesadamente un hombre, desplomándose hacia atrás con las manos sobre el pecho, blasfemando en su agonía.

Hubo tantos duelos sangrientos por causa de esta joven de diecisiete años, más funesta que el enemigo para los oficiales y soldados del rey, que el anciano gobernador de la ciudad, el señor de Taillevant, que era tuerto del ojo izquierdo y tenía más cicatrices que una vela de una pobre tartana, y que andaba penosamente con su pierna de palo, se inquietó y decidió poner orden.

Los tambores redoblaron con estrépito en las plazas y calles, anunciando que en lo sucesivo todo oficial o soldado que provocase a otro y se batiese en sitio que no fueran las murallas y contra los imperiales, sería considerado como desertor y traidor, juzgado según la ley marcial y ahorcado en la ciudad como los ladrones y asesinos.

Nadie se atrevió a rebelarse ni a murmurar por lo bajo siquiera contra el edicto implacable; pero Bibiana se echó a reir cuando el pregonero repitió la lúgubre orden a algunos pasos de la fuente.

El marqués de Cintegavelle, que mandaba y costeaba una compañía de artilleros, y el baroncito de Longeville, que era capitán del regimiento de Provenza, se disputaban entonces la fresca boca de la pescadera, muy resueltos el uno y el otro a conseguir sus favores y a no ceder la plaza por nada del mundo

—Esta noche—suspiró ella con lánguida voz, mirándoles al uno y al otro—yo perteneceré a aquél que llame primero a mi puerta, porque me agradáis tanto uno como otro.

El señor de Longeville cogió del brazo a su rival, y mientras que con la punta de su bastón tronchaba las flores de los cardos, le dijo:

—¡Os repugna, creo, tanto como a mí, el balancearnos en una cuerda de cáñamo y servir de alimento a los cuervos, y, por otra parte, estimo más que a mi vida ser el dichoso amante de ese lindo pimpollo que me seduce!

El señor de Cintegavelle replicó:

—Acabáis de adivinar todos mis secretos pensamientos, y puesto que me tomáis delantera, supongo que será para ofrecerme un medio de salir de tan doloroso atolladero.

—En efecto, y voy a deciros lo que quería proponeros.

Desde hace tres días el enemigo pone todo su empeño en la puerta de Saboya, y nuestros hombres se esfuerzan en vano en reparar los daños que allí hacen las balas y las granadas... ¡Qué diríais, pues, si os propusiese dar un paseito por aquel lugar peligroso, una cita galante, donde decidiéramos de nuestro común deseo y de los encantos de Bibiana? Siento por la primera vez en mi vida ser más pequeño que vos; pero tomaré el peor lugar...

Se saludaron gravemente y ganaron con bromas libertinas la brecha, donde llovía como granizos la metralla y los cascos de las bombas. Los soldados les contemplaban estupefactos, jadeantes, en aquella bruma le yeso y humo, oyéndoles hablar como dos compañeros sobre aquello que les encantaba más de la belleza de la pescadora El baroncito de Longeville exclamó:

—Me gustarían que la picasen estas moscas asesinas cerca de la sien, o en el hoyuelo que tiene cerca de los labios y que habéis debido notar, señor...

Y se tambaleó, porque una bala de mosquete le atravesó el pecho, rindiendo el herido el alma con estas palabras de despedida:

—¡Mi enhorabuena, marqués, y mis últimos homenajes a nuestra hermosa amiga!

El crepúsculo caía, el mar y las colinas parecían metamorfoseados en campos de violetas; las trompetas tocaban a lo lejos el fin del combate con un ritmo triste, y el marqués se apresuró a reunirse con la hermosa Bibiana, que alegre cantaba y peinaba sus cabellos...

ANECDOTA

Míster Lawson refería frecuentemente el origen de su fortuna, amasada en Norte América hasta reunir una cifra fantástica de millones.

En una de las ocasiones en que hacía tal referencia, le escuchaba el embajador de España en Nueva York.

—Yo — decía el millonario — empecé de dependiente de una tienda de ultramarinos. Pero el principio de todos mis éxitos se lo debo a un alfiler.

—¿Un alfiler? — dijo el embajador.

—Sí. Un alfiler.

—¡Ya, ya! Usted levantó el alfiler, el dueño de la tienda donde usted era dependiente lo vió y le hizo ser socio. ¿No es eso?

—Nada de eso — replicó míster Lawson—. Mi patrón me había despedido por una travesura. Iba yo pensativo y cabizbajo, cuando ví un alfiler en el suelo. Me agaché, lo levanté y lo vendí por cien dólares. El alfiler tenía un magnífico brillante.....

MOLESTIAS PERTINACES QUE DESAPARECEN



Cuando se sienta afectado por un fuerte dolor de muelas o de oídos tome una

CAFIASPIRINA

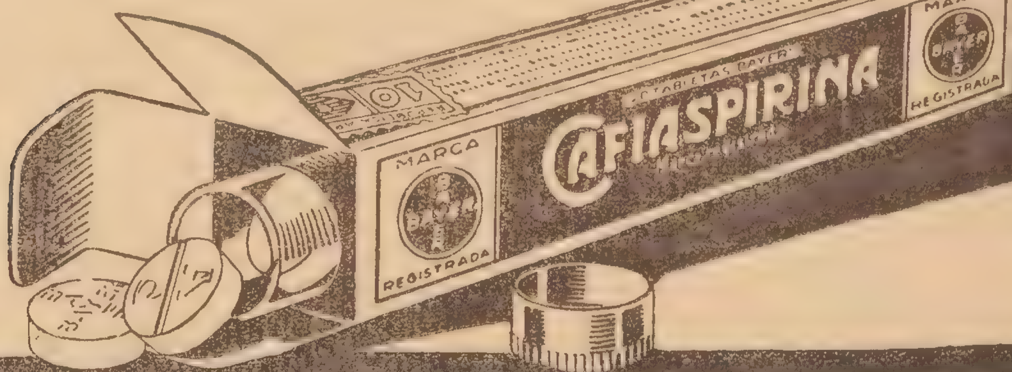
Experimentará Vd. una inmediata sensación de alivio y su bienestar se restablecerá como por encanto.

CAFIASPIRINA combate con probada eficacia las neuralgias, reumatismo, los dolores de cintura y otros, ***sin dañar el corazón, ni los riñones.***

Pídase siempre el tubo original o un Sobre "Bayer"









La Luna





Por qué lo habían llevado fuera de su casa, la mañana de aquel día, así, tan de improviso? Su mamá no se había levantado del lecho; estaba un poco enferma. Pero, otras veces, cuando estaba así, un poco enferma, lo quería tener siempre cerca suyo, a su niñito, allí, en el borde del lecho, donde lo hacía jugar. Esta vez, sin embargo, le hizo un saludito de prisa, le dió un besito en los cabellos y le dijo:

—Hasta pronto, tesoro, anda con tu tía!

Y su papá le había regalado un centésimo. La tía lo condujo consigo, a través de los campos y las viñas, más allá de la colina, donde estaba su casa, bastante más pequeña que la de su papá. ¿Y por qué, todo aquello? ¿Y por qué su tía lo había dejado, después, solo con los quinteros y no había vuelto más? Misterios, misterios profundos, cosas de los **grandes**. El niñito no podía comprender, y tuvo que renunciar a comprender.

Se quedó triste y distraído en medio de los siete hijos del quintero que no acertaban a hacerlo jugar. Paseó por la era; molestó las gallinas; tiró pedradas al perro; hizo caer del árbol tres ciruelas verdes; ni llegó, de ningún modo, a aplacar el enojo que lo rodeaba por tanta inexplicable injusticia; y terminó por arrojar tierra al pozo...

Después vino la hora de la comida y comió sin apetito. Cuando llegó la hora del reposo, no pudo dormir. Volvió a la era con los ojos inflamados y en la boca un rictus de enojo... Miró la senda que se dirigía a la colina para descender hacia el otro valle, donde vivía su mamá que aquel día había estado tan mala con él... Vió que no venía nadie y se ensució la ropa con tierra. Así, la noche descendió lenta y secreta. Las nubes perdieron su blancura de plata poniéndose obscuras y creciendo de tamaño. El cielo se coloreó de un azul más intenso y un grillo comenzó a cantar...

Entonces vió a la mujer del quintero asomarse a la puerta de la casa, escudriñar la colina y la senda, después el cielo, luego, otra vez, la colina y la senda. Finalmente la oyó balbucear, volviéndose hacia alguien que estaba en la casa:

—No se ve, todavía a nadie. ¡Que Dios la asista a la pobre! y, en seguida, sonriendo al niñito, que la miraba:

—¡Eh! tú, ¡ponte contento! Ahora vendrá tu tía, verás...

El le volvió las espaldas, encogiéndose de hombros.

Y esperó, todavía. Descubrió una estrella hacia el levante, una estrella que temblaba, sola y perdida como él. Pensó en la noche, en el lobo, en la floresta, con una lucesita lejana... Los siete niños del quintero cazaban luciérnagas, con gran estrépito, a lo largo del confín de la era. Una campana comenzó a sonar.

—Muy bien, muy bien, pensó el niñito, ahora lloraré.

Y se sentó en un rincón, entre una tinaja y un cantero de césped, para esperar el llanto...

* * *

Pero, en lugar del llanto, llegó su tía. Venía apurada y alegre, toda llena de halagos, toda ternura.

—¡Mi tesoro, mi bello tesoro! Te hemos dejado solo, ¡Eh! ¿Y qué has hecho en todo el día? ¿Has jugado, ¿Has llorado? No, no; no has llorado, queridito, queridito!

El, al principio, se mantuvo enfadado, casi hostil; tanta era la alegría de haberse reencontrado y vuelto a besar.

—Y mamá? preguntó.

—¡Oh! Mamá está bien. ¡Está tan contenta! y mientras tanto, le susurraba algo al quintero, tan cerca que le tocaba.

—¿Y por qué?...

—Nada, nada tesorito! Ahora vayamos a casa; nosotros dos solos y volveremos a ver a mamá...

—¡Sí!

—Tienes deseos de caminar?

—¡Sí, Sí!

—¿Aunque esté ya obscureciendo?

—¡Sí, sí, sí!

—Entonces, adelante...

Y la tía, alta y delgada, vestida de negro, con la saya que tremolaba como una bandera, tomó por la mano al niñito, saludó a los quinteros y se puso en marcha.

¡Qué pasos tan largos, los suyos! ¡Qué furia! Pero el niñito tenía más prisa que ella y no se lamentó por ello. Probó seguirla, caminando; no pudo. Entonces rompió a correr y, adelante, adelante...

La tía cantaba, para señalar el camino, con una pobre voz de mosquito:

"**El zurrón está pronto, pronto, y el fusil...**" Y, también el niñito cantó, con el aliento entrecortado, a su modo.

* * *

Pero la cuesta de la colina era empinada y bien pronto la tía no tuvo más fuerzas para correr, ni aliento para cantar.

—Podríamos ir más despacio, dijo, ¿no?

—Sí, podríamos...

El niñito se enjugó el sudor que le corría por la frente y que le descendía hasta los ojos, caliente, molesto y suspiró. Otras noches, a aquella hora, él estaba muy lejos, en el luminoso país de sus sueños, donde caminaba sin fatiga: ahora, en vez... Pero, tenía tantos deseos de volver a ver a su mamá, que no pidió ni siquiera ser llevado en brazos. Sólo deseó que el camino se acortase un poco, por el favor de alguna hada buena...

—Eso es. Así es mejor—decía la tía—así podremos hablar porque yo tengo necesidad de hablarte, antes de llegar, tengo necesidad de decirte...

El niñito, no cegado ya por el sudor y no obligado, por más tiempo, a tener fijos los ojos en el suelo, para no tropezar con las piedras, levantó la vista y descubrió, de golpe, una maravilla que no conocía. Era una extraña luz, todo expandida en torno, una luz blanca, blanca, blanca, sobre las plantas, sobre el césped, sobre las colinas, una especie de polvo de plata, ligero y tibio; una cosa que hacía pensar en el luminoso país de sus sueños. Y, adelante, sobre la tierra de la senda, veía su propia sombra y la sombra de su tía, como si a sus espaldas alumbrara el sol, pero un sol pálido y enfermo, que no daba calor, que no alcanzaba, ni siquiera a iluminar el cielo...

—¡Tía!

Su tía se detuvo, lo miró, pero él ya se había vuelto, por instinto, y he aquí: la había visto, allá... ¡cómo era grande! ¡cómo era blanca! ¡cómo era bella!... la luna.

—¡Oh tía!

Y la señalaba con su manita incierta, lleno el rostro de candidez, todos sahumado por la luz del astro.

—¡Tesoro! ¡tesoro! — prorrumpió la tía — ¿No la habías visto nunca?

—Sí, sí, la había visto, pero no tan grande y viva; nunca tan triunfante en la alta noche serena. La había visto de día, poco antes de anochecer, cuando daba la impresión de un dedo manchado de blanco, y también por la noche, la había visto alguna vez, pero pequeña, inútil, ligera, un pedacito luminoso, un retazo de uña, nada... Ahora en vez... Era la señora del mundo, como el sol, pero menos soberbia que éste, pues se la podía mirar y se

la podía sonreír, y hacerle **chau** con la mano.

—Ven, ven niñito, tendrás tiempo después, para contemplarla.

Siguió caminando la tía, y él con ella, pero se daba vuelta a cada paso, haciéndose arrastrar, para volver a ver, cada vez, la maravilla descubierta.

—Camina, camina. ¡Si tú supieses lo que te espera en casa!

—¿Qué cosa?

—Estaba por decírtelo, hace un momento...

—¡Y dilo!

—Bueno, pero no te hagas arrastrar.

—No; pero ¡dilo!

—Encontrarás, en casa, una cosa nueva.

—¿El caballito?

—No: una cosa más linda; lo que querías tanto; aquello que tu mamá te prometía...

El niñito se detuvo pensativo. Se olvidó de la luna y del sueño. Se volvió todo ansias y esperanza:

—¿Pero qué?

—¡La hermanita!

Efectivamente, sí, era cierto, la hermanita para que él tuviera con quien jugar, de la cual su mamá le hablaba; pequeña, pequeña, envuelta en gasas, con su carita sonrosada, con sus ojos cerrados, con los puños cerrados...

—¿De veras? ¿De veras?

Y recomenzó a correr, siendo ahora él quien arrastraba a su tía, fatigada.

—¡Corre, tía!

Pero, pronto se detuvo, inquieto.

—Dime: a la hermanita, ¿de dónde la han sacado?, ¿quién la ha traído?

La tía se quedó en suspenso, con los ojos sonrientes. Buscó, en su mente una linda mentira, como el corazoncito que debía creerla, y, finalmente la encontró.

—Ella, élla la ha traído! y señaló hacia el cielo, a la luna.

—¡La luna!

El imaginó, en el momento, una hermanita vestida como los ángeles, toda de color de luna, tendiendo, como alas, dos pequeñas nubes. Y sus ansias renacieron.

—¡Corre, tía, corre!

Corrieron por la colina arriba, afanosamente. Y, al acercarse a la casa, oyeron el llanto de la recién nacida.

* * *

No, no estaba vestida como los ángeles y no tenía el color de la luna, pero era graciosa, ¡tan graciosa se le aparecía! con sus mejillas regordetas en cada una de las cuales se le formaba un pocito y con sus largas guedejas de cabellos, más finos que la seda y que, desde la nuca, le llegaban a la frente.

El niñito, en el primer momento, no tuvo sino curiosidad y tal vez un poco de desilusión, pero, poco a poco, día tras día comenzaron a divertirle sus monadas y sus grititos. Comenzó a complacerse de ser más **grande** que ella y de poderla vigilar, de acunarla y de contarle bellísimas historietas. No estaba celoso, al contrario; su mamá no le quitaba jamás una caricia, a él, para dársela a la otra. Tenía, para los dos, un caudal de mimos. Así, su nueva posición de hermano mayor terminó por serle muy grata, por gustarle mucho. Olvidó sus juegos para dedicar todos sus cuidados a aquella hermanita que se pasaba los días durmiendo y llorando y no sabía ni siquiera—pero, ¿cómo se podía ser más pequeña que ella?—no sabía ni siquiera hablar...

—Pero, ¿es verdad, mamita, que la trajo la luna?

—Sí, es cierto.

—¿Y cómo la trajo? ¿En los brazos?

—Sobre una carroza de oro.

—¿Con caballos?

—Sí.

—¿Y hacían mucho ruido?

—¡Oh! poco, poco...

Se quedaba pensativo, mirando al cielo,



que veía por el recuadro de la ventana. Tornaba a pensar en la bella luna de aquella noche. Luego se acercaba a la cuna:

—Me parece que no está tranquila, mamita, ¿sabes? ¿Quieres que le cuente un cuento?

La mamá, para hacerle el gusto, asentía. El tosía, se sonaba la nariz, se sentaba en una silla, después en una poltrona y comenzaba:

—Había una vez, sí, sí, había una vez, ¿sabes? una reina... sí... una reina, que iba en una carroza de oro... con caballos que piafaban... un poco, un poco... ¿sabes? y después... después... sí... estaba la luna redonda... y la reina... ¡no! la reina... sí... sí... había... y después...

La tía le había enseñado a contar las fábulas, pero él, evidentemente, no las había aprendido muy bien...

* * *

Una noche se despertó sobresaltado y no comprendía el por qué. Se incorporó, sentándose en el lecho, con los ojos cerrados y escuchó.

Le parecía oir el rumor confuso de pasos, de voces, de puertas que se abrían, allá arriba, en la casa enorme.

El dormía solo desde que había nacido la hermanita y nunca había tenido miedo. Pero, aquella noche lo tuvo ¡y tanto!

Quiso volverse a dormir, pero no lo consiguió. Llamó, pero no fué oído. Y, entre tanto, no se animaba a abrir los ojos, aun sintiendo, sobre los párpados una molestia extraña, como de luz. ¿Pero de que luz? ¡Si era noche obscura!... De pronto hizo un esfuerzo, apretó sus pequeños puños, se crispó, en un ímpetu de voluntad y abrió los ojos... ¡Oh! bella, oh amada la luna, redonda, blanca, plácida aparecía en el recuadro de la ventana! Todo su cuarto estaba lleno de aquella nieve tibia y, sobre su lecho, había como una manta de plata, tal como si se tratara del lecho de un rey! Se desvaneció su temor, arrojado lejos por la sonriente terneza que le brotaba. Saltó del lecho y se fué a recostar a la ventana. Se extasió contemplando la noche admirable, mientras le sonreía a la luna...

Pero, entonces, la luna, se asoció, en su mentecilla, al rumor que, tal cual vez, surgía de la casa. Pensó que allá arriba se velaba, porque algo acontecía... ¿qué podía ser? ¡Oh! todo surgía claro, todo era evidente. Otra hermanita estaba llegando. La luna la había traído en la carroza de oro, arrastrada por los caballos que hacían ruido. ¡Seguro! ¡Seguro! ¿A qué podía volver la luna, sino a traer otra hermanita?

Tanta era la luminosa alegría que resplandeció en su corazón inocente! Ya veía dos cunas iguales, dos hermanitas iguales y pensaba en su doble fatiga de hermano mayor que iba a tener que contar tantas lindas historietas...

Dejó la ventana y se encaminó, con los pies desnudos enredándose en su largo camisión. Abrió la puerta y oyó una cosa que no comprendió que no esperaba, que le dió miedo: un llanto, el lloro doloroso de su mamá... No tuvo tiempo de pensar. La tía apareció al pie de la escalera y lo vió, corriendo a su encuentro. Lo abrazó estrechamente, llorando.

—¿Qué haces tú, aquí?

—¿La hermanita?

—¡No está más, no está más la hermanita! ¡Se la han llevado!

—Pero ¿y la otra? La nueva...

—¿Qué dices?

La tía no comprendió. Lo miró estúpidamente. Pero él, él comprendió. Lo vió todo en el estupor de ella y rompió a llorar con un llanto convulsivo, entrecortado, mientras gritaba:

—¡Ha sido ella! ¡Ha sido ella! Yo creía que había traído otra, pero en vez, se ha llevado a la que teníamos... ¡la luna! ¡la luna!

—Sí, querido, sí; fué la luna quién se la llevó.

C E S A R   M E A N O



Duelo a muerte

Por H. K. Cassels

Halmiton Grey y el capitán Lyng Barliss tuvieron una desastrosa y definitiva disputa la primera vez que se encontraron. Fué en Shangai, donde era yo un recién venido, y se inició en ese gran club en que uno parece estar en Londres o Nueva York. Yo había encontrado a Barliss antes, pero su actuación y su vida me eran conocidas a través de su reputación militar. Mejor conocía a Hammy Grey, con quien había intimado en el hospital chino, mientras investigaba el efecto de una droga.

Estábamos sentados en el club, Hammy y yo. Algunos amigos se nos reunieron y después entró Dallas, del servicio consular, acompañado por un hombre a quien presentó como al capitán Barliss. Grey y Barliss comenzaron a hablar en seguida.

—¿Risely Hospital? — preguntó el capitán.—Tuvo usted suerte de salir con vida.

—Mucha suerte—convino Hammy.—Una enfermera maravillosa me salvó.

—¿Conoció usted a Gilaine Ash?

Jim Dallas estaba hablando de un potro que acababa de comprar,

—¡Nada más que cincuenta y cinco! Y con un poco de cuidado se va...

—La conocía muy bien—contestó Hammy a la pregunta de Barliss. Usted bien lo sabe.—Barliss se dió vuelta hacia él y en su voz hubo algo que nos llamó la atención.

—¡De manera que es usted el hombre! ¡Usted es el hombre que trató de robármela!

Hammy no contestó en seguida. Se pasó la mano por los ojos, que aparecían con una expresión más intrigada que indignada.

—¿Es así que usted lo considera? Sin embargo, estoy orgulloso de lo que hice, porque procedía como un caballero. Usted no lo comprende, porque si no me lo hubiera agradecido. Pero eso no importa. Lo que es inexcusable, es que después de todo, usted haya hecho desgraciada a Gilaine.

—¿Es decir que usted lo toma como asunto suyo?—preguntó duramente Barliss.

—Desde el momento que no vive usted más con ella...—comentó Hammy

En ees momento ya estaban ambos de pie. Hubo un brusco movimiento, un golpe que rompió la tensión ambiente, y después nos interpusimos entre ambos. No juraría que había habido una bofetada, pero lo cierto es que vi que Hammy sacaba su pañuelo y secaba algo húmedo de su mejilla. Sin embargo, ninguno de nosotros dijo una palabra, hasta que la pomposa voz de un coronel inglés habló desde uno de los rincones de la sala:

—¡Señores, si les place! ¡Este es un club, un club de caballeros!

Todos nos pusimos en movimiento. Dallas tomó a Barliss por un brazo, diciendo: "Le llevaré a ver el Bund de noche". Otro se llevó a Hammy en su auto, y pronto no quedó allí nadie más que yo. Me puse a pensar.

¿Sería cierto que Hammy había llevado a cabo una fechoría? Barliss no era persona de quien se hubiera podido esperar una tal conducta. De temperamento violento, es cierto, y más un hombre de acción que un pensador; pero un hombre con ciertas ideas y principios fijos, y entre ellos la caballerosidad y el honor.

Más difícil aún era pensar mal de Hammy. Era tan transparente, tan natural y tan sencillamente bondadoso, que se hacía imposible creer que hubiera realizado una mala acción en su vida.

—Esto no puede acabar así—me dije con tristeza, después de haber estado una hora pensando en el asunto.—Iré a ver a Thompson, el periodista, y él me contará lo que hay entre ellos. Yo estaba francamente curioso y un poco alarmado.

LA HISTORIA

—Te contaré la historia, pero te recomiendo discreción. No conociste a Gilaine Ash, ahora señora de Barliss. Se comprometieron cuando ella tenía diez y siete años y él diez y nueve, dos días antes que él iniciara su primer viaje hacia el otro lado de los mares. ¿Te das cuenta? Se conocían desde chicos y pienso en el aspecto de él, a los diez y nueve años, con el uniforme, etc... Ella era romántica como diez juntas. Por supuesto que aceptó su anillo y le devolvió sus besos, diciendo: "¡Sí, querido; cuando tú vuelvas!" Pero aquello no terminó con la vuelta y el matrimonio, como en los romanos medievales. Ella no estaba encerrada en una torre y él se fué por cuatro o cinco años. Después de la guerra, formó parte de la comisión de límites; luego se le nombró "attaché" a la legación, y una serie de cosas que le mantuvieron alejado. Para él, ella se conservó como la personificación de lo más bello y agradable que había dejado atrás, y una idea de esa clase se desarrolla en un hombre como él.

—¿Qué clase de muchacha era ella?—pregunté sumamente interesado.

—¡Buena!—gruñó Thompson.—¡Y de buena familia! Es extraordinariamente linda, pero excesivamente romántica, y no tiene suficiente humor alegre. Se hizo enfermera.

— Y cuándo entró Hammy en la danza?

—Ella le cuidó en el hospital cuando lo hirieron en la guerra. Lo cuidó durante seis meses. Cuando salió de allí, John Ash, el padre de ella, le ofreció un negocio; Hammy es un muchacho activísimo y capaz. Eso era precisamente lo que necesitaba, porque veía todos los días a Gilaine y ambos se habían enamorado locamente. Lyng no volvía. Y lo bueno del caso es que podía volver; no se le obligó a que aceptara el puesto en el Asia Menor: él lo pidió. Seguramente tenía miedo de morder la manzana que parecía tan buena. De cualquier manera, lo cierto es que la adoraba y que no volvía. Hammy tenía la idea de que no sería correcto arrebatarle la muchacha sin darle una oportunidad como la que le había dado a él; pensó que Gilaine no estaría segura de su corazón, después de no haber visto a Barliss tanto tiempo. De manera que aceptó el cargo de agente de la casa Ash, y se fué a Shangai sin decir siquiera hasta la vista, según creo. Es posible que te parezca demasiado puntilloso esto que hizo Hammy, pero por mi parte creo que hizo bien. Ella tenía veintitrés años cuando sucedió esto, hace tres, y Hammy quería dar a Barliss la misma oportunidad que le había dado a él. Si después de un año Barliss no volvía, o volvía y no se casaba con ella, entonces Hammy vendría a buscarla. Así se entendieron.

Y Toby Thompson se detuvo para causar efecto con lo que iba a decir. ¡Antes de ese lapso se había casado con Lyng, que había vuelto!

—¡Dios de Dios! ¡Esas mujeres...!

CORAZON DE MUJER

—No quiero que pienses mal de Gilaine—prosiguió Toby ante esa exclamación.—Lyng volvió y quemó incienso ante ella. Eso significa mucho para una mujer como ella, de parte de un hombre como él. Por otra parte, en un tiempo le había amado, y no podía comprender la razón del súbito abandono de Hammy. Pensó que era demasiado cálculo para un enamorado, y eso debilitó su confianza en él. Ninguna mujer hubiera considerado el escrúpulo de Hammy como digno de ser sobrepuesto al amor. Yo la vi entonces y me di cuenta que estaba asustada la pobre. Grey era un apasionado, pero podía no durar. Barliss era en cambio un viejo conocido y un enamorado. Le compraba regalos, la sacaba a pasear, etc. Se portó como todos en ocasiones parecidas y ella, no hay que olvidarlo, no había sido tratada de esa manera desde su compromiso. En uno u otro caso, se casaron cuando terminó el año de plazo de Hammy. Preguntarás por qué no fué un éxito el matrimonio, por qué no viven juntos ahora, como debes saber. Pues bien, el incienso cansa y enferma; un pedestal expuesto a los vientos no es un lugar muy a propósito para una esposa que busca protección. Cuando yo les ví, eran como extraños el uno para el otro: extraordinariamente corteses, pero nada más. El corazón de ella era de Hammy. Si éste hubiera estado muerto, la cosa hubiera sido diferente; creo que la mujer aún tenía esperanzas en él. Y las debe tener todavía.

—¿No están tramitando el divorcio?

—Por supuesto que Lyng no quiere ni oír hablar de ello, estando como está en el servicio militar. Y ella no sabe lo que quiere. Naturalmente, Hammy no le ha escrito desde su casamiento.

—Bueno, bueno; vámonos. Ya estoy cansado de eso. Iremos a divertirnos, a ver cómo se baila en el Grand.

LO INEVITABLE

De manera que fuimos allí y cenamos; y observamos representantes de todas las razas blancas del mundo bailando al compás de un fox-trot norteamericano, bebiendo vinos franceses, y escogiendo su cena de un menú íntegramente cosmopolita. Comí camarones y los rocié abundantemente con vino tinto, y esa fué precisamente la razón que me impidió dormir tranquilamente la noche; en realidad había otra razón, además de esa, porque al separarnos Toby me dijo:

—Escucha, amigo. Es posible que algo suceda en alguno de los próximos días. En este caso no temas portarte como un hombre cuando las situaciones te lo indiquen o exijan; esta es una de las causas por las cuales quisiera que no olvi-

daras la historia que te conté de tarde.

Diciendo lo cual cerró la puerta de mi taxi, porque yo le había llevado hasta su alojamiento, y entró a su casa sin pronunciar una sola palabra más.

Cualquiera que fuese la causa, lo cierto es que no dormí, lo cual es una cosa poco común para mi naturaleza. Entre cuatro y cinco de la mañana comencé a dormitar, pero a las siete me desperté sobresaltado, para encontrarme con Hammy junto a mi lecho.

—Lo siento, amigo, pero necesito tu ayuda—dijo.—¿Estás lo suficientemente despierto como para escuchar lo que tengo que decirte?

Le hice esperar hasta que abrí las ventanas de la pieza, me refresqué la cara con agua fría y me metí en un delgado pijama. Me di cuenta que se trataba de algo serio y quería estar en posesión de todas mis facultades mentales. Hammy paseaba de un lado a otro de la pieza, jugando con un cigarrillo apagado entre los dedos.

—Es lo mejor que se puede hacer en ese caso—murmuraba.—Tendremos un duelo, uno de los dos matará al otro... Después levantó la vista y nuestros ojos se encontraron: palabra de honor que no eran los míos los más firmes.

Generalmente, en un caso semejante, lo único que hay que hacer cuando un hombre habla de tal manera, es reírsele en las barbas y preguntarle luego cómo se le ha ocurrido una tal estupidez. Pero Hammy estaba evidentemente muy serio y mi propio ánimo no estaba muy tranquilo después de la noche pasada. Le hice sentar en una silla y le ofrecí un fósforo para su cigarrillo.

—Recobra la serenidad y habla un poco más sensatamente. Tus nervios están a la miseria. ¿Quieres un trago?—Yo trataba de vencer la irritación que me había producido la mala noche pasada.

Rehusó la bebida y habló con suavidad nada común, aun en él.

—Estoy hablando sensatamente. Está todo arreglado, pero necesito un segundo y te he venido a pedir a ti que lo seas. No te tomes el trabajo de convencerme de que hago mal: estoy decidido. He acudido a ti porque sé que sales de Shangai en estos días y no tendrás complicaciones fastidiosas. Además, eres médico.

Encendí un cigarrillo y me senté delante de él, tratando de sacar a mi perezoso cerebro alguna respuesta adecuada a esas afirmaciones.

—¿Estás seguro de lo que dices? ¿No estás borracho? No veo la necesidad de duelo ninguno.— No pregunté siquiera quién era el otro: demasiado bien lo sabía.

—Ya está todo arreglado—replicó pacientemente.—Jim Dallas actuará de segundo de él. Si aceptas ser el mío, Dallas estará aquí a las ocho. ¿Qué te parece?

En aquel momento recordé las palabras de Toby al despedirse de mí.

—Perfectamente, haré lo que pueda—concedí.—Pero te aseguro que es una locura.

Me dió las gracias y me estrechó la mano. Luego dijo:

—Recuérdalo bien: eso ya está decidido. Si tratas de evitar el duelo, alguno de nosotros asesinará al otro. Es preferible entonces que eso se haga en un duelo, que no es un asesinato absoluto. Emplearemos pistolas y nos iremos río arriba para encontrar un buen sitio. Me voy a casa a descansar un poco. Pasarás a buscarme.

Hasta aquel momento había hablado con la misma tranquilidad con que hubiera concertado una partida de "golf" para la tarde; pero después de decir esto pareció perder el control propio. Dió vuelta su cara para que yo no lo viera, pero distinguí sus manos que manoseaban salvajemente su sombrero. Su voz se hizo ronca.

—¡Debo tener razón! ¿Qué otra cosa... qué otro camino hay? No me importa recibir un balazo mortal; pero tendré el nervio suficiente... ¿podré tirar sobre él? Debería tener... Es su turno...— Después recobró el domino de sí mismo y se dió vuelta calmosamente hacia mí.

—Bueno, convenidos. Vendrás a buscarme a mi alojamiento—me dijo, y se fué.

El baño, una afeitada y un estratégico desayuno, me libraron parcialmente de los fúnebres pensamientos y me inclinaron un poco a la risa ante la idea de un duelo. Los nervios de Hammy estaban imposibles, pero después de un descanso se le podía hablar razonablemente. De manera que apenas vino Dallas, le expuse la situación diciéndole:

—La noche pasada los ánimos estaban seguramente recalentados. Cuando se hayan enfriado, será absurdo proseguir con esto.

Ante mi sorpresa, Dallas no compartió mi punto de vista.

—Los ánimos no estaban tan recalentados como usted cree, y, además, esa cuestión está preparándose desde hace años. Comprendo muy bien lo que usted siente, pero he tratado de demostrarles lo que me acaba de decir y no he conseguido nada. ¿Conoce usted la historia?

—Sí, al menos la mayor parte de ella. ¿Qué hay de nuevo en ella?

—No se han visto nunca antes de ayer—explicó Dallas, lo que yo estaba ya sospechando.—A no ser así las cosas hubieran sido un poco diferentes. Pero tal como han sucedido, no tienen más que un solo arreglo, a juicio de ellos.

—Pero no podemos dejarles que se maten uno a otro! — exclamé. —¡Hombre, no olvide que estamos en el siglo veinte!

—Bien que lo sé. Pero esto es Shangai, y no Boston o aun Frisco. Usted no se da cuenta de lo que ellos piensan. Uno de ellos debe ser simplemente eliminado de la vida. Cuando Lyng se serenó un poco estaba muy inquieto por el incidente; sabe que su matrimonio será ahora la comidilla de todo Shangai. Y trabajo me costó sacarle de la cabeza la idea del suicidio para dejar libre el camino a Hammy y hacer feliz a Gilaine. No sé cómo entiende usted el asunto, pero me parece que es mejor que uno de ellos sea eliminado en un duelo, antes que se suiciden ambos.

Aquello me pareció más patético aún, cuando pensé en Gilaine, a doce mil kilómetros de distancia, sin poder pronunciar una palabra al respecto. Pero Dallas era un hombre cuya opinión yo respetaba y cuando le vi resignado a la situación perdí la esperanza de que aquello se arreglara en otra forma que la sugerida.

—No se pueden conseguir aquí pistolas de duelo—me dijo cuando le pregunté los detalles de la trágica ceremonia.—Por supuesto que tenemos revólveres de reglamento, pero con esto se concedería una ventaja a Lyng; de manera que he traído pistolas japonesas de siete tiros. Tráigame un bien provisto botiquín. Trataremos de hacer lo posible, pero usted ya sabe lo que ambos quieren.

No tuve el coraje de preguntárselo porque bien lo sabía.

—Tengo una rápida lancha automóvil—prosiguió él,—de modo que podemos alejarnos una buena distancia río arriba. Hay muchos lugares convenientes en los islotes del río. Si alguno de ellos resulta muerto, tendremos que decir que los chinos nos han asaltado. No es algo imposible, aunque levantará una nube de investigaciones y sumarios oficiales; pero eso no puede ser evitado.

No encontré objeción posible a esas disposiciones, en vista de lo cual decidimos partir a las dos de la tarde.

Era una excursión fantástica, no sólo por el hecho de lo que nos impulsaba a efectuarla, que ataba nuestras lenguas y nos quitaba la tranquilidad, sino también por la circunstancia que utilizábamos una moderna canoa a motor entre los innumerables juncos chinos que navegaban de un lado para otro por aquellos viejísimos canales. Estábamos los cuatro y nada más. Dallas manejaba. Traté de iniciar una conversación general, haciendo preguntas sobre los extraños métodos de pesca que se ponían en práctica ante mi vista, pero como ninguno me secundara en la empresa, la abandoné.

UN DUELO TERRIBLE

Pronto nos vimos libres del tráfico del puerto; pero durante un buen rato, el río se mantuvo cubierto de embarcaciones nativas de toda clase y tamaños. Fueron disminuyendo en número, a medida que avanzábamos, y después de una carrera de una hora nos desviamos hacia un estrecho canal, cuya entrada al curso principal estaba obstruída por algunos islotes y que estaba casi desierto. La canoa prosiguió más lentamente por él, hasta que después de otra hora de búsqueda, Dallas encontró lo que deseaba. Era una playa de suave pendiente donde se podía encallar ligeramente la lancha y protegida del interior por un bosque de bambúes.

No bien desembarcamos pregunté a Dallas a qué distancia se colocarían los adversarios, pero Hammy me interrumpió.

—Creo que Barliss y yo estamos

de acuerdo sobre el principio del duelo, de manera que propongo que sea lo que los franceses llaman "a l'outrance". Sólo una de las pistolas será cargada con bala; escogeremos nuestras armas al azar y haremos fuego cuando se haga la señal correspondiente.

Barliss convino inmediatamente con ese terrible duelo. Nada de lo que yo pudiera decir alteraría la decisión de ambos, de manera que me puse a cargar las armas con Dallas. Este debía saber de antemano lo que iba a suceder, porque llevaba algunos cartuchos sin bala, con los cuales cargó una de las pistolas. Cuando estuvieron ambas listas, las colocó a su espalda y yo escogí una de ellas al azar. Se la alargué a Hammy que ni siquiera la miró. Barliss tomó la otra, y Dallas colocó a ambos a seis pasos de distancia.

—Amartillen ustedes las armas —les instruyó, — pero mantengan las bocas de los cañones hacia abajo. Cuando deje caer el pañuelo levantarán ustedes sus armas y tirarán. Están listos?

Observé las caras de ambos. Estaban ambas definidas en tensas líneas y la de Hammy había perdido su rosado color de costumbre; ninguno de los dos evidenció señales de nerviosidad. Excepto por dos barcas pescadoras en medio del río principal, no se veía signo alguno de vida por allí. Entonces habló Barliss.

—¡Un minuto, por favor!—Dallas bajó la mano con que sostenía el pañuelo,—Deseo preguntarle algo. ¿Si muero irá usted a ver a Gilaine para tratar de hacerla feliz? Creo que aún le ama a usted.

Aquello era más que generoso en un momento como aquel, pero Hammy no se doblegó.

Se inclinó ligeramente y contestó:

—Sobreentendido. Por supuesto que si es usted el que sobrevive, no le dirá una palabra del duelo, excepto que yo he muerto.

Ninguno de los dos parecía preocuparse de sí mismo; ni en sus ojos o graves maneras se podía notar odio alguno hacia el otro.

Recordé en aquel momento la historia de los dos náufragos que se sostenían a flote con un solo salvavidas, y que decidieron tirar a suerte para determinar el que debía abandonarle. Lo que estaban haciendo era más bien un acto de compañerismo que de rivalidad.

Ambos miraron a Dallas, que levantó el pañuelo nuevamente. Ninguno de los cuatro sabía todavía cuál de las armas estaba cargada.

—¡Listos, caballeros!

El pañuelo cayó de la mano de Dallas, y ambos cañones se levantaron firmemente. Sonó un estampido, un solo estampido. Pasaron algunos segundos antes de que me diera cuenta que había sido descargada el arma con los cartuchos sin bala, y que Barliss no había tirado, sino que estaba bajando lentamente el cañón de su pistola.

Hammy comenzó a temblar y dí un paso adelante creyendo que estaba por caer. Pero me indicó con un gesto que me hiciera a un lado.

—¡Apúrese! ¡Por amor a Dios, apúrese y tire de una vez!—le gritó a Barliss.

Nunca tuve intenciones de tirar sobre usted—repuso Barliss. —Cuando lo reflexioné por última vez, me dí cuenta que no se ganaría nada bueno con ello. Soy yo el que tiene que desaparecer del medio y esperé que así lo dispondría la suerte. Creo que puede usted hacer feliz a Gilaine. Sé que yo no puedo hacerlo. Tal como han sucedido las cosas, es necesario...

Se dió vuelta rápidamente y su automática funcionó tres veces velozmente. Una turba de chinos armados que irrumpía de detrás del bosque de bambúes, se detuvo ante el fuego. Dos de ellos se bambolearon y cayeron.

—Retiren el bote de la arena—gritó Barliss; y saltamos para obedecer, como si hubiera sido una orden militar. Después tres de los chinos abrierno el fuego, pero hacia él, y no hacia nosotros.

Al primer tiro de los orientales, Barliss cayó hacia atrás y se dió vuelta sobre su cara. Viéndolo en el suelo los chinos, se dirigieron corriendo hacia nosotros, con la evidente intención de hacernos prisioneros, porque eran una banda de piratas de los muchos que infestaban la región. Estábamos ya a flote y dos de ellos entraron en el agua para impedir que nos escapáramos; pero Barliss, aún en el suelo ,abrió el fuego contra ellos. Conté tres detonaciones más de su arma y se me ocurrió en seguida que conservaba un cartucho.

Dallas puso en marcha el motor, mientras los chinos tiraban sin éxito sobre nosotros. Hammy vació su arma de los cartuchos inútiles y la cargó con balas.

—Debemos volver—gritó.—¡No podemos dejarle allí!

Dallas agitó la cabeza desesperanzado y yo inmovilicé a Hammy que quería saltar por la borda. Trató de desembarazarse salvajemente de mí, gritando:

—¡Déjame ir! ¡Debo ayudarle! Es mi vida la que debe eliminarse y no la suya!

Pero en aquel momento sonó otro estampido de la pistola de Barliss.

Y nos dimos cuenta los tres de lo que significaba aquel último tiro...



La Pereza



En la cima ideal puesto los ojos,
¿qué te importaba, lírico viajero,
que sangrase tu planta en los abrojos
que erizaban el áspero sendero?...

Iba ansioso trepando
por la senda florida,
a toda voz cantando
la canción más alegre de la vida,

cuando, por dos esclavas sostenida,
al pie de una palmera,
ví una hermosa mujer, medio vestida
en su pompa oriental de bayadera...

Me oyó, y abrió los ojos somnolientos
y con voz muy suave, tal los vientos
de Abril cuando adormecen a las rosas,
me suspiró estas frases melodiosas
como són de lejanos instrumentos:

—¿Dónde vas, caminante presuroso?...
El sol abrasa... Es pleno mediodía...

Todo busca la sombra y el reposo...
No vuela un ave, ni en la lejanía
ofuscante de luz, pasa una nube...
Los párpados se cierran con un velo...
¡sopor de ensueño de la tierra sube,
y otro dulce sopor baja del cielo!...

Toda mi carne es como una rosa
que entre tus manos deshojarse anhela...
¡Ven, caminante, y tu dolor consuela!
¡Sobre mi seno en flor, sueña y reposa!...

Y abriéndome sus velos constelados
de áureos lotos, sus manos me ofrecieron
los dos senos mejores modelados
que jamás ojos de mortales vieron...

Y en ellos reposé, y aún hoy reposo,
igual que un débil niño adormecido
por los besos maternos... He perdido
las fuerzas y el impulso generoso

que me empujaron a buscar la cumbre
más elevada, para que ella fuera
eterno pedestal de mi quimera...

Mas ¿qué importa, si esta dulcedumbre
que por todas mis venas se derrama,
si este olvido de toda otra memoria,
valen más que los triunfos de la Fama
y todos los laureles de la Gloria?

¡Oh, Pereza! Divina escanciadora
del más dulce beleño,
bella interceptadora
de toda realidad y todo empeño;

por el opio, la mirra y los perfumes
con los cuales apagas y consumes
mis inútiles fuerzas; por las vagas
quimeras con que el alma me embriagas;

por haber disipado mis ideas,
y el dolor de sentir, y las ficciones
de mis vanas y absurdas ambiciones,
¡oh, Pereza inmortal, bendita seas!

¡Cómo se funde en tí todo deseo!
¡cómo se apaga en tí toda mirada!...
¡Con qué amor en tus brazos paladeo
la voluptuosidad de no hacer nada!...

F. VILLAESPESA



Las inseparables

En una de las mesas del hotel, dispuestas para el té, había preparados catorce cubiertos. Un camarero partía una inmensa torta y otro preparaba los "sandwiches". La señora de Partrieux se sentó a la mesa junto a una señora obesa, pero joven aún, que miraba partir la torta con ojos codiciosos.

—¿Es el té de la señora de Fournier?—preguntó la señora de Portrieux.

La dama obesa contestó amablemente:

—Sí, señora; pero creo que hemos llegado demasiado pronto.

Aprovecharon el momento para presentarse: la señora de Charavant; la señora de Portrieux. Se miraron con simpatía. Las dos eran enormes e indolentes, iban muy elegantes y muy perfumadas.

Me alegro haberme anticipado—dijo la señora de Portrieux—, pues esto me ha proporcionado el placer de conocerla. Yo vengo aquí muy poco. Generalmente voy a un salón de té donde dan unas pastas riquísimas. Una merienda ligera es lo que prefiero.

—Como yo. Me desayuno con un huevo pasado por agua. Tengo miedo a engordar.

Discutieron cuál de ellas estaba más gruesa. En el fondo, cada una estaba encantada de encontrar a la otra más espesa y asmática. Conversaron. El Sr. Charavant se dedicaba al comercio de exportación; el Sr. Portieux era banquero.

Al despedirse se citaron para la semana siguiente.

La señora de Portrieux dijo a su marido:

—Esta tarde he conocido a una señora muy distinguida y muy linda, aunque un poco gruesa :la señora de Charavant.

Y ésta, por su parte, dijo a su esposo:

—¿Conoces al Sr. Portrieux el banquero? Hoy he conocido a su mujer. Cien veces más gruesa que yo, pero deliciosa y muy inteligente.

El Sr. Charavant hizo apreciaciones bastante molestas acerca de la honorabilidad del banquero, y éste afirmó a su vez que había visto el nombre del comerciante entre los declarados recientemente en quiebra. Las dos señoras sintieron al oír a su maridos una desilusión que ocultaron cuidadosamente al volverse a ver. Pronto llegaron a ser íntimas amigas. La señora de Portrieux llamaba Clotilde a la señora de Charavant, y ésta a su amiga, Marcela.

Un domingo se encontraron los maridos, y jugaron al "bridge". La ley de los contrastes es frecuente entre los matrimonios: si la señora de Charavant se parecía a la señora de Portrieux, el señor de Portrieux se parecía al señor Charavant. A las primeras jugadas sobrevino el choque.

—No juega usted lo bastante para poder hacerme observaciones—dijo el primero.

—Y usted juega demasiado bien—repuso el otro.

—¿Qué significan esas palabras?

Clotilde y Marcela intervinieron desoladas. Por la noche cambiaron impresiones.

—Adolfo es insoportable a veces.

—Es el estómago, querida. A Julián le ocurre lo mismo con frecuencia.

Se contentaron con verse por las tardes. Tomaban el té, oían música y cuando en la calle alguien aludía a su obesidad, cada una pensaba que la alusión iba dirigida a su amiga.

Un día faltó Marcela al té, y Clotilde corrió a su casa. La señora estaba enferma; el médico temía una fiebre infecciosa. Clotilde no quiso pasar, temerosa del contagio; pero durante dos meses no dejó de ir a preguntar por el estado de su amiga. Al fin, Marcela se puso bien y Clotilde fué a verla. Estaba cambiadísima. Sólo pesaba sesenta kilos.

—Me he derretido—dijo Marcela.

—Dentro de un mes estarás como antes.

—No quisiera. Estoy muy bien así.

Sobrevino un gran silencio. Eran dos extrañas. Comprendieron que algo acababa de romperse entre ellas y que la amistad está basada principalmente en las debilidades y desventajas comunes. La señora de Portrieux, orgullosa de su esbeltez recobrada, no sucumbiría ya a la atracción de los emparedados y las pastas.

Cuando el Sr. Charavant llegó a casa preguntó a su mujer:

—¿Has visto a tu inseparable?

—Sí.

—¿Está ya bien?

—Sí.

—No me respondes más que con monosílabos. ¿Es que ya no te llevas bien con tu amiga?

Y Clotilde respondió secamente:

—La he encontrado muy cambiada y de un modo que no la favorece.

H. D.

La política revisionista de Italia, no tiene una finalidad revolucionaria sino pacifista

No pretende el Señor Mussolini, para su país, concesiones nuevas ni exageradas; se pide, únicamente, el cumplimiento de los contratos



AS acusaciones que acaba de formular el señor Eduardo Herriot, acerca de la política italiana del señor Mussolini a quien se acusa de haberse acercado en demasía a los países vencidos en la guerra formando con ellos casi una nueva y sorpresiva triple alianza, ha dado motivo para que en Italia los órganos oficiosos del fascismo se apresuren a desmentir las temerarias afirmaciones francesas, explicando una vez más, cual es la verdadera situación del señor Mussolini, frente al incumplimiento de los compromisos contraídos por los aliados a favor de Italia.

No se trata así, según las informaciones a que nos referimos, de que el gobierno del señor Mussolini, pretenda obtener por parte de los países aliados ventajas desmedidas ni extravagantes, reñidas con principios de ecuanimidad y de justicia. Trátasa simplemente de reclamaciones perfectamente fundadas en cláusulas claras y terminantes de los tratados actualmente en vigencia y que, en lo concerniente a Italia, fueron cumplidas por ella, en su oportunidad y sin excusa de ninguna índole. ¿Por qué entonces los países aliados no observan un procedimiento semejante con respecto a Italia cuando se trata de compromisos que la beneficien a ella?

"Il giornale d'Italia", expone, en términos claros, cual es la verdadera tésis italiana. Ella no recibió todavía, por los tratados de paz, una compensación igual a los esfuerzos que realizara en procura del triunfo. El señor Herriot — dice — que ama a su país — sabe medir el valor de esos sacrificios y de esos solemnes compromisos, y deberá reconocer la irritación de Francia de tratar esas cuestiones y la intervención de los diarios franceses, que, tratando el asunto a su manera, acusan a Italia de tener pretensiones nuevas y exageradas, como si Italia no se limitara a pedir el cumplimiento de los contratos que, por su parte, cumplió fielmente. Todas estas cosas, prosigue, son razones suficientes para justificar el estado de irritación permanente de la prensa italiana, irritación que muy posiblemente no podrá dejar de producirse, mientras no se despeje el ambiente que esos problemas suscitan, evitando un soplo de aire puro y venturoso que reaviven las relaciones franco-italianas.

De la misma manera, los diarios italianos, con rara unanimidad, promueven y realizan muy eficazmente la defensa de la política del Duce respecto a las naciones vencidas, política que el señor Herriot califica de "revisionista", con el evidente propósito de significar que Italia, ha echado completamente en el olvido sus compromisos de país vencedor con respecto a sus antiguos aliados.

Podemos asegurar — dicen los diarios italianos — que nuestro país, consciente de su victoria, no abandona ni remotamente los tratados, ni se confunde tampoco con los intereses de los países vencidos. La política de Italia — que el señor Herriot califica de revisionista, no tiene una finalidad revolucionaria sino pacífica, y ofrecemos todos nuestros argumentos y nuestras ideas al señor Herriot, no con el propósito de polemizar, sino de contribuir al esclarecimiento de la situación sobre un terreno firme de las realidades.—Italia, así, no piensa quebrar con ninguno de los países aliados, con los cuales compartió los sinsabores y los sacrificios de la cruenta conflagración europea; pero no está dispuesta a sacrificar a estos recuerdos, ninguno de sus derechos de país vencedor a recompensas que le adeudan esos mismos aliados.

En cuanto a la posibilidad de un arbitraje entre Italia y Francia, que parece insinuar en sus declaraciones el ilustrado político francés, Italia, según la misma prensa de la Península, se encontraría encantado de que él se realizara y muy pronto. La idea, será acogida por todo el pueblo italiano y por el gobierno del Duce, con inusitado interés. La amistad — agregan — se consolida con los tratados, cuando ella se ha formado entre los gobiernos y entre los pueblos, mediante el lenguaje franco y vigoroso y con demostraciones de buena voluntad recíproca. Y todos los problemas que dividen y enturvian las buenas relaciones entre ambos países serían, así, resueltos inmediata y satisfactoriamente para todos.

He aquí, entonces, una fórmula de conciliación, que nos parece oportuna, tanto más cuanto que la idea, parece provenir del país, que más entusiastamente desde los tratados de paz, ha acusado a Italia por sus esfuerzos en pro del cumplimiento de los mismos. — Porque ¿qué es lo que se pretende si ese arbitraje no se realiza? ¿Despojar a Italia de sus derechos legítimamente conquistados como país vencedor, o seguir demorando el cumplimiento de las cláusulas con argumentaciones capciosas y que sin embargo ya no engañan a nadie?

El dilema es de hierro, y bien hace el gobierno del Duce de agotar sus esfuerzos en defensa de los intereses morales y económicos de su país. O Francia cumple estrictamente las cláusulas de los tratados de paz en cuanto se refiere a Italia, o esta debe denunciar a su antigua aliada, como provocadora de dificultades internacionales cuyos resultados fuera funesto empezar a valorar desde ya. Pero se nos ocurre que la idea del señor Herriot, si es sincera, podría dar la solución del conflicto. Italia y Francia en un arbitraje, discutirían plácida y pacíficamente sus derechos, y el gobierno del Duce tendría la oportunidad, una vez más, de demostrar ante el mundo, la legalidad y la justicia de las obligaciones que reclama en beneficio de su patria. Esto es lo que hacen bien de destacar los diarios italianos al rebatir las afirmaciones del señor Herriot, empeñado en demostrar actitudes bélicas que no pueden en manera alguna anidar en el espíritu amplio y generoso del Duce, que viene demostrando al mundo entero, como se defiende en la paz, por los principios y el derecho, los intereses de una nación acreedora por infinidad de conceptos al respecto y a la consideración de los gobiernos que fueron en otros tiempos aliados.

Juramentos de amor

Cuando Clodoveo Taburlet expresó al señor Gabian su voluntad de aspirar a la mano de su hija, éste exclamó:

—¡Que yo dé mi Elisa a un descamisado como tú! ¿Pero tú sabes con quién hablas? Anda, vete a la orilla del río a ver si me encuentras.

Y uniendo la acción a la palabra dió a Clodoveo un soberano puntapié y lo arrojó de casa.

El señor Gabián no andaba del todo descaminado. Era el propietario más rico de Chantemerle, y el tal Clodoveo sólo tenía sus brazos, y un rostro que no disgustaba a las muchachas.

Y para decirlo todo, hay que añadir que nunca se le hubiera ocurrido a Clodoveo hablar al señor Gabian si Elisa no le hubiera empujado.

Elisa estaba loca por el mozo, y un día le dijo:

—Vete a ver a mi padre y le pides mi mano.

—¡Estás loca! ¿Yo, que no tengo más que la sombra que me sigue cuando voy por el sol?

—Tú eres un hombre trabajador, que es lo que aprecia mi padre.

Y ocurrió que Elisa venció y Clodoveo salió de la casa de su novia en la forma ya dicha. Elisa lloró y Clodoveo se desesperó. Se abrazaron, y el mozo, desasiéndose, dijo:

—Lo que tu padre me reprocha es mi pobreza. Pues bien; abandonaré el país y me iré a otra parte en busca de fortuna.

—¡Te esperaré toda mi vida! No quiero y nunca querré a nadie sino a ti.

Se marchó a otra región. Encontró ocupacion y se puso a trabajar con ahinco, decidido a hacer fortuna lo antes posible.

No fué suya la culpa si su amo, el tio Chavignot, que le había tomado gran cariño, pensó en hacerlo su yerno.

No era joven, ni bonita Constanza Chavignot. ¡Qué diferente de su Elisa! Tenía treinta años y la cara cubierta de pecas. Pero le había gustado Clodoveo, y estaba deseando ser su mujer. Y cuando el tío Chavignot le propuso concederle la mano de su hija, ¿qué iba a responder Clodoveo?

—Veo que Constanza te mira con buenos ojos y me parece que tú no la desprecias. No tienes ni un céntimo; pero aquí lo que hace falta no es dinero, sino un hombre trabajador que me reemplace. De modo que dentro de un mes será la boda.

Y de la noche a la mañana Clodoveo se convirtió en un gran señor. Iba en auto recorriendo los mercados para vender sus vacas y sus terneras. En la granja hablaba en dueño, él, que siempre había sido un criado, y se dejaba querer por su mujer que, como más vieja que Clodoveo, extremaba sus mimos. Llevaba la vida más feliz del mundo.

De vez en cuando se apoderaba de él el recuerdo de la pobre Elisa. Y pensaba:

—La verdad es que me he portado canallescamente con esa muchacha. Me estará esperando. Tengo que ir un día para relevarla de su juramento.

Pero siempre lo dejaba para más adelante, porque la comisión era bastante desagradable.

Un día se decidió. Hacía quince meses que se había casado, y tres años que se separó de Elisa.

¡Qué emoción al llegar al pueblo! ¿Qué iba a decir a la pobre chica? Dejó la carretera y siguió el camino que conducía a la granja. Entró en el patio, y vió a Elisa, que estaba dando órdenes a una criada, con un niño en brazos y otro agarrado a su falda.

—¡Tú!—exclamó al ver a Clodoveo.

Y como él la interrogara con la mirada, balbucea:

—¡Qué quieres! Mi padre me obligó. Me pretendió el hijo de Estrandon y tuve que decir que sí. Hace dos años y medio que soy su mujer.

Y al divisar el auto, añadió:

—Veo que has hecho fortuna.

Clodoveo estaba muy pálido. Parecía que la emoción no le dejaba hablar. Al fin estalló en sollozos.

—¡Desdichada! Así cumples tus juramentos de amor? ¿No has pensado que pudiera matarme la pena? ¡Nunca hubiera creído eso de ti, Elisa!

Ya no pudo decir más. Subió al auto y partió, y hasta llegar a Grignan lloró amargamente. De vez en cuando balbuceaba:

—¡Esa Elisa! ¿De quién podrá uno fiarse? ¡Traicionarme de ese modo!

RODOLPHE BRINGER.

¡Mamita!...

Por REIS NETTO

¡Cómo recuerdo, más emocionado que nunca, el Golfo de Salerno, la bahía de Náples, el Vesubio con su soberbio penacho de humo ceniciento... y las ruinas de Pompeya y Herculano; cómo evoco todo aquello: paisajes de ensueño, festoneados por un cielo perennemente azul, tal que un refulgente zafiro; cómo todavía parecen repercutir en mis oidos extraños y sibilinos acordes, cánticos de arpas y de cítaras misteriosas musicalizando como el alma de legendarias tierras y renovando en mi espíritu el éxtasis de aquellas incomparables barcarolas de Marechiare; cómo siento identificado y consustanciado todo mi ser con aquellos mirajes magníficos, en estos dolorosísimos momentos de angustia!

Ayer, en medio de intenso júbilo, los diarios anunciaban la llegada a Roma de centenares de huérfanos, menores de 9 años, quienes al pisar en la Ciudad Eterna — cuna de una esplendorosa civilización pretérita y exponente de una de las más adelantadas conquistas de la época presente — clamaban por sus madres, sepultadas entre los escombros de Lacedonia, Aquilonia, Basacia y otras localidades de aquella región maravillosa, para las que el Destino no tuvo piedad; donde el Destino — identificado a las características malvadas de ciertos humanos — sacudió colinas, montes salpicados de verdosos arbustos y perfumadas flores, campiñas sonrientes y claras, ceñidas de extensas huertas, besadas por los vientos levantinos... y que, desencadenando el formidable cataclismo, destruyó, violó, desgarró la tierra, las serranías villas, ciudades, todo... para que después, del montón informe, del caos dantesco, surgieran esas criaturitas desventuradas, eternas víctimas de la impiedad de la Naturaleza, abandonados de sus más santos cariños y gritando ante la Loba Romana:

—¡Mamita!... mamita!...

La angustia suprema de ese gemido frágil, más subyugante y dominador que culquier otra imprecación, porque es el lamento de la Inocencia castigada por la Injusticia del Destino, — tiene que repercutir en la concienica de todo el Mundo, dentro de todos los corazones!...

—¡Mamita!... ¡mamita!...

Centenares de bocas infantiles, cuyos labios no fueron maculados aún por la hipocresía y en cuyas testas irisa la luz de la verdad como en una danza de libélulas, — desgarran los misterios ensombrados de la Metrópoli de Rómulo, con esta palabra dulcemente bella y única en la vida:

—¡Mamita!... ¡mamita!...

Y el eco de ese grito de suprema congoja, piérdese entre los viejos monumentos, violando el silencio augusto de aquellas reliquias y va a extinguirse entre las sombrías campiñas romanas, en tanto las campanas de San Pedro gimen, como una prez a los muertos, los acordes del "Angelus"...

—¡Mamita!... ¡mamita!...

La noche, con su manto estrellado, envuelve la gran metrópoli, mientras en el extremo Sur de la Península, cadáveres a montones aparecen entre las ruinas de ese horrendo desastre, en tanto la Ciudad de los Césares resplandece a los clarores de su feérica iluminación artificial y al tiempo, también, en que centenares de nenitos, en sus asilos, alzadas las manos hacia el cielo inclemente, los ojos inflamados por las lágrimas, trémulas las bocas, imploran a la piedad humana:

—¡Mamita!... ¡mamita!...

Y allá, en el extremo de la Península, las villas, ciudades arrasadas por el espantable desastre, devuelven cuerpos inertes, de ancianos, de jóvenes, de mujeres y muchachos, víctimas de la injusticia del Destino de ese Destino que trata igualmente y mide con la misma vara, a un bandido como a un hombre honrado, a una meretriz impúdica como a una madre y a un justo como a un infame!...

De ese Destino que premia igualmente e igualmente castiga sin piedad y sin selección.

—¡Mamita!... ¡mamita!...

Recuerdo, más emocionado que nunca, el Golfo de Salerno, la bahía de Nápoles, el Vesubio con su soberbio penacho de humo ceniciento... recuerdo... reuerdo...

—¡Mamita!... ¡mamita!...

Tú, que me reprochas...

(Del libro "Nuevas corazonadas", recientemente aparecido)

I

Su infantil cabecita de alondra
se puso afiebrada;
yo — vencido esa noche — dormía,
sin sentir que su madre velaba.

Tú, que me reprochas que lo mimo tanto,
ven a ver si puedes con una artimaña
desterrar el atroz mea culpa
que ruge en mi alma.

La mañana siguiente, ¡Dios mío!
sin color los labios, sin luz la mirada...
—Angelito del cielo, ¿qué tienes?...
Quiso alzar un poco su manita blanca
y dejóla caer cual si fuese
desarticulada.

II

¡Mira el organito! Se da vuelta y toca.
¿Sientes? ¡Qué monada!
Y te traigo un bastón chiquitito,
como tú, mi alma.

Mientras viene el doctor y te cura
dime, vida mía, qué quieres que haga.
¿Corro? ¿Salto? ¿Brinco? ¡No te quejes! Dime
qué quieres que haga.
¿Quieres que un ratito ponga la cabeza
junto a tu cabeza, sobre la almohada?

III

Lo salvó la clemencia divina...
¿Sabéis la noticia? ¡Que ya se levanta...!
Fué su madre a verter de alegría
en la alcoba vecina sus lágrimas.
Yo salí como loco, ocultando
que también lloraba.

IV

Tú, que me reprochas que lo mimo tanto,
ven a ver si puedes con una artimaña
desterrar el atroz mea culpa
que ruge en mi alma.

H. LARTIGAU LESPADA



Un batallón contra una mujer

Hubo un tiempo en que en algunos territorios de los Estados Unidos la vida de un caballo era considerada de mayor valor que la de un hombre, y no pocos cuatreros fueron ajusticiados sumariamente por haber robado o matado a un potro, mientras que algunos homicidas eran puestos fácilmente en libertad como si no hubiesen cometido más que una leve falta. En aquellos ya lejanos días muchas mujeres se dedicaron al robo de animales.

Famosa fué y rica se hizo una tal Starr. Sus correrías, sus robos y depredaciones fueron tantos que el gobernador de Texas se vió obligado a movilizar un batallón para que la ladrona pudiera ser capturada. El padre de la famosa Starr había cuidado de darle una educación esmerada, pero llegada a los quince años huyó de la casa paterna para correr aventuras por las praderas y los bosques. Al entrar en la edad adulta la temeraria mujer organizó una gran gavilla de jóvenes valerosos y audaces que obedecían fielmente las órdenes de la Starr.

Una vez, no teniendo por lo visto, otra cosa que hacer, incendió la tienda de un droguero que no le había hecho ningún mal. A raíz de un robo de caballerías, cayó en manos de la justicia. Dada la severidad con que se castigaba esta clase de delitos, la joven Starr iba a pasarlo mal; pero como nunca le faltaban recursos se captó las simpatías de uno de sus carceleros y con la complicidad de éste pudo evadirse de la prisión.

Por fin, y como era de esperar, cuando salió en su persecución la tropa enviada por el gobernador de Texas, fué capturada, pero gracias a las recomendaciones de influyentes amigos de su padre, en vez de parar con sus huesos en la cárcel, fué restituída al hogar paterno.

La Mujer Firme

Por TEODORO DE BANVILLE

El duque de Letho fué el primero que resucitó y puso en moda las colgaduras y los muebles bordados con dibujos grandiosos y primitivos, según los gustos de la Edad Media y del antiguo Oriente. Y tan extraordinaria era su afición a esta clase de trabajos, que él mismo iba a elegir los géneros a la casa Marcelas, establecida desde hace dos siglos en la calle de San Dionisio.

Pero, en honor a la verdad, las telas de raros colores no eran únicamente lo que atraían al duque de Letho a la calle de San Dionisio. Acudía al famoso almacén, principalmente, para admirar a la dueña del establecimiento, Juana Marcelas, mujer en extremo hermosa y honrada.

El duque de Letho, que es bastante joven, elegante, emprendedor y afortunado para no comprar nada había jurado inscribir el nombre de Juana Marcelas en el catálogo de sus conquistas; pero no obtuvo el éxito que, sin duda, esperaba.

Sin embargo, como el duque conocía al dedillo todas las estrtagemas de Don Juan, no tardó en presentarse en el almacén de la calle de San Dionisio la inevitable dueña.

Mientras compraba ésta varios objetos por cuenta del duque, hizo a Juana la más elocuente apología de su señor, pintándole como hombre dispuesto a gastar toda su fortuna en obsequio de la mujer a quien amaba con todo el fuego de su corazón.

Pero Juana Marcelas oyó el discurso de la dueña como quien oye llover, y ni siquiera se dignó dar una contestación a las palabras de la mediadora.

La dueña apeló entonces al argumento supremo. Sacó de un bolsillo y presentó a Juana un precioso estuche, cuidadosamente envuelto en un papel de seda.

Si madame Marcelas lo hubiese abierto, habría admirado un aderezo cuyos diamantes valían un dineral y cuyo mérito artístico sobrepujaba al valor de las piedras. Pero Juana, sin hacer observación alguna y sin dar las gracias siquiera, cogió el estuche, lo metió en uno de los cajones del mostrador y despidió bruscamente a la infame mensajera.

Al cabo de media hora, el estuche fué devuelto al duque de Letho. Lo mismo ocurrió con otros presentes llevados al almacén por la dueña y con las cartas del duque, de las que no fué abierta ni una sola.

Al fin, el amante desdeñado, que no tenía la costumbre de serlo, pensó que si pudiese abogar de viva voz por su causa sin ser interrumpido, vencería, sin duda, de todo género de obstáculos.

No tardó en descubrir el duque que madame Rosy madre de Juana, vivía en Bellevue muy lejos de la estación del ferrocarril, y que cada quince días iba madame Marcelas a verla el domingo por la mañana muy temprano.

El domingo siguiente, el duque bajó del tren al mismo tiempo que Juana.

Sabía que ésta tendrí que andar por lo menos durante veinte minutos, y supuso que le sobraría tiempo para pintarla su pasión, si consentía en darle oídos. Lo que, en efecto se verificó sin dificultad alguna.

¡Ah, señora!—exclamó el duque emocionado y tembloroso—. ¿Será verdad que tenga la desgracia de serle a usted repulsivo?

—Señor duque—contestó Juana—, pienso de usted lo que piensa todo el mundo, y le tengo a usted por un cumplido caballero y por un calavera desenfrenado. Ni me gusta usted ni me disgusta, y no tengo opinión formada acerca de este punto, como no la tengo tampoco acerca del peso de los montones de oro que figuran en los escaparates de los cambistas. Legará usted a sus hijos inmensas propiedades y uno de los nombres más ilustres de Francia. Yo no podré legar a los míos más que mi honor inmaculado, que jamás ha sido víctima de la más leve calumnia. Además, señor duque pertenezco a un marido a quien amo con toda mi alma y no quiero que nadie le robe la más mínima parte del cariño que le profeso.



—Señora—repuso el duque—, ¿qué riesgo podría correr su honor en manos de un hombre que sabe guardar un secreto y que sufriría mil muertes antes de suscitar la sombra de una sospecha? Dice usted que pertenece a su marido. Eso sería verdad si usted le amara, porque virtualmente la mujer no pertenece a nadie, como a nadie pertenece el canto de un pájaro, el perfume de una flor o la luz de una estrella. Hace cinco años que está usted casada y no hay amor que dure tanto tiempo. El amor es un fuego que nos devora, pero que al fin se extingue, no dejando tras él más que humo y ceniza

—Así se apagaría el de usted si cometiese yo la tontería de dejarle arder. Sepa usted que, ante todo quiero ser mujer honrada.

—¡Ah!—exclamó el duque—. Nada puede manchar un mármol sagrado, y hay bellezas celestiales, hay almas que por su esplendor se substraen a toda mancha.

—Sí—contestó Juana—; he leído eso no sé dónde. Ese es el caballo de batalla de las princesas del siglo XVII, y como ellas decían, hay una moral particular para los dioses y otra mucho más estrecha para los simples mortales. Pero yo pertenezco a esta última categoría; cuido de mi establecimiento hago sumas y restas, compongo mi ropa y la de mi marido y llevo un manojo de llaves pendiente de mi cintura.

—Sin embargo...

—Vamos a cuentas, señor duque: ¿qué haría usted si alguien se atreviese a hablar a su mujer en los términos en que me está usted hablando a mí?

—¡Vive el cielo!—contestó el duque—. En mi vida he pensado en semejante cosa. Por su belleza, por su fortuna, por su nacimiento, por su ilustre nombre la duquesa de Letho vive en la cima de la sociedad parisiense. Ser recibida por ella es un honor muy solicitado que equivale a un diploma de nobleza y de genio. Como es demasiada altiva para descender hasta el engaño y la mentira, y como sabe lo que debe a mi raza, creo firmemente que es una mujer de conducta intachable. Dicen que ha distinguido a Ernesto de Prael y al marqués de Treham; pero lo ha dicho la gente en voz muy baja. De lo contrario mi espada habría castigado a los maldicientes, destruyendo en el acto la calumnia.

—Pues bien—dijo Juana—: eso es precisamente lo que establece la diferencia de castas. Porque en un caso análogo de nada le hubiera servido a mi marido el deseo de batirse con el calumniador.

La pareja había llegado a casa de madame Rosy. Siempre serena y sonriente, la hermosa Juana se detuvo ante la puerta, y mirando cara a cara al seductor, le dijo:

—La duquesa de Letho es objeto de todo género de atenciones y de respetos sociales, y sea cual fuese su conducta, nadie se atrevería a reírse de usted. En cambio, si yo me permitiese imitar la conducta de la señora duquesa, y si mi marido obrara como usted, pasaría yo por una miserable *entretenida* y mi marido por un desdichado digno de lástima.

El registro de equipajes

Por Tristán Bernard

—Ya hace unos años de esto —me dijo "Tabaquete".

Nos dió el soplo un cestero viejo, que al pasar por Compiegne había visto una casita aislada. Vivía en ella una señora, de edad madura, muy rara y que no salía nunca de su casa, donde tampoco entraban sus proveedores. Estos dejaban sus paquetes de comestibles en un banco del jardín, llevándose el dinero, que encontraban siempre en el mismo sitio.

Navidad, "el Bosco", me dijo que puesto que nos habían dado la noticia a los dos entre los dos haríamos el negocio, pues era inútil confiárselo a nadie más. Con cuatro francos que él tenía compré un baúl usado. Puse en él unos pedazos de madera y algunas piedras, para que pesara y no tenerlo que llevar vacío a Compiegne, porque esto, si iban mal dadas, podía ser un indicio.

Habíamos convenido que yo llevara el baúl a Paris, porque esto nos parecía mejor que dejarlo en la misma casa o abandonarlo en medio del campo. Contábamos con poder cerrar la casa, para que las gentes creyeran que la viuda hab'a salido de viaje. Así, cuanto más tiempo se tardara en descubrir la cosa mejor sería para nosotros.

La vuelta a Paris no nos preocupaba. Teníamos en la capital un compadre, un trapero, que se encargar'a de quemar el baúl y su contenido.

Ya era casi de noche cuando llegamos a casa de la viuda. Llamamos con el pretetxo de ofrecerla muestras de vino, y aunque no confiábamos mucho en la estratagema, nos salió tan bien que no sólo nos abrió la puerta aquella mujer, sino que nos hizo entrar en la casa.

Despachamos en seguida. He visto *trabajar* muchas veces a "el Bosco"; pero nunca tan bien como entonces. En menos tiempo que se tarda en decirlo, cogió a la vieja por el pescuezo y la tumbó en un sofá. Era un muchacho fuerte, pero sólo para el *trabajo*. Todo lo que fuera pensar, tomar precauciones y preparar el golpe, tenía que hacerlo yo, y es razonable que así fuese porque yo no servía para *lo otro*, y estaba descompuesto y asqueado sólo de sujetar las piernas de la vieja, mientras "el Bosco" la estrangulaba tranquilamente.

Cuando aquel cuerpo quedó sin movimiento, me pareció que era demasiado grande. Cabía en el baúl, sin embargo; pero la tapa venía justa. ¡Mejor! Así no se movería lo de dentro.

Una vez cerrado el baúl nos pusimos a registrar los muebles. En los cajones encontramos unos 800 francos en oro, 20 francos en una bota de paño gris y en una tetera medallas, alhajas y billetes de Banco, escritos en inglés, que no comprendíamos. Por si acaso, nos los llevamos también.

Al mismo tiempo que *trabajábamos* y registrábamos la casa, pensábamos en cómo nos la arreglaríamos para acabar el negocio.

Luego, cuando llevamos el baúl entre los dos a la estación, ya ni me acordaba de lo que tenía dentro. Habíamos convenido en facturarlo, porque yo confiaba en uno del resguardo, amigo mío, que prestaba sus servicios en la estación del Norte y que me dejaría pasar sin abrir el baúl.

En Compiegne nos separamos. "El Bosco" se fué hacia Tergnier para visitar a su familia. En la casa de la vieja había encontrado una muñeca y se la llevaba de regalo a su sobrinilla.

Ya en el tren, empecé a sentirme inquieto y a perder el valor. Sentía necesidad de moverme, de salir de aquel vagón tan estrecho.

El tren se detuvo bajo uno de los puentes de La Chapelle. Por fin, llegamos.

Mientras sacaban los equipajes del furgón salí a la calle en busca de un coche. Era día de carreras, y tuve que ir casi hasta la estación del Este para encontrarlo, de modo que al regresar a la sala de equipajes ya estaban despachados casi todos.

Sobre el mostrador quedaban no más de siete u ocho, y entre ellos el mío.

Pero ¿y Filetet, mi amigo? Pregunté por él y supe que hacía días que estaba enfermo. Y entonces rogué a uno de sus compañeros, precisamente a aquel a quien me había dirigido, que me despachara mi equipaje, en el que "no llevaba nada de pago". Me encaminé hacia el baúl, confiado en el buen éxito de mi osadía, y llegué a poner la mano encima de él, cuando advertí al otro lado del mostrador a uno de los jefes del resguardo, con su gorra galoneada, que gruñía e insultaba a una mujer, a quien poco antes había obligado a abrir su baúl.

Yo había puesto la mano sobre el mío. El inspector me preguntó si llevaba algo que declarar, y sin esperar mi respuesta me dijo:

—¡Abralo usted!

Sentí entonces en la nuca una impresión extraordinaria, como si la piel se me contrajese. Me corría por los brazos un frío mortal. Me golpeé los bolsillos, como buscando las llaves, que no quer'a encontrar. Pero allí estaba un empleado con un manojo de ganzúas.

Dirigí una mirada a la puerta de salida; ¡imposible!: estaba custodiada por empleados del resguardo y vigilantes.

Ya probaba el de las ganzúas a abrir el baúl... Una, por fin, lo abrió, y la tapa giró sobre las charnelas...

Entonces solté una carcajada. En el baúl no había más que ropa, trajecitos de niño, zapatos, cuellos postizos. Y mientras los del resguardo lo revolvían todo, yo me preguntaba quién podría haberse llevado mi baúl, qué infeliz se pasearía en aquellos momentos por Paris, llevando en el pescante de su coche el cadáver de la viuda.

Lo mejor de todo es que no he vuelto a saber de tal asunto. Tal vez el del baúl tuvo miedo a las consecuencias de su delación. No lo sé; pero me río muy a menudo, pensando en la cara que pondría el infeliz al abrir su equipaje.

En el que yo me llevé estaba este chaleco de lana, que también me sirve de abrigo hace tres inviernos

El árbol que tembló

Por Claude Farrere

Diez minutos antes de llegar a Versalles, a la vuelta de un bosquecillo, se oyó una detonación, y el "auto" dió una sacudida y se detuvo.

—¿Un neumático? — preguntó Donald Stuart.

—Sí — contestó el chófer —. Voy a cambiar la rueda. Es cuestión de unos minutos.

—¿Quiere usted que demos una vuelta entre tanto, amiga mía?

—Si — dijo la señora de Voghera.

Ella tenía treinta años; él, cuarenta. No eran dos enamorados; más bien dos compañeros de viaje. Donald Stuart y Paulina Voghera no se habían hecho nunca la corte, y sentían por ello una recíproca gratitud. La vida de ambos había sido muy agitada, y sus pequeños viajes eran para ellos como un oasis de fresca amistad entre la tierra tórrida de los amores que ambos habían atravesado en otro tiempo y que atravesarían todavía.

El bosque era hermoso, melancólico, a aquella hora de la noche alumbrada por la luna, que se esparc'a por entre los árboles claros de luz.

Donald Stuart se detuvo de pronto.

—Aquí es — murmuró.

—¿Aquí; — preguntó Paulina extrañada—. ¿Conoce usted este lugar,

—Sí. Aquí, hace ocho o diez años, me detuve en una noche como ésta. Iba en automóvil con el conde de Offenbach.

—¿El difunto conde de Offenbach?

—El difunto, en efecto. Muerto, como usted sabe y todo el mundo, en "auto" a mi lado, en el camino de París a Versalles. Murió precisamente un cuarto de hora después de habernos detenido aquí, como nosotros, obligados por una "panne" del coche.

—Es coincidencia — dijo ella— Y precisamente, a propósito de la muerte del Sr. De Offenbach, he oído hablar de un árbol.

—Sí — dijo Stuart—. Una historia verdadera.

Miró en torno suyo, y acercándose hacia una gran acacia aislada, prosiguió:

—Me parece que éste es el árbol. Offenbach y yo habíamos descendido del automóvil mientras el chófer reparaba la avería. De pronto, Offenbach me llamó. Me enseñó este árbol. No soplaba el menor viento, y, sin embargo, vimos temblar esta acacia, como sacudida por un huracán. De tal manera, que yo alargué una mano para asir una rama. En cuanto toqué el árbol cesó de agitarse; pero al tocarlo Offenbach, como yo, el árbol volvió a temblar con fuerza.

—¿Eso es todo?

—Todo — dijo Stuart—. Un cuarto de hora después Offenbach estaba muerto.

Ella se acercó al árbol y, vacilante, rozó una hoja con sus dedos. La acacia no se movió.

—¿Es así como su amigo tocó el árbol? — preguntó Paulina, soltando la rama.

—No con tanto temor — contestó Stuart, sonriendo, a pesar suyo —. Así.

Y adelantándose a su vez cogió con ambas manos la rama más baja. Pero inmediatamente el árbol comenzó a temblar, como si una tempestad lo hubiese sacudido con fuerza.

La señora de Voghera dió un grito de espanto.

Ronald palideció a su vez; pero como era hombre bravo se esforzó por recobrar la serenidad.

—Así tembló la acacia—y volviéndose a Paulina, le dijo:

—Un favor, señora. ¿Quiere usted volver a tocar el árbol?

—No me atrevo — dijo ella.

—Se lo suplico — insistió.

Paulina obedeció, y esta vez el árbol no tembló.

Volvieron al "auto" llamados por el chófer. Stuart, ya completamente tranquilo, ofreció la mano a Paulina y la obligó a subir al coche.

—¿No es mejor, para lo que pueda ocurrir, que lleguemos a Versalles?

Llegaron un cuarto de hora después sin ningún incidente; pero como Stuart, a la puerta del hotel, descendiese el primero para ofrecer la mano a Paulina, perdió el estribo, y al caer dió con la cabeza en el borde de la acera. Cuando lo levantaron era cadáver.

Cartas anónimas

Por PAUL REBOUX

¡Qué linda era la señora Luciana Aubry! Tenía a la vez de la "star" cinematográfica, de rasgos purísimos y del bebé inglés, de piel nacarada y transparente. En su persona se mezclaban la inocencia más exquisita y la coquetería más peligrosa.

Esteban Aubury hacía gran contraste con su joven esposa. Era alto, corpulento y un poco calvo. Amaba a su mujer con una ternura protectora y ansiosa a la vez. Jamás se atrevía a hacerle la menor observación cuando al volver por la noche a casa, después de recorrer los almacenes, le anunciaba que había hecho adquisiciones extraordinarias y que al día siguiente le llevarían las verdaderas gangas que había encontrado por verdadera casualidad. Y en efecto, a la mañana siguiente el cuarto de Luciana estaba lleno de telas, encajes, frascos de perfumes, joyas de fantasía y lindos cachivaches.

—Una verdadera ocasión, como ves—le decía su mujer, mirándole con un aire contrito y dominador, que obligaba a Esteban, después de unas protestas de pura fórmula, a añadir a la lista de los gastos del día las afortunadas adquisiciones de su mujer.

Porque había que reconocer qué Luciana sabía escoger y descubrir vestidos, calzado, sombreros, abrigos y pieles a precios ventajosísimos. Lo que compraba, sin exceder nunca de la cantidad que Esteban señalaba a su mujer para sus gastos, era indudablemente de una calidad tan rara, en razón del precio, que Esteban se maravillaba de que su mujer tuviera tan gran dominio de la ciencia comercial.

A pesar de ello, se decidió, al fin, a intervenir para reducir la coquetería de Luciana y el peligro de ofrecer una elegancia que no estaba en proporción con los recursos del matrimonio. Se le ocurrió una idea que creyó genial. ¡Una carta anónima! Era el mejor procedimiento! Una carta anónima que se escribiría a sí mismo y que le sería remitida en el correo de la mañana, a la hora del desayuno, y que él leería fingiendo la mayor emoción.

Esta carta, escrita después de numerosos borradores, decía así:

"Caballero: Es usted el único que ignora que su mujer se viste con una elegancia que nada tiene que ver con sus gastos personales. Es la conversación de París, y esto le llena de ridículo. Abra usted los ojos. No tardaría en descubrir que un industrial del Norte sufraga estos gastos, y la causa de esta generosidad.—Un amigo que lo quiere bien".

A la mañana siguiente, como Esteban había previsto, esta carta, que fácilmente se distinguía de las otras por su sobre amarillo, se encontraba entre las cartas y los periódicos que había llevado el cartero. Miraba de reojo a su mujer. ¡Pobrecita! ¡Cómo iba a protestar, a justificarse con indignación, a maldecir de los miserables que se permiten tan innobles calumnias! Vacilaba ante la idea de la pena que iba a causarle. ¿Pero no era acaso una medida saludable, estrictamente indispensable?

Pensaba ya en su respuesta. "Qué quieres, querida; no hay humo sin fuego. Si eso se dice, es porque vistes con un lujo superior a nuestra condición. Sé más modesta, más reservada. Ocúpate menos de los hombres que te miran Así evitarás las hablillas. Vamos... ¿Ves lo que hago con esta carta? Romperla. Un abrazo y a olvidar todo".

Y pensando en la escena, se sentía lleno de ternura. Como un gato que juega con un ratón, guardó, para abrirlo el último, el sobre amarillo provocador del drama.

Abrió primero una factura, luego una invitación para un almuerzo; la tercera carta era de un acreedor que pedía una prórroga para satisfacer su deuda. La cuarta...

¿Quién podía escribir así? Un papel anónimo, una escritura tan torpe que fácilmente se veía que había sido disfrazada.

—¿Hay algo interesante en el correo?

—Nada hasta ahora—respondió Esteban, disponiéndose a leer la carta que tanta extrañeza le había producido; pero apenas hubo terminado sintió un sudor frío que le corría por todo el cuerpo.

—¡Maldición! ¡Rayos y truenos!

—¿Qué te ocurre? — preguntó Luciana.

—¿Que qué me ocurre, señora? Escuche usted.

Y olvidando la carta apócrifa que estaba olvidada en su sobre amarillo, leyó con voz alterada por la ira:

"¡Pobre idiota! ¿Tienes los ojos tan cerrados que no ves que tu mujer debe sus joyas y sus vestidos a la generosidad de una verdadera sociedad que sólo es anónima para ti? El Consejo de Administración reside en tu casa, individualmente, mientras estás en la oficina. El lunes, un negociante de Orleaáns; el miércoles, un agricultor normando, y el viernes, un industrial del Este. Aproveche usted lo que aquí le revela un amigo cuidadoso de su dignidad".



No se complique la Vida

buscando un buen remedio para la fos, resfrios, bronquitis, catarros, etc., con recordar que el

Jarabe Iodeina

(MONTAGU)

es lo mejor que hay para combatir las afecciones de las vías respiratorias, ahorrará Ud. tiempo y dinero. La Iodeina, feliz combinación de iodo y codeina, es de gran eficacia, descongestiona los bronquios, facilita la expectoración y suprime el cosquilleo que incita a tocer. Quita la tos crónica de los fumadores y asegura un sueño tranquilo.

Se vende en todas las farmacias del país

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida — Buenos Aires

Aniversario de la Reconquista de Buenos Aires



El presidente de la República, doctor Hipólito Irigoyen, acompañado del Vicepresidente, doctor Martínez, de los ministros del Poder Ejecutivo, altos funcionarios de la Administración y demás miembros de la comitiva oficial, durante el Tedéum oficiado en la iglesia de Santo Domingo en conmemoración del aniversario de la Reconquista de Buenos Aires.



El primer magistrado al salir del templo, después de oficiado el Tedeúm, confundido con el público en el atrio de la iglesia de Santo Domingo. — A la izquierda el secretario de Hacienda de la Municipalidad, doctor Rodolfo Arambarri, en representación del intedente municipal de Buenos Aires, pronunciando un discurso de circunstancias, relacionado con la efeméride conmemorada.



Un aspecto del público que rodeó al primer magistrado, cuando abandonó la iglesia de Santo Domingo, una vez oficiado el Tedeúm. — El doctor Irigoyen aparece en el circuol marcado.

Celebración del día del cerealista





Ante una crecida concurrencia efectuóse en el salón de actos de la Bolsa de Cereales, la celebración del día del cerealista, ceremonia a la cual se adhirieron numerosas instituciones vinculadas con la producción nacional. — A la izquierda: el decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria ingeniero F. Pedro Marotta, acompañado de los miembros de la comisión organizadora del acto. — A la derecha: el presidente de la Sociedad Rural Argentina señor Federico Martínez de Hoz, pronunciando su discurso.



Vista parcial del público que asistió a la celebración del día del cerealista.

Bodas de plata profesionales

Grupo de ingenieros graduados en el año 1905 en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de la capital federal, que celebraron sus bodas de plata con la profesión, reuniéndose en un banquete de camaradería, que se realizó recientemente en los salones del City Club.







Conferencias

El profesor de la Universidad de Berlín, doctor Erich Leschke, leyendo su primera conferencia que versó sobre el tema "Sistema neuro-vegetativo", en el local de la Asociación Médica Argentina, ante una crecida y selecta concurrencia de facultativos.





El profesor Leschke y su señora esposa, acompañados del ministro de Alemania en la República Argentina, del doctor Castex y de otros profesionales después de la conferencia.



Vista parcial del público que asistió a la conferencia pronunciada por el doctor Erich Leschke.





Auspiciada por la Institución Cultural Española, realizóse en los salones de la Asociación Patriótica Española, la anunciada conferencia del catedrático de la Universidad de Madrid, doctor Pedro Sáinz Rodríguez. A la izquierda: el distinguido conferenciante pronunciando su disertación sobre el tópico: "Ascetismo y humanismo en la literatura española" A la derecha: un detalle del público que asistió al acto.

Doctor Francisco Gerardo Yanes, nuevo ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de Venezuela, Argentina, Chile y Uruguay

Como consecuencia del alejamiento del Dr. Pedro César Domicini del cargo de ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de Venezuela ante las repúblicas Argentina, Chile y Uruguay, el gobierno de Caracas, por intermedio del ministerio de Relaciones Exteriores, acaba de publicar un decreto designando para tan alto cargo al Dr. Francisco Gerardo Yanes, una descollante figura también de la intelectualidad venezolana, que honra el prestigio cultural de la vecina nación, tan íntimamente vinculada a la nuestra por indelebles lazos de tradición y de raza.



Profesar durante mucho tiempo de Derecho Internacional en la Universidad Central de Caracas, su cátedra constituyó en todo momento un alto exponente del grado de adelanto alcanzado por el profesorado americano en materia de erudición y de doctrina, siendo destinado luego al servicio diplomático de su país en Wáshington, como primer secretario primero, consejero después y Encargado de Negocios últimamente, después de haber asistido como Plenipotenciario de Venezuela, a la sexta Conferencia Panamericana que se reunió en La Habana, y en cuyos cargos el Dr. Yanes, puso de relieve destacadas dotes como diplomático de alto vuelo, mereciendo por esta causa una ilimitada y merecida confianza en la cancillería de su patria.

Tan loables y auspiciosos antecedentes, no pueden ser sino promisores de que su acción al frente de la nueva representación y que se le destina, será como en los anteriores, desempeñado con la altura y la sinceridad de su ilustrado antecesor el Dr. Dominici, y que su reconocido talento, puesto al servicio de las relaciones internacionales de su país con el nuestro, afianzarán más todavía si ello es posible, los vínculos históricos y tradicionales que les unen, y a lo que con tanto ha contribuído, la decidida acción del general Juan Vicente Gómez, el ilustre jefe de los ejércitos venezolanos a cuya prestigiosa causa pertenece el nuevo diplomático designado.

Ha sido designado para un nuevo destino el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Venezuela, Doctor Pedro César Dominici

Hondo sentimiento de pesar ha causado en nuestros círculos diplomáticos, el anuncio de haber sido designado para un nuevo destino, el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Venezuela en la República Argentina Dr. Pedro César Dominici, cuya proficua e inteligente labor en pro del acercamiento espiritual y material de su patria con nuestro país, ha de hacer que por mucho tiempo todavía su nombre sea recordado como una de las figuras que más enaltecieron la diplomacia de esta parte de América, y que mejor contribuyeron al afianzamiento de las relaciones internacionales entre las naciones hermanas.

De alta jerarquía espiritual, escritor distinguido, diplomático que fincó la robustez de su elevada misión en la amplia comprensión de los intereses morales que unen a los países hispanoamericanos, fué el Dr. Pedro César Dominici, desde los primeros días de su arribo a nuestra república, un huésped de honor que se disputaron los más prestigiosos círculos intelectuales y artísticos de Buenos Aires, que tuvieron oportunidad de apreciar así sus altos valores espirituales, la exquisitez de su trato, y su singular don de gentes, precedido como venía el diplomático que nos ocupa del prestigio que le diera en el mundo de las letras su obra "Dionysos", cuyas bodas de plata acábase de festejar recientemente. "El Cóndor", "De Lutecia", "Tronos vacantes", etc., fueron, además, otros libros que a su hora, robustecieron la personalidad del Dr. Dominici como escritor de fibra y de talento, mereciendo los mejores elogios de la crítica y colocándose entre las primeras figuras literarias del continente hispanoamericano.



Deja pues el Dr. Dominici en nuestro país, un vacío difícil de llenar. Su alejamiento de la función diplomática, ha de implicar necesariamente el alejamiento de nosotros y esto es lo que hace más sensible todavía la resolución del gobierno de su patria, aún cuando sea impuesta por necesidades de la cancillería, en busca de otra representación donde sea menester, una figura de los merecimientos y prestigios del diplomático que acaba de reemplazarse.

FRAY MOCHO, que contó al Dr. Dominici entre el número de sus colaboradores y de sus altos amigos, y cuyas páginas más de una vez el ilustre escritor honró con su pluma original y galana, lamenta sincera y hondamente, su alejamiento del país. Y al hacerlo, en la convicción de que se va un gran amigo y un alto exponente de la cultura venezolana, hace votos porque en su nuevo destino, sepa conquistarse tantas simpatías y prestigios, como los que supo conquistar en Buenos Aires, donde ha de ser imborrable el recuerdo de su paso al frente de la representación del querido y respetado país hermano.

Hospital Muñiz



Doctor Ernesto A. Molinelli, miembro del Instituto de Enfermedades Infecciosas y secretario de las Sociedades Argentinas de Biología y de Patología Regional, que acaba de ser nombrado director del Hospital F. J. Muñiz, por decreto del intendente municipal.

Estreno de "Amaya"



El prestigioso compositor español Jesús de Guridi, que ha obtenido un brillante éxito artístico con su notable ópera "Amaya", cuyo reciente estreno, en el teatro Colón, constituyó un triunfo definitivo que la crítica teatral ha ratificado con los más halagüeños conceptos para el celebrado maestro hispano.

Facultad de Derecho

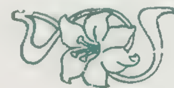


Doctor Alfredo L. Palacios, destacada figura del foro argentino, a quien, en recientes comicios universitarios, se ha designado para ocupar el cargo de decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, de la capital federal.



Fiesta a bordo del "Rio de Janeiro Marú"

Festejando el primer viaje que realiza a Buenos Aires el hermoso vapor "Rio de Janeiro Marú", de la "Osaka Shose Kaisha", el comandante de dicha nave, señor T. Ichikawa, ofreció a bordo un té, al que fué invitado un núcleo de distinguidas personas. El embajador del Brasil, doctor José de Paula Rodrigues Alves y el ministro del Japón, señor J. Yamazaki, acompañados del gerente de la "Osaka", señor Ki - Yjesaka, del comandante, señor Ychikawa, del segundo comandante, señor Hirose, del comisario, señor Kondo, del segundo comisario, señor Nagakawa, y de varios concurrentes a la simpática fiesta.



Vida docente



Señorita Teresa F. Piñeyrúa, profesora de Ciencias y Letras y regente de la escuela normal de Mercedes, que acaba de acogerse a la jubilación. Por tal motivo, la señorita Pineyrúa ha sido objeto de diversas demostraciones de afecto.

Bibliografía



Señor Honorio Lartigau Lespada, autor del libro "El matrimonio y el Concilio de Trento", recientemente aparecido. Esta obra constituye un valioso aporte para el estudio del problema relativo al divorcio.

Enlace



Señorita Beba Rodríguez Beledo que recientemente contrajo enlace con el ingeniero Rogelio H. Zeitz.

Es inc[illegible]io que exista en Cuba, intranquilidad ó descontento político

El presidente de la república, general Gerardo Machado y Morales, sigue gozando de enorme popularidad en todas las esferas del país

Un desmentido de la "Associated Press"

Noticias últimamente propaladas por la prensa extranjera y de las cuales se hicieron eco algunos diarios de esta capital, anunciaban haberse producido en Cuba algunos disturbios contra el gobierno del general Gerardo Machado y Morales, prestigiosa figura continental que se halla al frente de la república hermana, realizando un gobierno de orden y de tranquilidad y a cuyas principales características hemos tenido ocasión de referirnos reiteradamente desde estas mismas columnas.

La Agencia de información telegráfica "Associated Press", cuyos servicios gozan de consideración mundial por la exactitud de sus aseveraciones, se apresuró, como es lógico, a recoger en las mismas fuentes, el origen de las noticias a que acabamos de referirnos, dando a la publicidad de inmediato un desmentido rotundo, asegurando que la situación política de la isla es tranquila, y que reina la paz en todas partes y que los disturbios aislados que provocaron en alguna oportunidad los comunistas fueron rechazados enérgicamente por el gobierno. En cuanto al hecho de que los nacionalistas del país se hubieran dirigido a los Estados Unidos pidiendo la fiscalización del acto electoral del 1° de noviembre próximo, no es sino una de las tantas versiones propaladas sin fundamento alguno, pues aparte de no ser exacta dicha afirmación, las condiciones políticas en Cuba han mejorado notablemente según el Departamento de Estado, y en consecuencia las elecciones se realizarán sin la más mínima dificultad, desde que el gobierno del General Machado y Morales merece a todos los cubanos el más profundo respeto, teniéndose plena fé en la corrección de sus procedimientos electorales.

Son pues, reconfortantes, estas palabras de la "Associated Press", que en buena hora, ha tenido la virtud de llevar la tranquilidad a todos los espíritus, amantes de los gobiernos sanos y prestigiosos como el del General Machado en Cuba. Surgido de comicios libérrimos donde la voluntad popular pudo expresar ampliamente su predilección por cualquiera de



los candidatos que se presentaron a disputar la responsabilidad del gobierno, el triunfo del actual mandatario fué rotundo e inobjetable, tal era su indiscutible prestigio en todas las esferas de la isla, por sus relevantes condiciones de ciudadano probo, y de patriota desinteresado y pundonoroso. Y ya una vez en el gobierno, continuando la obra comezada en el período constitucional anterior, el general Machado y Morales ha venido haciendo gala de un extraordinario dinamismo, llevando los beneficios del estado a las regiones más apartadas de la república, dotando a todas ellas de un sinnúmero de beneficios, entre los cuales y en primer término han de citarse los que constituyeron para el actual mandatario las bases de su programa electoral: "agua, caminos y escuelas". Nada pues, hubiera justificado una alteración del orden en la república hermana. Reorganizada la economía del país, afianzado el imperio de las instituciones, en pleno florecimiento industrial como consecuencia de un decidido empeño gubernativo en este orden de ideas, saneada la administración pública, habiéndose dado un extraordinario impulso a todas las manifestaciones culturales, puede decirse que el gobierno del general Machado y Morales es el gobierno por antonomasia que necesitaba el prestigioso país hermano, para imponerse a la consideración del continente, como pueblo capaz de hacer honor a su soberanía política y a los cruentos sacrificios que originaron el nacimiento de esta robusta y fecunda nacionalidad.

No es el caso, porque ya lo hemos venido haciendo muchas veces desde estas mismas columnas, de destacar ahora, en esta oportunidad las virtudes cívicas y personales que adornan la austera personalidad del mandatario cubano, cuyo prestigio es enorme como enorme la popularidad de que goza en todas las esferas de su país; bástenos para terminar, como prueba de cuanto dejamos dicho, el transcribir las palabras finales de su discurso programa en vísperas de su elevación al alto cargo que ocupa, y que por sí solas constituyen un alto exponente de su honestidad ciudadana y su probidad de gobernante amante de todas las libertades ciudadanas: "Deseo ver — dijo — a la prensa noble y honrada, sin estar al servicio de nadie, vigilar las decisiones de la Administración; a los partidos políticos, moverse libremente dentro de sus esferas, en continuo contacto con las masas populares; a las asociaciones económicas, sociales y culturales, cooperar con el gobierno, a Cuba, unida material y espiritualmente. Mi aspiración es construir un sistema gubernamental que resista todos los embates de la posible adversidad, y un espíritu público, superior a todas las contingencias dolorosas. Al trabajar por el bien público, trabajaré por la perpetuación de mi nombre, que es mi única ambición y mi única vanidad".





Asilo "Nuestra Señora de Luján" de San José de Flores

Con la asistencia del intendente municipal de Buenos Aires, señor José Luis Cantilo, llevóse a cabo la inauguración del edificio del Asilo "Nuestra Señora de Luján", de San José de Flores.—La presidenta de la institución de dicho nombre, señora Teresa M. C. de Costa, leyendo su discurso ante el jefe de la comuna y las familias invitadas al acto.









Dos instantáneas tomadas durante la inauguración del busto del señor Tomás Carlini, que fué el fundador y primer presidente de la Asociación Nuestra Señora de Luján. Esta ceremonia coincidió con la inauguración del asilo y con la bendición de la piedra fundamental del nuevo edificio, acto que estuvo a cargo del presbítero Valverde y en el que actuaron de padrinos el intendente municipal y su señora esposa Josefina Achával de Cantilo.







Frente del asilo inaugurado, situado en la calle Carabobo 975, en el cual tendran acogida las niñas pobres de la parroquia de San José de Flores.

Exposicion Luis A. Leon



Luis A. de León



"Interior ruinoso del fuerte San Pedro"

El aventajado pintor señor Luis A. de León, ha expuesto, recientemente en las galerías Witcomb, una serie de interesantes telas referentes a motivos coloniales y muy especialmente a las ruinas y lugares históricos de la vecina ciudad uruguaya Colonia del Sacramento. Estos cuadros han sido contemplados con verdadero interés por la notable fidelidad con que reproducen aquellos sitios y han merecido elogiosos conceptos de la crítica de arte.

Para complemento de esta información, transcribimos seguidamente lo que el escritor Pedro A. Pena escribe sobre aquellos evocadores vestigios, que aún se yerguen elocuentes en la vecina orilla, como valiosa documentación histórica del pasado sudamericano:



"Callecita"

"La Colonia del Sacramento, ciudad uruguaya, que fundaron y fortificaron los portugueses, en el año 1680, tiene aún en sus costas, ruinas que son un vestigio del poderío militar de esa plaza, que por su atrevida situación, fué una amenaza constante para el dominio español en el Río de la Plata.

Tanta fué la preocupación hispana ante la intromisión portuguesa y tanta fué también la ambición de los lusitanos por mantener esa ciudad en su poder, que fué arrebatada por España el mismo año de 1680 y recuperada años después por Portugal.

En 1705 vuelve a poder de España, quedando dos lustros más tarde bajo el dominio portugués. No terminó allí su historia de lucha y de sangre.

En 1735, Colonia, entonces portuguesa, desafiaba a Buenos Aires. Albergaba dentro de sus inexpugnables murallas 2.600 habitantes civiles y defendían la plaza 1935 soldados. Ochenta bocas de fuego asomaban desde los bastiones de sus fuertes.

Ese año los españoles sitiaron la ciudad con un ejército numeroso, que tomó tierra en la **playa de San Carlos**, mientras una escuadra de 12 velas cerraba un círculo por mar. De nada valieron los esfuerzos y la estrategia españolas contra la constante respuesta de la metralla portuguesa, y debieron abandonar el sitio muchos meses después. Colonia, levantado el sitio, fué refortificada con nueva artillería. Los **fuertes de San Pedro y de Santa Rita**, parecían dos avanzadas dispuestas contra Buenos Aires.

Pedro de Cevallos, en 1762, al mando de 2700 hombres y disponiendo de 32 velas y 113 cañones, desembarca en la famosa **playa de San Carlos** y hace el sitio a la Colonia por espacio de tres meses. El terrible fuego cambiado dió el triunfo al sitiador español, saliendo los portugueses de la ciudad con los honores de la guerra, después de una resistencia heroica.

Sublime fué la defensa que luego hizo Pedro de Cevallos al repeler la ofensiva de una poderosa escuadra anglo-portuguesa, algunos meses más tarde. Once naves de guerra dirigieron su fuego contra la plaza. Desde el **fuerte de San Pedro** se contestó vigorosamente el fuego de los 64 cañones de mayor alcance del buque almirante "**Lord Clive**" y de los otros dos buques de la vanguardia: el "**Ambuscada**", de 40 cañones y un navío portugués, de 60 piezas de artillería. El **fuerte de Santa Rita, ayudó al cañoneo de la defensa**. Finalmente, el "**Lord Clive**" se hundía frente a la costa, ahogándose el almirante Mac Namara y 320 hombres de ese barco. La escuadra fué puesta en fuga, sufriendo muchos deterioros y pérdida de hombres en sus naves.

Por un tratado, Portugal recuperó la disputada ciudad ese mismo año

En 1776, Pedro de Cevallos, nombrado Primer Virrey del Río de la Plata, embarcóse para este continente, con "el más formidable armamento que España enviase a este hemisferio": 9.000 hombres de tropa, 20 buques de guerra y 96 barcos mercantes. Dos años después, al frente de 5.000 hombres, submandados por dos mariscales de campo, hace su entrada triunfal en Colonia del Sacramento.

El día 5 de Mayo de 1778, procedió a la destrucción de la ciudad, volando edificios, fuertes y murallas. Se cargó de explosivos a los **fuertes de San Pedro de Alcántara** y **Santa Rita**, los de más gloriosa historia

y que por su situación consideraba peligrosísimos. A pesar de la carga, quedaron en pie los murallones y sus poderosas paredes no pudieron ser totalmente destruídas.

Igual fin les cupo a los fuertes de la Brecha, de San Juan, de la Bandera y de San Miguel, que desaparecieron. Estos estaban situados en la zona terrestre.

Los habitantes fueron dispersos y logrado su propósito, el virrey embarcóse de retorno en la **Plaza de San Carlos**, dejando desolada a la Colonia y enmudecidas las bocas de sus cañones.

Hoy día, siglos después, se conservan en estado ruinoso, parecidos a como los dejó Cevallos, el fuerte de **San Pedro** y la **Casa del Virrey**, que año a año, al alejarse del tiempo viejo, van perdiendo piedras y rebajando en sus muros. **El fuerte de Santa Rita** ha desaparecido bajo la capa de portland que cubre a una terraza que da sobre el Río de la Plata. Y para finalizar, recientemente fué volado un cuerpo duro que dificultaba la navegación costera. Se averiguó, después, que era el casco del "**Lord Clive**". Estaba hundido frente al **baluarte de San Pedro.**"



"Muralla de Santa Rita"

Entrega del premio Estimulo Constancio C. Vigil



El jefe del cuerpo de bomberos, comandante Giglione, leyendo su alocución durante el acto de la entrega del premio Estimulo "Constancio C. Vigil", establecido por la Editorial Atlántida, para ser discernido trimestralmente.









El señor Constancio Vigil (hijo), pronunciando su discurso, al hacer entrega del galardón, que fué discernido al bombero Gilberto Enrique Silva, presente en la ceremonia.

Los doscientos cincuenta años de la ciudad que desafió a Buenos Aires



Lado norte de la pequeña ciudad y extremo de la playa que hollaron conquistadores y reconquistadores. Las aguas de la bahia, siempre tranquilas, mansas, llegan, después de arrastrarse por un bajo lecho, sin fuerzas para el choque...

Como durmiendo en un sueño y permaneciente en el sopor que la ha anestesiado, la vieja ciudad de los fuertes derruidos, Colonia del Sacramento, no ha sentido el regocijo de un cumpleaños, que cualquiera otra ciudad de pasado menos rico en hechos, hubiera festejado.

¡La ciudad que otrora atronaba ruidosamente con sus cañones, es hoy una vieja amnésica. Poco ha quedado de la semilla que plantó Manuel de Lobo el primer día de 1680. Ni siquiera la gratitud en el alma de quienes hojean los almanaques.

Indiferentemente, los dos siglos y medio de una plaza que fué centro de heroicas luchas y a la que nunca cupo el oprobio de una mala derrota, han caido sepultados en este 1930, año dedicado exclusivamente a las conmemoraciones históricas en la patria hermana. Solitario, en la noche que moría un año y mientras en la ciudad se festejaba con vinos el año nuevo, el fuerte de San Pedro, con el resto de sus pocas piedras que han respetado los moradores de la costa, hacía guardia ante el mar escasamente plateado y su sombra, cada año más pequeña, se dibujaba sobre las plantas parásitas y los residuos humillante. Orgulloso mostró como siempre, hasta hoy, la brecha de su bastión invicto.

Lejos, un albor artificial, mitad velado crepúsculo, mitad aurora apagada, marcaba un círculo de aspecto boreal. Las luces de Buenos Aires, la ciudad triunfante, entregada a la algazara de cualquier fecha, alegre, ruidosa, entregada a un rotar interminable, renaciendo más y más en la vorágine de hombres, máquinas y edificios.

. . . .

Colonia del Sacramento, fué fundada por Manuel de Lobo, entonces gobernador portugués en Río de Janeiro, el 1.° de Enero de 1680. La fortificó convenientemente eligiendo para su situación un lugar estratégico, que fué luego casi inexpugnable y teatro de luchas titánicas entre españoles y portugueses por más de un siglo. A los seis meses, Colonia era una de las ciudades fuertes más poderosas de la época y la de más atrevida situación, desafiante permanente del poder de Buenos Aires y del dominio hispano en el Río de la Plata.

Muchos sacrificios costó a España la Colonia. Cayó en poder de este país por primera vez el día 6 de Agosto del mismo año de 1680.

En estos días se han cumplido doscientos cincuenta años de este otro acontecimiento.



Cerca de las ruinas, la antigua calle de San Pedro, resiste el paso de los tiempos conservando la pureza de su aspecto colonial portugués.

Lo que a España costó siempre sangre, enormes sacrificios y constantes preocupaciones, Portugal lo recuperó por la vía suave de su diplomacia. En los tibios y perfumados salones de las cortes europeas, entre espejos y dorados, el vencido por las armas rescataba con las frases, los libros, los papeles y las reverencias, lo que los cañones exigieron, el valor y el cansancio pagaban y la sangre daba recibo en el terreno de las heroicas disputas.

Fué así, como en 1681, Portugal estuvo de nuevo dentro de Colonia, importando mayor poder a sus murallas y a las islas San Gabriel y Martín García, centinelas valerosos y difíciles de eludir.

El dominio portugués en la Colonia, fuera de sus muros, no debía ultrapasar de lo que un tiro de bala de cañón. Sin embargo parece ser por la historia que el alcance de esos cañones era fantástico. No obstante, en 1.701 España legítima el tratado reconociendo en Portugal al único dueño de la Colonia.

Poco duró esta ratificación. En 1704 un ejército hispano rodea la plaza, sitiándola y ya en 1705, seis meses después, un medio año de continua metralla, los sitiadores toman la ciudad que los portugueses antes de embarcarse en una escuadra que acudió en su socorro, abandonaron incendiada e inutilizada en cuanto pudiera ser util a sus enemigos.

La diplomacia portuguesa, en 1715, vuelve a triunfar y la Colonia es entregada al dominio de su soberano, que sabedor de la importancia estratégica de su ciudad, asegura su poder con ochenta cañones y cerca de dos mil soldados para su defensa.

. . . .

La época más sangrienta, es posterior a 1735. Ese año, por tierra

y por mar ejército y escuadra españoles inician un sitio que debido a la inutilidad de los esfuerzos y por la sangre derramada, fué necesario levantar en 1737. Satisfechos los portugueses, valientes y hábiles en la defensa, refortificaron los fuertes, quedando entonces la Colonia en la categoría de plaza formidable. Buenos Aires estaba amenazada por un peligro cercano, ya manifestado por el interés coloniense de hacer allí una base para el tráfico de esclavos y el comercio de contrabando. Los piratas merodeaban con sus buques a la espera de los barcos que cargaban la plata del Perú.

Esta amenaza duró hasta 1762, año en que Pedro de Cevallos, con una escuedra de treinta y dos velas, ciento trece cañones y mandando 2700 soldados sitia a la Colonia; la somte al hambre, procediendo al bloqueo; cañonea terriblemente durante dos meses. Los portugueses, heroicamente vencidos, entregan la plaza y su valor recibe el homenaje de los sitiadores. Habían ganado los españoles pero los portugueses habían también demostrado un sacrificio heroico para mantener la ciudad que la diplomacia reconquistó varias veces.

Apenas repuestos los vencedores, enfermo el valeroso y temerario Pedro de Cevallos en su residencia hoy llamada Casa del Virrey, fueron sorprendidos por la vista de una numerosa flota.

¿Qué era aquella larga fila de once naves? Las tres más grandes, enormes, enarbolaban signos reales de Inglaterra, la primera; de Portugal, las dos más cercanas al navió almirante. Imposible era divisar la nacionalidad de las otras naves. Se supo luego que era una escuadra anglo portuguesa al mando del almirante Mac Namara, famoso guerrero del mar.

Aún enfermo Pedro de Cevallos, ordenó la defensa, poniéndose el mismo, montado a caballo, sufriendo la fiebre que lo consumía, al mando de sus tropas. Estaba en desventaja. Sus cañones de los fuertes San Pedro y Santa Rita no alcanzaban a las naves. En cambio los de éstas, más poderosos, encontraban blanco en las murallas y la ciudad; diezmando a su gente. El círculo que formaban los navíos, cada vez más cercanos, fortalecía el efecto de las descargas de ciento sesenta y cuatro cañones que armaban a los tres buques de la vanguardia y descargaban su fuego sobre esos dos fuertes nombrados. Fueron momentos épicos. Horas sublimes. Cuatro horas.

. . . .

Después... un barco que se hunde: el Lord Clive. Herido de muerte en un costado, se tumba y desaparece frente al monumento de piedra invencible, al que osó lastimar con su metralla.

Murieron ahogados más de trescientos hombres de la tripulación. El almirante de la flota, también. Su tumba fué más digna que la que le esperaba. Mereció morir así, como un héroe. De volver a Inglaterra, soberbia, no toleraba la existencia de sus generales vencidos.


El viejo faro, cuya luz, muy débil, de cirio que se extingue, y casi innecesario hoy, parece representar tristemente la muerte de un pasado que es demasiado grande para la pequeñez de hoy.

A los lejos, la flota de diez naves navegaba confusa, huyente. Dos barcos lo hacían dificultosamente, escorados. Al subir de cada ola, era colocado un cadáver en la popa. El río, al recibir cada entrada de la quilla obtenía el cuerpo de un valiente.

Y dentro de la ciudad, de la gloriosa defensa, un hombre era presa del delirio. Pedro de Cevallos, grave, enérgico, hermoso como un Apolo durante el combate, rendía su cuerpo al combate interior de su sangre. Su fiebre hacía crisis.

SIC TRANSIT...

Vuelve la sonrisa cortesana y la genuflexión de Palacio a aparecer con éxito en 1763. Portugal, también representado en los tronos europeos, por el tratado de París, queda de nuevo dominante en la espartana ciudad hasta 1776.

España, en tanto, no olvidó de premiar al ilustre y admirable Cevallos. Fué nombrado Gobernador de Madrid y luego se le delegó en el más honroso puesto: "PRIMER VIRREY DEL RIO DE LA PLATA". Dice la historia que *"con el más formidable armamento que España enviase a este hemisferio"*, partió Cevallos desde Cádiz cerca de ese año. Formidable en verdad era su expedición formada por 9000 hombres, 20 barcos de guerra y 96 navios mercantes.

De esa expedición escogió 5000 soldados y entregó su mando a dos mariscales. Con ese ejército se lanzó sobre la Colonia, que quedó bloqueada y aislada. Los portugueses, inferiores en número cuatro veces, capitularon.

Y en Mayo 4 de 1778 el Virrey del Río de la Plata entraba en Colonia.

Tres días después, de la que fuera orgullosa ciudad solo quedaban restos humeantes y piedras esparcidas. Solo resistieron, soberbios, rebeldes, heróicos, a todas las cargas de la pólvora, dos muros de los fuertes de San Pedro y de Santa Rita. Fué necesario cargar gran cantidad de explosivos y recurrir a la piqueta. Así se pudo derrumbar a los dos más formidables defensores de piedra, pero no totalmente.

Cevallos no perdonó ni su propia vivienda, en la que residió cuando ocupó la Colonia por primera vez.

En esa forma, extirpó la amenaza que sobre Buenos Aires y el libre dominio de España en el Plata, permanecía encerrada en los muros de Colonia.

. . . .

Acaban de cumplirse, como ya lo que hemos dicho, dos siglos y medio de la primera ocupación de la ciudad por los españoles.

Esa fecha ha encontrado, también la indiferencia.

De las ruinas gloriosas, solo quedan restos del fuerte San Pedro. Cada año pierde piedras, que algunos moradores utilizan en la construcción de sus viviendas particulares. Fácil es descubrir casetas hechas exclusivamente de ruinas de los fuertes.

El baluarte de Santa Rita desapareció recientemente con la incomprensión histórica del municipio de Colonia que derrumbó piedras y tapó la muralla con una construcción adefésica que parece ser una terraza inconclusa. Verdadera profanación.

Y la casa del Virrey, que estaba bastante conservada hace dos años, ha entrado en una metamórfosis que la conducirá en breve tiempo a su desaparición, por causa del saqueo.

Vuelve aquí, la famosa frase latina que en español quiere repetirnos la verdad secular: *"ASI PASA LA GLORIA DEL MUNDO"*...

P E D R O   A.   P E N A



El primer elevador de granos cooperativo del pais

La Unión Agrícola de Leones, institución agraria que en 1920 fundaran y organizaran los señores Francisco y Pedro Peiretti, Juan Costa, Donato Garetto, Miguel V. Ferrero y otros, acaba de realizar un acto de trasendental importancia económica para los agricultores del sur de Córdoba, con la inauguración del primer elevador de granos cooperativo, construído en el país. A la ceremonia, que se efectuó en medio de un gran entusiasmo popular provocado por el indudable progreso agrícola que, para aquella zona, significa el funcionamiento de dicho elevador de granos, asistieron el señor Pedro Berecteche, representando al Presidente de la República, el gobernador de la provincia de Córdoba doctor Ceballos, el presidente de la Sociedad Rural Argentina, señor Martínez de Hoz, legisladores y funcionarios provinciales y numerosos invitados.



Grupo de destacados agricultores pertenecientes a la Unión Agrícola de Leones, que propulsaron la creación del primer elevador de granos cooperativo, establecido en la República.

Creemos de interés transcribir a continuación algunos párrafos del discurso que, durante la ceremonia, pronunciara el director del elevador señor Isaac Libnson, quién expresó lo siguiente:

"Sean nuestras primeras palabras de agradecimiento, a los invitados que nos acompañan en éste acto, solidarizándose con la emoción y regocijo que embarga a nuestros espíritus.

La causa que motiva esta imponente manifestación de optimismo es una flamante cuenta corriente que la conciencia del agricultor argentino inicia en el libro de la historia económica de la Nación.

Si señores: el acto de hoy no es la inauguración de un simple elemento de trabajo, como pudiera verlo un observador superficial. No es tampoco solamente un factor de mejoramiento económico de nuestro productor agrario. Es a nuestro juicio el advenimiento de un nuevo espíritu que guiará al pueblo trabajador argentino, hacia las más brillantes conquistas, haciéndolo acreedor de figurar con honra dentro del concierto de las naciones libres y civilizadas.

. . . .

Es necesario pues que todos los que tenemos el honor de haber contribuído en ello, tengamos el necesario carácter y virtud para cuidar su permanente engrandecimiento, y que siempre podamos contor con el crédito que la misma nos ofrece sobre el grandioso porvenir de este bendito suelo.

La responsabilidad que con tal motivo contraemos todos los que en una u otra forma estamos ligados a la realización de tan honrosa empresa, es de tal magnitud, que nadie tiene derecho en pensar de que su misión ya ha sido cumplida y quiera dormirse sobre los laureles que cree haber conquistado.

El esfuerzo que hemos concretado, sólo significa la demarcación del largo camino que deberemos recorrer para lograr el ideal de Justicia económica que nos anima, y nadie debe hacerse la ilusión que hemos de encontrar nuestro paso expeditos que sólo nos ofrecerá halagos y dulzuras.

. . . .

Es necesario pues que todos los que pretendemos ser soldados de tan grandiosa cruzada, aprendamos en primer término a adquirir la disciplina necesaria en toda lucha, deponiendo egoísmos y vanidades personales y volcando nuestra personalidad en un conjunto anónimo, el que sólo debe ser guiado por el ideal de un mejoramienta colectivo,

Señores agricultores: la responsabilidad que Vds. contraen en este momento, es de una magnitud extraordinaria. Están Vds. poniendo las primeras piedras del edificio social económico de la Nación, que nos ha legado el pasado más brillante que a pueblo libre puede exigirse.

Sois, pues responsables en primer término de la altura que dicho edificio alcanzará, el cuál no debe correr la misma suerte que la bíblica torre de Babel, so pena de no ser acreedores al usufructo de instituciones que no han sido conquistadas a sangre y fuego y que han sido abonadas por un alto espíritu de desinterés y sacrificios.

Desde este momento todas las miradas de la Nación, van a vigilar vuestros pasos. Sed pues dignos constructores del edificio que habeís empezado, el cual debe ser terminado en la mayor armonía, y con un sólo punto de mira, bienestar y prosperidad de nuestra Patria.

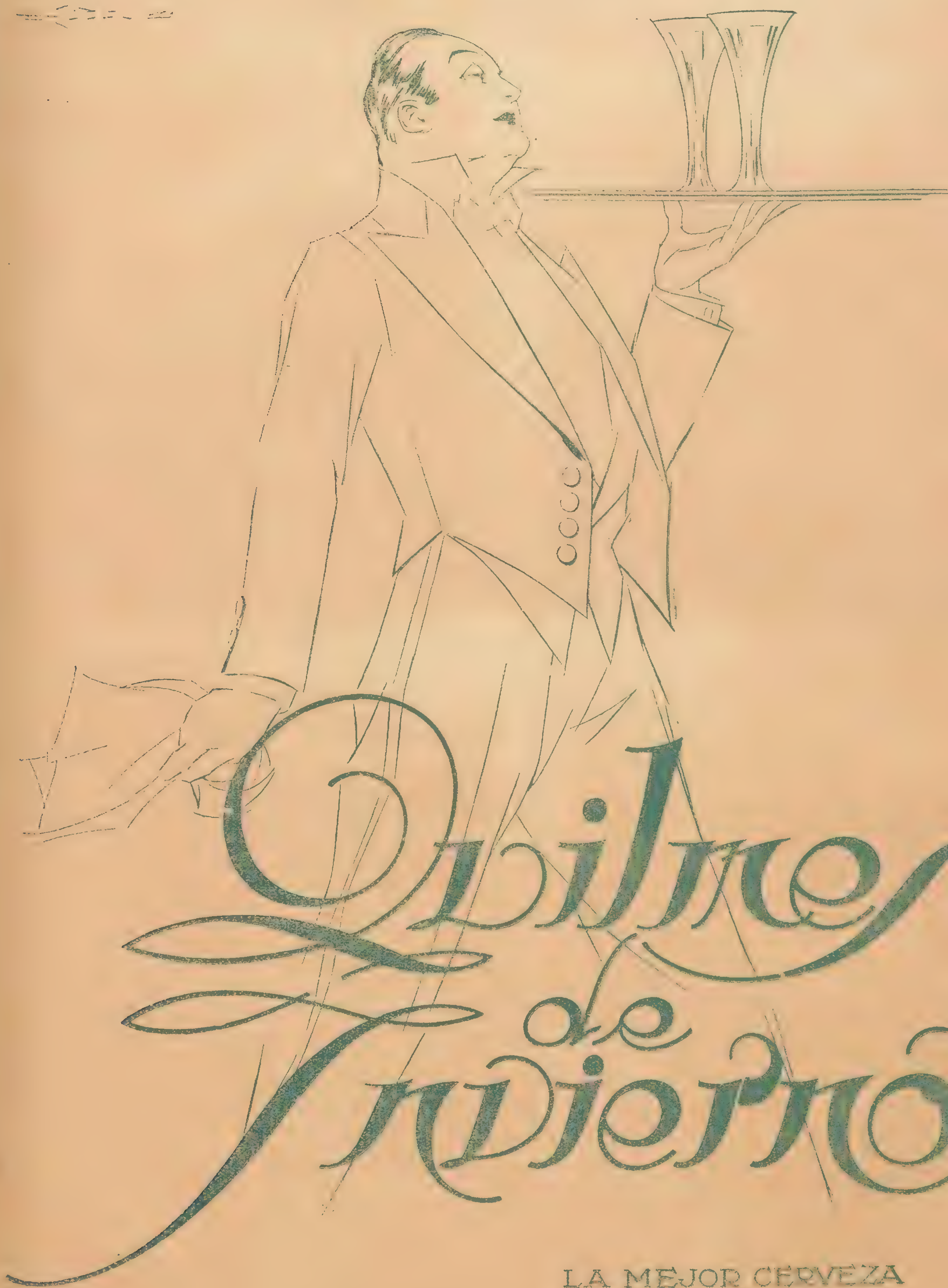
Señores periodistas: Os hemos puesto en contacto con la obra que puede fundamentar definitivamente las distintas libertades que nos legó el pasado; sed pues dignos portavoces de tal acontecimiento, llevando a todos los ámbitos del país, los juicios que les merezca la nueva orientación de nuestros agricultores, defendedles si.... lo merecen y destruídlos si cambian el rumbo que deben seguir.

Señores banqueros y comerciantes: Estáis presenciando el movimiento económico de mayor trascendencia del país; sed dignos colaboradores del mismo, pues todas las fuerzas son necesarias para llevarlo a buen puerto y mereceréis el respeto y beneplácito de toda la Nación.

Autoridades de toda la Nación: Comprometemos vuestro honor de dirigentes de nuestra patria para que protejáis, moral y materialmente al nuevo espíritu que nace en la conciencia de nuestro pueblo, para lo que rogamos quieran todos dirigir la vista y el corazón al glorioso pabellón que flamea a nuestro lado, prometiéndole no defraudar nunca la confianza que ella nos ha depositado, so pena de no merecer el glorioso título de hijos de esta querida tierra."



Vista general del elevador de granos cooperativo, inaugurado en Leones, y parte del público que asistió al acto.


Quilmes
de
Invierno
LA MEJOR CERVEZA
PARA LA ESTACION

¡Por un número!

Por Sara Insúa

—Quisiera un sombrero.

—¿De señora?...

Y las pupilas glaucas de la dependiente se fijan con extrañeza en el comprador, que sonríe.

—Sí, de señora... Tengo una hermana en provincias que me encarga uno... Es un encargo difícil... En fin, a ver sí...

El parroquiano, un muchacho fuerte y varonilmente hermoso, mira a la empleada con ojos suplicantes. Súbitamente, como iluminado por una idea salvadora:

—Todo podrá arreglarse si usted se molesta un poco. Qué medida tiene usted de cabeza?...

Los ojos verdes de la muchacha continúan asombrados.

—Cincuenta y tres...

—¿Ve usted?... ¡Pues estoy salvado!... Tiene usted la misma medida de cabeza que mi hermana, y como es también rubia y blanca, un sobrero que a usted le siente, le irá a ella perfectamente. ¿Querría probarse algunos?...

La muchacha responde con un amable mohín de aquiescencia.

—¿Por qué no?... Dígame cuáles...

—Lo dejo a su elección, señorita. Usted entiende de eso mejor que yo.

La empleada va probándose sucesivamente hasta cinco sombreros. Los toma con sus manos blancas cuidadas, de uñas rojas, y con un movimiento lento y gracioso los encaja en su cabecita blanda. Luego se vuelve hacia el parroquiano, y sonríe.

El la contempla durante varios segundos. Al fin, en la quinta prueba, su paciencia de hombre, aunque voluntaria, desfallece.

—Ese mismo, señorita. Le sienta a usted maravillosamente. ¿Qué vale?

—Veinticinco pesos.

—Bien. ¿Pueden mandármelo a mi casa?

La empleada anota la dirección, y el cliente se marcha tras un:

—Agradecidísimo, señorita.

* * *

—Señorita, ¿me recuerda usted?

¿Cómo no va recordar la empleada de la sección de sombreros de señora al caballero que compró unos días antes para cierta hermana de provincias?

—Sí, señor. ¿No le gustó a su hermanita el sombrero?

—¡Muchísimo! Pero mi hermana es tremenda. Ahora me encarga un vestido. Si usted fuese tan amable que viniese conmigo a la sección de confecciones y se probase unos cuantos trajes...

—Yo, con mucho gusto, señor; pero tengo que pedir permiso. ¿Espere usted un momento?

La jefe no está lejos. Se trata de una venta de importancia para el establecimiento. Accede, y el original comprador marcha, guiado por la empleada "que se parece a su hermana", hacia la sección de confecciones.

—¿Su hermanita no le hace indicaciones? ¿Quiere el vestido de tarde, de noche, o troteur?...

El comprador se muerde los labios, y hace un esfuerzo como para recordar.

—De... de tarde, eso es, de tarde.

Una, dos, tres, cuatro, más veces, surge la empleadita convertida en maniquí, de una puerta de cristal tras la que va cambiando las toilettes. La encargada de la sección va dando explicaciones al cliente mientras la modelo provisional pasea, da vueltas y hace pequeños movimientos lentos para poner de relieve los detalles de la *robe*.

El comprador se decide por una *georgette* negro, que se amolda encantadoramente a las líneas suaves de la modelo.

Ciento veinte pesos.

Nada de regateos.

Al marchar, el comprador manifiesta su agradecimiento a la señorita amable que le soluciona los conflictos en que le pone una hermanita caprichosa.

* * *

—¿Cómo está usted, señorita?

—Bien. ¿Y usted? ¿Le gustó el vestido a su hermana?

—¡Muchísimo! ¿Y a que no sabe lo que pretende ahora? Unos zapatos. Seguramente usted calza también el mismo número que ella, el treinta y cuatro, y con su amabilidad sin límites...

La dependiente pide permiso. Lo obtiene, naturalmente. Y media hora después aquel hermano excepcional paga veintidós pesos por unos zapatos de charol y cocodrilo.

De regreso de la seción de calzados, pasan ante la puerta del salón de té.

El cliente se detiene.

—Yo quisiera testimoniar a usted de algún modo mi reconocimiento... ¿Acepta usted una taza de té?

—Ay, no puedo, señor... Para eso sí que no me conceden permiso...

—Y si yo la esperase a la salida del establecimiento... ¿Aceptaría usted mi invitación en otra parte cualquiera?

Ella, interrogantes las pupilas glaucas, lo mira. El responde a la interrogación con otra mirada que hace abatirse los párpados sobre las dos gotas esmeraldinas.

Con la voz un poco velada, ella contesta al fin:

—Bueno... Espéreme usted...

* * *

—Y ¿qué pasó?

—No tenía tal hermana. Aquellas compras habían sido estratagemas para acercarse a mí e ir "conociéndome", sin que yo "me diese cuenta", ¿comprendes? Cuando formalizamos las relaciones me regaló el sombrero, el vestido y los zapatos; pero éstos me era imposible usarlos, me estaban terriblemente apretados, porque mi número es, en realidad, el treinta y cinco... Por coquetería no lo había confesado. Tuve que hacerlo cuando me preguntó por qué no me ponía los zapatos. Entonces sobrevino el desastro. El descubrimiento de mi superchería le decepcionó hasta el punto de romper todo compromiso conmigo.

—¿Es que quería casarse con una mujer que calzase precisamente el treinta y cuatro?...

—No, es que quería casarse con una mujer que no mintiese. ¡Figúrate!...

—¿Y lo has sentido mucho?

—Bastante. Era rico, elegante, guapo, simpático, habría llegado a quererlo... Pero bien dicen que el matrimonio es una lotería; a mí no me tocó el premio mayor por un número.

Aquella otra empleada de la sección de sombreros del gran almacén, que recibía las confidencias de su compañera, y que era morena, apasionada y romántica, bajó sus ojos grandes y negros, y adelantó su pie humildemente calzado mientras pensaba en el muchacho que había visto varias veces hablando con su compañera, quien, como el príncipe del cuento, andaría buscando su Cenicienta. ¡Y ella calzaba precisamente el treinta y cuatro!

Se fuè mi juventud

¡Se fué mi juventud! Me lo repito
con pena al despertar cada mañana.
El espejo no miente: estoy marchito
y mi cabeza ya se vuelve cana.

¿Cómo tan pronto transcurrió mi vida
en alas del relámpago?—me digo.
Nave en la mar, sin brújula, perdida,
que en vano busca salvador abrigo.

Se fué mi juventud y ya no vuelve,
y en lágrimas humildes y sollozos,
al decirlo, mi orgullo se disuelve...

¡Adiós, horas de amor sin armisticio,
románticos ensueños, alborozos...
¡Y ahora a evocar recuerdos: ese es tu oficio!

¡AIRE!

¡Vivir, vivir! ¡La plebe soberana
a tu paso te escupe y te escarnece,
y la ambarina luz de la mañana
en términos de rosa resplandece!

¡Sueña, y la plebe vil mancha tus sueños
con su baba pestífera; levanta
el corazón y aplasta a los pequeños
animales dañinos con tu planta!

¡Aire! ¡Qué hedor moral irresistible!
Me siento vil también, cómplice artero;
a lo noble y mirífico insensible...

Fuera, la luz, aromas y canciones...
Los detritus aquí del pudridero...
¡Aire! ¡Me asfixio! ¡Abrid esos balcones!

Emilio BOBADILLA

CERCA DE UN MUERTO

Por Guy de Maupassant

Se iba muriendo como mueren los tísicos. Todas las tardes, a eso de las dos, le veía sentarse bajo las ventanas del hotel, frente al mar en calma. Al calor de los rayos del sol, quedábase inmóvil algunos instantes contemplando tristemente el Mediterráneo. A veces dirigía una mirada a la montaña de cumbres vaporosas que domina a Mentón. Después cruzaba muy lentamente sus largas piernas, tan delgadas que parecían dos huesos, sobre los cuales flotaba el paño del pantalón, y abría un libro, siempre el mismo.

Entonces dejaba de moverse y leía, con la vista, con el pensamiento. Todo su pobre y expirante cuerpo parecía leer. Toda su alma se hundía, se ocultaba, desaparecía en este libro, hasta la hora en que el aire fresco de la caída de la tarde le hacía toser.

Era un alemán, alto, de barba rubia. Comía en su cuarto y no hablaba con nadie.

Extraña curiosidad me atrajo hacia él. Un día me senté a su lado, también con un libro, para disimular; un libro de poesía escrito por Musset, y me puse a repasar "Rolla".

De pronto mi vecino, en correcto francés, me preguntó:

—¿Sabe usted el alemán?

—Ni una palabra, caballero.

—Lo siento. Ya que la suerte nos pone el uno al lado del otro, le hubiera prestado y hubiera visto una cosa de inestimable valor.

—¿Qué es ello?

—Un volumen de mi maestro Schopenhaüer, anotado de su puño y letra. Todo el margen, como ve usted, está cubierto con su escritura.

Cogí el libro con respeto y contemplé aquellos rasgos incomprensibles para mí, pero que revelaban el inmortal pensamiento del mayor destructor de ilusiones que haya vivido en la tierra.

Los versos de Musset acudieron a mi memoria.

Ders-tu content, Voltaire et ton
(hideux sourire,
voltige-t-il encore sur tes os de-
(charnés?

E involuntariamente comparaba el sarcasmo infantil, el sarcasmo religioso de Voltaire, con la irresistible ironía del filósofo alemán, cuya influencia quedará para siempre indeleble.

Aunque proteste o se enoje, se indigne o se exalte, la humanidad fué marcada por Schopenhaüer con el sello de su desdén y desencanto.

[illegible] las esperanzas, las creencias, las poesías, las quimeras, las aspiraciones; arrebató la confianza de las almas, mató el amor, abatió el culto ideal de la mujer, deshizo las ilusiones del corazón, llevando a cabo la obra más gigantesca que escéptico alguno haya concebido. Nada perdonó su burla y todo se desplomó ante ella. Hoy mismo, aun aquellos que le execraban, parece que llevan en el espíritu partículas de su pensamiento.

—¿Trató usted particularmente a Schopenhaüer?—pregunté al alemán.

—Hasta su muerte—me dijo con tristeza.

Y me habló de él, contándome la impresión casi sobrenatural que causaba este ser extraño a cuantos se le acercaban.

También me refirió la entrevista del viejo destructor con un político francés, republicano doctrinario que quiso conocer a este hombre y lo halló en una bulliciosa cervecería, rodeado de sus discípulos, seco, lleno de arrugas, riendo con una sonrisa inolvidable, mordiendo y desgarrando creencias e ideas, como el perro desgarra de una dentellada los trapos con que juega.

Y me repitió la frase que este francés dijo al marcharse despavorido:

—"Creí pasar una hora con el demonio."

Y tras breve pausa agregó:

—Sí, caballero, aquel hombre tenía, en efecto, una horrible sonrisa, que, aun después de muerto, nos daba miedo... Es una anécdota desconocida que puedo contarle si le interesa.

* * *

Y con voz fatigosa, interrumpida de vez en cuando por los golpes de tos, comenzó:

—Schopenhaüer acababa de morir, y decidióse que nosotros le velásemos alternativamente, de dos en dos, hasta la siguiente mañana.

Yacía acostado en un cuarto espacioso, sencillo y obscuro, alumbrado por dos velas colocadas sobre una mesita a la cabecera del lecho.

Serían las doce de la noche cuando me tocó entrar de guardia con uno de mis compañeros. Los dos amigos a quienes reemplazábamos salieron, y fuimos a sentarnos al pie de la cama.

La cara no había cambiado; reía, pareciéndonos que iba a abrir los ojos, moverse, hablar. Aquella arruga que también conocíamos, aún se dibujaba vigorosamente en los rincones de los labios. Su pensamiento, o, mejr dicho, sus pensamientos, nos envolvían más que nunca dentro de la atmósfera de su genio, sintiéndonos totalmente poseídos e invadidos por él. Su dominación era para nosotros todavía más soberana después de muerto. Un misterio se mezclaba indudablemente en el incomparable poderío de su espíritu.

El cuerpo de estos hombres desaparece, pero ellos quedan, y en la noche que sucede al último latido de su corazón... créame usted, caballero, ¡son horrendos!

Y muy bajito hablábamos de él, recordando sus frases, sus fórmulas, esas máximas sorprendentes que parecen luces arrojadas en las tinieblas de esta gran incógnita: "la vida".

—Parece que va a hablar—dijo mi compañero; y con una inquietud que rayaba en miedo, mirábamos aquel rostro inmóvil y siempre sonriente.

Poco a poco nos íbamos sintiendo incómodos, desfallecidos.

—No sé qué tengo—dije—; pero te aseguro que no me encuentro bien.

Y nos apercibimos que el cadáver olía mal. Entonces mi compañero propuso que nos trasladásemos a la habitación contigua, dejando la puerta abierta, y acepté.

Cogí una de las velas que lucían sobre la mesa y nos fuimos a sentar al extremo opuesto de la otra habitación, desde donde veíamos perfectamente la cama y el muerto.

No bastó la distancia para amortiguar nuestro desasosiego; cualquiera hubiera creído que su ser inmaterial, libertado, todopoderoso, vagaba en torno nuestro. También a veces el olor asqueroso de aquel cuerpo en descomposición llegaba hasta nosotros penetrante y vago.

De repente un escalofrío nos traspasó los huesos: en la habitación del muerto había sonado un pequeño ruido. Dirigimos rápidamente nuestras miradas hacia él y vimos, sí, caballero, vimos perfectamente algo blanco que corría sobre la cama, caía al suelo y desaparecía por debajo de una butaca.

Antes de haber podido pensar en nada, estuvimos de pie, locos de terror, de un terror estúpido, y dispuestos a huir. Después nos miramos. Estábamos horriblemente pálidos. Los latidos de nuestro corazón se notaban por encima de nuestra ropa. Hablé el primero.

—¿Has visto?

—¿Será que no ha muerto?

—¡Pero si empieza la putrefacción!

—¿Qué hacemos?

—Ir a ver—dijo mi compañero titubeando.

Cogí la vela y entré, registrando con la vista la espaciosa habitación de obscuros rincones. Nada se movía. Me aproximé al lecho.

Estupor y espanto indescriptibles se apoderaron de mí. ¡Schopenhaüer no reía ya! ¡Hacía un gesto horrible! Su boca estaba apretada y sus mejilla sprofundamente hundidas.

—¡No está muerto! — dije temblando.

Pero el repugnante olor me subía a las narices, sofocándome. Despavorido, como en presencia de una aparición, me quedé inmóvil mirándole fijamente.

Entonces mi compañero, que había cogido la otra vela, se inclinó. Luego, sin decir palabra, me tocó en el brazo. Seguí su mirada... En el suelo, debajo de la butaca, destacándose sobre la obscura alfombra, y abierta como para morder, yacía la dentadura postiza de Schopenhaüer.

La descomposición había aflojado las mandíbulas, haciéndolas saltar de la boca.

Aquel día tuve verdadero miedo, caballero.

Y como el sol se aproximaba al mar resplandeciente, el alemán tísico se levantó, me saludó y regresó al hotel.

Alá es grande, dice el profeta.

El que muere en una ciudad santa va derecho al Paraíso—dice el Corán.

Bisera, llamada por los árabes "La Reina del Desierto", no es en manera alguna una ciudad santa; pero, si me fuera dado escoger un lugar donde morir, yo escogería, sin titubeos, este enorme oasis situado al propio borde del misterioso Sahara, creyendo hallarme ya a los umbrales de la Gloria. Por muchas razones puede tenerse a Bisera como un punto ideal para pasar la temporada de invierno, prescindiendo en absoluto del hecho de ser ella la que inspiró a Hichén su encantadora novela "El jardín de Alá". Para mí, las principales razones son dos: la abundancia de vino, tan excelente como barato, y la ausencia de mi mortal enemigo, el reumatismo.

Nunca vi tanta luz en nuestra patria, ni en Italia. El azul de aquel cielo, el brillo de la arena, la mancha roja del Gran Desierto, lo obscuro de los aduares, todo desafía al más hábil pincel. Ello es tornasolado, radiante, refulgente, claro, distinto, esplendoroso, que pide oportuna descripción y es a un tiempo la inspiración y la desesperación del artista.

Las quintas moras del Mustafá Alto—un barrio de Argel—con sus espaciosos huertos de naranjos, limoneros, almendros y algarrobos eran deliciosos a mis ojos insaciables de belleza, cuando llegué a los alrededores de la fortaleza o alcazaba, con sus calles estrechas y tortuosas, sus casas blancas con sus terrados y azoteas y tan cercana una acera a la otra que apenas dejan paso para un hombre solo. Pasé varios días en la terraza del hotel, tomando el sol y recobrándome del mareo del barco, que es para mí una verdadera enfermedad, hasta hallarme en estado de salir a donde me guiase mi caprichosa fantasía. Al fin estuve en Bisera, objetivo principal de mi viaje.

Mi primera sorpresa fué la vista de sus mujeres cubiertas desde la cabeza hasta los pies con blancos velos y anchos ropajes, al parecer, de muselina. Lo que con ello se pierde de la vista de sus morenos rostros es largamente compensado con lo que se destacan de entre aquéllos sus negros ojos centellantes, bajo las altas cejas acentuadas con pintura y en medio de los movibles párpados ensombrecidos con un colorete, llamado "alcohol". El hierro de sus rostros—pues muchas lo llevan en las propias mejillas—no amenguaba el interés de sus miradas excitadas por mi traje a la europea. Mi impresión de la mujer argelina y cabileña es la de unos negros rodeados de joyería: cadenas, arracadas, collares, brincos y pedrería corriente.

El traje del moro ampesino es de lo más raro que cabe imaginar. Una larga banda de gasa de lana le rodea un gorro de paño y cae hasta el cinturón. Lleva una túnica larga y ampulosa ceñida por ancho cinturón y sobre ella el albornoz o manto de muy buena tela, que completa el traje. El moro de la ciudad, con su vestido casi turco, es menos pintoresco.

Nunca olvidaré mi primera y no última visita al Café Moro. Halléme en una salita amueblada con unos cuantos bancos nada cómodos. Las paredes estaban adornadas con sentencias del Corán, pipas enlazadas y jaulas con pajarillos. Un fogón despedía un calor casi insoportable y un olor igualmente penetrante. Este procedía de una olla de alcucuz, el plato nacional, parecido a la tapioca, comestible éste que no mereció nunca mis entusiasmos. Sin duda me había desviado y venido a parar en la cocina, e iba a escapar disimuladamente cuando el dueño, un moro alto de majestuoso aspecto y labios como la sangre, aparceió descorriendo una cortina que pendía de una caña de bambú, e indicándome el comedor. Al fin, dí en la cuenta de que en los cafés moros la cocina está expuesta al transeúnte callejero, en tanto que el comedor está oculto, costumbre de no poco mérito.

Invitado, pues, a ejercitar mi opción, me senté a usanza del país en una alfombrita y me dispuse a consumir parte de un plato de alcucuz en compañía de una buena ración de anisado y otra más buena aún del más delicioso café que espero probar jamás.

Allí, vuelto hacia la calle, contemplaba la vida de derredor, espantando las insolentes y pertinaces moscas y fumando los nada despreciables cigarrillos argelinos, tan estimados en el país. Cerca de mí, dos caballeros moros se entretenían jugando al dominó. Por la calle pasaba un hatajo de cabras. Se entreabrió la puerta de un corral y "un par de ojos" salió por ella con un cántaro al hombro. Por la tortuosa calle de enfrente venía un morabito, es decir, un clérigo muslim. Sonoro cascabeleo llega a mis oídos sin saber de dónde, cuando se deja ver un muchacho con una gran corambre a la espalda. Lleva dos copas de cobre en las manos y grita de cuando en cuando:

—¡Ma, ma, ma! (agua).

En esto llegan unos soldados con gorros en punta, pardo pantalón, camisa blanca, faja vistosa y polainas muy bajeras. Biseras, con su fuerte de San Germán, es un punto estratégico inexpugnable.

La tarde caía pesada, soñolienta. Yo daba cabezadas, cuando de pronto oí la voz de Imán cantando, desde la lejana mezquita, el nuedán u oración: "Alá es grande"; "No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta"; "Venid a orar"; "Rendid oración"; "Alá es grande".

A esta voz, todos los mahometanos presentes se arrodillaron y permanecieron por breve espacio en actitud reverente.

Mi primera visita al Café Moro fué el comienzo de mi interesante amistad con un atezado propietario. Por razones inexplicables, hube de serle simpático, según eran sus esfuerzos por complacerme. No me fué en modo alguno posible pronunciar su enrevesado nombre y, así, dí en llamarlo Haroh, lo que no pareció desagradable, aunque lo mismo hubiera sido si lo hubiera llamado Lilián.

En fin, una tarde, habiendo pasado una hora o así en su establecimiento tomando café y fumando la "ducán", Hurali me preguntó si había visto ya a las bailarinas. Le respondí que una tarde había venido al baile, pero que yo debía de ser el único hombre del mundo a quien ello no interesaba nada. El entoncens me invitó a subir aquella tarde a la azotea de su café para ver a las nailes—bailarinas de la cabila de Naiel—. Siendo la discreción la mejor cualidad de un buen curioso, acepté con condición de llevar un acompañante. No quise llevar mi "browing" por ser, en mayor o menor grado, un observante de la ley de Solimán respecto a las armas de fuego, ley curiosa en sus preceptos. Paraba en mi fonda un muchacho francés muy simpático, en cuyos oídos había hecho sonar de antemano alguna que otra palabra en "averiado" francés y él—como un héroe—las había hecho sonar en los míos en un castellano detestable. En fin, ambos nos hallamos una tarde sentados en las ricas alfombras de la azotea de Haroh dispuestos a presenciar la fiesta.

La orquesta, formada por un flautista árabe y un tamborilero cabileño, hizo su preludio. Dudo que estuviesen combinados. Soy algo músico—o pretendo serlo—, más nunca he oído cosa tan sentida como el "lamento" de aquella flauta a la luz de la luna, que caía melancólicamente sobre la reunión formada—excepto Dufresne y yo—por gente del país. La melodía estaba compuesta en octava menor, como toda música oriental, lo que acentuaba su aire melancólico.

De pronto aparecieron las ahines o bailarinas, semidesnudas. Eran morenas, risueñas, juguetonas, de ojos brillantes y dientes nacarinos; en una palabra, emblemas vivos de la sensualidad. La primera danza mostró bien la flexibilidad de sus cinturas, llegando al summum de poética emoción. El número terminó con una especie de bolero, algo más picado que el de España.

La orquesta tocó luego una pieza más viva, y del grupo de las obscuras bellezas saltaron Safía—pura—y Uruieda—rosa—. No sabré decir si éstas eran o no muy buenas bailarinas, pero sí las únicas a quienes he visto bailar la danza del "dame dinero". En cualquier otro sitio hubiera extrañado. Pero ésta es costumbre típica. Un estruendoso aplauso y una lluvia de monedas recibió a Uruieda y a Safía, monedas que recogió Aica—vida—con aire amablemente despreocupado y ostentoso.

Luego bailó sola, lanzando llamaradas de sus hermosos ojos. Era la viva representación de la pasión Dufresne apretó mi brazo en uno de los descansos, murmurando a mi oído:

—Mort de ma vie!

Mientras que yo decía subconscientemente:

—¿Qué dirá mamá?

El tambor inició una marcha. La menuda Aica se envolvió en su ancha alcandora y en menos que lo digo se había lanzado a los brazos de Dufresne y sentado jadeante sobre sus rodillas. ¿No es el propio Corán donde se dice que la mayor calamidad del linaje humano es la mujer?

Al desayuno nos dijo el monsieur que no había dormido. Yo

me junté luego a la gente que iba hacia el mercado, pues suelo aprovechar el tiempo cuando se avecina el de volver a mi país. Quería comprar una alcandora que me encargó mi amigo Jorge para usarla como traje de casa, algún cacharro moro para mi madre y perfumes para mi hermana, etc.

El mercado de Bisera es el centro de la actividad de la comarca. Abunda en bronces, cordobanes, plumas, orfebrería y cerámica, especias, pieles de leopardo, y lo que es quizá el más precioso de los productos africanos: el marfil del Sudán. Yo hice muy pocas compras, y al hacerlas, eché de ver que el comercio no es cuestión de geografía. El asunto es el mismo en todas partes: explotar al comprador.

Al fin dí con una hermosa jarra estilo griego, con las asas lindamente cinceladas, por la que Abú-ben-Retelá me pidió varios millares de francos. El precio, en efecto, me sonó a algo así como el "pago de las reparaciones". No me gusta regatear. Pago de ordinario lo que me piden. Pero aquel maltrecho y estropeado morazo tenía un "no sé qué" que me sacó de mis casillas. Así, pues, yo comencé a refunfuñar y él a porfiar, y a poco, éramos uno de tantos entre la multitud.

No ha de haber habido ser humano ni sobrehumano con tantas barbas como el Profeta. El árabe se cerraba de bandas jurando y jurando por aquéllas que la jarra valía esto y lo otro. Yo también juraba y perjuraba por la laguna Estigia que no valía sino esto y lo de más allá. Yo apretaba por quedarme con ella y él porfiaba por lo mismo, aunque con miras diferentes. Por fin, venció España en la contienda, y la dichosa jarra "se quebró y tiró" en tres duros y medio, aparte el impuesto, que subió, desde luego, mucho más, sin que valieran regateos.

La perfumería en Bisera es nada comparada con la del Zoco-el-Atarín o mercado de perfumes del barrio moro de Túnez. Creía yo que no habría sobre la tierra perfume alguno que mereciese emplear en él cinco duros para obsequiar a una mujer. Mis atenciones para con mi hermanita, según mi presupuesto, no debían pasar de veinte pesetas, y así resolví comprarle una bolsita de dos duros, con su espejito dentro.

No obstante, no hay otras dos cosas en el mundo que yo quiera tanto como la mujer—particularmente a mi hermana—y los perfumes—en especial el buen jabón para la barba—. Llegueme al correspondiente puesto, presidio por un respetable cabileño de ampulosa vestimenta. Dije que quería un perfume para mi hermana. El guiño un ojo, y dijo en buen castellano:

Tengo citrina, bergamota, azahar y esencia de manzanas. Una gotita en su solapa, monsieur. *Voilá!*

El precio de un frasquito pequeño era enorme, pero lo satisfice sin regatear y resolví dejar encargado en mi testamento que me embalsamen con ámbar gris.

A pesar del bullicio y del calor, innumerables moros sentados en taburetes y alfombras, junto a las casas que rodeaban el mercado, pasaban la tarde tomando té, chupando sus pipas y oliendo sus manojitos de jazmines. En uno de los rincones, varios negros provistos de pífanos o atabales hacían música. Judíos, bien vestidos y obesos, iban de un lado a otro. Un borriquito fugitivo correteaba por todo el mercado.

En esto llegó un señor con rico albornoz color crema, caid o jefe de aduar. Detrás de él vino un hermoso tipo con su turbante cumplido y su larga túnica o galabia de seda del Sudán. Su aire era altanero, desdeñoso. Llamábase Hadjí y había hecho su peregrinación a la Meca. Ello es algo sagrado para los creyentes.

Una tarde me preguntó Harald si me gustaría un paseo en caravana hasta Tugurte, importante puesto militar en el desierto, a diez leguas de Bisera. Tenía un amigo trajinero que tendría sumo gusto en que lo acompañase. A otro día, a la aurora, poco después de la oración de los creyentes—"En el nombre del todomisericordioso Alá, nos acogemos al Señor del Día, contra la maldad de los seres creados por Aquél, contra todo mal y para que la noche no nos coja de improviso"—, hice mi estreno sobre el lomo de un camello que respondía, resoplando, al nombre, de "Fátima". Supongo que no era culpa de "Fati" el haber nacido camello, como no era mía el haber nacido su jinete; pero a buen seguro que me dió más en qué pensar que ninguna otra de cuantas caballerías he montado en mi vida.

En primer lugar, "Fati" y todo su linaje, alto y bajo, incluídos los afines, son los vivientes menos aquejados por las demandas naturales. Puedo certificar que el camello es capaz de pasar sin comer ni beber siete días y otras tantas noches, y que sería, por tanto, un vigilante ideal en donde estubiese establecida la "ley seca". El no tiene amigos ni aficiones. No desea cosa alguna. Si le acariciáis el pescuezo, se sonreirá mostrando dos hileras de dientes amarillos. Gruñe cuando montáis sobre su giba, y sigue como si tal cosa, cuando descendéis de ella. Su ración es arena y más arena, con algún espino.

Aunque no soy ningún atleta, estaba ilusionado con aquello de ir por el Sahara sobre un camello. Me habían dicho, además, que el camello andaba tres leguas por hora. Mas no llevaba veinte minutos en la silla, esto es, en la chepa, cuando toda mi ilusión desapareció a causa de la mucha incomodidad del asiento, a que se juntaban la fatigosa respiración del camello y sus gruñidos cada vez que tenía que excitarlo a que anduviese.

El sol del desierto me puso los ojos como quemaduras. El calor era un tormento. La ropa, con el mucho sudor, se me pegaba al cuerpo. Mi lengua y garganta estaban secas. Sentía la sed más rabiosa que jamás creí posible. No obstante, allá iba. ¿Qué remedio?

Se caminaba poco. A la noche llegamos a un borche o descanso. "Fati", un poco serio, se arrodilló para que me bajase. A la luz de una fogata de palmas secas tomé algo para comer; pero, antes que probase un bocado, las moscas me lo comieron casi todo. No obstante, no fueron tan descorteses que no me dejaran algo en tanto que la emprendían conmigo mismo.

Tiré a un lado mi ropa y me metí en un arroyo que atravesaba el oasis. Las tortugas chocaban con mis pies. Sin embargo, lo llamé baño delicioso y lo senté como tal en mi libro de cargo y data. Echéme luego en el suelo del borde y empecé a percibir un poco el que más pueda en cualquier raza, lengua, estado o religión. Al cabo, hube de unirme al "coro", pues a la mañana, con gran sorpresa mía, me hallé muy despejado.

EL SENTIMIENTO DE LOS DELFINES

Las leyendas antiguas mencionan con frecuencia los sentimientos de amistad que los delfines muestran hacia los hombres.

Y parece que hay veracidad en la cosa a juzgar por una reciente comunicación de la Sociedad Lineana, de Londres, en la que se menciona un delfín que era muy conocido de los navegantes que frecuentan el estrecho de Pelorus, al extremo norte de la isla meridional de Nueva Zelandia.

Ese delfín había sido apodado Pelorus Jack, y se le conocía por la costumbre de acompañar los navíos que atravesaban aquellas aguas.

En diversas ocasiones no faltaron imbéciles—¡hay siempre tantos!—que tiraron contra Jack tratando de darle muerte.

Pero en 1904 el gobierno de Nueva Zelandia lo tomó bajo su protección y prohibió que se le hiciera mal ¿Para qué atacarlo si no hacía daño?

El delfín divertía mucho a las tripulaciones y a los pasajeros, por las funciones que se hubo atribuído de acompañar los barcos en el estrecho, yendo junto a la proa donde jugueteaba y saltaba.

Pero he aquí que llega de Nueva Zelandia la noticia de que corre la voz sobre la desaparición de Jack.

Ya no se le ve; y varios marinos que le conocieron mucho afirman que ha debido morir.

Jack estaba habituado a seguir los barcos de una sola hélice, afirma un capitán inglés, y con los perfeccionamientos modernos las naves de dos hélices son ya comunes.

Jack, al perseguir a uno de esos barcos de doble propulsión ha debido sucumbir cortado por una hélice.

A propósito de la muerte del pez amigo del hombre se ha hablado en la sociedad referida de los delfines en general y del humor amable que demuestran siempre.

Uno de los miembros de la sociedad refiere que tuvo ocasión, cerca de Plymouth, de navegar en un botecito de tres toneladas con cinco o seis delfines jugando en torno, hasta permitir que el patrón del bote los tocara al pasar por el timón.

Pero bastaría con recordar a los viajeros que han visitado el Bósforo en Constantinopla — ¡perdón, en Estambul! — los delfines alegres que juegan a la orilla de aquellas aguas de zafir y de encanto.

La cunita de Moisés

Por SEBASTIAN GOMILA

¡Diablo de Moisés Bis! Tipo sumamente original. Movido, decidor, rebelde. Pero afable y con un sentido común elevado al cubo. ¡Tenía cada cosa!...

Por encima de todo, mujeriego. No presumía de Don Juan, ni mucho menos. Pero era el fiel trasunto del me gustan todas. Y algún disgustillo le rabía ocasionado la comezón.

El doctor Ramírez, médico afamado, se puso un día serio con él. Como no llevara Moisés Bis otro género de vida, malorum.

Y el interesado no parecía alarmarse por el pronóstico. Nos decía tan campante:

—Vale más sentencia de médico que de juez. Cada uno ha nacido para seguir su ruta. Y aun diría yo que para cumplir una misión determinada. Yo vine al mundo... para rectificar a mi homónimo el gran libertador de Israel. Puesto que me pusieron Moisés en las pilas bautismales y que mi apellido es Bis, cátate a Moisés II.

Le observaron en broma:

—¡Poco que te envanece a ti el nombrecito! Y sobre todo lo de Bis Eres... el Nuevo Moisés. Lo que constituye un magnífico título de novela.

—Bastante inverosímil.

—Nada tan inverosímil como la realidad... ¿Qué es lo inverosímil? Lo que no acertamos a explicarnos. Nada más. Para vosotros mi conducta es inverosímil — juicio del doctor Ramírez—. Y bien, para mí es inverosímil la vuestra.

—Así planteado...

—Lógicamente. Lo inverosímil no es lo irreal.

—Pero el doctor Ramírez es lógico en sus advertencias. El tránsito de la cuna al ataúd hay que tomarlo un poco seriamente.

Moisés Bis soltó una carcajada, y luego una de sus paradojas:

—¡Más seriamente que yo lo tomo!

Ahora la risa fué general.

Y Moisés tornó en taciturno.

—¿Os reís?... Con seguridad que ninguno de vosotros se acuerda de su cuna ni piensa en el ataúd.

Sensación.

Moisés prosigue:

—Pues yo, en cambio, conservo mi cunita, mi moisés chiquitito, lleno de blondas donde hace cuatro lustros y pico mi personalidad saliente recibía homenajes sin cuento. No hablo del ataúd, aunque lo tengo dibujado in mente...

—¡Qué capricho!

—En cuanto a la cunita, la conservó mi madre, y ocupa aún lugar preferente en mi domicilio. Casi nadie se preocupa de un trasto así. ¿Verdad? Pues yo llegué a tenerle cariño, que se ha trocado en veneración.

—¡Caramba!

—Y le debo esa... debilidad que dicen...

—¿Cuál?

—La afición al bello sexo.

Sorpresa general.

Y continúa el discurso:

—Sí, señor. No quise ser un Moisés Bis más que de nombre. ¿En qué me parezco yo al modelo de Miguel Angel En nada. El era barbudo, y yo imberbe. El no acertaba a decir palabra, y yo hablo por los codos. El, que había de presentar el No matarás, dió muerte a un egipcio que maltrataba a un hebreo; yo no mato ni a las pulgas. Al leer la Historia Sagrada Moisés me encocoró...

—¡Cállese el hereje!

—¡Qué hereje ni qué ocho cuartos!... Moisés fué el prototipo de la ingratitud.

Nueva sorpresa con pespuntes de interés. El amigo Bis picaba la curiosidad. Y recalcó, formalizándose cómicamente:

Lo repito: un ingrato.

—Un gran legislador.

—¿Por ventura un legislador no puede ser ingrato?

—¿Y las Tablas de la Ley?

—Se las dieron hechas. Fué don del cielo.

—¿Y el noveno mandamiento?

Moisés Bis puso un gesto trágico, y objetó:

—Por lo visto estáis en vena de discutir. Sea. Pero nada de sofismas.

Ha sido una indicación...

—Insisto en lo de la ingratitud del hombre del Simai. Fijaos. ¿Quién preparó su cestilla de papiro embreada para que flotase en el Nilo? Una mujer, su madre. ¿Quién lo llevó delicadamente al cañaveral? Una mujer, su hermana. ¿Quién lo mandó extraer de las aguas y hacer que lo amamantasen? Una mujer, la hija de Faraón. ¿Es o no cierto?

—Ciertísimo. Así reza la escritura.

—Pues al rezar eso la Escritura, prueba lo que digo.

Momentos de atención.

Ya saldría, de seguro, el flamante Bis con una de las suyas.

Esperó la interrogación. Viendo que ésta era simplemente muda, se expresó en esta forma:

—¡Cómo trató al bello sexo, en general, el glorioso caudillo!... ¡Qué enseñanzas al pueblo hebreo tocante a las hembras!... Consideró impura a la mujer. Estableció el repudio y señaló castigos... ¡Vamos, que se lució con sus preceptos el hijo de Amram! ¿No leemos en el libro cuarto de su gran obra la orden que dió de matar a toda mujer medianita que hubiese conocido carnalmente varón? ¿Y no horripila lo que prescribe en el Deuteronomio contra la fragilidad [illegible]il?...

Ahora bien: a los tantos o cuantos siglos de eso, nace una personilla, que soy yo. Y se le ocurre al padrino bautizarla con el nombre de Moisés. Y da la casualidad que el padre de la criatura tiene por apellido Bis. Cátate, por lo tanto, a éste que veis aquí. ¿Puede ser otra cosa que un protestatario éste que veis aquí?...

Conatos de ironía.

—Voy a explicarme. Yo nací para protestar. Hubiera yo protestado en el claustro materno, a ser posible. Pero, en fin, se me echa al mundo, no a la corriente de un río. Mi cunita, mi coquetón moisés permaneció en seco. Ni mi madre bligada a un infanticidio, ni mi hermana vigilando mi rumbo y oliendo a brea, ni una hija de Faraón prendándose y compadeciéndose de mí... Pero yo, Moisés Bis, me entero del proceder del Moisés jefe, libertador y legislador. Y digo, con toda la firmeza de mi carácter: Bien que sea yo Moisés Bis, lo que es el bello sexo no será lapidado ni acuchillado. La mujer, para mí, lo es todo. No hay en el mundo nada como el sexo débil... ¡Y que rabien el doctor Ramírez y toda la Facultad del ramo!...

Siguió la chunga. Y alguien hubo de observarle:

—Entonces debes ir pensando en el matrimonio.

Brincó materialmente Moisés Bis.

—¡¡Eso no, caracoles!!... En eso difiero también del esposo de Séfora, el de la arrogante facies cornuta luminosa, según traduce la Vulgata. Quien no condenó la poligamia.

—Una mujer y un Dios. Iba a satisfacer eso al doctor Ramírez, y te ahorrabas pócimas.

—Sí, hubo de insinuármelo.

—¿Y protestaste?

—Me eché a contemplar la cunita...

—¿Con delicia?

—Con espanto. ¡Vacía y adornada está tan bien!

—¡Ah, ya! ¿Temes llenarla?

—Naturalmente. Y tal vez rellenarla. ¿No sería yo en tal caso el que tuviera que arrojarse al río?... El doctor Ramírez tiene ocho vástagos. Y creo que apunta el nono. Por eso ha de prodigar las visitas, y ve enfermos en todas partes.

Terminaba la plática, como todas las suyas, con un estrépito de risas.

Era todo un chusco el inclito Moisés Bis.

Las fuentes de la vida

Cuando rompe en clara risa tras la bruma volandera
la mañana y de los faunos en los labios sensuales
brota el agua rumorosa como hervor de piedras finas
que en el fondo de la alberca silenciosas se deshacen,
en los bosques recatados en que el sol no pasa, y fijo
en la indócil esmeralda de las hojas brilla y arde,
en los antros caprichosos donde a expensas de los dioses
edifican las dríadas sus espléndidas ciudades,
fluyen fuentes siligosas que socavan el granito,
gota a gota, perla a perla, cantarinas y feraces.
Ya el amor, en apacibles ondas llenas y formadas
por las lágrimas inútiles que prodigan los amantes;
mana el chorro del olvido, turbias aguas de recuerdos,
y a la somba de los mirtos la esperanza hincha su cauce,
pero enmedio de estas fuentes, de frescura regalada,
que entre lívidas arenas van qubrando sus cristales,
un remanso de odio ajeno, verde, inmóvil, falso y hondo,
al que sueña con la vida le detiene el paso fácil,
¿Qué me importa?, ¡musa mía!, ¡La de rubia cabellera!,
¿Qué me importa que me invoques?, ¿qué me importa que (me llames,
y que, al soplo de tus sueños, mil ampollas irisadas,
como inútiles presagios tu ilusión deje en el aire
si se rompen en las heces donde el loto sobrenada
y se anegan tus ensueños y florecen mis pesares?

Leopoldo López DE SAA.

Rivales

Por Federico Boutet

Al entrar en el Círculo, Esteban Lefaille vió a Alberto Hardoy, que, sentado en una butaca, lo esperaba leyendo los periódicos. Se acercó a él y estrechó su mano.

—Buenas noches, querido. ¿Qué es de ti, que no se te ve por ninguna parte?

—Mis muchas ocupaciones. Pero tengo que hablarte, y por eso le he telefoneado que vinieras.

—Yo también tenía que hablarte. Se trata...

—De Teresa Chambrum. ¿Verdad?

—Sí. Tú y yo somos muy buenos amigos para no explicarnos con toda franqueza.

Hubo entre ellos un largo silencio. Desde hacia treinta años eran, en efecto, los mejores amigos del mundo. Habían estudiado juntos, y los dos habían triunfado en las carreras que habían elegido: Hardoy, conocidísimo banquero, y Lefaille, aplaudido autor dramático; feliz cada uno con los éxitos del otro, en una afectuosa camaradería egoista de solterones que sienten manías de amistad.

Pero aquella noche no parecían ciertamente dos amigos, a pesar de la afirmación de Lafaille. Seis meses antes habían encontrado en una comida, a la que asistían los dos, a Teresa Chambrum, joven viuda y bellísima, que produjo en ellos una fuerte impresión. Desde entonces cada uno se había ingeniado para volver a encontrarse con la joven y expresarle sus sentimientos.

—No me negarás que le haces la corte y que quieres casarte con ella—dijo Hardoy.

—No lo niego; pero confiesa que a ti te ocurre lo mismo.

Lefaille repuso:

—No riñamos. Seamos francos y sigamos siendo amigos. Tú has hablado a Teresa ¿Qué te ha contestado?

—Cosas vagas; pero tengo la impresión de que pudiera quererme, y creo que duda todavía.

—También yo creo que pudiera llegar a amarme. Así es que opino que lo mejor es que cada uno de nosotros haga lo que pueda para hacerse amar, que ella elija y que el que resulte preferido se resigne con su suerte y no guarde al otro el menor rencor. ¿Conformes?

—Conformes.

Se estrecharon la mano. Los dos mentían. Sabían demasiado que el vencido sólo tendría para el vencedor un odio profundo, aumentado porque al perder la mujer perdía también al amigo de toda la vida.

Teresa Chambrum, decidida a casarse de nuevo, permanecía indecisa entre sus pretendientes, que le hacían una corte apremiante. Se confesaba que cada uno de ellos le agradaba y que podía ser feliz con cualquiera de aquellos dos hombres, dotados de cualidades diferentes, pero reales. Se confesaba también que no amaba a ninguno de los dos; ¿pero era necesario amar para casarse? Un matrimonio razonable con un hombre honrado, sincero y bueno, ¿no es una garantía más segura de dicha que una unión demasiado apasionada? Pero ¿cómo conocer el verdadero carácter de Esteban Lefaille y el de Alberto Hardoy? ¿Y si a cada uno le interrogase acerca de su amigo?

No tuvo necesidad. Un día se encontró en el bosque con Es[illegible] que la estaba aguardando, conocedor de la hora de su paseo ha[illegible].

Elegante y cortés la saludó.

—Es preciso que le hable, Teresa—le dijo después de unas frases banales—. Es mi deber. La amo tanto, que mi deber es hablar Sé que Hardoy la pretende, y quiere casarse con usted. No me responda. Es mi amigo, y no le guardaría rencor si usted lo prefiriese. Tiene excelentes cualidades. Gana mucho dinero y ganará más aún. Ha sabido rehacer su reputación. Empezó mal en la vida. Su padre era usurero, y lo educó pésimamente, haciendo de él un aventurero sin más ambición que el dinero. Hardoy ha tenido en su juventud varias historias siniestras. Hubo un tiempo en que el único que le estrechaba la mano era yo. Y lo hacía por lástima. Ahora estoy seguro de que se ha transformado, o, por lo menos, más hábil, sabe disimular mejor. Se ha educado también. Claro que ignora cuanto se refiere a arte, literatura, elegancia. Sus gustos son vulgares, y usa un lenguaje trivial. Pero es posible que su natural brutalidad y sus celos obstinados y ciegos se hayan atenuado algo.

Teresa escuchaba, preguntándose si todo aquello era verdad y espantada por el odio que leía en la mirada de Lefaille.

Al día siguiente le tocó el turno a Hardoy de hablar de Lefaille. Lo hizo sin rodeos. Teresa supo que no podía casarse con Esteban. Había tenido aventuras muy escandalosas. Las mujeres lo habían mantenido. Una actriz había vendido por él sus alhajas, y Lefaille la abandonó indignamente, después de haberlo hecho célebre, estrenando sus primeras obras. Lefaille no tenía talento ;lo favorecía la suerte nada más. Y el éxito lo debía a jóvenes autores desconocidos, cuyos manuscritos aprovechaba.

Teresa quedó espantada. Los dos hombres le inspiraban ahora el mismo horror. No creía el mal que cada uno había dicho del otro; estaba segura de que inventaban, pero temía a los dos al verlos capaces de tanto odio y tanta mentira.

Les escribió al Círculo, diciéndoles cuál era su resolución. Leyeron sus cartas y se miraron aterrados.

—Ni el uno ni el otro—murmuró Hardoy.

—Se casa con Beauchamp, ese deportista idiota.

—Ese fatuo...

—Es inconcebible. Yo estaba seguro de ser amado. ¿Le has hablado mal de mí?

—Como tú de mí. Y ha sido tan tonta, que se lo ha creído. No ha comprendido que era por amor.

—No lo lamentes, amigo mío. Una mujer así no era digna de ti ni de mí...

—Es verdad.

Y se estrecharon la mano, reconciliados.

La esponja y su pesca

Las esponjas, o mejor dicho, los esponjeros, son animales singulares que, en primera edad, tienen forma ovoide y nadan libremente, entre dos aguas, gracias a ciertas pestañas vibrantes, pero que no tardan en fijarse en una roca, perdiendo así toda sensibilidad aparente.

Se hacen inmóviles hasta el punto de no parecerse a nada de lo existente en el reino animal.

Comúnmente la esponja es considerada vulgar, como tipo de la familia, pero en realidad la diversidad de formas y las profundas modificaciones que existen entre los grupos hacen del esponjero una rama zoológica importante.

Las esponjas se encuentran en todas las latitudes y casi exclusivamente en el mar, a profundidades diversas. Es así como los mares polares y los ecuatoriales contienen colonias abundantes.

Algunos tipos de género *esponjilla*, que constituyen una excepción, se encuentran en las aguas dulces.

La esponja comercial no es en realidad sino el esqueleto del *animal* cuya materia viviente ha *sido* retirada. Ese esqueleto puede estar formador por dos materias químicas diversas.

Es esta particularidad la que ha permitido clasificar los esponjarios en tres grandes grupos: las esponjas calcáreas, las silíceosas y las fibrosas. Este último grupo da la esponja común.

La materia viviente que cubre el esqueleto es de un color negruzco y tiene una consistencia gelatinosa que contiene una substancia blanca, lechosa, que se corrompe rápidamente al aire.

En el seno de esa materia diferéncianse muchos canales tapizados por células, algunas de las cuales están provistas de pestañas vibrátiles.

Hay allí, asimismo, células sexuales que producen los nuevos individuos.

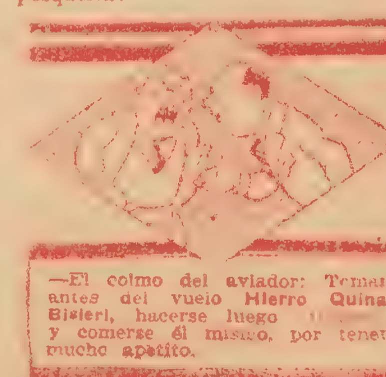
El esqueleto, en el grupo de las esponjas calcáreas, está formado por el conjunto o la unión de finas agujas en estrellas de tres a cinco puntas, que suelen tener el aspecto de un ramal de vidrio hilado, que da por la transparencia la ilusión de un delicado encaje.

Esos elementos calcáreos llevan el nombre de "espícolos": y es curioso notar que la orientación de esos espícolos es invariable en una especie determinada, lo que la zoología utiliza para la clasificación.

Las esponjas calcáreas son ciertamente las menos pintorescas del grupo, siendo su tamaño muy reducido.

Reunidos en colonias, esos pequeños animales forman a veces verdaderos promontorios en las costas.

La pesca de las esponjas es interesante. Uno de los procedimientos más antiguos, y también más peligrosos, consiste en la pesca de zambullida, único sistema práctico para la obtención de las esponjas finas que no resisten, sin romperse, el contacto de las máquinas de pesquería.



ESTAMPAS ROMANTICAS

La Condesa de Merlín

I

Románticos y liberales españoles seguían con ansiedad las peripecias de los patriotas griegos. El general Fabvier, el que tan generosamente luchó en 1823 por el régimen liberal en España, había marchado a Grecia. Allí irá también Byron.

En París, en el magnífico Vauxhall, se organiza un concierto en favor de los griegos. La oposición al Gobierno, los exaltados, los extranjeros refugiados ricos, los orleanistas, con el duque de Orleáns a la cabeza—el próximo Luis Felipe—, acuden en masa.

La protagonista de la función se adelanta en el tablado para cantar. "Es una mujer de espléndida belleza. Su cabeza arrogante y majestuosa hace palidecer los lindos rostros que puedan aparecer junto a ella: como el sol de mediodía hace palidecer la claridad de lámparas y bujías. Su tez de ámbar mate ha conservado la claridad, la irradiación de las mujeres del Mediodía. Su rostro es de admirable regularidad, y su figura única en esta época, posee las grandes y soberbias proporciones esculturales". Así la describe un cronista de la época y su amigo. Honorato de Balzac no le irá en zaga al elogiar la belleza de la condesa de Merlin.

II

Pero si a lo largo de su vida no deja de acudir con fiestas musicales al socorro de las causas simpáticas—otro día será en pro de los polacos vencidos; más tarde, de los expatriados españoles—, sus éxitos duraderos más amplios son en su hotel de la calle de Bondy.

Nombres célebres de artistas y escritores, de extranjeros arrojados de su patia, nombres de políticos de oposición, frecuentan asiduamente su casa.

En ella se lanza y se consagra a los cantantes y a los músicos principalmente. Todas las grandes figuras de la época se completan en aquel salón, en el que el título de artista iguala al título de nobleza, Rossini, la Malibrán, el viejo Gazat, la Sontag, Mario, la Grisi. Y junto a estos profesionales las tres damas que no desmerecen: la condesa, la señora de Orfila—el gran médico, que también canta—, madame de Sparre.

No sólo conciertos: se escriben, para representarlos allí por aquellos aficionados, los proverbios de Alfredo de Musset siempre galanteador, a quien apodan *El príncipe todo de todas*, y se divierten con juegos de prendas, en que se castiga a Berryer a recitar una fábula, a Dupin a contar una historia, a Villemain a improvisar un discurso. Se hacen charadas e intervienen en ellas nombres célebres. En el todo de una de ellas aparece montado sobre las espaldas de otro un ilustre general.

III

María de las Mercedes Santacruz nació en La Habana en 1789. Sus primeros años transcurrieron al lado de sus abuelos, porque sus padres marcharon a España. Extraordinariamente mimada, cuando a los diez años la metieron en un convento, no pudo soportar aquella sujeción, y se escapó. Quiso su padre que la volvieran a encerrar; pero su madre intervino y la llevaron a la Península.

Era su madre mujer extraordinariamente hermosa, que adoraba el lujo y la elegancia; hacía frecuentes viajes a París, de donde traía vestidos, adornos y afeites. En una de estas excursiones trajo por valor de cinco mil francos de perfumes. Su salón era frecuentadísimo, sobre todo por los hombres, y las malas lenguas de la época hablan de su conducta *disoluta y escandalosa*. Célebre y muy celebrada era la condesa de Jaruco, sobrina del general O'Farril, también cubano.

Brilló mucho en el reinado de Carlos IV; Quintana, Goya, Maury, Arriaga, asistían a sus reuniones.

Abdicación de Bayona. Entrada en España de José Bonaparte, guapo mozo, galante y enamoradizo. No le basta la Montellano, que se le echó en los brazos en Vitoria, y que da origen a una copla desvergonzada. La de Jaruco también es su querida.

El general O'Farrill es el ministro de la Guerra del *Intruso*. Su posición y la de sus principales amigos, Azanza, Cabarrús, hacen que toda su familia figure entre los afrancesados.

La corte del Rey José, Generales de Napoleón. Entre ellos, Merlin, el hermano de Merlin de Thionville; el general Monton, hecho conde de Lobau, que dió lugar al juego de palabras sobre la omnipotencia del Emperador, que había transformado a un carnero en lobo, y tantos otros.

La táctica de Napoleón en los países conquistados de emparentar a sus generales con las primeras familias indígenas, lleva a José a desear el casamiento de Merlin con la Mercedes Jaruco.

El matrimonio se llevó a cabo. Merlin, hombre maduro, enamoradísimo de aquella preciosa muchacha. Ella, indiferente, pero ya condesa de Merlin, independiente de su familia.

La guerra de la Independencia les impide la tranquilidad. La corte de José se halla en contínuo viaje. La condesa de Jaruco muere. Derrotas, derrotas. La fuga a Valencia, y luego, camino de Francia.

La condesa de Merlin es ya una emigrada. Se instala en París.

La historia se precipita. A la corte de Madrid ha sucedido la pequeña corte de Mortfontaine. Breve tiempo.

Napoleón vencido. La isla de Elba. El regreso. Waterloo.

Merlin sirve a los Borbones, después a Luis Felipe, y la deja viuda en 1839, con varios hijos.

Pero la restauración, sobre todo la monarquía de julio, presencian dos grandes triunfos de la dama del gran mundo y de la gloriosa artista.

IV

Cuando la voz con los años iba apagándose, no pudiendo resignarse a no ser aplaudida por el público, dice la baronesa Frossard en sus recuerdos—también guapa mujer, que, transformada en Virgen por arte de un pintor, está encaramada en un altar de Nuestra Señora de Loreto—, se dedicó a escribir, y publicó unos tomos de *Memorias*, unos recuerdos de *Los doce primeros años*, y un viaje a Cuba, y unas novelas.

Los primeros volúmenes sobre todo tuvieron buen éxito especialmente en cierto público aristocrático, pero sin que pudiera nunca competir con las grandes escritoras de la época.

Pero no fué sólo por vanidad por lo que la condesa de Merlin escribió. En sus últimos años, terribles dificultades de dinero, no sospechadas del público, la agobiaban. En la venta de alhajas, en la venta de objetos, en sus libros y en sus colaboraciones, buscaba aquellas cantidades que le eran precisas para continuar su vida pública.

V

Fué mujer encendida en amor. En un reciente libro del ilustre escritor cubano Figarola Caneda, publicado por su viuda, se publican sus cartas a Philaréte Charles, notable crítico, profesor del Colegio de Francia. Ya era dama de cincuenta años, y aun ardía.

De otra relación amorosa hay también noticia: con el marqués de Balincourt, aquel joven militar que se disputaban tantas damas de la corte de la Reina Hortensia, y que tuvo una intimidad muy larga con la duquesa de Abrantes. Los trozos de la correspondencia de ella que se conocen son locamente apasionados.

* * *

En 1.852 después de una larga enfermedad, moría en París. Sus funerales recordaron algunas de las fiestas que ella organizó.

M. Nuñez de ARENAS

Anécdota

Enrique IV, rey de Francia, hablando un día con su confesor, el Padre Cotón, le preguntaba:

—Padre: ¿revelaríais el secreto de confesión de un hombre que os hubiera anunciado en el Tribunal de la Penitencia que tenía la resolución de asesinarme?

—No, señor; en manera alguna.

—¿Permitiríais, entonces, que me asesinara?

—Tampoco. No lo revelaría, pero correría a interponerme entre Vuestra Majestad y el puñal del regicida.

Sulamita

Fantasía que bien pudo inspirar la eximia intérprete del verso castellano, Anita Cáceres, de cuyo arte magistral ha dicho el afamado poeta don Francisco Villaespesa: "El arte de Anita Cáceres, es una síntesis suprema de plasticidad y de música. Cada palabra adquiere al salir de sus labios un gesto escultórico, y cada gesto suyo se traduce a la vez en un ritmo profundo y fascinador. Su voz nos atrae y su ademán nos subyuga. En ninguna criatura humana se cumple con más justeza el mito clásico de las sirenas".

Noche del arte. En los grandes espejos del salón suntuoso, fingen las arañas ramos de colores, mientras las miradas buscan a las miradas, resbalando sobre ellos, apasionadas, soñadoras, tímidas...

A la sala del arte llega el poeta de la musa bella. Pasa casi desapercibido por entre la batalla de murmullos y sonrisas, con la frente serena, la mirada suave y reposado el paso masculino.

II

En la noche del arte el silencio ha plegado las bocas. Las sonrisas juguetean en las pupilas de las vírgenes inquietas, y los oídos abandonan los ecos del último recuerdo, prestos al regalo musical de la Sulamita victoriosa!

III

Manos invisibles descorren los regios cortinados de la escena donde un paisaje del Oriente sorprende gratamente a las miradas. Sillones recamados de oro y grana invitan a sentarse junto a los búcaros de plata que se desbordan de rosas y de mirthos. Gigantes negros de la Arabia, sostienen sobre sus hombros lustrosos ánforas repletas de fragantes néctares, y dos esclavas, bellas como la dicha, mantienen encendidos brillantes pebeteros donde la mirra del placer perfuma.

Sulamita, la gloriosa intérprete de las almas, encarnación del verbo milagroso, aparece seguida de sus nobles favoritas. Estas, con abanicos imperiales, mecen los blondos bucles de su divina cabellera, inspiradora de madrigales y de duelos..

IV

Suena la voz de Sulamita en la noche del arte soberano. Ríe, canta y llora su voz arrulladora, gemidora, triunfadora! Es el poema del amor que implora o bendice bajo los cálidos augurios de primaveras magnánimas. Es el dolor en boca de Sulamita, suplicante y trémulo; es la angustia que tortura y enloquece, y es la dicha saltarina que, de corazón en corazón, vuelca gorjeos de pájaro loco; suspiros apasionados y nunca comprendidos, y besos y lágrimas de felicidad sobre la copa del amor triunfante!

Sulamita, la intérprete de Apolo, a quien aplaude y bendice Dios enamorado, en la noche del arte, mientras las manos sonoras ritman el aplauso consagrador, siéntese toda un mundo de emociones, donde los triunfos suenan pífanos angélicos y las glorias dicen promesas de inmortalidad!

V

El poeta de la musa bella está embelesado, extasiado, encantado! Agrandadas sus pupilas que las sonrisas embellecen; agitado el pecho por la emoción sublime que lo embarga, contempla como en una adoración a Sulamita, la dulce enamorada de su poema feliz. A Sulamita, la encarnación de veinte primaveras, perfumando los jardines del ensueño donde la estrofa del amor es brillante mariposa sobre la blancura de los jazmineros en flor o beso de estrella sobre la Venus admirable junto al surtidor de la canción monótona y perenne.

VI

En la sala de la gloria continúan sonando los aplausos espontáneos y vehementes. Despierto el poeta de su encantamiento, la entusiasmada sonoridad es a sus sentidos, la vibrante música de los dioses premiando a la victoria. Todo el entusiasmo de los siglos levántase para latir en su vida joven. La admiración agita sus manos con aleteos musicales y sus labios trémulos de gloria claman en medio de la sala sorprendida: ¡Salve Sulamita, emperadora de la gracia! ¡Salve! repiten en coro dulcísimo las seductoras bocas femeninas!

El poeta siente que su corazón es un bullicioso cascabel, y que de sus fibras todas, penden campanillas de plata en tintineos maravillosos!

Los ángeles han tocado su entusiasmo: los pífanos, las ocarinas, los órganos y las flautas, rompen melódico concierto sobre las cuerdas de su lira en flor, y siente que su vida toda estalla en un grito jubilosos: ¡salve! Sulamita, emperadora de la gracia!

VII

El poeta abandona la sala del arte donde la admiración sonríe en los espejos y pone ritmos seductores en los labios de las vírgenes inquietas.

En la soledad de las calles ensombradas, la imagen de Sulamita, va delante de sus ojos a quienes besa la sonrisa de Selene. Ahora, el poeta de la musa bella, siente que su corazón es una alondra loca de alegría. Cien auroras de felicidad abren sus luminosos abanicos sobre la vida de su juventud, mientras la gloria lo corona con sus besos y las nueve líricas princesas cantan loas en su honor.

Delante de sus ojos va Sulamita, blanca y victoriosa!

¡Sulamita! El dirá al mundo de su hallazgo feliz. El sonará las trompetas de la fama, por su nombre. Hará que por ella, vibren los clarines de todos los triunfos y repiquen jubilosas todas las campanas de la inmortalidad! ¡Salve Sulamita, emperadora de la gracia! ¡Salve! suspira el viento en la noche que lo besa!

Ricardo M. Llanes.



Despues de la tempestad

Brilla de nuevo la calma
después de la tempestad,
el sol colora las nubes
que disipándose van,
pero se miran flotando
sobre las olas del mar
los náufragos que murieron
y las tablas, rotas ya,
de barcos que deshicieron
las olas y el huracán.

También a nuestros amores
torna de nuevo la paz
y el sol de claros matices
su luz derramando va,
pero aquellas ilusiones
imposibles de olvidar,
aquella fe que nos trajo
horas de felicidad,
los sueños que terminaban
en un dulce despertar,
abandonan nuestros pechos
para no volver jamás,
y como los pobres náufragos
que arrojó la tempestad,
flotan en lecho de muerte
y no resucitarán.

Narciso Díaz de ESCOVAR.







Crónica Mundial

ENCERRABA A SUS ENEMIGOS EN CAJAS DE MADERA QUE DEJABA EN LOS SOTANOS DEL CASTILLO

En Calcuta ha comenzado la vista de un proceso sensacional instruído contra un riquísimo indostano llamado Pir Pagharo Sahib, dueño de una fortaleza en las montañas de Rohri.

Pir es un joven de veintidós años; pero no obstante su juventud, goza de enorme influencia entre los musulmanes del Indostán, por ser descendiente de un santo, procedente de Arabia, llamado Saidullah, que edificó una mezquita cerca de Rohri, y cuya tumba, sobre la que se alza una media luna de oro, es centro de peregrinación de los musulmanes del occidente de la India.

Se acusaba a Pir de cometer asesinatos, robos y otros delitos, que quedaban impunes porque se refugiaba en su fortaleza, y cuando la Policía iba a prenderlo la rechazaba a tiros.

En vista de que continuaban las denuncias contra él, se envió a un destacamento numeroso de Infantería montada, que rodeó la fortaleza de Pir, y la tomó por asalto.

Varios criados de éste murieron en la lucha, Pir fué preso y atado, y luego se procedió a un registro minucioso.

Se encontró en los sótanos gran cantidad de armas y municiones y muchas drogas, por un valor de bastantes miles de rupias.

El hallazgo más extraordinario fué el de un cajón de seis pies de alto por cuatro de ancho y tres de grueso que tenía unos agujeros en la parte superior.

El cajón se abría oprimiendo un resorte, y dentro de él había un hombre vivo completamente desnudo y en estado lamentable de miseria.

Se le preguntó quién era, y miró con ojos de asombro a los soldados ingleses. Luego comenzó a llorar, y fué atacado de una convulsión. En vista de ello interrogaron a Pir, el cual dijo desdeñosamente:

—Era un enemigo, a quien castigué metiéndolo en ese cajón hace cuatro años.

El fiscal pide contra Pir la pena de muerte.

LA VISION DEL PASADO Y DEL PRESENTE

Treinta años ciego

En el verano de 1899, el Sr. J. F. Fish, que estaba pasando su luna de miel en Nueva York, recibió un golpe en la vista con una rama de árbol, paralizándole el nervio óptico y dejándole ciego. Gastó más de 50.000 dólares para recuperar la vista por medio de tratamientos quirúrgicos, y finalmente se resignó a la ceguera. Creó una escuela de negocios, que tuvo un gran éxito, continuando alegre a pesar de su desgracia.

Noches pasadas la señora Fish estaba leyendo un periódico, cuando su esposo repentinamente comenzó a ver lo que le rodeaba.

—Algo ha ocurrido—dijo el señor Fish—, pues puedo ver.

Efectivamente, el Sr. Oish había recuperado la vista. Desde entonces su vida está llena de venturas.

—Cuando he salido a la calle—ha dicho—, y vi los automóviles precipitarse sobre mí, quedé aterrorizado. Además, yo me imaginaba que las mujeres llevaban aún faldas largas y que los tranvías eran coches pequeños, parecidos a los de antaño, arrastrados por caballos. He reconocido a mi mujer; pero ya no es la joven cuya imagen he tenido durante treinta años en mi espíritu. Mis socios a los que sólo había oído, sin verlos, me parecían seres diferentes, y tenía que cerrar los ojos para saber con quién estaba hablando. Ahora, de todas las cosas del Mundo, únicamente las flores y los árboles son iguales a las que yo recuerdo.

TREINTA Y DOS MILLAS DE VIAJE SUJETO A LA PARTE ANTERIOR DE UN CAMION

Y en gravísimo peligro de morir aplastado

Aunque parezca inverosímil, un niño de diez años de edad llamado Peter Knirps ha viajado desde Dusseldorf rasta Bochun, distantes unas 32 millas, agarrado a la parte anterior del motor de un gran camión de transportes.

El chiquillo había sido enviado por su madre a comprar unas cosas que le hacían falta a una tienda de Dusseldorf, cercana a su casa.

Cuando Peter salía de la tienda vió un gran camión parado a la puerta. Como no había nadie alrededor del camión. Peter pensó que había llegado el momento de satisfacer su curiosidad sobre lo que contenía el motor por dentro.

Cuando se disponía a abrir la cubierta del motor, para descubrir los misterios en ella encerrados, notó que el camión empezaba a andar.

Peter no tuvo más remedio que agarrarse con todas sus fuerzas a la parte delantera del camión, medio muerto de miedo al pensar en que podía caerse.

El conductor del camión no podía divisar desde su asiento al involuntario polizón que llevaba, y el camión continuó su veloz marcha hacia Bochum.

Ya cerca de esta ciudad, un automóvil que iba en dirección contraria a la del camión donde tan incómodamente viajaba Peter vió al muchacho e hizo señas al conductor para que se detuviese.

Temblando de miedo bajó Peter del motor en cuanto el camión se detuvo. El conductor, al ver el miedo pasado por el muchacho, no le dijo nada. Como le era imposible volver a Dusseldorf, entregó a Peter a un agente de Policía para que éste se encargara de que el muchacho regresara felizmente a su hogar.

SE ENAMORARON DEL MISMO LAS TRES HERMANAS

Y acordaron suicidarse con un revólver

En la localidad de Podgoritza, en el antiguo Montenegro, se ha registrado un drama de amor que es objeto de todas las conversaciones.

Tres hermanas muy lindas se habían enamorado del mismo hombre, joven y apuesto labrador vecino suyo.

Dichas hermanas se llamaban Dania, Maritza y Miloika.

Entre ellas había innumerables riñas, pues las tres se disputaban el amor del labriego. Agravaba la situación el hecho de que éste se dejaba querer por las tres y no se decidía por ninguna.

Un día fueron las tres a ver al hombre de sus ensueños y le rogaron que escogiese; pero él dijo que las tres eran muy bonitas y que las amaba por igual. Después de la entrevista infructuosa, las tres hermanas celebraron consejo, y Dania propuso lo siguiente:

—Puesto que las tres lo amamos—dijo—, y no puede ser para ninguna de nosotras exclusivamente, hay dos soluciones: que lo matemos o que nos matemos.

Las otras dos hermanas exclamaron:

—¡Matarlo, no! Muramos nosotras.

Así fué decidido, y Dania compró en Podgorita un revólver que cargó cuidadosamente. Las tres hermanas se encaminaron a un bosque, y una vez en el claro central de éste Dania disparó dos tiros sobre Maritza y dos sobre Miloika. Cuando las vió en tierra moribundas se descargó los dos últimos tiros que le quedaban.

Algunas horas después los tres cuerpos fueron encontrados por un pastor, que avisó a las autoridades. Dania estaba muerta; Maritza, moribunda, y Miloika pudo prestar

... sigue en grave estado.

... enterarse de lo ocurrido, mu- ... personas se dirigieron al do- ... o del causante involuntario de ... tragedia, y éste tuvo que huir ... a evitar que lo mataran.

...TRAN EN UN BANCO Y ROBAN

... la Policía los ametralla al salir

...n Shakopee, Estado de Minne-..., unos bandidos asaltaron un ...nco de dicha localidad, donde lo...graron entrar sin dificultades.

Contentos por lo fácilmente que habían realizado la primera par... su programa, se apoderaron ... ocho mil dólaes, y se dispusie... a marcharse del mismo modo ... habían entrado.

La suerte les seguía sonriendo, porque pudieron ganar la puerta ...n ser vistos y subir a un automó... ...e los esperaba en una calle ...a.

Cuando ya se creían a salvo con ... preciado botín cayó sobre ellos ... verdadera lluvia de proyecti... que procedían de una ametra...dora escondida en una casa cer... donde la Policía esperaba ...de hacía varios días el asalto ... los ladrones al Banco.

El sargento de la Policía que ... dirigido el ataque a los ban...s se acercó a ellos cuando, he...os por las balas, cayeron mori...dos, y les dijo en tono alegre:

—Todo ha marchado bien, ¿no ... verdad, muchachos?

Evidentemente, los ladrones fue...n traicionados por algún compa... de profesión, que escribió una ... anónima a la Policía anun...ndo el día y la hora en que ... proyectado el asalto.

... FINCA Y EL TESORO QUE ESTABA ESCONDIDO

La suerte de Franz Lehar

...co antes de estallar la gran ...ra europea, el famoso compo... de óperas Franz Lehar ad...ió una finca en el campo. El ...dedor era un aristócrata húnga... que acababa de heredar aquella ...sión de un pariente lejano.

Aunque la finca se vendía en ...níficas condiciones, pues era su ...pra una verdadera ganga, la ...sacción fué precedida de una ... de interminables negociacio... debido a que el abogado de ..., muy conocido por su me...tosidad en todos cuantos asun... intervenía, insistió en insertar ... contrato de compra una cláu... que el vendedor, y hasta el ...prador, consideraban innecesa...

La cláusula decía que "el com...or adquiere la finca con todo ...uanto hay en ella". Finalmente, ...l abogado logró convencer al ven...or, y el contrato fué firmado.

...Lehar entró en posesión. de s... ...

...sacar algunas reformas. Para am-pliar algunas habitaciones se tira-ron varios tabiques, y entonces que-daron al descubierto puertas secre-tas que conducían a varias cáma-ras, también secretas, en las que fué hallado un verdadero tesoro en vajillas de oro y plata, candelabros de plata, magníficas mantelerías y gran diversidad de objetos de gran valor material y artístico.

Cuando el aristócrata tuvo noti-cia de que en su posesión había sido encontrado un tesoro, deman-dó ante los tribunales al compra-dor, por considerar que todos los objetos hallados le pertenecían.

Los jueces tuvieron que fallar a favor del compositor, a causa de la cláusula del contrato de venta que tanto empeño había tenido su abogado en incluir. "El compra-dor adquiere la finca con todo lo que hay en ella", repitieron los jueces. El tesoro encontrado per-tenecía al dueño de la finca. Su antiguo poseedor debía haber he-cho un minucioso registro antes de ponerla en venta, y, por, tanto, no tenía ningún derecho sobre los ob-jetos hallados después de la venta.

PRIMERO, QUE SE CURE, Y DESPUES, LE AHORCARAN

El gobernador de California, míster Young, ha concedido a Geor-ge Costello, que iba a ser ahorca-do, la suspensión de la sentencia por un plazo de sesenta días.

Costello está condenado a muer-te por haber asesinado a un con-tador de un Banco de Oackland. Actualmente sufre varias heridas que se infirió en el cuello con pro-pósito de suicidarse la víspera del día en que tenía que morir ahor-cado.

Como el verdugo encargado de cumplir la sentencia contra Coste-llo ha declarado que no podrá ahor-car al condenado hasta que no se le cicatricen las heridas del cuello, el gobernador de California se ha visto obligado a aplazar el cum-plimiento de la sentencia sesenta días.

EL ULTIMO DESCENDIENTE DE JUAN SOBIESKI, REY DE POLONIA, VIVE MISERABLE-MENTE EN BUDAPEST

En las afueras de Budapest vive miserablemente un pobre anciano casi ciego, que cuando sale a la calle tiene que hacerse acompañar por un muchacho.

Dicho anciano es el conde de Pooder, último descendiente del fa-moso Rey de Polonia, Juan So-bieski.

Un periodista ha celebrado con él una interviú, y el conde de Pooder le ha dicho lo siguiente:

"Mi antepasado, Juan Sobieski, Rey de Polonia, tuvo tres hijos. Uno de ellos se llamó Santiago, y tuvo a su vez un hijo llamado Juan. Yo desciendo de éste.

Cuando Juan Sobieski vió su Ejército destruído por las tropas rusas en memorable batalla, Juan Sobieski se refugió en Hungría, y allí tomó el título de conde de Pooder. El obispo de Eger, conde Szsterhazy, lo alojó en su plaacio, y en éste vivió hasta su muerte.

Sus hijos continuaron llevando el título de conde de Pooder.

La colosal fortuna de Juan So-bieski, que ascendía a muchos mi-llones, fué confiscada por el Go-bierno polaco.

Hace algunos años, yo, después de estudiar largamente los pape-les existentes en el archivo de mi familia, fuí a Berlín, y encargué a un abogado que presentase una reclamación a la República de Po-lonia, que después de la Gran Gue-rra acababa de constituirse.

El Gobierno polaco me contes-tó diciendo que mi derecho, aun-que incuestionable moralmente, no podía ser reconocido en el terreno legal; pero que me serviría una pequeña renta vitalicia. Yo me negué a ello y seguí dedicándome a mis trabajos de perito químico. Soy autor de un procedimiento para impermeabilizar las maderas de construcción, que me ha produ-cido algún dinero. De él vivo, aun-que con mucha estrechaz".

El último descendiente del Rey de Polonia, Juan Sobieski, ter-minó diciendo al periodista que su mayor dolor es estar casi ciego, pues si no lo estuviera podría rea-lizar algunos inventos de impor-tancia.

CAZA Y MUERTE DE UN NE-GRO

Ametralladoras y gases lacrimó-genos

Despachos de Chikasho (Esta-dos Unidos), dan cuenta de un te-rrible motín ocurrido en esta po-blación, que ha tenido sangrientos resultados.

Una mujer blanca se presentó en una Comisaría, y dijo que un negro, cuyo nombre y señas dió, había querido atropellarla. Inme-diatamente varios policías fueron en busca del negro, al que encon-traron bebiendo en un estableci-miento un vaso de limonada.

El negro negó enérgicamente la acusación de la mujer; pero los policías lo prendieron para llevar-lo a la cárcel.

A las puertas del establecimien-to se aglomeró una gran multitud, que pedía a gritos le entregaran el negro para aplicarle la ley de Lynch.

Los policías sacaron del esta-blecimiento al negro; lo ataron, y, rodeándolo, emprendieron el cami-no de la cárcel. La multitud los siguió vociferando, y al llegar a una plaza les atacó con revólveres, garrotes y puñales. Los agentes sacaron sus armas para proteger al negro; pero no pudieron impe-dir que éste cayera en poder de la multitud.

—¡Vamos a quemarlo vivo!— gritaban los más exaltados.

De pronto, el negro dió un salto prodigioso, pasó por encima de algunas personas de las que le rodeaban, llegó a una calle y echó a correr a toda velocidad.

Centenares de personas salieron en su persecución.

La impresionante cacería se pro-longó durante más de media hora.

Llovían sobre el negro las pie-dras, y bien pronto sonaron algu-nos tiros. El negro seguía corrien-do; pero como ya había recibido algunas heridas, poco a poco le iban faltando las fuerzas. Al fin cayó junto a un zaguán, y po-niéndose de rodillas suplicó a sus perseguidores que no lo matasen; pero allí mismo le dispararon más de veinte tiros de revólver, y que-dó muerto. Luego echaron al ca-dáver una cuerda al cuello y co-menzaron a arrastrarlo por varias calles. La multitud, cada vez más enfurecida, se dirigió a un barrio donde viven muchos negros, e in-tentó saquearlo.

La Policía, reforzada con Infan-tería montada, acudió a impedirlo, y siguió un verdadero combate, en el cual hubo bastantes desgracias.

Por fin, gracias a los gases la-crimógenos y al empleo de ame-tralladoras, que dispararon al aire, la fuerza pública logró evitar el saqueo del barrio de los negros.

LO CONDENAN POR TENER SIETE GATOS EN LA BARRI-GA Y LUEGO LO ABSUELVEN

El gobernador de Bilbao impu-so una multa a un vecino acusado de dedicarse a la caza de gatos, que luego le servían para alimen-tarse. Este sujeto se presentó al gobernador, a quien confesó que carece de recursos para alimen-...

El gobernador, en vista de ello lo ha absuelto del pago de la

La cigüeña necia

(Cuento infantil)

Había una cigüena tan fatua e insensata que se figuraba ser la más lista e inteligente del mundo. Era guapa y sus padres la habían mimado mucho en su niñez, y ocurrió entonces lo que en semejantes casos suele ocurrir: que en la misma proporción que la cigüeña crecía en años, aumentaban y se multiplicaban su presunción y su engreimiento. Era al propio tiempo muy fuerte, gracias a que siempre se las había arreglado de manera que le tocase en las comidas la rana más gorda, y tenía tan amedrentados a sus hermanitos que éstos no se atrevían ni a respirar sin su consentimiento.

Un día, anunció su intención de salir a ver el mundo.

—No puedo tolerar—dijo en tono altanero,—que mis habilidades poco comunes se pierdan y se malgasten lastimosamente en este reducido lugar: quiero, pues, salir para ocupar en la sociedad el lugar que por derecho me corresponde.

Inmensa admiración y no poca extrañeza produjeron estas palabras en sus hermanitos, mas no por eso procuraron disuadirla de su insensato propósito; por el contrario, desearon que lo pusiese en práctica cuanto antes para verse así libres de su intolerable presencia.

—Vendrá conmigo — añadió mi hermanito más joven, porque en nuestros tiempos nadie que valga algo viaja sin un criado.

Esta segunda parte del programa hizo poquísima gracia al interesado, pero no se atrevió a objetar; así que, llegada la mañana siguiente, partieron ambos después de haberse despedido de toda la familia.

Volaron y volaron largas horas, cruzando valles y transponiendo montañas, hasta llegar a un país desconocido donde quisieron disfrutar del agradable descanso que les brindaban las encantadoras márgenes de un río.

Los viajeros dirigieron sus miradas en torno suyo sin que, en los primeros momentos, lograran ver a nadie, y principiaba ya a inquietarlos la idea de que acaso no hallasen un lugar decoroso donde pasar la noche, cuando llegó a sus oídos una voz que decía:

—¿Qué desean, señores?

Alzaron los ojos, y vieron una lechuza posada en la rama de un árbol próximo.

—Ilustre señor—contestó la necia cigüeña, llevando al pecho su pata y haciendo una graciosa reverencia, cosa que no debe ser muy sencilla para una cigüeña.— Somos nuevos en este país, y deseamos conocer y admirar sus bellezas y maravillas. He aquí por qué nos prestaría usted un servicio que agradeceríamos en el alma si nos indicase el camino que más pronto pueda llevarnos al palacio del rey, para que éste tenga conocimiento de nuestra llegada y nos proporcione el alojamiento que corresponde a nuestro elevado rango y condición.

Honda impresión produjo en el ánimo de la lechuza el discurso que acababa de oir, pues en realidad no tenía capacidad suficiente para comprender que los que tenía entonces por delante eran dos pájaros ordinarios y no personajes de elevada alcurnia y distinción, como ellos aseguraban; así fué que contestó con toda la urbanidad y todo el respeto que pudo, aconsejándoles que aplazasen hasta la mañana siguiente su presentación en el palacio del rey, para dar tiempo a que éste les preparara el recibimiento a que los hacía acreedores su importancia. La cigüeña necia extremó su amabilidad hasta el punto de aceptar el consejo y la hospitalidad de la lechuza. Procuró, pues, pasar la noche lo más cómodamente posible, y a la mañana siguiente recibió la visita de una cigüeña elegante que residía en el país.



Alzaron los ojos y vieron una lechuza parada en la rama de un árbol próximo.

Repitió la de nuestra historia lo que el día anterior había dicho a la lechuza que eran forasteros de alto rango y distinción, y que deseaban ser conducidos cuanto antes al palacio del rey, donde indudablemente serían recibidos como merecían. Esto hizo a la cigüeña elegante la misma impresión, poco más o menos, que había sentido la lechuza, y la decidió a prometer que acompañaría a los forasteros al palacio del rey tan pronto como quedasen ultimados los preparativos necesarios. Mientras tanto, deseoso de manifestar a los distinguidos viajeros las perfecciones que la adornaban, principió a bailar con toda solemnidad y prosopeya, hasta que una risotada de los dos espectadores vino a interrumpir su alegre ejercicio. Aunque a decir verdad sus movimientos no podían ser más ridículos, no es menos cierto que los otros demostraron muy poca urbanidad al reirse de quien procuraba distraerlos.

La cigüeña necia trató de disculparse diciendo que esas danzas no solían verse en los círculos elegantes, únicos que ella había frecuentado, y que le era difícil contener la risa cuando veían figuras y pasos de baile completamente anticuados.

La acogida que había tenido su danza abochornó sobremanera a la cigüeña elegante, pero la opinión que se formó entonces de los forasteros, fué más alta que nunca.

Pasados unos momentos, dirigió sus miradas al río y dijo:

—¡Feliz coincidencia! Su Majestad el Sultán se dirige hacia nosotros en su barca, y con él viene su hija, la encantadora princesa; de suerte que tendrán ocasión de presentarse a él antes de lo que habíamos pensado.

Irguióse cuanto pudo la cigüeña necia y paseó sus miradas por sus plumas para ver si todas ellas ocupaban el lugar debido; hecho esto, volvióse hacia su hermano, medio muerto de miedo, y le dijo:

—Sígueme muy de cerca, y

EL ASNO VESTIDO DE LEON

Un Asno disfrazado
Con una grande piel de león andaba.
Por su temible aspecto, casi estaba
Desierto el bosque, solitario el prado.
Pero quiso el Destino
Que le llegase a ver desde el molino
La punta de una oreja el molinero.
Armado entonces de un garrote fiero,
Dale de palos, llévalo a su casa;
Divúlgase al contorno lo que pasa
Llegan todos a ver en el instante
Al que habían temido león reinante,
Y haciendo mofa de su idea necia,
Quien más le respetó más le desprecia.

Desde que oí del asno contar esto,
Dos ochavos me apuesto,
Si es que Pedro Fernández no se deja
De andar con el disfraz de caballero.

haz lo que me veas hacer. Ahora verá usted—añadió dirigiéndose a la cigüeña elegante, —cómo debe uno conducirse en los altos círculos sociales.

Dichas estas palabras, alzó el vuelo, y se dirigió majestuosamente hacia la barca del Sultán, acompañada muy de cerca por su hermano, mientras la cigüeña elegante y la lechuza, deseosas de admirar las costumbres de los altos círculos, la seguían a respetable distancia.

Aconteció que el Sultán había terminado su comida pocos momentos antes y estaba durmiendo una agradable siestita cuando notó con un asombro sólo comparable a su disgusto que una cigüeña, seguida de muy cerca por otra, aleteaba furiosamente junto a su misma cara y lanzaba un chillido penetrante. Su hija, muy asustada, se abrazó al padre como solicitando protección. La cólera del Sultán no tuvo límites, sobre todo cuando vió que el desvergonzado pájaro intentaba introducir en su faja su larguísimo pico.



...principió a bailar con toda solemnidad y prosopopeya...

Llamó el Sultán a uno de los remeros, dió una orden, y la cigüeña necia, antes que tuviera tiempo de darse cuenta de lo que pasaba, recibió un golpe de remo en la cabeza que la precipitó, privada de sentido, en el río.

Al recobrar el conocimiento se encontró en la orilla en medio de un ancho círculo formado por la cigüeña elegante, la lechuza, su hermano y muchas otras aves que la miraban con ojos burlones.

—¡Caramba!—exclamó la cigüeña elegante,—¿es eso lo que pasa siempre?

—¿En los altos círculos sociales?—añadió la lechuza.

—¡Vámonos!—dijo la cigüeña necia a su hermano.—¡Vámonos cuanto antes! ¡Hemos venido a dar con nuestros cuerpos a un país inculto y salvaje todavía!

Al arrancar el vuelo, el hermano de la cigüeña guiñó picarescamente un ojo a la lechuza; y ese guiño parecía indicar que el fin del reinado de la cigüeña necia estaba ya próximo.

FIN

Un mal negocio

Por Bernard Gervaisse

En vista de la carestía de la vida, al Sr. Plantois se le ocurrió la idea de que si se prescindiera de los intermediarios, el consumidor podía obtener para sí los beneficios de la compra al por mayor y librarse de la tiranía del comerciante detallista. Y como era hombre de acción, expuso inmediatamente la idea a las diez y siete inquilinas que vivían en su casa.

—Tiene usted razón, Sr. Plantois—gritaron todas—. Los comerciantes se enriquecen a costa nuestra, y podemos prescindir de ellos ahora que usted se ofrece a ir al mercado y comprar al por mayor para todas nosotras.

— Que yo he ofrecido...?

—¡Naturalmente! ¿No es eso lo que usted acaba de decir?

Al Sr. Plantois no se le había ocurrido el ir a comprar para toda la vecindad; pero como le atribuían ese pensamiento, no tuvo más remedio que aceptar.

—Para empezar—le dijeron las vecinas—, hoy nos va a comprar la carne. La trae usted, y aquí nos la repartiremos.

Marchó al mercado, y en una carnicería preguntó a un dependiente:

—¿Cuánto cuesta esta vaca?

—¿Desea usted comprar una vaca?—exclamó el carnicero sorprendido—. ¡Vaya apetito!

—No me ha entendido usted—repuso el Sr. Plantois—. Le pregunto cuánto vale este trozo de vaca.

El hombre pesó el trozo indicado.

—Once kilos trescientos cincuenta gramos; a veintiún francos, son doscientos treinta y ocho francos treinta y cinco céntimos. ¡Cobre la caja!

Pero el Sr. Plantois no era hombre tan fácil de engañar.

—Perdón—dijo—. El kilo de vaca no cuesta veintiún francos. Vea usted los precios del mercado fijados por...

No pudo decir más. Todos los carniceros de los puestos inmediatos lo cubrieron de injurias, y para librarse de los golpes que se avecinaban huyó a toda prisa, hasta verse fuera del recinto hostil, indemne, pero sin carne. ¿Cómo volver de vacío a casa, donde lo aguardaban las vecinas para preparar el almuerzo?

Resignado a todos los sacrificios, antes que confesar su vergonzosa derrota, tomó un partido heroico. Entró en un puesto al detalle y pagó a veintitrés francos el kilo la carne que le habían encargado. Era carne de primera calidad. Solo quedaba cortarla en diez y siete trozos iguales y repartirla entre las vecinas.

Empezó por la señora Pacre, que vivía en el cuarto inmediato al suyo.

—¿A cómo la ha pagado usted?—le preguntó.

—A diez... diez y siete francos el kilo—contestó el Sr. Plantois, que había resuelto pagar la diferencia de su bolsillo.

—Diez y siete francos no es muy caro. Claro es que la carne no es de muy buena calidad que digamos; pero nos conformaremos por ser el primer día. Y el perejil, ¿me lo trae usted?

—¿Qué perejil? Usted no me ha dicho que le comprase perejil—dijo el Sr. Plantois sorprendido.

Al oir aquello, la señora Pache no pudo contenerse.

—¡Pero, hombre de Dios!—gritó—. ¿Usted no sabe que cuando se compra carne de vaca se pide siempre perejil al carnicero? Amigo mío, no ha estado usted muy acertado que digamos. Cuando se es tan torpe como usted, no se encarga uno de hacer las compras de los demás.

Altruismo y heroismo

Durante las guerras que duraron de 1652 a 1660, entre Federico III de Dinamarca y el rey de Suecia, los daneses quedaron vencedores después de una sangrienta batalla. Uno de estos soldados, que se dirigía a hacerse curar sus heridas, iba a llevar a sus labios sedientos la botella de madera, llena de cerveza que llevaba, cuando oyó la súplica de un herido que lo llamaba. Diciéndose, como Sidney, "Tu necesidad es mayor que la mía", se arrodilló al lado de su enemigo herido, para darle de beber. En recompensa recibió un pistoletazo en el hombro, disparado por el enemigo.

—¡Canalla! — gritó—. Quería hacerte un favor y tú, en cambio, quisiste matarme. Te castigaré, pues. Pensaba darte toda la botella, pero ahora sólo te daré la mitad — y tomando la botella de madera, bebió la mitad de su contenido, dando el resto a su enemigo.

Cuando el Rey supo lo que había sucedido envió a buscar al soldado y le preguntó cómo había podido perdonar a semejante malvado.

—Señor — respondió el hombre—, nunca habría podido tirar contra un enemigo herido.

—Mereces ser gentilhombre — dijo el Rey. Y, efectivamente, le dió un título de nobleza, cuyo escudo era una botella de madera atravesada por una flecha.

Su familia se ha extinguido hace poco, en la persona de una anciaan solterona.

LAS MUERTES MISTERIOSAS

Enriqueta, cuñada de Luis XIV

El domingo 29 de junio de 1670, Madame, que se había levantado más temprano que de costumbre, fué a dar los buenos días al duque Felipe de Orleams, su esposo, con el cual conversó sobre cosas sin importancia durante cuarenta o cincuenta minutos. A continuación la señora duquesa tornó a sus habitaciones particulares, no sin haber saludado en una de las galerías a Magdalena de La Fayette, su dama favorita y lectora a quien manifestó que había pasado la noche bastante bien.

Es de advertir que desde el jueves anterior, y a consecuencia de haber tomado un baño frío algo imprudentemente, Madame estaba enferma. (Doctor Cabanés. "Las indiscreciones de la Historia" tomo IV, pág. 21).

El resto de la mañana transcurrió sin ningún incidente memorable. Su alteza real oyó misa, visitó a "Mademoiselle ainée" en el cuarto de ésta y comió con regular apetito. Luego, como de ordinario, se acostó y durmió sobre unos cojines.

Al poco tiempo descompúsose de tal forma su rostro, que una camarista que velaba junto a ella se alarmó. Ya iba a despertarla, cuando Madame abrió los ojos quejándose de punzadas inaguantables en el estómago y en un costado.

Creyendo que podría mitigar sus dolores sirviéronle una taza de agua de achicorias, bebida que ya tomara antes de dormir y a la cual era aficionada, según cuentan; mas apenas hubo apurado dicha infusión se sintió la princesa tan mal, que casi en vilo tuvieron que transportarla a su lecho.

Ya acostada en él, aumentaron hasta tal punto los padecimientos de la enferma, que sus damas llamaron a Monsieur (1) y al entonces famoso doctor Esprit. Con muy corta diferencia de tiempo llegaron ambos, y el segundo luego de un detenido examen, declaró quo se trataba de un fuerte cólico.

Protestó la paciente de que fuese aquella su enfermedad, asegurando que había sido envenenada, sin duda, por torpeza o equivocación de algún criado, y suplicó al doctor que la administrase un enérgico antídoto.

Con el propósito de tranquilizarla dispuso Monsieur que diesen a un perro agua de la misma que habían servido a su alteza real; pero las señoras de Mackelburgo y Desbordes solicitaron y consiguieron ser ellas quienes se sometiesen a prueba semejante.

Sin repugnancia ni molestia alguna bebieron las dos damas sendos vasos de la mencionada infusión, y transcurrida cerca de una hora, ambas declararon que no sentían el menor malestar. Sin embargo, Madame se obstinó de tal modo en tomar un contraveneno, que, a la postre, hubo que complacerla a pesar de que los doctores Gueslin y Vallot, convocados por indicación de M. Esprit, sostenían, como éste, que se trataba de una indisposición de las más comunes.

Aproximadamente a las once de la noche, el rey, que repetidas veces había pedido noticias de su cuñada, presentóse con la reina en el palacio de Saint-Cloud donde ocurría cuanto venimos narrando.

Luis XIV conmovióse sobremanera al ver el rostro cadavérico de Madame, y como los galenos citados, que empezaban a dudar de su ciencia, se mostrasen irresolutos y temerosos, aconsejó que fuera avisado sin pérdida de momento monseñor Bossuet.

Mientras que este prelado insigne venía de París acudióse, para que fuese preparando a madame Enriqueta y la confesase si era preciso, a un sacerdote de mediana cultura, pero de gran celo religioso, retirándose los reyes a la llegada del padre Feuillet que así se nombraba aquel santo varón.

En semejante estado las cosas presentóse el embajador de Inglaterra, lord Montaigu, a quien la moribunda dijo en inglés—seguramente para que el "pater" no se enterase—que temía haber sido envenenada; más como la palabra veneno ("poison)" es igual en dicho idioma y en francés, interrumpió el buen sacerdote a la duquesa, aconsejándola con alguna severidad que no hiciese acusaciones temerarias.

"Estas palabras del padre Feuillet—escribía a Carlos II su representante oficial en la corte de Francia — movieron, sin duda, a lady Enriqueta a no hablar más del asunto,, encogiéndose de hombros tantas veces como la supliqué que me comunicase cuantas sospechas abrigara (2)

A los pocos minutos recibía su alteza real el santo viático y oía con admirable recogimiento al obispo Bossuet, que la exhortaba elocuentemente a ofrecer sus padecimientos a Dios y a olvidar todo género de miserias terrenales.

Antes de las tres de la mañana, es decir, apenas transcurridas diez o doce horas de haberse presentado los síntomas primeros de aquella dolencia singular, expiraba madame Enriqueta. Contaba entonces veintiséis años. Era amable linda, alegre, graciosa, elegantísima y poseía en alto grado eso que llama el vulgo "don de gentes. "Con ella—dice María de Rabutín-Chantal, marquesa de Sévigné—desaparecció el mayor encanto de la Corte".

La noticia de lo ocurrido en Saint-Cloud produjo tal impresión en cuantos no ignoraban la clase de amistad con que distinguía Monsieur al caballero de Lorena y sabían que éste había sido desterrado a ruegos de Madame, que nobles y plebeyos, basándose en las más negras conjeturas, lanzaron contra el duque de Orleans y sus íntimos las más terribles acusaciones.

Tales fueron, que, aterrado Felipe, dispuso que el doctor Brayer reuniera a varios de los principales médicos y cirujanos de Francia para que hiciesen la disección del cuerpo de su alteza y señalaran claramente los motivos del fallecimiento de la misma.

Realizada la autopsia con el concurso de algunos profesores extranjeros resultó probado "oficialmente" que Enriqueta de O... leans no había muerto envenenada. Sin embargo, no se dejó convencer, y en Londres, el pueblo, amotinado, quiso atropellar al embajador de Luis XIV.

La crítica moderna, fundándo... en importantísimos document... del siglo XVII, ha pretendido explicarnos por distintos modos aq... lla sospechosa enfermedad.

Primero. El titulado "Relation de la maladie, mort et ouverture du corps de Madame", por monsieur Bourdelot, médico.

Segundo. Una Memoria subscripta por Alejandro Boscher, cirujano inglés, que presenció ... topsia.

Tercero. Dos escritos del doctor Vallot, que asistió a la misma.

Cuarto. Un curioso informe ... otro testigo de importancia, Hugo Chamberlain, médico del rey ... Inglaterra.

Careciendo de espacio para referir, ni aun brevísimamente, las discusiones a que han dado ocasión los mencionados documentos, nos limitaremos a decir que Walckenaer, Paul Lacroix, Ravaisson, Legué y Edmundo Lacard, entre otros creen o parecen inclinarse a creer en el envenenamiento de Madame, en tanto que lo niegan Mignet, Loiseleur, Littré y Fu... Brentano. Este apoyándose en las afirmaciones de Legendre y Brouardel, que atribuyen la muerte ... su alteza real a una peritonitis extraordinariamente aguda.

Con los dos médicos indicados [illegible] en un curioso estudio inserto en la obra ... que antes nos referimos: pero debemos tener presente que el doctor Lagné de ningún modo nie... la inflamación del peritoneo, sino que la explica de distinta for... que sus colegas.

"Se trata—dice—de una "péritonite suraigue" con producción ... serosidad abundante, como a ... continua sucede con los envenenamientos por medio del sublimado corrosivo".

Ahora bien; la muerte de lady Enriqueta por haber injerido ci... ta dosis de bicloruro de mercu... en nada se opone a las noti... que de dicha muerte poseemos.

Saint Simón y otros escritores contemporáneos suyos nos han ... ferido que Luis XIV, deseando ... nocer las causas del prematuro fin de Madame, hizo llamar ... Purnon, mayordomo, "factótum" "maitre d'hotel" del duque de Or... leáns, y que, prometiéndole ... de ningún modo sería castigado

---

LA MAGNOLIA

En el bosque, de aromas y de música lleno.
la magnolia florece delicada y ligera,
cual vellón que en las zarzas enredado estuviera
o cual copo de espuma sobre lago sereno.
Es un ánfora digna de un artífice heleno.
un marmóreo prodigio de la Clásica Era;
y destaca su fina redondez, a manera
de una dama que luce descotado su seno.
No se sabe si es perla, ni se sabe si es llanto;
Hay entre ella y la luna cierta historia de encanto,
en la que una paloma pierde acaso la vida;
porque es pura y es blanca y es graciosa y es leve
como una rayo de luna que se cuaja en la nieve.
o cómo una paloma que se queda dormida..

José SANTOS CHOCANO

conseguió averiguar que la pobre **Harriet había** sido **víctima** de una **substancia tóxica** traída de Italia por un familiar o servidor del desterrado caballero de Lorena.

Este joven y depravado aristócrata, que explotaba los abominables vicios de Monsieur, había encargado al Sr. De Effiat, uno de sus amigos incondicionales, que, disimulándolo de la mejor manera posible, pusiera el veneno, sin disputa incoloro, en una taza usada únicamente por la infeliz princesa.

El rey, sin poder ocultar la inmensa ansiedad que sentía, preguntó si su hermano estaba comprometido en tan infame complot, y habiéndole contestado negativamente el mayordomo, mostróse extraordinariamente satisfecho.

Da importancia singular al anterior relato cierta carta de Carlota Isabel de Baviera, segunda esposa de Monsieur. En ese escrito, fechado el 13 de Julio de 1716, háblase del envenenamiento de madame Enriqueta como de cosa comúnmente sabida y se refiere que Morel, el despreciable sujeto que llevó a Saint Cloud el tósigo, fué nobrado, sin duda por recomendación del caballero de Lorena, primer "maitre d'hótel" del duque de Orleáns.

Por cierto que al final de dicha carta manifiesta la princesa palatina de qué modo se libró del tal Morel, hombre de disolutas costumbres y ladrón descarado.

Otro dato valioso para el estudio del suceso que nos ocupa lo suministra en sus conocidísimas "Memorias el señor duque de Luynes.

Trátase de unas palabras atribuídas a María Luisa de Orleáns, esposa del rey de España Carlos II e hija de Madame.

Pocos días antes de salir aquélla para España, preguntó a Monsieur el nombre del personaje que representando al rey debía acompañarla hasta reunirse con su esposo.

Contestó monseñor que había sido designado el caballero de Lorena y Mademoiselle indignada replicó que se oponía terminantemente a que desempeñara semejante cargo el criminal que la había dejado sin madre.

Y en Francia se quedó aquel degenerado y sin vergüenza.

Después de cuanto sumariamente queda expuesto creemos oportuno dejar al buen juicio de nuestros lectores el resolver si Madame murió o no murió envenenada.

Nosotros sólo queremos añadir que desdeñar las categóricas afirmaciones de los contemporáneos o casi contemporáneos de una muerte misteriosa para dar fe a un "diagnóstico retrospectivo de dos siglos y medio" (la frase es de M. Locard) nos parece un poquitín desacertado.

José Fernández Amador de los Ríos

(1) Título que desde el siglo XVI ostentaron los hermanos de los reyes de Francia que les seguían en edad inmediatamente. Las esposas de dichos príncipes y las hijas de su majestad eran designados con el dictado de Madame, que aplicamos en el presente artículo a la infeliz hermana de Carlos II de Inglaterra.

(2) M. Cabanés copia una carta muy parecida a ésta; pero no indica que la escribiese lord Montaigu.

Los pasos en la noche

Por José Cerdán Aranda

En la humilde casita, el matrimonio, Marcos y Rafaela—tiene concentrada toda su atención en el hijito único de ambos, que está enfermo.

El médico de la Asistencia lo ha visto, y ha manifestado que el peligro mayor pasó. Todo es cuestión de seguir ahora con calma un tratamiento para la convalecencia, que aleje toda posibilidad de recaída.

Pero el organismo humano es un engranaje complicadísimo, en el que el más minúsculo cuerpo extraño que se introduzca puede causar serios trastornos.

En las altas horas de la noche, el matrimonio vela. Una pequeña lámpara de petróleo ilumina ténuemente la habitación. Fuera, la tormenta se ha desencadenado.

Marcos y Rafaela, viendo que el niño parece reposar tranquilamente, se sientan cerca de la ventana, tras cuyos vidrios se ve un cielo casi negro, que se confunde con la tierra y las humildes casas del barrio, que de tanto en tanto son iluminadas por un relámpago.

—Se ha quedado tranquilo, ¿verdad, Marcos?

—Sí; es el comienzo de la mejoría que dijo el médico. Pasó el peligro—contesta el marido.

—¡Dios bendiga al médico que tan hermosas palabras pronunció: pasó el peligro!

Y la mujer, con llanto de gratitud en sus rasgados ojos, busca descanso en el pecho del hombre, y entre sus brazos, cansada de tantas noches de vigilia.

Por unos instantes cierra los ojos, mientras que Marcos la contempla con amorosa solicitud. Pero, repentinamente, vuelve a abrirlos enormemente, y mira a su marido.

—¿Qué ¿No ha pasado nada, Marcos? — y dirige después su mirada a la cuna donde está el enfermito.

—Nada, mujer; seguramente que has soñado.

—¡Qué angustia! En estos pocos minutos que me he quedado dormida soñé que el nenito se nos había muerto..., ¡que se nos había muerto porque un perro agorero aulló en la distancia!

—¡Calla, Rafaela! !Qué cosas tienes!

—¿Oyes? ¿Oyes? ¡Ahora es verdad! Un perro aulla lejos... ¡Tengo miedo, Marcos! El aullido lastimero de un perro es anu de muerte segura para la casa de aquel que lo oye.

La mujer tiembla en los brazos del marido. Ha palidecido espantosamente, y la sola idea de que puede perder a su hijito, al hijito de sus entrañas, la pone frenética.

El aullido se oye prolongado, en una escala de notas de mayor a

—Cálmate, cálmate. Todas esas cosas son habladurías de las gentes, supersticiones estúpidas a las que no hay que dar crédito—pero su voz tiembla, demostrando que no está muy de acuerdo lo que dice con sus sentimientos más íntimos.

—¡Marcos, Marcos! ¡Mira, mira ahí! — y le señala la ventana.

¿Dónde? ¡No veo nada!

—¡Yo sí, yo he visto! ¡Una cara extraña, terrible, una cara terrible, una cara en la que los ojos eran dos agujeros—, y sin embargo me miraban—, y en la que los labios eran dos hileras de dientes, sin carne, y que sin embargo se reían... ¡Tengo miedo, Marcos! !Tengo miedo! Me ha mirado; yo he sentido que me ha mirado, y esa mirada me ha traspasado la piel y ha helado la sangre en mis venas.

—Anda, acuéstate un poco; es el agotamiento moral, la vigilia atormentadora que te excita así. Trata de descansar algo. Total, el peligro ha pasado. Anda, duerme un poco...

—¡No puedo, Marcos! Mi corazón presiente algo. Esta noche es para mí una noche de prueba. Algo interior me dice que la desgracia acecha a nuestra cara..., que alguien quiere llevarse a mi angelito, que ronda la casa, que quiere entrar a ella para llevarse a mi amorcito... Oigo sus pasos... Sólo el viento rugía fieramente. El perro había cesado de aullar, pero el oído de la madre, más sutil, cia acecha a nuestra casa..., que mentosa rondaban la casa. La puerta de la pieza, única habitación de la misma, daba a una galería de madera, cara a amplio terreno sin edificar. Era una de esas casitas de barrios pobres, construídas en alto, en previsión a las inundaciones. Seguramente que no estaría bien cerrada porque un golpe de viento la abrió, batiéndola con fuerza y apagando la luz.

—¡Marcos, Marcos!

En la oscuridad, la voz de la mujer parece más desgarradora.

—¡Marcos! ¡Ese alguien que rondaba la casa ha entrado! He oído sus pasos resonar en el piso; he oído sus pasos que han entrado y luego han salido. Voy a cerrar para evitar que vuelva a meterse.

Y, febrilmente, mientras el marido enciende otra vez la lámpara, ella cierra la puerta y pone la tranca de seguridad. Un gran suspiro se escapa de su pecho. Con los brazos extendidos, cual cruz, y con la cara apoyada contra la puerta, dando la espalda a la cuna, pregunta con un hilo de voz apenas:

—¿Y el nene, Marcos?

Este se acerca a la cuna. Se arrodilla ante ella, y al mirar detenidamente al hijo, tiene que llevarse las manos a la boca para reprimir un grito. El pequeñuelo está quieto, muy quieto, y tiene los ojos abiertos, extáticos...

—¿Y el nene, Marcos? — insiste ella—¿Duerme?

Y Marcos, sacando fuerzas de su espíritu deprimido, responde:

—Sí, Rafaela... Duerme tranquilo, muy tranquilo...

Por el mundo de los teatros y de los cines

TEATRO MAYO

Con inusitado éxito, repúsose en la semana pasada por la compañía española que dirige el actor Fernando Vallejo, la zarzuela en un acto titulada "El mal de amores", de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero y música del maestro Serrano. La pieza de los celebrados autores sevillanos, obtuvo una hermosísima y apropiada interpretación, destacándose en la labor las tiples Rosario Sáenz de Miera, María Jaureguizar y Joaquina Carrieras, esta última en reemplazo de Carmen Manrique, que como se sabe, estuvo enferma. En los papeles masculinos, distinguiéronse el actor Juan Catalá, Fernando Vallejo, Joaquín Valle y Enrique Salvador, mereciendo una especialísima mención el primero de los nombrados, que tuvo a su cargo el tipo de Don Lope, que realizó con verdadero acierto.

TEATRO NACIONAL

La compañía del prestigioso empresario Don Pascual Carcavallo, continúa manteniendo con aplauso en el teatro nacional, la celebrada comedia de José Antonio Saldías titulada "La gringa Federika", que acaba de pasar las 170 representaciones, y en la cual la actriz cómica Pierina Dealessi, realiza una labor encomiable y de lucimiento. En suma, uno más de los éxitos rotundos a que nos tiene habituados el popular Carca, que ha merecido para su teatro, la hermosa denominación de Catedral del género chico argentino.

TEATRO ATENEO

La compañía de la actriz Eva Franco, que con tanto éxito viene actuando en el teatro Ateneo, continúa manteniendo en el cartel la comedia de Geraldy y Spitzer "Su marido", versión de René Garzón.

Ya en oportunidad del estreno de esta elegante pieza, tuvimos oportunidad de referirnos a la meritoria labor desarrollada por los intérpretes y en especial por Evita Franco, cuya popularidad y prestigio entre nuestro público, ha pasado a ser proverbio.

TEATRO SMART

Con verdadero y singularísimo suceso, estrenóse recientemente en el teatro Smart y por la compañía que dirige el popular actor Luis Arata, la pieza cómica de Fedinand y Peter Kartoffen (seudónimo) titulada "El manicomio de la plaza Lavalle". La pieza, llena de situaciones hilarantes y de escenas maravillosas y magnificamente realizadas, obtuvo un ruidoso éxito al que contribuyó eficazmente la meritoria labor de Luis Arata, que como de costumbre, mereció los honores de la noche.

La pieza, en suma, se ganó honradamente los aplausos clamorosos de la concurrencia, y todo hace suponer que por mucho tiempo todavía, logrará mantenerse en el cartel.

TEATRO AVENIDA

El conjunto lírico español que con tan ruidoso éxito viene actuando en el teatro Avenida, y que sostuvo por espacio de más de una semana la obra del maestro Guridi titulada "El Caserío" obteniendo sus istérpretes expresivas manifestaciones de aplauso, modificó últimamente su cartel con las reposiciones de "La reina mora" y "La calesera", a consecuencia del estreno de la ópera "Amaya" en el teatro Colón cuya música es original del mismo autor de "El caserío".

Suspendidas las representaciones de esta última pieza hasta tanto se hubo realizado el estreno de "Amaya", huelga decir que tanto en "La reina mora" como en "La calesera" sus intérpretes fueron muy aplaudidos y que el público continúa favoreciendo en forma poco común a este conjunto, que ha logrado y con justicia destacarse señaladamente entre los de su género.

TEATRO FEMINA

Con señalado éxito estrenóse el 21 del corriente en el popular Coliseo de la calle Paraná, por la compañía de revistas porteñas que en él actúa, la revista denominada "Buenos Aires ciudad fenómeno", que en nada, por supuesto, desmerece a las que le precedieron en las carteleras "Abran cancha a S. E." y "Aventuras invernales de tres tauras radicales".

La nueva producción, que como hemos dicho obtuvo un ruidoso suceso, cuenta con una música muy apropiada a los efectos que se buscan y buen número de intencionados "Schets" que mantienen al público en constante y continuada hilaridad. Para el resto de la temporada, la empresa asegura nuevos estrenos, que renovarán paulatinamente el cartel prestigioso del teatro de la calle Paraná.

TEATRO LICEO

74.333 espectadores, anuncia la empresa del teatro Liceo, han desfilado en el transcurso de dos meses por esta sala de espectáculos, con el propósito de ver la obra sensacional del año "La araña de oro", que ha llegado en la semana pasada, a más de 90 representaciones. Ya, en oportunidad de su estreno, tuvimos ocasión de referirnos a la ardua labor que en la obra realiza la prestigiosa compañía Gómez-Fregues-Olarra, y la propiedad con que los intérpretes desempeñan los difíciles papeles a ellos encomendados. Los juicios, por supuesto, los ratificamos ahora y con creces, pues la "Araña de oro" no sólo por su factura sino también por su fiesta y meritoria interpretación, ha merecido el aplauso y el éxito que el público le dispensó y le sigue dispensando todavía con singular acierto.

TEATRO ARGENTINO

Continúa actuando con señalado éxito en el teatro "Argentino", la compañía israelita del afamado actor Maurice Schwartz, cuyo último estreno "Los dos Kumi Lemel", mereció los honores de mantenerse reiteradamente en el prestigioso cartel. Por lo demás, el numeroso público que noche a noche concurre a presenciar las representaciones de Maurice Schwartz, habla bien alto de los prestigios del singular actor israelita, que ha logrado interpretar en el tablado del "Argentino", los más arduos y difíciles papeles del repertorio.

TEATRO COMICO

Con "El conventillo de las 14 provincias" y el sainete "sonoro y parlante" "Café y Bar el Campeonato" (Hay patadas), renovó su cartel la compañía que actúa en el teatro Cómico Alippi, Ruggero, Otal. Las dos producciones que nos ocupan, — y que todavía se mantienen con envidiable éxito en el cartel, merecieron, en oportunidad de su estreno el estrepitoso aplauso del público, ya que abundan — y en esto reside tal vez el único éxito de ambos sainetes — situaciones cómicas hilarantes que mantienen en constante carcajada al nutrido auditorio que todas las noches concurre a este coliseo de la calle Corrientes, — Por mucho tiempo pues, todavía, los felices autores de las piezas que nos ocupan "amenazan" continuar como dueños de las carteleras, no sin el beneplácito de la empresa, que acaba de descubrir una veta que difícilmente se animará a suplantar.

GRAND SPLENDID THEATRE

Un espectáculo supremo, admirado en todas las grandes ciudades del mundo, constituye sin duda alguna la monumental cinta "Canción del vagabundo" que se pasa actualmente en la elegante y aristocrática sala de la calle Santa Fé, y en cuyo "film" se escucha con realidad sorprendente, como si se estuviera frente a él, al famoso barítono Lawrence Zebby y a los famosos cómicos Stan Laurel y Oliver Hardy.

La empresa pues, del Grand Splendid Theatre, no hay duda de que continúa mereciendo y con justicia el beneplácito de las familias de nuestra sociedad, circunstancia a la que contribuye y no poco el administrador de la prestigiosa sala Señor Carbone, que une a su exquisita sociabilidad y don de gentes, un constante y singularísimo dinamismo en bien de los intereses del público concurrente.

CINE GLORIA

"Piernas inquietas", una de las más afamadas producciones de la F. M. P., película bailada y cantada por Loretta Young, constituye, con "El hijo de los dioses" por R. Barthelmess un interesante cartel que con todo éxito, pasóse en la semana pasada (como muestra) en la elegante sala de la Avenida de Mayo, de cuyo prestigio entre el público amante de las buenas cintas, da una pálida idea la enorme concurrencia que noche a noche concurre a sus espectáculos eminentemente familiares.

Tanto por esta circunstancia, como por el hecho de tener a su frente a un administrador hábil; capaz de comprender los gustos del público al que sirve con singular acierto, han hecho de este elegante cinematógrafo de la Avenida de Mayo, uno de los preferidos de las familias y que más selecta concurrencia registra.

TEATRO CAPITOL

"Radiomanía", "Cama para dos" y "Capricho" dos producciones sonoras de Stan Laurel y Oliver Hardy y por Norma Shearer y Lewis Stone la última también extremadamente cómica, se pasaron el último domingo en esta aristocrática sala de la calle Santa Fé 1848, cuyos matinées, infantiles, por añadidura, han agregado un prestigio más a los muchos de que ya goza la empresa. La calidad de los espectáculos y la constante y apropiada renovación del cartel, han conseguido en poco tiempo acreditar enormemente esta sala, cuya administración acertada y constantemente abierta a todas las iniciativas, goza de sólidos prestigios no sólo ante la empresa, sinó ante el público concurrente también.

TEATRO NUEVO

Cintas cómicas y a precios populares, es la base de esta empresa cinematográfica que con tanto éxito viene actuando en el Nuevo, pasando interesantes producciones de los más afamados actores cómicos de la pantalla. Desfilan así, entre la constante hilaridad del público, Buster Keaton, Larry Semón, Laurel Hardy, Harold Lloid etc. etc., cuyos solos nombres evocan más de un momento feliz para el público de Buenos Aires, que sigue esta clase de interesantísimas producciones.



Amorcito.-

(Cuadro Chaqueño)

¡Ay! Bien sabía la Purita que el indio Isote la quería; por esto ella le mezquinaba el cuerpo, pa hacerlo deseá; a la hora de la siesta, cuando él llegaba sediento al rancho, ávido de tomar algo fresco y comer una fuentada de locro para reponer fuerzas, después de seis horas de rudo trabajo hachando quebracho desde el amanecer, la "guaina" (muchacha, en guaraní) escondidita en la enramada, vichando, y que, "sin querer queriendo", se hacía ver de él, jugando a las escondidas, porque estaba enamorada, Isote se olvidaba de todo e iba hacia ella ,tan sólo para mirarla de cerca y ver cómo retozaba al saber que "su favorito" estaría "aguaitando" sus movimi e n t o s. Nunca se hablaban más de lo necesario; un saludo de bienvenida o despedida, con mucho "rejucilo" de ojos, que dice más que las palabras para los enamorados.

El indio solía quedarse en éxtasis contemplando a la moza, hasta que la madre de Purita los llamaba a almorzar. Esta mujer era la encargada de dar de comer a los obrajeros; ya hacía tiempo que estaba empleada en el quebrachal de los Teuli, donde el dueño le pagaba una bicoca por el trabajo de cocinera, pero le daba el "caserío" para vivir con "su cría", protección de que era deudora a su patrón, desde que "su hombre" se disgració abandonándola, "alsau" con una "descocida" que le robó su cariño, muriendo luego "degollao" por su mesma pena, en castigo a su infidelidad conyugal, cumpliéndose así la maldición que ella le echara.

Isote quería a Purita, una correntina mestiza, de ojazos negros, cuerpo cimbrón y regordete, quien había llegado al Chaco santafecino "juyéndose" a la miseria de su provincia, y allí, en el corazón de una isleta, vivía con su madre y hermano, ayudando a cosechar el maní de los colonos, lavando ropita servi da", vendiendo huevos y ofreciendo juventud y alegría a aquellas gentes que trabajan de sol a sol, sin tener la menor noción de las ocho horas reglamentarias que exigen para si los obreros de las grandes ciudades.

Los peones llegaban a las casas a mediodía, cansados y medios muertos de sed. El agua potable escasea en esa zona, no obstante estar sus montes cruzados a derecha e izquierda por riachos y arroyos, pero sus aguas son saladas; por tanto, imposibles de beber, y la provisión que transportan los hombres en los morrales de lienzo, pendientes de largas tacuaras, se termina bien pronto a causa del excesivo calor.

Isote era el primero que se hacía ver en el patio. Conforme se dejaba oir la campana, al mediodía dejaba las herramientas, y más ligero que "guasuncho" (gamo o cierto, en guaraní) corrido por perros, se le veía llegar "revoleando" sus ojos en todas direcciones en busca de la guaina, y olvidando su apetito, íbase en derechura de la cañadita a esconderse y observar desde allí lo que hacía la moza, viviendo de amores y suspiros.

Un domingo, Pura habíase quedado sola en las casas, e Isote aprovechó la ocasión para poder tener un rato de expansión espiritual, conversando con la elegida de su corazón.

Acercóse con cautela a la moza que lavaba ropa, junto a la bomba, y con el fleco de una planta de maíz de Guinea le acarició la nuca; el cosquilleo obligábala a levantar los hombros, pero aparentando indiferencia, siguió refregando.

—Puuriita, sooy yoo...

—Vos?... y güeno

—Mírame...

—Ya tei conozco que no so lindito.

Secó sus manos en la falda, y recostando su cuerpo contra el tronco de una tusca frondosa, agachó la cabeza, clavando su vista en el suelo, mientras que con los dedos de sus pies descalzos, como es costumbre el andar allí, púsose a levantar tierra del piso, sin alzar la vista.

—Miraa loo que teci traje.

—¿Qué? pregunta ella sin mirarle.

—Aabrii la mano.

La guaina obedece, mientras él deposita en la palma de Purita un pequeño pañuelo de seda rojo, y doblándole los dedos, trata de que agarre el obsequio.

—¡Isote lindo!

—Puriita, ¿mii queeriis?

—¡...?

La criollita había formado en el suelo un montencito de tierra para poder introducir sus pies en el hueco que quedaba libre, mientras, callada, oía los consejos de Cupido.

El indio volvió a tomar las manos de la guaina entre las suyas, trémulo de emoción. Pura levantó, por fin, sus párpadas, e inquirió:

—¿Es pa casá?

—¡Y no!

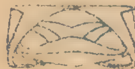
—Soltame; intonce no me cabestiós, voy dir sola y a justo.

—Vamoo paasaando, pué.

—¿Por qué no me lo dijiste ante?; ¡Vamo!

Y se perdieron de vista en la tupida selva; el indio, solícito, abría el paso por entre los cardos federales, escardiyos y caraguatays, siguiéndolo la moza, dando saltitos como el chingolo, alegre, porque iba a su boda...

Cleofé Pereyra de Goicoa.



Serenidad

Mi espíritu es como un lago
dormido, apacible y quieto,
con rumor de aguas azules
y sombra de árboles viejos.

Desengaños y traiciones
me apuñalaron el pecho
amparándose, cobardes,
en la noche y el silencio.

Porque al herirme sin lucha,
por la espalda y al acecho,
mi espíritu, con sus golpes,
templaron y ennoblecieron.

Junto al corazón sangrante
mis pasiones se durmieron,
como lebreles sumisos
a las plantas de su dueño.

No aúlla el rencor encendido,
ni ruge airado el deseo,
la ambición, atraillada,
sujeta obediente el vuelo.

Serenidad... Aguas quietas
rumores mansos y quedos,
y un rayo de luz que rompe
sus hilos áureos y trémulos.

Y en la calma de la tarde
navegando el pensamiento,
como un esquife de plata
por las aguas del ensueño.

José MONTERO

El centro de la tierra

El profesor Franz Simón, del Instituto Físicoquímico de esta capital, ha realizado últimamente varias experiencias, que le han llevado a suponer que el centro de la Tierra debe de ser sólido como una roca.

Afirma el profesor Simón que el núcleo central de la Tierra, a pesar de que su temperatura se calcula en unos diez mil grados Farenheit, es sólido a causa de la enorme presión que se ejerce sobre él.

Los experimentos del profesor Simón concuerdan con la creencia ya expresada por algunos geólogos, de que el centro de la Tierra no puede ser gaseoso ni líquido.

Entre los curiosos experimentos realizados por el profesor Simón, el más interesante ha consistido en calentar el helium a una temperatura ocho veces mayor de la necesaria para que se convierta en gas, y una vez en estado gaseoso, reducirlo al estado sólido aplicando una presión seis mil veces mayor que la de la atmósfera.



La planta de crecimiento más grande en el mundo se creía en Nueva Zelanda y se llama "tendzu"; algunos ejemplares de esta planta han alcanzado una altura de 18 metros en tres meses.

* * *

El capricho, de cierta moda actualmente, de jugar partidas de ajedrez con piezas humanas, data de fecha antigua. Don Juan de Austria, el famoso vencedor de Lepanto, tenía también esa costumbre: mandó construir un enorme salón, cuyo pavimento, formado de losas blancas y negras de mármol riquísimo, componía el tablero, y hombres adiestrados en los movimientos de las piezas cambiaban de lugar, por sí mismos, según las órdenes e indicaciones que recibían de los dos jugadores.

* * *

El capitán Riiser Larsen, que acaba de recibir el título de miembro honorario de la Sociedad Geográfica de Oslo, ha dado cuenta a ésta del descubrimiento de nuevas tierras.

* * *

Se ha observado que el pez que muere más rápidamente al ser sacado del agua es el arenque. Los que más resisten fuera de su elemento son las carpas y las anguilas.

* * *

La ciudad más antigua del mundo que existe hoy es Damasco, pues todas las demás ciudades de su tiempo han desaparecido. Tiro y Sidon fueron casi tragadas por el mar; Balbeck, la ciudad del Sol, está en ruinas; Palmira se halla enterrada en el desierto; Nínive y Babilonia desaparecieron en las orillas del Tigris y del Eufrates.

* * *

La Biblioteca municipal de Augsburgo ha adquirido la "biblioteca del suicidio" coleccionada por el conocido periodista Sr. Hans Rosh. Esta colección, que es única en su clase, contiene más de 4.000 libros. Comienza con un folleto escrito en 1785 por el obispo Seiler y contiene muchas obras sobre el suicidio que han sido prohibidas por los censores de diferentes países. Se va a añadir a la biblioteca un archivo para investigaciones científicas sobre las causas del suicidio.

* * *

En diciembre de 1841, un impresor de Mánchester, llamado Bradshaw, publicó una guía, que tituló "De Bradshaw", para los viajeros por todos los ferrocarriles de la Gran Bretaña; no tenía mapa ni anuncios. El mismo año, este editor publicó una guía europea de ferrocarriles.

La "Guía Bradshaw" se publica todavía, y ha hecho la fortuna de su dueño.

* * *

Un profesor de Chicago, el doctor Fischer, ha ganado el record del insomnio. Trataba de establecerlo hace tiempo para averiguar el tiempo que un ser humano puede resistir sin dormir y reunió una comisión de profesores y médicos que aceptaron el compromiso de hacer observaciones detalladas.

El doctor se ha especializado en el insomnio. Hace unos años ganó el record permaneciendo sin dormir 115 horas.

* * *

Fueron los españoles, y no los ingleses, quienes descubrieron la isla hawaiana de Honolulú, según un documento que existe en los archivos de Barcelona (España).

El documento contradice el más o menos aceptado hecho de que fué el inglés capitán James Cook quien descubrió las islas en 1778. La fecha de la llegada de los españoles se fija en el siglo XVI.

Según el documento español, el comandante del barco español *Santa María* hizo un viaje al Pacífico en 1626, y visitó un grupo de islas que había sido descubierto y nombrado grupo Isla de Mesa por Gaetano, navegante portugués.

Calderón alega haber sido atraído hacia las islas por el espectáculo de un volcán en erupción durante la noche.

* * *

Hasta ahora la flor de moyores dimensiones era la llamada Victoria Regina, que crece en las orillas de los grandes ríos del Brasil.

Mide esta planta acuática unas proporciones enormes; sus hojas, de redondeada forma, tienen hasta dos metros y medio de diámetro, y sus flores son de unos 40 centímetros. En Europa, sólo en acuarios donde la temperatura se mantiene a 30° ha sido posible obtenerla.

La victoria ha sido batida en su "record" por otra planta que acaba de ser descubierta en la isla de Sumatra por el doctor Arnold, y que ha recibido el nombre de Rafflesia Arnoldí. Esta flor mide hasta 1,20 metros de diámetro. Se trata de una planta parásita, que carece de hojas y cuyo olor es desagradable. En esto no ha podido vencer a la planta brasileña, de enormes hojas y delicado aroma.

* * *

El doctor Carey L. Wood, de la Universidad de Mogill, ha hecho recientemente el estudio de unos huevos fósiles que se encuentran en el Museo de Historia Natural de esta ciudad.

Según el profesor Wood, estos huevos fueron puestos hace nada menos que 200.000 años.

Los pájaros que pusieron los huevos más viejos del mundo han desaparecido en nuestros tiempos, y los naturalistas les han dado el nombre de "Phastbon Flavoristris".

* * *

Atila, el famoso y terrible rey de los hunos murió en Hungría el año 453. Su cuerpo fué encerrado en un ataúd de oro, éste en otro de plata y ambos, a su vez, en un tercero de plomo. Unos esclavos abrieron la fosa en paraje desierto, bajo la dirección de los primeros jefes del ejército, que se comprometieron entre sí, bajo juramento, a no hablar nunca a nadie del sitio en que había tenido lugar la inhumación. Y para que los esclavos que habían oficiado de enterradores no pudieran descubrir el secreto, mataron a éstos y arrojaron sus cuerpos a la misma fosa que acababan de abrir.

* * *

El diamante más bello y más famoso del mundo es, como todos sabemos, el "Koh-inoor", que pertenece a la Corona inglesa y quiere decir textualmente "montaña de luz".

El diamante tiene, naturalmente, su leyenda, y tenebrosa, por cierto. En la India de donde se lo llevaron los ingleses, se le atribuye la facultad de causar desgracia tras desgracia. Más de cinco maharajaes dícese que murieron trágicamente debido a su misteriosa y terrible influencia.

Recientemente, la reina Mary de Inglaterra tuvo la idea de hacer filmar la historia, a la vez maravillosa y funesta, de la célebre piedra preciosa. Pues bien; el que debía ser el principal personaje del *film*, el actor Clive Maskelyne, murió repentinamente mientras estudiaba en su gabinete de trabajo los papeles que debía representar.

Y desde aquel día ha sido en vano buscar en toda la Gran Bretaña un solo actor que quisiera tomar parte en la película.

* * *

El libro más grande y más caro que se conoce es un ejemplar de la Biblia, escrito en hebreo, y que posee la Biblioteca vaticana.

Pesa 162 kilos, y para moverlo de un lado a otro se precisa el esfuerzo de tres hombres.

Los israelitas quisieron comprarlo a principios del siglo XVI y, al efecto, trataron de entablar negociaciones con el papa Julio II, llegando a ofrecer el peso en oro del venerable infolio, sin llegar, naturalmente, a conseguir su intento.

* * *

Se ha descubierto en Cuba un mineral que tiene propiedades semejantes a las del carburo artificial. Su descubridor, el doctor René San Martín, catedrático de aquella Universidad, le ha puesto el nombre de *machidita*.

* * *

El compositor de música, italiano, Andrea Ferretto, ha obtenido el premio ofrecido por la Academia Científica de Milán al inventor de una máquina de escribir notas musicales. Según el informe de dicha corporación docta, el problema de la mecanografía de la música, de solución muy difícil, puede ya considerarse como resuelto.



Los pastelillos

Por Dick May

Eran las dos de la tarde de un rermoso día del mes de Abril.

El carruaje de la baronesa, al pasar por una de las principales calles de París, cuyo nombre no hay que citar, se detuvo de pronto como si hubiese chocado con algún objeto.

La baronesa dió un grito de terror, y al asomarse a la ventanilla notó que se había formado un numeroso grupo alrededor del coche.

A los pocos segundos, el lacayo abrió la portezuela y dijo a su señora:

—Hemos atropellado a un hombre.

La baronesa estuvo a punto de perder el sentido; pero logró dominarse y bajó del carruaje, dirigiéndose inmediatamente a una pastelería muy cercana. Entró como un rayo en el establecimiento y cayó desmayada en una silla.

Acto continuo acudieron las camareras en auxilio de la aristocrática dama, a la que prodigaron todo género de atenciones y cuidados.

—Creo que el síncope pasará pronto—dijo una voz sonora que se elevaba sobre el murmullo que producían las servidoras de la pastelería.

Y cuando la paciente abrió los ojos, la voz repuso con acento paternal:

—¡Animo, señora: esto no será nada!

La baronesa notó la presencia de un caballero que la tomaba el pulso, y apenas hubo levantado la cabeza para mirarle, exclamó sobresaltada:

—¡Ricardo!...

El caballero retiró inmediatamente su mano, y a su vez exclamó:

—¡Hortensia!... ¡A causa del velo no la había conocido a usted! ¡Ah, señora! No se atropella así, sin más ni más, a un antiguo amigo. El divorcio no la autoriza a usted para tanto. Francamente, ni el mismo Naquet.

—Advierto a usted, caballero, que no estoy para bromas.

—Ni yo tampoco.

Las camareras se retiraron a sus quehaceres, y entonces la baronesa, dirigiéndose a su adversario, le preguntó:

—Pero ¿sabré, al fin, a quien he atropellado?

—A mí, a Ricardo Plantier, médico de los hospitales de París y ex marido de usted, señora.

La baronesa se encogió de hombros e hizo un esfuerzo para no reírse.

—Sentémonos ante esa mesita—dijo el médico—y tomemos algo.

—No tengo apetito.

—Una friolera nada más, señora.

Ricardo Plantier pidió unos dulces, y al poco rato fué servido por una de las camareras.

—¿Se ha hecho usted mucho daño?—preguntó la baronesa al doctor.

—No, señora; un golpe sin importancia en el brazo izquierdo. Por fortuna, un agente de Policía detuvo a tiempo los caballos. Además, su lacayo de usted me ha cepillado muy bien. Le he dado cinco francos de propina. ¿Le parece a usted suficiente?

—¡Qué sé yo! Veo que no ha perdido usted su buen humor.

—¡La costumbre de mi oficio!...

—A propósito de eso, doctor, aprovecho esta ocasión para felicitarle a usted por sus triunfos científicos. Los periódicos le citan a usted con gran elogio y le proclaman como uno de los médicos más notables de París.

—Que está siempre a las órdenes de usted, señora. ¿Por qué no me consulta usted?

—Para qué, si estoy buena y sana.

—Va usted a engordar muy pronto, Hortensia, y se lo advierto a usted a tiempo por si quiere evitarlo.

—¿Y qué hay que hacer?

— Cómo quiere usted que se lo explique en este sitio? Parecería esto una consulta pública.

—¿Pues por qué no va usted a casa?

—Líbreme Dios de ello. No sé como me recibiría el barón de Rozer.

—Tiene usted razón; mi segundo marido es muy celoso y pudiera incomodarse fácilmente.

—¡Ya comprendo!—exclamó el doctor—. ¡Ya comprendo... Vaya usted a verme a casa y me comprometo a conjurar el peligro que la amenaza. Por de pronto, le quitaré a usted seis kilos de peso que le sobran .

—No me atrevo. Además, siempre estará llena la sala de espera.

—¿Y cree usted que voy a hacerla pasar por semejante sitio? Conoce usted perfectamente nuestra antigua casa y sabe dónde está la puerta de mis habitaciones particulares.

—¿Me llevará usted muy caro por la consulta?

—Me bastará con una sonrisa de esos hermosos labios.

—¿Sabe usted que el divorcio nos ha sentado a los dos a pedir de boca?

—Así parece—contestó el doctor sonriéndose—. Pero ¿no come usted nada?

—No.

—¡Unos pastelillos de crema!

—Gracias.

—Antes le gustaban a usted mucho.

—Y me siguen gustando; pero no tengo apetito.

—Voy a hacer que le preparen a usted un cucurucho.

El doctor se levantó, eligió varios pasteles, y a los pocos momentos regresó con las provisiones.

Al sentarse de nuevo, dijo a la baronesa:

—En el fondo del cucurucho está la llavecita de mis habitaciones particulares.

Un caballero, que en aquel momento acababa de entrar en la pastelería, se acercó a la baronesa y le dijo:

—Al pasar por aquí casualmente he visto tu carruaje a la puerta y vengo en tu busca para que vayamos a dar un paseo.

La baronesa se levantó y procedió a las presentaciones de ordenanza.

—El barón de Rozer.

—El doctor Plantier.

Los dos caballeros se saludaron gravemente, y el barón dijo al doctor:

—Tengo noticias de sus excelentes trabajos acerca del microbio de la fiebre puerperal, y sé que es usted una lumbrera de la ciencia.

—Muchas gracias.

—¿No sabes, Enrique—dijo la baronesa—, que he estado a punto de aplastar al doctor con mi carruaje, que me he puesto mala y que mi víctima es quien me ha hecho recobrar el conocimiento que había perdido? ¡El caso es singular.

—Mucho — contestó el barón—. Doy a usted las gracias, caballero, por haber salvado a mi esposa.

—No he hecho más que cumplir con mi deber.

—Después de lo ocurrido—dijo M. Rozer a Hortensia—te conviene tomar el aire. Vamos a dar un paseo por el Bosque de Bolonia.

Al llegar a la puerta de la tienda, volvióse la baronesa y exclamó:

—¡Ah, doctor, mis pastelillos!

—¿Qué pastelillos son esos?—preguntó el barón a su esposa.

—Una compra que he hecho en pago de la hospitalidad de esta gente.

El coche se dirigía presuroso hacia los campos Elíseos, cuando de pronto el barón abrió el cucurucho, y dijo, cogiendo uno de los pastelillos:

—¿Sabes, Hortensia, que tengo hambre?

—Yo también—contestó la baronesa.

Y uno y otro se pusieron a comer alegremente, saboreando las provisiones que el doctor había regalado a su antigua consorte!

Al cabo de un rato, la baronesa se acordó de la llave colocada debajo de los pasteles y, cerrando el cucurucho, exclamó:

—¡Basta ya, Enrique! ¡Estos pastelillos que quedan son para mí exclusivamente!

Anécdota

Se hallaba incidentalmente en Madrid el célebre dramaturgo D. Santiago Rusiñol, cuando una noche, y ya de madrugada, se le ocurrió ir a cenar a Los Burgaleses en compañía de un amigo.

Estaban ya en los postres, cuando de una mesa próxima se levantó un señor desconocido, acercándose a saludar al eximio pintor y literato.

—Perdone usted mi artevimiento—dijo, sonriente—, pero tenía verdaderos deseos de estrechar su mano.

—Muchas gracias, señor.

—Yo siento por usted una admiración sin límites. He seguido su labor paso a paso; conozco todas sus obras...

—Es usted muy amable.

—Y ahora mismo, si usted no se opone, nos vamos a beber una botella de champaña. ¡Camarero! ¡Una de Pomery, demi-sec!

—Deje usted, caramba; no se moleste.

—Si no es molestia. Yo tengo muchísimo gusto en invitar a usted a una copa de champaña; es para mí un altísimo honor.

Y así continuó el desconocido, vertiendo finezas, hasta que el mozo sirvió el deleitoso zumo de Epernay.

El anfitrión, luego de llenar las copas, se subió sobre una silla y exclamó con sincero entusiasmo:

—¡Brindo por el genial artista, por el escritor ilustre, aquí presente, don Juan Pérez Zúñiga!

Después vació su copa de un solo trago.

—¡Oiga, oiga!—protestó Rusiñol — Yo no soy ese caballero.

—¿Que no es usted don Juan Pérez Zúñiga?

—No, señor. Y lo siento por usted.

—¡Ah, pues entonces—añadió el desconocido—, yo no pago la botella! Usted perdone... ¡Adiós!

Y dando media vuelta, desapareció tranquilamente.

LOS GRANDES GENIOS DE LA HUMANIDAD

Galileo Galilei

Pertenecía a una antigua familia noble, pero arruinada. Nació Galileo en Pisa, el 18 de febrero de 1564, siendo hijo de Vicente Galilei y de Julia Ammanati. Se ignora la profesión del padre, siendo, desde luego, un hombre de gran instrucción, muy versado en música. Pronto se trasladó a Florencia, donde se educó el joven Galileo, pensando el padre dedicarle al comercio. Pero fueron tales los progresos del joven estudiante, que a pesar de los agobios económicos de su familia, pensó Vicente Galilei prepararle para una profesión más distinguida que la de simple comerciante.

Desde su infancia se mostró Galileo muy aficionado a la mecánica. Dedicóse muy pronto a la música y al dibujo. El laúd fué durante su vida su recreo favorito.

Marchó nuestro joven a su ciudad natal, a fin de estudiar Filosofía y Medicina. Galileo no había cumplido aún los veinte años.

Pronto mostró Galileo aversión a la filosofía aristotélica, que era la que se enseñaba en todas las Universidades.

Pronto pudo manifestar su genio observador. Hallábase en la Catedral de Pisa cuando vió oscilar una lámpara. Notó—con su poderosa visión de genio—que las oscilaciones parecían efectuarse en tiempos iguales. Como carecía de reloj, le sirvió para comparar aquéllas los latidos de su propio pulso.

Muy pronto se sintió fuertemente llamado por una intensa vocación por los estudios matemáticos, comenzando a estudiar los "Elementos", de Euclides. A medida que aumentaba su vocación por la Matemática, disminuía el agrado por los estudios médicos. Meditando sobre la "Hidrostática", de Arquímedes, compuso su "ensayo sobre la balanza hidrostática", que fué su primera obra.

En 1589, Fernando de Médicis, gran duque de Toscana, le nombró profesor de Matemáticas en Pisa. Ya en su cátedra puso a prueba experimental los principios aristotélicos relativos a la Mecánica, consiguiendo establecer cuanto en ellos había de falso.

No se sabe de modo cierto cuándo adoptó Galileo el sistema de Copérnico.

El método experimental era el único que Galileo pudo emplear con ventaja contra los escolásticos. Causó gran sensación la experiencia pública que realizó desde la torre de Pisa, para negar de modo rotundo la afirmación aristotélica de que "dos cuerpos de igual materia y peso distinto, que cayeran de igual altura, llegaría primero el de más peso". Pero el experimento no logró prácticamente otra cosa que concitar contra él la enemistad de sus cordiales enemigos Su situación en Pisa era insostenible. Por consejo de su amigo y protector el marqués Guido Ubaldi y con el beneplácito del gran duque Fernando, obtuvo Galileo el nombramiento por seis años de la cátedra de Matemáticas de la Universidad de Padua, con el sueldo de 180 florines anuales.

La mayor libertad espiritual de que gozó entonces, unida al mayor desahogo económico, hicieron de esta parte de su vida una de las más fructíferas y laboriosas. Fué entonces cuando descubrió el termómetro.

Finalizado el plazo por el que fué nombrado profesor, fué renovado en su cargo, aumentando su sueldo a 320 florines anuales. Su reputación se había extendido de modo considerable, acudiendo de todas partes a escuchar las explicaciones del maestro, hasta el punto de que todas las cátedras eran insuficientes para el crecido número de alumnos—ni siquiera la de la Escuela de Medicina, capaz para mil personas—, por lo que en varias ocasiones se vió Galileo en la necesidad de explicar al aire libre.

El gran duque de Toscana sentía que Galileo hubiese dejado su país natal para ir a ocupar una cátedra en los Estados venecianos. Le ofreció una posición si consentía en fijarse en Toscana, que Galileo no aceptó por entonces.

El principal descubrimiento de Galileo y el que le dió mayor renombre fué el del telescopio en 1609. La Luna fué para él un campo fértil de descubrimientos durante cerca de treinta años. Pero sus enemigos no sólo le disputaron tales descubrimientos, sino que hasta le negaron la gloria de haber sido él quien construyó el primer telescopio.

Todos los principales caballeros venecianos admiraron el magnífico espectáculo del cielo a través de aquel instrumento, El dux Leonardo Dorati le instó para que Galileo ofreciera aquel precioso aparato a la República, por lo que el Senado se mostraría orgulloso de tal homenaje. Así lo hizo, y la recompensa que obtuvo fué ver aumentado su sueldo a la suma de mil florines anuales y confirmado para toda su vida en su cátedra de Padua.

En 1612 inventó Galileo el microscopio. Pero todo su entusiasmo lo dedicó al telescopio.

A mediados de 1610 dejó Galileo a Padua para establecerse en Florencia. Allí prosiguió con ardor el curso de sus observaciones. Al año siguiente marchó a Roma, donde trató de convencer a sus enemigos de cuantos descubrimientos había hecho.

Desde ahora, comenzarán las dificultades, los sinsabores y torturas, que ya no abandonarán a nuestro insigne biografiado.

La congregación de "Index" suspendió en 5 de marzo de 1616 el libro de Copérnico, "hasta que se corrija", y prohibió todas las obras en que se sostenía la doctrina del movimiento de la Tierra. Aunque Galileo no había publicado todavía ninguna obra de este género, el decreto de la congregación era una amenaza contra él, porque no se ignoraba que había adoptado el sistema copérnico.

El cardenal Barberini había sido elegido Papa en agosto de 1623, con el nombre de Urbano VIII. La Academia de los "Lincei", que residía en Roma y de la que formaba parte Galileo, se apresuró a felicitarle. Urbano VIII recibió a Galileo con las mayores muestras de simpatía, y éste se volvió a Florencia pensando que bajo el gobierno del nuevo Papa podría establecer libremente el sistema de Copérnico. A fin de mantener al Papa en sus buenas disposiciones, hizo todavía Galileo dos viajes a Roma, uno en 1628 y otro en 1630. En este último llevaba el manuscrito de sus "Diálogos acerca de los dos grandes sistemas del mundo". Estos "Diálogos" eran el fruto de diez y seis años de estudios y meditaciones. Para hacer atractiva la verdad, puso en su obra todo su magnífico ingenio y agudeza exquisita.

Con motivo de los "Diálogos" estalló entre Urbano VIII y Galileo aquella escisión profunda, que había de terminar tan rápidamente con la acusación y condenación del astrónomo florentino ante el Santo Oficio. Para perderle, se supuso que "Simplicio"—uno de los personajes que intervienen en el "Diálogo"—era el propio Urbano VIII. Nada autorizaba seriamente esta suposición, después de las buenas relaciones que entre ambos existían.

Cuando el Santo Oficio hubo comprendido perfectamente la importancia de aquel libro avanzado, comenzó por mandar al librero que suspendiera su venta. Poco después Galileo recibió orden de trasladarse a Roma y presentarse al padre comisario del Santo Oficio, lo que hizo—tras algunas dilaciones—el día 14 de enero de 1633. Durante esta época recibió grandes atenciones y muestras de afecto verdadero del embajador Niccolini. El 27 de febrero anunció el embajador, oficialmente, la llegada a Roma de Galileo. Cuantas tentativas hizo Niccolini para obtener clemencia para el anciano Galileo, resultaron infructuosas. El 12 de agosto quedó el sabio preso en el palacio de la Inquisición. Se le dispensó el calabozo y se le destinó por habitación el aposento del padre fiscal. Tenía entera libertad de movimiento. Puede pasearse por el palacio. Se encuentra relativamente bien, "gracias a la buena comida que se le envía de la Embajada y por la exquisita cortesía del embajador y de la señora embajadora, la que cuida con mucho esmero y hasta con profusión de todas sus necesidades". Allí estuvo preso diez y nueve días, al cabo de los cuales obtuvo permiso para volver a la Embajada. En una carta del 18 de junio de 1633 da cuenta a Niccolini de una conferencia que acaba de tener con Urbano VIII. Dice así: "Su Santidad, por consideración a Su Alteza el gran duque de Florencia, ha concedido al señor Galileo todas las comodidades posibles. Tocante a la causa en sí misma, no puede hacerse menos que prohibir es "opinión" (la movilidad de la Tierra), porque se errónea y contraria a las Sagradas Escrituras, que han sido dictadas "ex ore Dei". Por lo tocante a la persona de Galileo, deberá continuar preso algún tiempo, porque ha infringido las órdenes que se le habían dado en 1616. Pero había añadido el Papa: "Cuando sea publicada la sentencia, volveré a veros y examinaremos juntos lo que pueda hacerse de menos mal y menos aflictivo para él. Sin embargo, no puede salir de este paso sin alguna demostración relativa a su persona".

Galileo debió sufrir cuatro interrogatorios; dos mientras estaba preso en el Santo Oficio, el 12 y el 30 de abaril; el tercero, el 10 de mayo, y el último, el 21 de junio. Después de este último se dictó la sentencia contra Galileo: "Decretamos por público edicto que la obra de los "Diálogos de Galileo Galilei" quede prohibida; y que vos seáis condenado a formal prisión a disposición del Santo Oficio por todo el tiempo que bien nos parezca; y por vía de saludable penitencia os prescribimos que por tres años consecutivos recéis una vez a la semana los siete Salmos penitenciales, reservándonos el derecho de moderar, conmutar o perdonar del todo o en parte las mencionadas penas y penitencia.

Y así decimos, fallamos, y declaramos por sentencia, decretamos,

condenamos y reservamos por este decreto fórmula y por otra vía cualquiera de derecho, según nuestro poder y deber".

La abjuración pública se celebró el 22 de junio de 1633 en la iglesia del convento de Santa Minerva, en presencia de todos los prelados y cardenales de la congregación del Santo Oficio.

El Papa conmutó la pena de cárcel por una de detención en la quinta Médicis, y después tuvo permiso para ir a Sena, al lado del arzobispo Piccolomini, amigo fiel, que durante su causa le había ofrecido sus buenos servicios.

Por un decreto, mucho tiempo solicitado, permitióle el Papa, en diciembre de 1633, volver a su patria y habitar su casa de campo de Arcetri, cerca de Florencia, con la condición de que viviera en ella en la mayor soledad, que no invitase a nadie para que fuera a verle y que no recibiera las visitas que pudieran presentarse. Ninguna penitencia podía ser más dura para Galileo, porque amaba la sociedad, y su mayor placer era la conversación con personas de calidad. En la soledad se volvió sombrío, receloso y desconfiado. Su salud estaba muy quebrantada. No tuvo más remedio que guardar cama. De un santo español, San José de Calasanz, recibió muestras de amor y de caridad cristiana.

Galileo quedó ciego. En 1638 estaba casi en la agonía, cuando la Inquisición le permitió trasladarse a Florencia. Allí mejoró; pero pronto recibió orden de volver a su quinta.

El día 9 de enero de 1642, a la edad de setenta y ocho años, murió Galileo. Fué enterrado en su quinta de Arcetri. Más tarde, trasladaron su cadáver a la iglesia de Santa Cruz, de Florencia.

Cerca de la biblioteca de la Universidad de Florencia se halla la "Tribuna de Galileo". En ella, a más de la estatua del genial astrónomo, se encuentran los aparatos que aquél construyera. El pequeño museo es homenaje perpetuo a la gran figura de Galileo Galilei.

R. C. M.

ESPEJISMO

La tertulia estaba animadísima y el interés de la conversación iba en aumento.

—No niego—dijo de pronto el famoso pintor Montmirail—, no niego que he estado locamente enamorado de la bellísima Lucía Pernell. Confieso que se había apoderado de mi corazón con la misma facilidad con que un pajarero se apodera durante una helada de cualquier pajarillo imprudente. Lucía hubiera podido hacer de mí todo cuanto le hubiese dado la gana.

Hallábame sugestionado por el encanto de su enigmática y burlona risa, y admiraba en ella, además de la hermosura general de su rostro, sus miradas llenas de promesas y tentaciones, su elegancia y sus blancas manos, en uno de cuyos dedos no brillaba más que la gota de sangre de un rubí.

Habría dado todo lo que me quedaba de vida por una caricia de aquella mujer, que por el momento constituía mi única ilusión.

No me cansaba de oír aquella voz desdeñosa y altiva, aquellas vibraciones de cristal, aquella música a veces dura y feroz como los sonoros llamamientos de las Walkirias.

—¡Dios mío, Dios mío!—pensaba yo—. ¡Qué gloria la de ser su amante, consagrando a esa mujer la existencia entera, gastando en su honor hasta el último céntimo y llegando por ella a conocer los horrores de la más espantosa miseria!

Ya sé que se reirán ustedes de mí por haberme ilusionado de *tal* modo: de mí, que doy tan buenos consejos a los amigos; de mí, a quien asusta el amor como esos terrenos que descubre la bajamar y en los cuales se sepulta uno y desaparece para siempre.

Pero ¿quién puede defenderse de sí mismo, quien puede defenderse contra semejante peligro, contra el atractivo magnético que se desprende de una mujer?

Sin embargo, me curé radicalmente gracias a una casualidad.

He aquí cómo se rompió aquel encanto, al parecer indestructible.

Una noche de estreno estaba yo sentado cerca de Lucía, a quien, como de costumbre, acompañaba su madre.

Dominado, naturalmente, por una irremediable atracción, no cesaba de mirar a la mujer a quien amaba con toda la fuerza de mi corazón.

Recreábame los ojos con su belleza, y no veía en el teatro a nadie más que a ella. Como es de suponer, no oí ni una palabra de la obra que en escena se representaba.

Y bruscamente recibí como un puñetazo en el corazón y sufrí una especie de alucinación, propia tan sólo de un demente.

Había hecho Lucía un movimiento extraño, y su hermosa cabeza se puso de perfil en la misma actitud y con las mismas líneas que las de su madre.

No sé qué cambio de luz la había sepultado en la sombra; endurecía, abultaba y alteraba la ideal belleza de aquella mujer.

Y mientras más contemplaba a las dos, a la joven y a la anciana, más se acentuaba aquel terrible parecido.

Veía a Lucía vieja, muy vieja, luchando con los años que se acumulan, que cubren de arrugas el rostro, que engordan la barba, que apagan el brillo de los ojos, que sumen la boca y destruyen la sabrosa rigidez del fruto.

La madre y la hija parecían en aquel momento dos hermanas gemelas.

Sufría de tal modo ante aquel espectáculo que creí que iba a volverme loco.

Y, a pesar mío, en vez de disipar aquella obsesión y de salir del teatro para engolfarme en el bullicio de la calle, me consagré a mirar a la otra, a la anciana, a examinarla detenidamente, a estudiarla, a disecarla con los ojos.

Y me encarnicé contemplando con rara insistencia aquellos carrillos abultados, aquellos hoyuelos ridículos, medio llenos, aquella triple y voluminosa barba, aquel pelo que debía ser teñido, aquellas pupilas desprovistas de brillo y de luz, aquella nariz que era la caricatura de la maravillosa, de la espiritual nariz de Lucía.

Tenía yo la presencia del porvenir.

Amaba y amaría cada vez con mayor intensidad a la mujer divina que tan pronto y tan despóticamente me había conquistado. No hubiera tolerado la más mínima concesión, y me habría mostrado celoso apenas aquella criatura hubiese hablado con afecto a cualquiera de mis amigos, desde el instante en que me hubiera pertenecido.

Mi dominio exclusivo habría llegado a ser absoluto, y en los momentos precisos en que uno se defiende no hubiera tenido más remedio que llegar al fin del matrimonio para evitar en lo posible todo género de competencias. El matrimonio, por lo tanto, habría sido, al fin y al cabo, inevitable.

Pero me asaltaba una idea terrible y espantosa.

Si me casaba con Lucía, al cabo de los años habría de verme unido a una criatura afeada por la edad, transformada en absoluto, gruesa, casi repugnante, con la que no se atreve uno a salir a la calle ni a presentarse en sociedad por temor a que los amigos se guiñen el ojo entre ellos, se burlen y tengan lástima del pobre acompañante de aquellas ruinas.

Horrorizado ante la posibilidad de tan triste porvenir, sin volver la cabeza y apenas hubo bajado el telón, eché a correr precipitadamente, tomé un coche y me fuí al Moulin Rouge, con objeto de encanallarme por espacio de unas cuantas horas.

—¡No echaré en saco roto la historia! — exclamó Elisa de Anglet sonriendo—. ¡Lo que es yo, aunque me maten, no vuelvo con mamá al teatro!

René de MAIZEROY

Un buen hijo

A la hora de su muerte Samuel llama a sus dos hijos.

—He de recomendaros, queridos hijos que seáis siempre buenos judíos.

El mayor disgusto que podéis darme será casaros con mujeres cristianas o tener relaciones con ellas.

Si tal hicierais, tened por seguro que del disgusto mi cadáver daría media vuelta en su tumba.

Después de decir esto muere.

Pasa tiempo y los hermanos, cada uno en un trabajo distinto, se pierden de vista.

Al cabo de un año el menor encuentra al otro que va muy amartelado del brazo de una mujer, que evidentemente no es hija de Israel.

Entonces le dice:

—Isaac. ¿Te acuerdas de lo que papá nos dijo a la hora de su muerte?

El otro no sabe qué responder y baja la cabeza avergonzado.

Algunos meses más tarde Isaac ve a su hermano que marcha con una mujer, que desde luego es cristiana.

—Oye, Jacob, ¿te acuerdas de la súplica de papá y los reproches que me dijiste?

—Escucha Isaac; voy a decírtelo, lo hago para poner a papá en su posición primitiva.



La Página Médica

EL DR. FREUND, DE VIENA, DICE QUE HA DESCUBIERTO EL MODO DE CURAR EL CANCER

Ante la Sociedad Médica de Viena, el doctor Freund, de dicha Universidad, ha leído una Memoria, en la que dice que ha descubierto el modo de curar el cáncer.

Afirma en la Memoria que ha comprobado que en los intestinos humanos hay dos clases de bacterias.

Una de estas clases ayuda al crecimiento del cáncer, y la otra, al contrario, lo combate.

Las personas que no tienen cáncer lo deben, en la opinión del doctor Freund, a que las bacterias anticancerosas de su intestino son muy superiores en número a las bacterias cancerosas.

Hay otros individuos, al contrario, siempre según el Dr. Freund, en cuyos intestinos las bacterias cancerosas son muy superiores a las anticancerosas.

Entre estos últimos individuos es entre los que el cáncer causa sus terribles efectos.

Afirma también en su Memoria el doctor Freund que ha conseguido aislar las bacterias anticancerosas y cultivarlas en un medio a propósito. ...

Asegura, por último, que en las salas de cancerosos del Hospital Rudolfine, de Viena, ha podido comprobar que su descubrimiento es científico, pues aumentando por medio de inyecciones el número de bacterias anticancerosas de varios cancerosos, éstos se han visto curados en plazo relativamente corto.

Los periódicos publican unas declaraciones del cirujano jefe del Hospital Rudolfine, de Viena, profesor Burghart Sreintnen, acerca del descubrimiento del doctor Freund.

Dice que, en efecto, este último ha tratado a numerosos pacientes, enfermos de cáncer, en el Hospital Rudolfine, aplicándoles su procedimiento de aumentar el número de bacterias anticancerosas del intestino.

Todos ellos, según afirma el profesor Burghart, se han curado de su enfermedad, que en varios era ya muy antigua.

El profesor Burghart terminó así:

"Puedo asegurar que los trabajos del doctor Freund constituyen la contribución más importante que haya sido hecha hasta ahora para el tratamiento y curación del cáncer".

LA NEURASTENIA Y LA ELECTRICIDAD

Si se examina la presión arterial de un neurasténico se ve que varía, lo mismo que la fuerza motriz de un acumulador eléctrico que se cargase y descargase antes de que fuese completa su carga.

Si por cualquier excitación se lleva la tensión de un neurasténico a la normal, el enfermo parece lleno de energía, pero al cabo de poco tiempo la tensión disminuye, la energía desaparece y el sujeto vuelve a su estado de depresión. Lo que quiere decir que el neurasténico es un débil irritable.

El organismo presenta grandes analogías con un acumulador electromátrico cuya fuerza electromátrica estuviese representada por la presión arterial: las dos parecen obedecer a las mismas leyes físicas.

El cuerpo humano es una fábrica de energía eléctrica, en la cual la dínamo está reemplazada por una cantidad de pilas formadas por las innumerables células del organismo.

El tratamiento de la neurastenia por la electricidad no es otra cosa que la recarga razonada de un aparato que cede con demasiada facilidad su energía.

La neurastenia es una enfermedad contagiosa, transmisible, no a la manera de las afecciones virulentas o por el intermedio de un microbio; dos seres que llevan la misma vida acaban por ver todas las cosas de la misma manera, y por encontrar impresiones idénticas se ponen al unísono.

Si el uno está neurasténico el otro puede adquirir la misma enfermedad, sobre todo si sus organismos son simpatizantes.

El tratamiento de la neurastenia por la electricidad se reduce al empleo de la franklinización y corrientes de alta frecuencia.

Para lo primero se sirve uno de una máquina de gran desgaste.

El enfermo, colocado sobre una cama aisladora, es sometido a las chispas y a las inhalaciones de ozeno, que se obtienen colocando en la boca del enfermo un grueso escobón de grama.

Para las corrientes de alta frecuencia se utiliza una bobina de inducción provista de un temblequé.

CURACION DE LA TOXIMANIA POR LA AUTO-SUERO-TERAPIA CON SUERO DE VEJIGATORIO, por MODINOS P.

En un enfermo de reumatismo articular subagudo, el A. quiso aplicar, con fines terapéuticos, la inyección del auto-suero, obtenido por vejigatorio. El paciente mejoró rápidamente de su afección reumática pero, lo que es más interesante, sintió adversión para la cocaína, de la cual era consumidor habitual.

Este hecho llamó la atención del A., quien extendió a varios toxicómanos (heroína, morfina, sedol), unos veinte en todo, el método con resultados positivos constantes.

Es de esperar que el A. no se haya hecho ilusiones pero nada cuesta probar una terapéutica tan sencilla...

(*De "Revista Sud-Ameriana)"*

NUEVAS CURAS POR ELECTRICIDAD

Un sabio norteamericano, el doctor Clarense A. Neyman, profesor de psiquiatria y fisiología de la Universidad de North-Western, ha descubierto un nuevo procedimiento para curar los casos de parálisis parcial.

El procedimiento consiste en la producción artificial de fiebre por medio de una corriente eléctrica de alta frecuencia.

Actualmente, quince pacientes están en tratamiento en tres hospitales de Chicago, según el sistema del doctor Neyman, que declara que publicará un informe completo acerca del nuevo modo de curación después de haber podido dar de alta a estos pacientes.

Según manifestaciones hechas por él, es posible producir un estado calenturiento de poca gravedad por medio de una corriente eléctrica de 1.000 a 4.000 miliamperios.

Los primeros ensayos del nuevo sistema fueron hechos en animales.

UN SUERO CONTRA EL TIFUS

La Academia de Ciencias de Cracovia anuncia el descubrimiento de un suero contra el tifus, debido al profesor Veigel, de Lwow,

Los experimentos hechos en varios centenares de personas han dado excelentes resultados.

Bronquitis fétidas. — MARTINET Y LUIER indican como *tratamiento externo*:

1° Esmerada aireación del cuarto del enfermo:

2° Evaporación permanente en el cuarto, de agua a que se habrá añadido una cucharadita de la mezcla siguiente:

Esencia de eucalipto ..	5 gr.
Alcohol de 90°	30 gr.

Uso externo

3° Esparcir abundantemente *esencia de trementina* mezclada en caso necesario con creosota, sobre paños suspendidos alrededor de la cama del enfermo:

4° *Inhalación* cuatro veces diarias, con un litro de agua hirviendo a que se habrá añadido una cucharadita de la mezcla siguiente:

Eucaliptol	aa 5 gr.
Esencia de tomillo.	
Alcohol de 90° ...	100 cc.

Uso externo





Ocultación

Por Margarita Comert

Los jóvenes esposos Dalambert, Ofelia y Renato, almorzaban en el chalet "Los Cyclamens". Aunque se encontraban en plena montaña, entre un bosque y un torrente, la mesa rebosaba de rosas, frutillas y racimos de uva; eran ricos y podían permitirse todos los refinamientos del lujo, aun en aquellas soledades alpinas.

La esposa miró satisfecha a su alrededor e insinuó con el tono mimoso del que espera que le retribuyan con un cumplido:

—Confiesa, querido Renato, que he hecho bien en cambiar los toldos rayas azules y blancas por estos cortinados menos chillones.

—Tienes razón. Y tanto más me reces mis plácemes, por cuanto estos cortinados color de miel atenúan mejor la luz sin quitarle su hermoso brillo dorado. Y ahora, si no es indiscreción, ¿podrías decirme qué nuevas modificaciones estás premeditando, querida?

—¡Oh, ni te lo imaginas, querido! ¡Una infinidad de cosas! Cambiar el color del salón, cubrir los pisos con unas esteras de paja que me traerán de la ciudad, idear nuevos planteles de flores y hacer de esta villa un paraíso... Todavía hay mucho que arreglar antes de que nos encontremos instalados como en nuestra propia casa. ¿Por qué te ríes?

—Porque tanta dedicación, mi buena Ofelia, me parece excesiva. Tú bien sabes que aquí nos encontramos de paso y permaneceremos el tiempo justo que dure mi convalecencia. Y apenas me encuentre bien...

—Todo lo que quieras, Renato. Pero, de cualquier modo, nos nos iremos hasta que no te encuentres perfectamente restablecido. ¡Y con lo bien que te sienta el aire de los Alpes!

Un leve estremecimiento recorrió el cuerpo del infortunado esposo. Asintió con voz indiferente, en la que no palpitaba ninguna esperanza:

—Sí, es cierto, el aire de los Alpes me sienta bien.

—Te encuentras mucho mejor, ¿verdad, querido?—insistió con dolorosa ternura la mujer.

La voz apagada, sorda y ronca del enfermo contestó:

—Mucho mejor... Ya ves, repito mi ración de pastel. ¿Y tú no te sirves? ¿Por qué no me acompañas?

—Gracias, no tengo más apetito.

—¡Tan pronto! Si apenas has probado los fiambres. Las truchas estaban riquísimas y te han retirado el plato sin que las tocaras. ¿Qué es eso, Ofelia? ¿Acaso las brisas de la montaña no te estimulan,

Por toda respuesta, la joven y bella esposa lo miró con ojos cargados de lágrimas, parpadeando vivamente. A no dudarlo, el llanto que pugnaba por asomar era efecto de su alegría al saber que su adorado Renato mejoraba. Y su dicha era tanta al constatar que su marido recuperaba el apetito, que sentía cortársele el suyo.

Conmovido, Renato esbozó un movimiento como para levantarse en un rapto de pasión y cubrir de besos el adorado rostro de su mujercita. Pero refrenó su impulso pensando que tales ternuras están fuera de lugar después de cinco años de matrimonio.

¡Cinco años! Nadie quería creer que llevasen un lustro de casados. Dondequiera que llegasen, en sus frecuentes excursiones, todo el mundo los suponía novios durante la luna de miel, en vista de sus apariencias infantiles y el profundo cariño mutuo que ponían en evidencia en todos sus actos. Ofelia se manifestaba divertidísima. ¡Y cómo se reía entonces con su contagiosa alegría de niña mimada a quien la vida nada ha rehusado!

En los últimos tiempos, aquella dicha de vivir parecía haberse empañado un poco. La risa asomaba con menos espontaneidad en los labios de la joven esposa. Y en ese instante embarazoso, para romper la angustia del silencio, Renato aventuró una observación, de la que se arrepintió no bien terminó de enunciarla:

—¿No te resulta demasiado aburrido pasar tantos meses en esta región alejada de todo centro civilizado?

—¡De ningún modo! ¡Aburrirme a tu lado y con todo el trabajo que me ocasiona nuestra nueva instalación!

—Perdóname, ya no pensaba en eso... Y a propósito, ¿qué proyectos tienes para esta tarde, hada infatigable?

—Iré otra vez a Annecy. Tengo que hacer un montón de compras, como de costumbre.

—¿Y si yo te acompañara?

—De ninguna manera... Siempre te empeñas en tomar el volante y sabes muy bien que el médico te lo ha prohibido. Necesitas todavía un mes de reposo absoluto. Te ruego que seas juicioso. Antes de partir quiero verte recostado en el diván de tu estudio.

En la salita, bautizada con el nombre de "studio" y sobre el sofá que su esposa llamaba "diván", Renato se extendió con amable docilidad y simuló abrir un libro de los que estaban al alcance de su mano. Pero no leía. Su oído estaba atento a los rumores que le indicaban la partida del automóvil y a los chirridos del portón de la verja que se cerraba detrás del coche. Y una vez seguro de que su esposa ya había recorrido por lo menos la mitad del camino que conduce a Annecy, se levantó y fué a instalarse frente a una mesita en la que había un recado de escribir. Tomó una hoja de papel de cartas y comenzó a escribir a su amigo más íntimo:

"Nada de nuevo ni nada de bueno tengo que comunicarte, mi viejo camarada. La enfermedad sigue su curso impacable y rápido. Cada día que pasa siento que me consume, me oprime y me ahoga un poco más. Por otra parte, confiésote que al venir aquí ya no abrigaba ninguna esperanza de restablecerme. Pero necesitaba ocultar la dolorosa verdad a Ofelia y, sobre todo, evitar que me viera morir en nuestra querida residencia de Neuilly, el delicioso nido de nuestra breve felicidad. Entretanto, en "Los Cyclamens", la pobre se afana por instalarse poniendo en todo ese entusiasmo y su buen gusto refinado que irradia como un encanto natural de su infatigable personita. Y gracias a tan simpática actividad, nuestra existencia no transcurre en una monotonía muy penosa. Como ves, en lo que de mi depende, he hecho lo posible por aminorar el dolor que voy a causarle. Cuando todo se haya acabado, Ofelia volverá a nuestro verdadero hogar, y allá vivirá entre sus más caros recuerdor, sin verse atomentada por imágenes fúnebres. Ya que no puedo apartar de sus labios el cáliz, por lo menos procuro disminuirle la amargura... Hasta el día de hoy, y eso que de un momento a otro voy a dar el paso supremo, ella no ha sospechado ni por un instante que estoy a punto de morir".

Esa misma tarde, en un ángulo apartado de un café de Annecy, una mujer que vuelve las espaldas a los jugadores de cartas, billar o dados, a los bebedores de cerveza y refrescos, a los mozos diligentes, a todo ese mundo que llena el salón hormiguente y lleno de vida, inclinada sobre una mesita, escribe:

"Mi querida hermanita. Tan hinchados tengo los ojos por el llanto, que apenas si acierto a trazar estas líneas llenas de desesperación. ¡Renato, mi adorado Renato, se va!... Día a día lo veo declinar con más rapidez. Yo misma no me explico cómo el pobre todavía tiene fuerzas para mantenerse de pie y no se da cuenta de la gravedad de su estado. ¡Es espantoso!... A fuerza de contenerme para no dejar que mi angustia se trasluzca, mucho me temo que voy a volverme loca... Aunque, a la verdad, sería una suerte. Hace un rato, de viaje de "Los Cyclamens" a Annecy, he detenido el coche en pleno campo para poder llorar y gritar mi pena sin testigos. Todos los días invento algún pretexto para salir a solas y procurarme unos minutos en los que pueda dejar caer la máscara de la despreocupación.

Desahogo mi dolor, me armo de nuevas fuerzas y regreso.

Es menester que yo disimule hasta el final...

Cuésteme lo que me cueste, es necesario.

No quiero que mi Renato idolatrado sospeche que va a morir..."

Cuento judío

Isaac y Moisés van en el ferrocarril a Moscú, en donde tienen que ultimar unos negocios.

Apenas se han echado a dormir son despertados por unas voces que les intiman:

—¡Arriba las manos!

Los viajeros obedecen asustadísimos al ver diez revólveres que les apuntan.

Isaac tiembla horriblemente ante los ladrones. Moisés no tiembla menos.

De repente, con una voz apagada, Moisés dice:

—¿Podría bajar las manos un momento? ¡Me duelen tanto!...

—Verdaderamente que este viejo judío resulta poco peligroso—dice el capitán de los ladrones que acaba concendiendo el permiso.

Entonces, Moisés saca de un bolsillo un billete de mil rublos, y dirigiéndose a Isaac le dice:

—Mira, Isaac, ahora que me acuerdo: yo te debía mil rublos. Hélos aquí.

FABULAS Y APOLOGOS

LA ALONDRA

Cuentan, y es positivo,
que allá en tiempos mejores,
y en su idioma nativo,
solían hablar las aves con las flores;
de la misma manera,
con acentos suaves
y con voz hechicera,
hablarían las flores con las aves
Ello es que una mañana,
mañana deliciosa,
vestida de oro, de jazmín y grana,
al pie de cierta fuente cariñosa,
dando al sol sus colores
y a los vientos su esencia,
trataban varias flores
un asunto muy grave;
pues aunque les sobraba inteligencia,
ninguna atina ni explicarlo sabe.
Confusas las traía
ver a la alondra en afanoso vuelo
al empezar la luz de cada día,
remontarse hasta el cielo,
cantar con misteriosa melodía
y pronta y breve descender al suelo.
Y más las admiraba
que, haciendo, altiva, de su pluma alarde,
de nuevo se elevaba
al expirar la luz de cada tarde.
Después de muy diversos pareceres,
estas flores hermosas,
que hermanas deben ser de las mujeres,
y, como las mujeres, ser curiosas,
en asunto tan serio
conformes decretaron



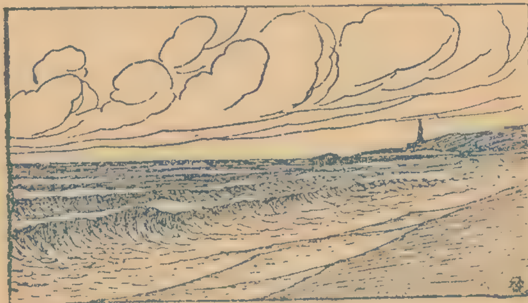
que la ocasión primera y oportuna
al fin se aprovechara,
y señalaron una
que a la inocente alondra preguntara.
Leves mecían sus capullos rojos,
medio dormidas en sus hojas bellas,
cuando vieron venir por los rastrojos
la dulce alondra encaminada a ellas.
Y en el momento una
fresca y brillante rosa,
blanca como los rayos de la luna,
le dijo cariñosa:
"Es inmensa fortuna
tener en plumas las vistosas galas
y levantarse al cielo
al manso impulso de las sueltas alas.
Tú, en envidiable vuelo,
del espacio señora,
te levantas y subes
al expirar la tarde, y con la aurora,
a las altas regiones de las nubes.
Dinos, alondra leve:
¿qué misterioso encanto
tus mansas alas mueve?
¿Qué nos revela allí tu dulce canto?"
Sonrióse la alondra (y ya se sabe
cómo se pudo sonreír un ave),
y saltando ligera,
con ademán inquieto,
corriendo la extensión de la pradera,
depositó en las flores su secreto.
Y las flores temblaron,
y, frescas y lozanas,
jamás este secreto revelaron,
no igualándose en esto a sus hermanas.
Mas desde entonces, al nacer el día,
y de la tarde al esparcirse el velo,
las flores, con dulcísima alegría,
las frentes alzan contemplando el vuelo.

JOSE SELGAS.

EL PRIMER PASO

I

A la orilla de la playa
que besan del mar las ondas,
donde en espumas deshechas
se ven las más orgullosas,
y al fondo del mar se vuelven
perdida su fuerza toda,
porque al llegar a la orilla,
apenas su arena mojan,
todo su furor desmaya
y allí su impotencia lloran,
...dos niños sin experiencia,
nacidos en pobre choza,
juegan con una barquilla
que, atada a una cuerda, flota,
mecida por el continuo
movimiento de las olas.
Los niños al ver su barca
ríen, y saltan y gozan,
y son los dos muy dichosos
viéndola mecerse airosa.
De pronto la barca se hunde,
y algunas olas furiosas,
rompiendo en bullente espuma,
rodear a los niños logran.
Huyen estos asustados,
y cuando la vista tornan
buscando la débil barca
encuentran la cuerda rota
y la barca mar adentro,
que, juguete de las ondas,
si una a la playa la acerca
otra más lejos la arroja.
—¿Qué haremos? — dicen los niños—.
Va a estrellarse en esa roca.
—Yo entro a buscarla, ¿me sigues?
—No me atrevo. ¿Y si te ahogas?
—No tengas miedo, las aguas
la acercarán... Ven... ahora,
Y aquellos niños, ansiosos
de poder salvar su obra,
entran en el mar..., y el barco
cada vez más lejos flota.
Mas no se paran; desean



recobrarlo a toda costa;
las aguas de vez en cuando
la distancia les acortan,
y por lograr el vehemente
deseo que les acosa,
mar adentro, tras la barca,
van marchando sin zozobra,
porque al que da el primer paso
nada detenerle logra.
... ...
Ya el agua cubre sus hombros,
más lejos la barca asoma,
quieren volver y no pueden,
lanzan voces angustiosas,
y se pierden sus gemidos
como la barca en las ondas.

II

También en la vida hay mares
de bellas, brillantes olas;
si en esos mares un día
el hombre su planta posa,
mar adentro va arrastrado
tras los placeres que ignora,
y que esos mares le ofrecen
cada día, a todas horas.
La virtud está en la orilla,
y contra esa playa chocan
las ondas más halagüeñas
y las más fascinadoras,
porque al llegar a esa playa,
apenas su arena mojan,
las ondas del vicio mueren
cuando su impotencia tocan.
...Pero el que da el "primer paso"
y esas playas abandona,
tarde será cuando quiera
lanzar voces angustiosas,
que en el mar de los placeres,
siguiendo su marcha loca,
se perderán sus gemidos
como la barca en las ondas.

RICARDO SEPULVEDA.

HISTORIAS Y LEYENDAS

El Zar Alejandro I de Rusia

La fábula que rodea el recuerdo de Alejandro I, Zar de Rusia, surge más poderosa que nunca al evocar un autor contemporáneo la figura del vencedor de Napoleón, con la aparición de un libro nuevamente editado, referente a las memorias del príncipe Vladimir Bariatinsky.

Mucho se ha escrito sobre la falsa muerte del Zar Alejandro, en Crimea, fantásticas y arbitrarias son las historias que se idearon respecto a la vida que llevó de anacoreta en las estepas heladas de la Siberia, y mucho más son las que sirvieron a novelistas y comediógrafos para hilar la trama de sus argumentos con el recuerdo de aquel soberano, que las tropas realistas francesas aclamaron en 1814.

Toda la prueba del antiguo mito, se quiere demostrar hoy con nuevos datos y documentos aportados en el libro de Bariatinsky, señalando como nota interesante, la de que los bolcheviques, en su carrera de devastación al profanar las tumbas de los zares, encontraron vacía la de Alejandro I, de Rusia.

Está fuera de duda que Alejandro Pavlovitch, en el apogeo de gloria, tuvo como obsesión constante la idea de abdicar, y ello lo demuestra la de que en 1817, en una gran fiesta celebrada en palacio, pronunció el Zar frases tan significativas como éstas:

"Cuando un hombre tiene el honor de estar a la cabeza de una nación como la nuestra, debe, en el momento de peligro, ser el primero en afrontarlo, y no debe quedar en su puesto, sino el tiempo que sus fuerzas físicas se lo permitan; después retirarse".

Fueron muy comentadas las palabras del Emperador, pero como nada grave sucedía, ni aconteció por el momento, todo el mundo pensó que eran "humorismos y arbitrariedades" de aquel gran guerrero y astuto político, que había manejado a su antojo durante breve espacio de tiempo Europa entera.

Dos años después, en Krasnoie-Selo, en una reunión familiar, dentro de la mayor cordialidad y confidencia, manifestó su contento ante el talento militar desplegado por su hermano Nicolás ya que éste "me reemplazará mucho más pronto de lo que pudiera pensarse, pues estoy decidido a dejar mis funciones y retirarme del mundo".

El mismo año 1819, expuso a su hermano, el gran duque Constantino, su deseo de dejar el mando supremo de Rusia, pues no se encontraba con fuerzas suficientes para llevar el pesado "cargo" del Poder.

A partir de 1825, el gran Alejandro sufrió marcadas transformaciones en su carácter y en su vida.

Los placeres del mundo no halagaban sus sentidos, ni su vanidad buscaba el dulce retiro de los piadosos ejercicios y en la penitencia; un misticismo agudo se apoderó de él con fuerza de sacrificio y de renunciación, y el día 1 de septiembre, al dejar Petersburgo, ordenó celebrar un solemne Tedéum en la Catedral de San Alejandro Newky al amanecer, saliendo en viaje de incógnito hacia las comarcas montuosas, donde habitaba el venerable asceta, el padre Alexis, que refugiado en una cueva pintada de negro y teniendo por lecho un ataúd, hacía vida de penitencia y de contemplación.

Luego de confortar su espíritu con la ciencia de aquel elevado filósofo, con doctrinas que no podían encontrarse en los libros terrenos, partió para Taganrog, donde la Empeatriz procuraba restablecer su salud, en extremo quebrantada. Y repentinamente, tras una brevísima enfermedad, se esparció la noticia que el 19 de noviembre había muerto el Zar.

La Reina misma le cerró los ojos, y sólo ella y el ayuda de campo, el príncipe Wolkouski, supieron ciertamente la verdadera tragedia.

El cuerpo del Emperador, convenientemente embalsamado, se trasladó a San Petersburgo, y entre el pueblo ruso se esparció un rumor de incertidumbre, poniendo en duda la muerte del Zar.

Rusia entera vibró en una sacudida de inquietud y de duda.

Once años después, en 1836, en el Gobierno de Perm, la Policía detenía a un desconocido que decía llamarse Fedor Kousmitch, sin documentación apropiada, y como se negó a dar cumplida satisfacción de su origen, fué condenado a la pena de veinte latigazos y a ser deportado a Siberia.

Construyó en el destierro Fedor una humilde guarida, y sin darse cuenta se hizo célebre por su vida de humildad y recogimiento; los aldeanos le pedían oraciones, que él entregaba copiadas, y por sus consejos se curaban rápidamente heridas y enfermedades, compartiendo su miseria con los más desheredados y pobres.

Un día que Fedor Kousmitch hablaba de la religión y de la guerra, un antiguo soldado gritó con verdadero júbilo: "Es el Zar Alejandro quien os habla", y él se cuadró con el más respetuoso saludo militar.

Pasó aquel incidente, pero la duda prendió en el corazón de aquel pueblo que escuchaba las narraciones y consejos del "revelado", esparciéndose en sordo rumor la incertidumbre, y llegando a las demarcaciones más remotas, vinieron las gentes para hablar con aquel místico, que obraba milagros y apaciguaba rencores.

El pueblo, que le escuchaba, creyó firmemente en la reencarnación de su Zar, y como ello inquietaba el corazón del fingido Fedor Kousmitch, sintiendo fatigada su alma, buscó un hermano sacerdote y le confesó que había cometido una grave y censurable falta, y como el castigo no le había recibido de Dios, él quiso purificar su espíritu, para entrar en el reino de la luz sin sombra alguna.

Es por ello por lo que el Zar Alejandro Pavlovitch murió, según la leyenda, en las inhóspitas tierras de Siberia.

Concha PEÑA.

Anécdota

El celebérrimo actor inglés Garrick—que todo cuanto tenía de buen comediante, teníalo de tramposo en cuestión de deudas—dirigió cierto día una carta a lord Chesterfield, diciéndole que se encontraba en un grave compromiso pecuniario y rogando le enviase prestadas cincuenta libras, con la promesa formal de devolvérselas en el plazo improrrogable de un mes.

El famoso político le prestó el dinero, en la confianza de que lo perdía para siempre. Pero, ¡oh sorpresa!, transcurrido el plazo señalado, Garrick devolvió religiosamente las cincuenta libras.

No había pasado mucho tiempo, cuando el comediante, haciendo valer como garantía su palabra cumplida anteriormente, solicitó un nuevo préstamo de otras cincuenta libras. Pero a esta segunda petición, Chesterfield contestó del modo siguiente:

"Mi querido Garrick: Lo siento mucho, mas no volveré a prestaros nada, ¡A mí no se me engaña dos veces!"

—o—

TRAJES CONFECCIONADOS CON PIEL DE PESCADO

Hace pocos años eran raros los países donde se utilizaba la piel de los peces para sustituir a la tela; pero la Comisión de Pesca de los Estados Unidos ha demostrado que muchas especies de peces tienen piel que constituye un excelente cuero para ropa y calzado por lo cual no será difícil que se inicie una nueva y lucrativa industria, en el país de las cosas raras.

La piel del salmón, por ejemplo, no sólo sirve para hacer botas, sino que entre los esquimales viene siendo usada desde hace muchos siglos para hacer vestidos impermeables.

Los habitantes de las regiones árticas también usan chaquetillas de piel de bacalao.

Sin embargo, las pieles que la Comisión de Pesca ha encontrado más a propósito por su resistencia y duración para el objeto que se propone, no son realmente de pescados, sino de mamíferos marinos, puesto que en primera línea figuran la ballena, la marsopa y la foca.

El piano y sus antecesores

El origen del piano y de todos los instrumentos de teclas hay que buscarlo en las edades Antigua y Media, teniendo en cuenta la división de éstos en dos grupos: los derivados del psalterio y los que proceden del dulcimer. Al primer grupo pertenecen la espineta, el virginal y el harpsicordio, y al segundo el piano. El clavicordio, a pesar del parecido con este último, tiene muy distinto origen.

El psalterio es asiático, se compone de una caja sonora y varias cuerdas que se tañen con los dedos o con un plectro. El primitivo psalterio, de una sola cuerda, es antiquísimo.

En la Edad Media se tocaba para acompañar el canto religioso y los había triangulares y cuadrados. A una variedad de los primeros la llamaron los italianos "strumento de porco", sin duda por el parecido del instrumento con la cabeza de un cerdo, y aún encontramos otra tercera forma: el doble psalterio, del cual nació el dulcimer que alcanzó gran popularidad en el siglo XVI y que se tocaba golpeando sus cuerdas con dos malletes.

La introducción del teclado eclipsó a este instrumento, que ya en el siglo XVIII era una antigualla.

El teclado se encuentra por primera vez en el órgano de agua de los griegos; pero su aplicación a instrumentos de cuerda data del siglo XIII, que es cuando apareció en el clavicordio.

El origen de este instrumento lo hallamos en el desarrollo y mejora del monocordio, usado por los matemáticos griegos, especialmente por Pitágoras para medir las resonancias según la longitud de las cuerdas.

En el siglo XIII se convirtió en policordio, con cuatro cuerdas, y servía para acompañar al canto gregoriano.

La adición de más cuerdas y de un teclado dió por resultado el clavicordio; pero hasta el siglo XVIII no se dió una cuerda para cada nota.

Después de la aparición del clavicordio se añadió un teclado al psalterio. La espineta, el virginal y el harpsicordio, fueron variedades de aquél.

La espineta apareció en los últimos años del siglo XV, y su nombre proviene del nombre del fabricante Juan Spinetti, que en 1503 construyó uno de estos instrumentos en Venecia.

Aníbal dei Rossi, otro fabricante italiano, construyó preciosos ejemplares de este instrumento, entre ellos uno que tenía dos mil piedras preciosas. Estos instrumentos que se conocieron también con el nombre de virginales llegaron a tener hasta cinco octavas.

Los harpsicordios más antiguos datan de 1521 y son de origen italiano, y se conocían también con el nombre de "clavicembalo", y en el siglo XVII alcanzaron gran fama los fabricados en Amberes por la familia Rückers, notables no solamente por la pureza de su sonido, sino por su elegante ornamentación.

El harpsicordio, o clavecín y el clavicordio tenían sonidos diferentes; el primero tenía más fuerza y sonoridad; el segundo más expresión y mayor dulzura, y ambos instrumentos perdieron su popularidad cuando apareció un nuevo instrumento que reunía las condiciones misicales de ambos: el piano.

La invención del piano se señala en el año 1709 cuando Bartolomé Cristofori de Padua, fabricante de harpsicordios y guarda-instrumentos del príncipe Fernando de Médicis, expus o algunos de sus trabajos en Florencia.

El inventor le dió el nombre de "Gravecembalo col piano e forte", que después se llamó pianoforte y, por último, quedó reducido a la palabra piano, nombre poco a propósito para instrumentos de tanta sonoridad.

Los dos instrumentos de Cristofori que aún existen son de forma horizontal, parecidos en sus líneas generales al harpsicordio, pero con la diferencia de que sus cuerdas suenan al ser golpeadas por unos martillos algo parecidos a los que se empleaban para tocar el primitivo dulcimer. El piano es, en realidad, un dulcimer con teclado.

La importancia de este invento se olvidó pronto en Italia; pero en 1725 se introdujo en Alemania por Silbermann, de Dresde, famoso fabricante de órganos y clavicordios, que presentó dos instrumentos modelo Cristofori al eminente Sebastián Bach.

El gran compositor tocó en los pianos fabricados por Silbermann para Federico el Grande, al cual visitó en Postdam en 1747; pero no pudo lucirse mucho en ellos, pues como instrumento nuevo no estaba el compositor acostumbrado a su mecánica, muy diferente de la del clavicordio.

En 1750 la fabricación de pianos empezó a tomar gran incremento en Sajonia, industria que se vió detenida en su desarrollo por la guerra de los siete años, que duró hasta 1763.

Buen número de obreros alemanes pasaron a Inglaterra llevando consigo el invento del piano, que entonces se hacía rectangular en la forma de los clavicordios.

Fueron introducidos aquellos en Inglaterra por Juan Zumpe después de 1760, y eran aún una novedad en aquel país en 1767, como se comprueba por un anuncio de un concierto de Covent Garden el 16 de mayo del citado año, en el que se decía que la cantante Miss Bricker cantaría "acompañada por Mr. Dibdin en un nuevo instrumento llamado Piano Forte".

El grupo de alemanes que se establecieron en Inglaterra para la fabricación de pianos era conocido con el nombre de los "doce Apóstoles", y todos hicieron fortuna con su industria. De Zumpe se sabe que no podía dar abasto a todos los pedidos que se le hacían.

El tamaño fué aumentando poco a poco y la ornamentación cada vez más rica, predominando el estilo Luis XVI.

Los grandes pianos se empezaron a conocer después de 1770, desde cuya época se fueron introduciendo mejoras constantemente.

EL OTRO

Se abrió la puerta, y Francisca y Valentín, que comían bajo la lámpara, se volvieron para ver quién entraba. Francisca lanzó un grito:

—¡Mateo!

Mateo, desde la puerta, sonrió, satisfecho:

¿Me reconoces?

Ella estaba muy pálida. Mateo avanzó, tendiéndole los brazos; pero Francisca no respondió al llamamiento.

—¡Tú! ¡Tú!—balbuceaba.

—¿Es así como me recibes?

—Es que me habían dicho... — contestó.

—¿Que había muerto? Ya ves que no.

La abrazó. Sólo entonces reparó en Valentín, que seguía sentado a la mesa.

—¡Hola, hombre!... Comías hoy aquí?

Francisca se estremeció:

—Mateo; voy a explicarte.

Pero Valentín la detuvo con un gesto.

Mateo los miraba, y de pronto comprendió la verdad. Iracundo, se dirigió contra Valentín. Este se levantó tranquilamente.

—Te creíamos muerto, y...

—¿Y te has casado con ella?—preguntó Mateo, cuya cólera se había desvanecido de repente.

Valentín afirmó con la cabeza. Hubo un largo silencio. Francisca miraba a los dos hombres. En un esfuerzo preguntó tímidamente:

—¿Quieres comer, Mateo?

Desfallecía de hambre, y aceptó. Comían despacio, seguros de que al terminar habría que decir palabras difíciles.

Fué, al contrario, muy sencillo.

Después del queso, Francisca les sirvió unas copitas de aguardiente. El alcohol activa las ideas y precipita la conversación.

—Lo cierto es que ocurren cosas...—dijo Valentín.

—Es verdad; ocurren unas cosas...—aprobó Mateo.

Este insinuó todavía:

—Habrá un medio de arreglarlo todo. Consultar al alcalde.

Pero Valentín respondió con firmeza:

—No hace falta. Debo marcharme yo.

Mateo no se atrevía a decir nada. Valentín prosiguió:

—Conozco las leyes. Me he informado antes de casarme con la Francisca.

—¿Lo has oído? — preguntó Mateo a Francisca.

—Vosotros lo sabréis mejor que yo—contestó ésta, encogiéndose de hombros.

Tenían todo hablado. Valentín se levantó, cogió la gorra y se dirigió a la puerta.

—¿Qué haces?—le preguntó Mateo.

—Ya lo ves. Marcharme.

—¿A dónde vas?

—A casa de mi madre. Viviré con ella como de soltero.

Abrió la puerta. Mateo lo llamó:

—¡Valentín!

—¿Qué quieres?

—Abrázala.

Valentín se conmovió.

—Eres un hombre, Mateo.

Y abrazó a la mujer, que temblaba.

Salió. Mateo oyó a su mujer que, desplomada en la silla, sollozaba.

—¿Es que lo quieres más que a mí?—preguntó secamente.

—No.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—No lo sé—contestó sinceramente.

LOUIS LEON MARTIN

Sacrificios humanos en el antiguo Cartago

Como un grito de exasperación suenan los relatos de Diodoro, Plutarco, Tertuliano y otros, cuando hablan de la bárbara costumbre cartaginesa de salvar la Patria de sus apuros sacrificando al ídolo Moloc los hijos primogénitos de familias distinguidas. El doctor de la Iglesia, Tertuliano, nos refiere que, aun después de la caída de la "Reina de los Mares", esta práctica atroz se ha conservado entre los rústicos tunecinos hasta inaugurarse la Era cristiana. Verdad es que en el último cuarto de centuria muchos conocedores de este sector de la Historia antigua ya no creían en la verdad de tales relatos, tanto menos cuanto que no estaba probado que en Cartago se rendía culto al dios Moloc. Además, un estudio detenido de la historia del Mediterráneo occidental había enseñado que los griegos e itálicos de los siglos precristianos VII hasta II profesaban, por razones económicas, un odio fanático a los libiofenicios.

Pero este escepticismo resultó insostenible cuando el mundo tuvo noticia de los hallazgos que en 1921 y los años siguientes se hicieron en el subsuelo de Cartago, en medio de la barriada donde en la antigüedad se desarrollaba el comercio de la ciudad.

Desgraciadamente el mundo arqueológico de Francia no ha dedicado a estos hechos aquella atención y perseverancia que en todo caso merecen descubrimientos de tanta importancia para la historia de la humanidad. Tras excavaciones, prolongadas por varios años, la labor investigadora languidecía y se paralizó al fin por completo. Miramientos con los propietarios de las quintas vecinas, la insuficiencia de los recursos de que disponía el oficial Service des Antiquités, de Túnez, y por fin, el clima enervante que embota todas las energías, acabaron por adormecer el antes tan vivo interés por un cementerio con urnas, que constaba de cuatro pisos superpuestos y contenía los restos mortales de niños.

Desde el mes de mayo de 1921 observaba el Sr. Icard, habitante de Cartago moderno y persona sumamente versada en la topografía de la vieja capital del Imperio púnico, a un grupo de canteros árabes que hacían sus fechorías en un patio cerrado del elegante barrio Salambó, a unos cien metros de los charcos que en los tiempos escipiónicos formaban los puertos interiores de la ciudad. Se sabe que esta gente, con la tácita connivencia de las autoridades tunecinas, y sin preocuparse mucho de los decretos prohibitorios, que para ellos no son más que papel escrito, desde hace unos treinta años están sacando las pétreas entrañas del sepulto organismo de la antigua Metrópoli. Galerías subterráneas y voladuras les permiten saquear impunemente los vestigios de culturas prehistóricas y reducir los diferentes estratos a un estado de caótica confusión. Es siempre harto peligroso interrumpir a estos ladrones en su lucífuga labor. Una vez, cuando de improviso el señor Icard los visitó en una de sus galerías, uno de ellos tenía en sus manos una estela de caliza azulada, que en el mismo acto despertó el mayor interés del sabio. Con la palabra "estela" se designan los pequeños toscos monumentos de piedra, que son de altura muy variable y que, como testigos de un culto primitivo, se encuentran en todas las costas del Mediterráneo. La estela, que burdamente imita las formas del cuerpo humano, se debe interpretar probablemente como una imagen de la deidad. En el presente caso se veía en una lápida la figura de un hombre, cuya diestra efectuaba el sólito gesto adorante del antiguo culto oriental, mientras la zurda sostenía el cuerpo de un niño. El árabe, naturalmente, no reveló el secreto de su hallazo, sino dijo que había encontrado la estatua en el suburbio La Marsa. Pero después sorprendieron el descubridor y su amigo Gielly a los pillos en flagrante, cuando estaban despedazando una docena de monumentitos para alimentar con ellos un horno de cal. Sin vacilar, los dos señores compraron el sitio. Con una mísera subvención que les pagaba el ya mencionado Service des Antiquités se emprendió entonces el arduo trabajo de poner al descubierto las estelas del lugar, el cual, como pronto se comprendió, no era otra cosa que un santuario de la diosa Tanit, erigido en tiempos remotísimos y caído en ruinas al mediar el primer milenio precristiano. Al poco tiempo se confirmó también la conjetura de Icard de que aquí se iba a encontrar la clave para solucionar el antiguo problema del culto a Moloc, porque ya no cabía duda de que las urnas halladas debajo de las estelas encerraban los huesos quemados de las víctimas y fragmentos de esqueletos provenientes de niños no mayores que de seis meses.

Tales descubrimientos parece que rasgan de una vez el velo que cubría misteriosamente los sacrificios humanos de Cartago. ¡Espantable y sanguinaria costumbre que hizo tantas y tantas víctimas inocentes, sacrificadas estérilmente saciando la sed de crueldad de un pueblo bárbaro, rudo y supersticioso!

—o—

El origen de los meteoritos

Es frecuente, sobre todo entre geólogos y mineralogistas, ver en los meteoritos fragmentos de un planeta, o residuos que quedaron sobrantes al formarse los planetas, y, en cualquier caso, partes de cuerpos de nuestro sistema solar; pero esta suposición no es aceptable desde que von Niessl, Hoffmeister, Heppberger y otros autores demostraron que la velocidad heliocéntrica de las grandes estrellas fugaces y bólidos es, por término medio, mucho mayor que la parabólica. No se puede tratar, por consiguiente, de cuerpos de nuestro sistema solar, sino de cuerpos extraños a él, procedentes del espacio cósmico.

Mas no por ello se debe admitir que estos pequeños cuerpos se encuentren regularmente distribuídos por todas partes del espacio cósmico, obedeciendo sólo a la casualidad. Desde el punto de vista químico, los meteoritos que caen en la Tierra resultan, hasta donde han sido estudiados, extraordinariamente afines entre sí, si prescindimos de las tectitas, moldavitas, billitonitas y otros vidrios ácidos semejantes, cuya naturaleza meteorítica es un problema en el que no podemos entrar ahora; de modo que todos los meteoritos forman un conjunto parecido a las rocas en masa de la Tierra, que sólo puede comprenderse como una serie de materiales diferenciados a partir una gran masa en fusión, primitivamente uniforme, en la cual, por solidificación, se han ido separando materiales, como observamos, en pequeño, en nuestros métodos metalúrgicos, cuando una masa en fusión se divide en capas de hierro, sulfuro y silicato separados según su peso específico. Por consiguiente, según los datos suministrados por la Petrografía, es indudable que todos los meteoritos que llegan a nosotros tienen que ser partes de un solo cuerpo celeste que, en estado de fusión ígnea, se ha diferenciado del modo indicado. No es posible determinar si este cuerpo estaba ya solidificado al ocurrir su fragmentación; las estructuras de los meteoritos indican sólo su origen en estado de fusión ígnea, después de la ruptura del cuerpo primitivo, y así se comparan los condritos a las tobas volcánicas. La cristalización de los hierros meteóricos se tiene que haber producido, en todo caso, rápidamente y en un campo de gravitación de poca intensidad, y esto último lo atestigua también la presencia de pallasita, en forma de partículas de silicato en el hierro, que en otro caso se hubiesen tenido que separar por su peso específico. Es igualmente posible que el cuerpo original estuviese todavía flúido al tiempo de romperse o que al ocurrir la catástrofe se fundiese de nuevo.

Hasta ahora no se han encontrado *meteoritos fósiles* en los depósitos de los períodos anteriores de la Tierra y, si en tiempos geológicos pasados hubiesen caído con igual frecuencia que ahora, se habría tenido que encontrar, según todas las probabilidades, un número considerable de ellos en los trabajos de la técnica moderna. Además, el hombre prehistórico que, al buscar piedras para hacer instrumentos y adonos, encontró tantas rarezas (la moldavita por ejemplo) no conoció los meteoritos férricos que hubiese podido utilizar muy bien. De ello se deduce que nuestro sistema solar ha entrado hace poco tiempo—como unos 10.000 años—en esta nube cósmica de polvo. La Astronomía nos da una apreciación del camino recorrido por el Sol en el sistema estelar durante este tiempo con una velocidad de 20 a 30 kilómetros por segundo; por la masa de los meteoritos observados que anualmente caen en la Tierra, se puede calcular el promedio de espesor de la nube, y con ambos datos se puede evaluar, siquiera sea de un modo muy tosco, la masa total de la nube en cuestión. Resulta probable que esta masa sea como la de una pequeña estrella fija, resultado que a su vez comprueba que es aceptable nuestra idea.

El considerar que esta nube, en su estado actual de movimiento, tiene que representar, sin embargo, una formación bastante estable, nos lleva a determinadas conclusiones sobre la causa de su fragmentación. El modo más rápido de producirse dicha estabilidad es por una especie de rotación de conjunto del cúmulo la cual bien fácilmente puede derivar de un choque excéntrico de dos cuerpos celestes, que naturalmente produciría también la fragmentación.

La idea del choque de dos estrellas fijas—antes muy en estima—ha caído en descrédito entre los astrónomos; pero cuando vemos por los datos geológicos, que el encuentro de la Tierra con una nube semejante de meteoritos es algo sumamente extraordinario que sólo ha ocurrido una vez en los 1.000.000.000 de años que aproximadamente comprende la historia reconocible de la Tierra, si no hay quizás completa concordancia entre esto y las cifras que dan los astrónomos para la frecuencia probable—rareza probable pudiéramos decir—de un encuentro de esta clase, no existe tampoco, de ningún modo, una contradicción fundamental entre ambos modos de pensar.

R. SCHWINNER.

El roble de la gleba

Por Ernesto López Parra

El mediquín enfundó las gafas nerviosamente y salió surqueando sobre la grama húmeda de la corraliza, seguido por la vieja Damiana y Pedrote, que hipaba agarrándose al halda de la madre. Ya en la puerta, ante el camino de pedriza y zarzal, abrillantado por la escarcha vespertina, se detuvo un instante para rezongar unas palabras doctorales:

—No hay remedio. La naturaleza del mozo es más endeble de lo que creíamos. Solamente un milagro podría salvarlo...

Quiso Damiana detener al mediquín por las solapas del abrigo, para que fuese más explícito. Pero se le evadió como una sombra furtiva. A buen andar atravesó el portacho y desembocó en el campo.

El sol mortecino y friolento de la tarde ponía sus lívidos oros postreros sobre el lomo infinito y ocre de las montañas. En las torres del pueblo, unas campanas latían con lentas vibraciones funerales.

Damiana volvió al cuarto del enfermo, rectificando al entrar una mueca de dolor, que ensambrecía el rictus de sus labios. Por el ventanal, abierto al camino, filtrábase una luz cansada y violeta, preludio del crepúsculo que ya insinuaba sus perfiles borrosos en unas nubes cárdenas y apretadas, inmóviles como barcas, en la balsa barriza del cielo. Hundido entre las ropas revueltas del camastro, acusaba sus pálidos trazos el rostro exangüe y macilento de Faustino, con las mejillas demacradas por la fiebre y los labios ásperos y curtidos doblados, en un fruncimiento de angustia.

La madre llegó hasta el lecho, para sorprender en los ojos del mozo la llamita de renunciación con que su alma, joven y optimista, se despedía de la vida. Besó la frente, ancha y tersa, morena como la tierra, donde caracoleaban, indisciplinados, unos fuertes mechones de pelo negro y mate, y acercándose al oído del hijo, murmuró dulcemente:

—Alza los ojos, Faustino. Mírame con la alegría de siempre. No estés triste, hijo mío. El médico dice que, en cuanto llegue la primavera y pinten los campos, volverás al huerto. Ya no hay que temer al invierno; pronto acabarán estas ventiscas y estas lluvias marceñas, y tú estarás fuerte y bueno como antes. Cuando el almendro eche flores, tú podrás cortarlas para llevar un ramo a la Virgen del pueblo en las fiestas de Abril...

Y tornó a enlazarle el cuello con el collar maternal de sus brazos, reposando su cabeza, decorada de nieve, como una cumbre, sobre el hombro del hijo.

Pero Faustino apenas movió las pupilas en una fulguración rápida, entreabriendo la boca, iluminada por una sonrisa doliente de bondad. Después imprimió a su cabeza un lento ritmo de péndulo, y negó tercamente, y mientras con el brazo erguido sobre el embozo de la cama señaló las maderas entornadas del ventanal del aposento, y casi susurró, ahogándose:

—Abralas usted, madre; que vea todo el campo, hasta las márgenes del río...

La tarde se había esfumado en el maravilloso escamoteo de un crepúsculo de ópalos y amatistas. Bajo las frías nieblas, el valle tenía una dulce opacidad de ensueño. Veíanse los huertos silenciosos, verdeguantes, con su hierba de esmeralda y los bancales claros y los gollizos envueltos en prematuras penumbras. Al otro lado de la carretera, por entre olivares y casalicios, pasaba un tren, con estridencia de hierros y de frenos, que llegaba amortiguada por la distancia. Y más allá, el espejo movible y largo del río, bajo choperas y fresnos, de transparentes hojas, agitadas por la brisa...

Incorporado en el camastro, Faustino fué mirándolo todo, con ojos absortos y asombrados. Miraba en silencio, poseyendo con sus pupilas enfebrecidas aquel campo que había sembrado él; las viñas que su mano podaba, para hacerlas ubérrimas; las encinas, de las que vareaba el fruto, y el trigo, que ya se enceraba, gracias a su trabajo. Todo aquel prado era suyo porque sobre su tierra fecunda la reja de su arado había abierto los surcos tiernos y sus desnudos pies de zagalón hollaron los terrones de los barbechos... Faustino atalayó toda la viva maravilla que le ofrecía la Naturaleza, y con el simple fervor de su rudo espíritu, como en un éxtasis místico, se despidió de ella, mientras la madre contemplaba la momentánea resurrección del Apolo broncíneo y labriego, que había querido, instintivamente, soterrar su alma pura y heroica bajo la incipiente primavera del campo, antes de que su cuerpo fuese a nutrir el misterio de la tierra renovada y eterna...

Por el canchal de la corraliza, Pedrote, el hermano pequeño, buscaba tras las vacas matronas y señeras camino del establo. Faustino había tornado a caer en el lecho lívido y delirante. La vieja Damiana, trenzando las cintas del mandil, exclamó, frente a una estampita de la Dolorosa, que parecía deshilarse en lágrimas, sobre una mesa de sedro:

—¡Ya ronda la muerte sus pupilas, y aún se alza recio como un roble! Hasta su fin ha de mostrarse lleno de fuerza y de arrogancia ¡Duro es el rey de los prados, como las peñas de su tierra brava!...

Y escondiendo un sollozo bajo una torva mirada de fiereza, salió de nuevo al portacho, donde irrumpía, con un triunfal júbilo de agudos clarines, el ejército de los gallos hacía sus tibios reductos...

... ...

El roble cayó en la noche, herido en silencio, como una sombra. Sahumaba el campo un vaho de nieblas varias, y en los huertos desveláb anse los broncos esquilones de las recuas. Por la ventana, abierta a la luz azulenca del alba, entró el resplandor de último lucero a besar la frente inmóvi del héroe de la gleba, en el velatorio de estrellas que circundaba de armiños la gañanía...

El enigma de la Esfinge, aclarado

El profesor George A. Reisner, de la Universidad de Harvard, ha conseguido, al fin, identificar la Esfinge de Egipto aclarando con ello su hasta ahora impenetraba misterio.

Los elementos de este enigma, que ya ha dejado de serlo, son, según el mencionado profesor, los siguientes. Identidad: un busto o, mejor dicho, una cabeza de Cephren, constructor de la segunda pirámide, unida al cuerpo echado de un león. Simbolismo: la idea familiar común a las civilizaciones egipcia y asiria, de unir la cabeza de un gran jefe al cuerpo de la más terrible de las fieras, para personificar la protección que el gran rey dispensa a sus súbditos, y el terror que inspira a sus enemigos. Situación: una masa de roca impropia para la construcción, que separa la cantera de donde se sacó la piedra para la primera pirámide, de la cantera de donde se extrajo el material para la segunda pirámide. Este feo promontorio de piedra inútil que se alzaba entre ambas canteras, fué convertido por los arquitectos y obreros de Cephren en una esfinge colosal, cuya cabeza era un retrato de Cephren mismo. Epoca: el año 2850, antes de Jesucristo, o sean unos mil años antes de la fecha que atribuían a su construcción los primeros investigadores.

La esfinge no se talló en un sitio consagrado de antemano a ella; la colosal imagen se hizo sencillamente para aprovechar la masa de piedra que habían dejado intacta los obreros, porque no tenía el grado de dureza necesario para la construcción de la pirámide.

Con estas averiguaciones se derrumban las peregrinas teorías forjadas en el transcurso de cinco mil años por muchos soñadores, en lo tocante al significado y posición de la esfinge. Decíase que miraba al sol naciente, que su mirada se dirigía a las pirámides, y que, al ponerse el astro, la esfinge proyectaba su sombra sobre sus manos extendidas. Con estas y otras cosas habíase llegado a creer que la estatua era una muestra del misticismo y simbolismo de los egipcios, cuando en realidad la erección y posición de la esfinge fueron determinadas por la calidad y la posición de la roca. Si ésta hubiera sido buena, la esfinge no existiría y no se habría pasado la humanidad cincuenta siglos tratando de descubrir el enigma.

Indudablemente, al acabarse de construir la segunda pirámide, el mismo rey o sus arquitectos se fijaron en aquel bloque de piedra que sobresalía en la tierra, y se les ocurrió tallar en él la figura de un gran hombre, y, ¿quién mejor que el mismo faraón?

La obra requería el trabajo de millares de esclavos, pero esto era lo de menos. La monarquía egipcia se hallaba en la plenitud de su poderío, y tenía derecho de vida o muerte sobre centenares de millares de siervos. Un papiro de la época cita como cosa corriente en las obras públicas, que tres mil trescientos hombres habrían invertido tres meses en traer para un templo un bloque de piedra, desde una distancia de quinientos kilómetros.

Con el trabajo humano tan barato, más económico proporcionalmente que los explosivos de hoy, no es sorprendente que la piedra desechada se convirtiese en un imponente monumento a Cephren. Quizá fuera éste el primer rey egipcio que envió la escultura de su cabeza a la estatua de un cuerpo de león; pero los reyes de las dinastías sucesivas emplearon tanto este motivo arquitectónico que los arqueólogos estaban ya conformes en que la esfinge era el retrato de algún rey. Sin embargo, según la opinión más corriente, la gran esfinge había sido tallada en la roca viva, lo menos mil años después de la época de Cephren.

El profesor Reisner estudia las antigüedades de Egipto y Palestina.

COMO SE ARMA UN CABALLERO

La práctica de "armar caballero" es menos antigua de lo que comúnmente se cree. Es un dislate hablar de este ceremonia, como algunos antiguos romances lo hacen, en tiempos de Carlomagno, y aun en los del Cid, pues está bien averiguado que hasta principios del siglo XII no se consideró el título de caballero como una dignidad que sólo se confería mediante solemnes juramentos y ciertas formalidades.

A partir de dicha época, durante todo el período siguiente de la Edad Media, el niño destinado a la noble profesión de la caballería, era puesto desde los siete años al lado de algún caballero o gran señor, en calidad de paje o doncel. A los catorce años, si el caballero a cuyo lado estaba lo creía digno, se le nombraba escudero, y a los veintuno podía ya armársele. Elegíanse, para esta solemnidad, las grandes fiestas cívicas o religiosas, tales como la pascua de Pentecostés, las treguas, el fin de las guerras, los nacimientos de príncipes, las bodas reales, etc.

La vela de las armas

La víspera del día en que había de entrar el candidato en la categoría de caballero, confesaba y comulgaba vestido con una hopa parda y acompañado de dos padrinos. Estos, y el que debía armarle caballero, comían luego en una mesa lujosísima, mientras el candidato, vestido de blanco en señal de estar ya purificado, se sentaba a una mesa aparte, donde permanecía silencioso, sin reirse y en ayunas.

Aquella noche conducíasele a una iglesia o a la capilla de un castillo, sobre cuyo altar estaban puestos el casco, la coraza, el escudo y la lanza, y allí, espada en mano, hacía toda la noche la *vela de las armas*. Por la mañana tomaba un baño y, nuevamente vestido de blanco, se acercaba al altar con la espada colgada al cuello y hacía entrega de ella a un sacerdote. Celebrábase acto seguido la misa, durante la cual era bendecida la espada y al finalizar aquella iba el novicio a ponerse de rodillas delante del que había de armarle. Preguntábale éste los motivos que le inducían a hacerse caballero, siendo la contestación: "El honor de la caballería". A continuación, se le tomaba juramento de que no economizaría sangre ni bienes en la defensa de Dios, del rey y de la patria, de que obedecería a sus superiores, ampararía a las mujeres y a los huérfanos y perseguiría sin piedad a los infieles.

El espaldarazo

Cuando había hecho el candidato estos juramentos, sus padrinos, ayudados generalmente de damas y pajes, calzábanle las espuelas y le ponían la armadura. Volvía entonces a hincar la rodilla ante el que le armaba, y éste le daba con la espada, de plano, tres golpes sobre la espalda, que eran lo que se llamaba *el espaldarazo*, diciéndole: "En nombre de Dios todopoderoso, y del señor Santiago, y de San Miguel y de San Jorge, te armo caballero". Entonces, puesto en pie el que acababa de ser armado, cenïale la espada, acompañando casi siempre este acto del consejo: "Sé religoso, valiente y leal", y daba orden de que le trajesen el casco, la lanza, el escudo y el caballo. Montaba el nuevo caballero, y mientras las voces de los heraldos y el resonar de las trompetas atronaban el espacio, daba dos vueltas haciendo caracolear a su corcel y blandiendo el lanzón.

Claro está que estos detalles variaron mucho con el tiempo, y sobre todo con las circunstancias. En los campos de batalla, por ejemplo, la ceremonia se reducía a hacer el novicio los juramentos y entregar al rey o a su señor, por la empuñadura, la espada con que había de dársele el espaldarazo.

La ceremonia en nuestros días

En nuestros días, la ceremonia de armar caballero no es ya más que una fórmula para el ingreso en determinadas Ordenes militares, y los detalles de dicha ceremonia son muy diferentes de los antes expuestos, por exigirlo así, tanto el reglamento de cada Orden, como las costumbres modernas. Lo que siempre se conserva es el espaldarazo con la espada y la práctica de calzar las espuelas.

En la Orden de Calatrava, por ejemplo, la solemnidad debe efectuarse precisamente en una iglesia de la Orden. Llevando como padrino a un caballero profeso, el aspirante se acerca al maestre o comendador que le ha de armar y le presenta su carta de comisión. Leída ésta, se exige al novicio la condición de ser "noble, hijodalgo de sangre de todas partes, limpio de toda mala raza"; se bendice la espada, y el padrino se la ciñe, mientras otros dos caballeros le calzan unas espuelas de oro. En seguida, el neófito se arrodilla, y el maestre, desenvainando su propia espada, le da los tres golpes tradicionales, repitiendo cada vez: "Dios Todopoderoso os haga buen caballero, y San Benito y San Bernardo sean vuestros abogados".

Siguen después varias preguntas respecto a obligaciones de la Orden y dogmas de la Iglesia, que el nuevo caballero promete guardar, y a continuación un sacerdote bendice el hábito, el escapulario y las cruces, y se los va poniendo mientras recita oraciones *ad hoc*. Celébrase luego la misa de Espíritu Santo, en la cual comulga el cruzado, y al final, todos los comendadores y caballeros que han asistido le abrazan y besan la cruz de su manto en prueba de fraternidad.

Antiguamente, los aspirantes a caballeros de Calatrava tenían que prepararse sirviendo seis meses en las galeras del rey, y residiendo uno en el convento de la Orden, durante cuyo tiempo no podían tener más que un criado, "ni poseer mula, caballo, aves, perro ni hurón". Estas disposiciones han caído en desuso por completo.

La invención de la maquina de hilar

El hilar y el tejer fueron, seguramente, ideas de una madre. Los hombres primitivos se iban a la guerra o a la caza. La mujer quedábase en la caverna o en la choza, pensando en que el invierno se acercaba y los pequeños tendrían frío. Y se le ocurrió retorcer con los dedos la lana de los animales que había domesticado poco a poco, y formar una hebra con que tejer luego una tela.

Hasta que Ricardo Arkwright inventó su máquina de hilar, las madres hilaban siempre lo mismo en las chozas que en los palacios. Aseguraba el Rey Católico que jamás se había puesto una camisa que no hubiera hilado la Reina Isabel.

Ricardo Arkwright, nacido en Preston en 1732, era el menor de los trece hijos de un pobre artesano. Nunca pudo ir a la escuela. Nada le enseñaron de niño. En cuanto pudo trabajar se instaló en un sótano anunciando que por la mitad de precio que cualquier otro. él afeitaba y cortaba el pelo.

Aunque con esto consiguió tener alguna clientela, cobraba tan poco que apenas ganaba para comer. Por lo cual se hizo vendedor de cabelleras. Eran los tiempos en que se usaban pelucas, y las muchachas pobres iban a las ferias de Lancashire a vender sus largas trenzas rubias, Ricardo las compraba en la feria y las vendía después a los peluqueros. Con lo que vivía bastante bien.

Pero cambió la moda, desaparecieron las pelucas, y Ricardo Arkwright cayó en la más absoluta miseria.

Tenía un gran amigo, llamado Kaj, relojero — también inventor, del que hablaremos otro día—, que le acompañaba en sus largos paseos por el campo y le ayudaba en la busca de una manera de vivir.

Cierta vez pasando por casualidad ante una pequeña fábrica, vieron cómo un hierro candente se alargaba como una cinta deslizándose entre dos rodillos. Y esto que tantos veían sin sacar de ello consecuencia alguna, fué para Ricardo una revelación: el principio de sus tentativas para construir su máquina de hilar.

Pero, ¡ay!, su mujer comenzó entonces a mortificarle. Quería ella que volviese a tener un trabajo modesto y seguro, y se desesperaba viéndole dibujar proyectos de máquina, perdiendo el tiempo—como decía ella—en sueños irrealizables.

Un día en que ya todo faltaba en la pobre casa, la mujer, en un momento de loca desesperación, rompió y quemó todos los modelos que con tanto amor y trabajo había hecho su marido. El cual, dolorosamente lastimado, se separó de ella, y ya solo, se dedicó en cuerpo y alma a su invento.

Entonces ocurrió que la única persona que le animaba, su único amigo, el relojero Kaj, se vió obligado a marcharse del pueblo, maltratado por todos a causa de otro invento (la lanzadera). Ricardo se quedó completamente solo. Pasaba días enteros sin comer. Y, por añadidura, la gente, que creían realizable su invento, le detestaban, porque el día en que el hilado fuera un hecho, la industria del hilado a mano habría fenecido.

En fin, vestido de harapos, enfermo y medio muerto de hambre, tuvo que seguir el ejemplo de su amigo Kaj y huír del pueblo.

En la ciudad no sufrió menos, pues pasaron no pocos años antes de lograr que alguien se interesara por sus planes. No se comprende cómo tuvo fuerzas para llegar al fin. Pero llegó...

Personas inteligentes comprendieron al cabo el valor de su máquina, y le ayudaron moral y materialmeste asociándose a él. Y aunque no dejó de ser maltratado y perseguido todavía por aquellos cuyos intereses perjudicaba, él, fuerte ya, y animado y protegido por hombres prestigiosos, triunfando, al fin, el interés universal sobre el egoísmo de unos cuantos, obtuvo el privilegio de invención en 1765 y su máquina fué adoptada en todas partes.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCION DE CHICOS Y GRANDES

No. 1 — CHARADA

Es mi primera segunda
el doloroso pensar
de quien en ellas abunda
y no se logra casar;
Primera y dos repetida,
el soldado ha de llevar
bien repleta a la campaña,
pues si le llega a faltar
de nada le sirve el rifle
que sin ella está de más.
Mi tercia es tiempo de verbo
causa de felicidad
y también es un placer
en el clima tropical
que abunda en ricos bocados
delicias del paladar.
Tengo un todo muy divino
con cuyo dulce cantar
mitiga la nostalgia
en mis horas de pesar
de la moribunda tarde
a la luz crepuscular.

No. 2 — REFRAN

SUELTA y SAFIRO
SUELTA
NOTI
3

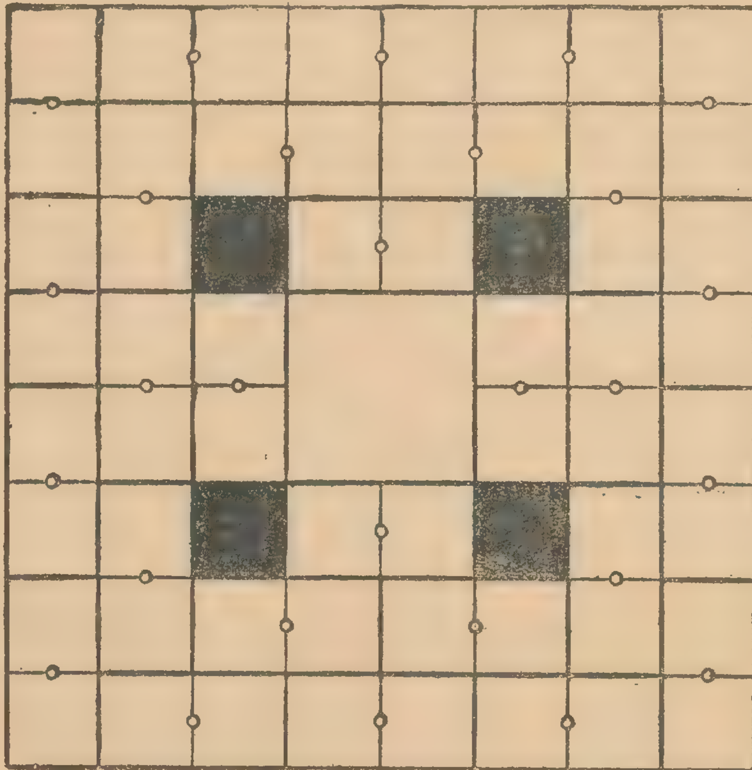
No. 3 — JEROGLIFICO



No. 4 — CHARADA

Es un punto cardinal,
de seguro mi primera;
número y letra dos es
que todos los días la ves.
Y respecto a mi tercera
bajo dos puntos de vista,
y tal vez por lo sencilla
entre otras es la primera.
Bello nombre dan las tres
tan conocido y vulgar,
que jamás podrá olvidarlo
la doliente humanidad.

No. 5 — CUADRADO MAGICO



En la forma señalada en el cuadrado que precede han de colocarse las 28 fichas de un juego de dominó, de tal suerte, que la suma de sus puntos, tanto horizontal como verticalmente y también en el sentido de sus diagonales, dé siempre la suma 21.

PENSAMIENTOS

En los sufrimientos nos volvemos sensibles y previsores. — CARMEN SYLVA.

* * *

La educación es más fuerte que la raza. Modifica la herencia. — JACQUES BAINVILLE.

* * *

Dos grandes pensadores o dos corazones igualmente generosos están siempre muy cerca de comprenderse y de estimarse. — RAFAEL ALTAMIRA.

* * *

El pueblo llega a tener razón, sí, pero es cuando ya han desaparecido y sufrido muerte afrentosa, sus redentores, que le enseñaron a tenerla. — LUIS MOROTE.

* * *

Por más personales, por más contingentes que sean tus ambiciones, siempre habrá algo en ellas que pertenezca al ideal humano: piensa, pues, que tus fracasos y tus triunfos no son del todo tuyos. — ALMAFUERTE.

* * *

En las artes o en las letras el genio y aún el simple talento se desprenden fácilmentt de los lazos de la primera educación para no conservar de ésta más que la substancia. — ALFREDO MEZIERES.

* * *

La vanidad, el escepticismo y el egoísmo son siempre compañeros tristes en la vida, y para la juventud es una sociedad contra lo natural. El vanidoso se aproxima mucho al fanático. Constantemente ocupado de sí mismo no le queda ningún pensamiento para los demás. Refiere todo así, no sueña sino para sí, y se estudia a sí mismo hasta que su pequeña personalidad se convierte en su pequeño dios. — S. SMILES.

* * *

No. 6 — JEROGLIFICO

66
60

No. 7 — CHARADA

Primera-cuarta:
Pronombre demostrativo.
Primera-segunda:
Pronombre demostrativo.
Tercera
Pronombre personal
Primera:
Presente de indicativo
Todo:
Reglamento orgánico.

No. 8 — FRASE HECHA



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

No. 1 — Samaritano
,, 2 — Encerramiento
,, 3 — En la primera casa le dieron tres centavos y en la tercera veintisiete.
,, 4 — El agua
,, 5 — Adolphe Menjou
,, 6 — 36 más 36 más 18 más 9 más 1 igual a 100.
,, 7 — Cancerbero
,, 8 — Recuerdos
,, 9 — Gaviota
,, 10 — Bien encarado

EL PARACAIDAS

Aún no hace muchos años cuando la aviación no había llegado a los progresos conocidos por todos, los paracaídas no eran aparatos prácticos y seguros para el salvamento de los aviadores, constreñidos a abandonar su aeroplano, y se creía que cualquier persona que cayese de una gran altura tenía fatalmente que morir, aun llevando paracaídas, a causa del vertiginoso descenso. Pero ahora que diversos aviadores en repetidas ocasiones han podido salvarse gracias a los paracaídas, se ha establecido que el hombre, aun cayendo de una altura superior a mil metros, no muere ni pierde el sentido antes de llegar a tierra.

Peripecias de Harris.— Se creía aun no hace mucho que los hombres, precipitándose desde alturas notables no podían llegar a tierra vivos, cuando el aviador norteamericano Harold R. Harris, obligado a abandonar su aparato en pleno vuelo a causa de una grave avería, se dejó caer valiéndose de un paracaídas. El experimento dió resultado. Harris tocó tierra sano y salvo.

Poco tiempo después el referido aviador fué héroe de una aventura más pavorosa, y también esta vez gracias al paracaídas pudo salvarse. Volando un día el intrépido piloto sobre el campo de Dayton se había entablado una especie de duelo o competencia entre Harris y otro piloto que tripulaba un aparato similar al suyo. Por causas desconcidas, el aparato de Harris entró en barrena, no teniendo tiempo apenas el aviador de desabrochar el cinturón que lo ataba al asiento. A poco más de seiscientos metros, Harris se lanzó al vacío. A los ciento cincuenta metros se abrió el paracaídas y el aviador se salvaba una vez más. Cuando sus superiores le preguntaron por qué el paracaídas se había abierto tan tarde, cosa que nunca antes había sucedido, Harris hizo este relato: "Apenas abandoné el avión busqué el anillo que obliga a abrirse al paracaídas; mientras lo buscaba pasaron varios segundos, durante los que me pareció que mi cuerpo pasaba vertinosamente sobre sí mismo; recuerdo haber visto varias veces durante el descenso las puntas de mis pies apuntando al cielo. Puedo decir que en ningún momento, desde que me precipité en el vacío hasta que se abrió el paracaídas, perdí la serenidad; mis facultades mentales eran normalmente activas. Ni cuando abandoné el avión, ni cuando me dí cuenta de que no se abría el paracaídas, tuve miedo.

Vuelos de peleles.—Desde aquellos ya lejanos días en que el intrépido aviador norteamericano Harris hizo su primer aterrizaje feliz con su paracaídas, hasta ahora, numerosos aviadores se lanzaron voluntaria o involuntariamente a la misma arriesgada empresa con todo éxito. Pocos son los que han sido víctimas de desgraciado accidente.

Después de los afortunados experimentos, los peritos norteamericanos decidieron establecer la velocidad máxima a que puede llegar un hombre que cae en el vacío; dicho de otra manera, han querido conocer a qué velocidad un cuerpo que cae encuentra una tan grande resistencia en el aire que no pueda acelerar su movimiento. Lanzando un muñeco del mismo peso de un hobre equipado con paracaídas, desde un aeroplano que volaba a cerca de setecientos metros, los peritos aeronáuticos norteamericanos pudieron comprobar que el pelele empleó exactamente diez y siete segundos y un tercio para aterrizar, y establecieron que la velocidad máxima alcanzada por el muñeco durante la caída, fué de ciento diez y nueve millas por hora.

En un segundo experimento el muñeco que lanzaron desde cerca de ochocientos metros de altura empleó veinte segundos y ocho décimas para aterrizar; con complicados cálculos, esta vez los peritos establecieron que la velocidad máxima alcanzada por el muñeco había sido de ciento diez y nueve millas por hora.

Hecho el experimento con novecientos metros de altura se estableció que la velocidad había sido de ciento diez y nueve millas por hora.

Repetido el experimento con un muñeco que pesaba veinte kilos menos, desde una altura de novecientos metros, la velocidad no llegó más que a ochenta y cinco millas.

Continuando la serie de experimentos se arrojó desde un aparato que volaba a mil metros una masa de plomo de unos sesenta kilos de peso. La velocidad máxima alcanzada por el cuerpo metálico fué de 200 millas por hora. El aumento de la velocidad era debido a que teniendo mayor peso que el muñeco, tenía menor volumen que éste, y por lo tanto oponía menos resistencia al aire. Este último experimento probó definitivamente que el volumen y el peso del cuerpo que cae en el aire influyen en la velocidad de la caída. En el vacío neumático, los cuerpos, aunque de peso diferente, se precipitan a la misma velocidad; pero esto, como se ha probado en los experimentos aeronáuticos, no ocurre en en el aire, que ofrece una mayor o menor resistencia, según el volumen y el peso de los cuerpos.

El Club de los paracaidistas.— Gracias a los experimentos de los aviadores norteamericanos se ha podido también probar que los cuerpos que son lanzados desde aeroplanos en movimiento no conservan su misma fuerza de avance, porque por la resistencia del aire, la velocidad que el aparato en movimiento imprime al cuerpo que cae disminuye a medida que la velocidad determinada por la gravedad aumenta.

Ahora que los paracaídas están considerados como elemento práctico para la seguridad personal de los aviadores, en los Estados Unidos existe un Club del que forma parte todas aquellas personas que han salvado la vida valiéndose de paracaídas.

Esta singular organización no tiene reglamentos ni órdenes burocráticas. Pueden pertenecer a ella todos aquellos que prueban que se han visto obligados a lanzarse a tierra desde aviones. Si algún día los componentes del citado Club, que cada día son más numerosos, tuvieran que elegir un presidente, eligirían, sin duda alguna, a Lindbergh, pues este famoso piloto tuvo que abandonar cuatro veces otros tantos aparatos, salvándose merced al uso del paracaídas.

La primera vez que Lindbergh tuvo que usar el paracaídas fué en 1925, cuando aún era alumno de la Escuela de pilotos de aviación. Un día que volaba con un aparato ligero tuvo un choque con el de otro colega. Para salvarse, Lindbergh tuvo que lanzarse al vacío. Más tarde, ya siendo piloto, de la aerolínea San Luis (Chicago), en dos ocasiones se halló perdido de noche entre la niebla y tuvo que fiar al paracaídas la propia vida, lo que le permitió salvarla llegando a tierra sano y salvo.

La camisa de dormir

La señora Soupe, mujer de su casa, muy económica, se sintió atraída por el pregón de un vendedor callejero, que vendía soberbias camisas de dormir para caballero.

—¡Por veinte francos esta hermosa camisa de dormir! ¿Qué son veinte francos? Una miseria.

La señora Soupe, mujer muy amante de la economía, pensó:

—Sí que son una verdadera ganga estas camisas. Compraré una para Héctor.

Héctor era su marido. Pareció encantado con la adquisición de su mujer, y la llevó—la camisa, naturalmente—durante siete días; mejor dicho, siete noches.

La señora Soupe lavó la camisa, y cuando volvió a ponérsela vió que la prenda se le había quedado muy corta con el lavado.

—Me está demasiado corta para camisa de dormir.

—Pues úsala de día.

—Buena idea.

A la semana siguiente la señora Soupe lavó de nuevo la camisa, y Héctor vió que se había quedado más corta.

—No puedes llevarla tú—le dijo su mujer—; pero no importa. Servirá para Arturo.

Arturo era el hijo mayor. Tenía quince años, de los que estaba orgulloso. Heredó la camisa.

Pero al tercer lavado volvió a encoger, y esta vez la señora Soupe empezó a inquietarse.

—Me parece que me han engañado. Es mucho encoger una prenda. Pero, en fin, servirá para Totó.

Totó era el menor de la familia.

—Me está un poco estrecha de hombros—dijo; pero puedo llevarla.

Llevó la camisa otra semana, y por cuarta vez la lavó la señora Soupe.

Pero al repasarla hizo un mohín de disgusto, y llamó a Nenette, niña de cuatro años.

La criatura se presentó con sus deditos en la nariz.

—Toma, Nenette; vas a ponerte esta camisa tan bonita. La lavaré el lunes y entonces podrá servir para mí.

ROGER SALARDENNE

Papel y Tinta

"ENSAYO SOBRE EL RIO DE LA PLATA Y LA REVOLUCION FRANCESA", por RICARDO R. CAILLET. — BOIS

El Instituto de investigaciones históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, acaba de publicar un metódico y bien documentado trabajo bajo el epígrafe que encabeza estas líneas.

Su autor, el señor Ricardo R. Caillet-Bois, nos presenta en este volumen el fruto de sus investigaciones en diferentes repositorios documentales, nacionales y extranjeros, en cuya redacción — dice su autor — no ha buscado otro aliciente que aquel que en realidad puedo pretender: la satisfacción de haber producido "algo" que no sea sólo una incursión pirática en campos ya explorados.

El presente estudio arranca desde el año 1789 a 1800. En él se sigue todo el proceso de la posible influencia que la Revolución francesa ejerció más tarde en las regiones de América; pues este trabajo no llega al grito de alarma de 1810.

Bajo el punto de vista histórico, puede decirse sin temor a dudas, que este trabajo es más que un ensayo, es un serio estudio de gran aliento, en el que se revelan amor a la materia un conocimiento profundo de los hechos narrados.

El señor Caillet-Bois, autor de "Ensayo sobre el Río de la Plata y la Revolución francesa", puede estar satisfecho con la publicación de su obra; pues, aparte de los méritos ya enunciados, reune también claridad y amenidad en su exposición.

"CAÑA DULCE", por EZEQUIEL DIAZ

El autor de "El farol", señor Ezquiel Díaz, acaba de publicar su segundo libro de cuentos y narraciones, con el título de "Caña dulce".

Bajo el epígrafe genérico de "Caña dulce", el autor ha reunido una serie de costumbres, narraciones y cuentos, escritos todos ellos en una prosa llana, flúida, que el lector los lee con atención e interés.

El señor Díaz, a estar a este ameno libro, es un excelente narrador que se destaca por la sobriedad del lenguaje empleado y la pintura exacta de los personajes de que trata. De ahí que "Caña dulce" sea una obra interesante, entretenida y grata a la vez.

"LOS TUGURIOS A FLOTE", por LEO GOTI

El autor de esta obra, que es una novela de carácter marino, nos describe ciertos entretelones de la vida de a bordo, y que, generalmente, ignora el que viaja como pasajero.

Por eso, talvez, el Capitán Leo Goti se oculta bajo ese seudónimo; pues, sus desercpiones son penosas, sombrías, torturantes. Quien lea este libro, encontrará reflejado en sus capítulos, escenas heróicas y deslealtades, pundonor e ingratitudes, y mil y otras desazones que amarga el alma del más optimista.

Como su mismo título lo indica, en "Los tugurios a flote" se respira una vida en plena realidad marina; buena mas veces, mala casi siempre.

Respecto a sus valores literarios, diremos que no carece de méritos intrínsecos. En cuanto a su interés, es cada vez creciente y por momentos, dramático.

En suma, las páginas de "Los tuguros a flote" poseen una emoción que encanta.

"EL MATRIMONIO Y EL CONCILIO DE TRENTO", por H. LARTIGAU ESPADA

El señor Lartigau Lespada, acaba de dar a publicidad la segunda edición de su libro intitulado "El matrimonio y el Concilio de Trento".

El volumen que tenemos a la vista, difiere de su primitivo desde el título de la obra al contenido del mismo. En éste, se estudia más a fondo las legislaciones teocráticas, llegando a la conclusión que el divorcio, aún dentro de la doctrina cristiana, no sólo no ataca dogmas religiosos, sino que es institución perfectamente religiosa.

El autor, señor Lartigau Lespada ,con la publicación de dicha obra, desea aportar antecedentes recogidos en lecturas de muchos años ha, para cuando se trate en nuestro Congreso la ley de divorcio.

Leyendo sus nutridas páginas, notamos que su autor se ha informado muy ampliamente, consultando legislaciones de distintos países y épocas diversas, para sostener la tesis que sustenta.

Como se ve, trátase de una obra escrita a conciencia y sapiencia, digna de servir como consulta a nuestros estudiosos en la materia que trata el autor.

Donde las flechas de cupido son mortiferas

Hay una raza de pigmeos en el sur de Africa que tiene costumbres extrañas.

Una de ellas es la de usar pequeños arcos y flechas, que emplean para muchos fines, desde los amorosos hasta los criminales.

Las flechas tienen una longitud de dos a cuatro pulgadas, y todas ellas están construídas de cuerno. El arco mide cuatro pulgadas y media de largo y su cuerda es de nervio.

La punta de cada flecha va envuelta en un duro tallo de cualquier arbusto y atada con una fuerte cuerda de nervio evitando así que el tallo se parta.

El arco y cincuenta flechas van guardados en aljabas, que se construyen de cuero muy suave y cosidas con tendones de algún animal salvaje.

En el Museo de Port Elisabth, donde se exhiben estas curiosas reliquias, hay un juego de tales armas miniaturas que ostenta el siguiente rótulo: "Flechas y arcos usados con fines amorosos por los enanos de la manigua.

"Es creencia arraigada en los enanos de Africa que cuando un muchacho corteja a una joven y ésta no le hace caso, basta disparar una de estas flechas, sin que ella se dé cuenta, para lograr el ser correspondido.

También se dice que los doctores brujos (Bushman), nombre con que se designa esta raza, usan estas armas para descubrir los maleficios. Si ocurre una desgracia, el doctor lo atribuye a brujería.

Cuando esto ocurre se busca al hombre que causó el mal y se prepara el castigo. Se reunen en asamblea los hombres de la tribu y se hacen encantamientos y ritos: terminados éstos, el doctor brujo dispara una flecha a cada uno de los hombres de su alrededos.

Una de las flechas está envenenada, y el que la recibe muere instantáneamente.

Hay también unos hombres de las tribus aliadas, especie de veterinarios, que emplean estas flechas para extraer la sangre.

Atan fuertemente una bestia, y el operador dispara una de estas flechas en la vena más gruesa y retira la flecha; después coloca una calabaza para recoger la sangre, que ha de ser bebida antes de coagularse.

Los llaman a estos arcos y flechas "pistolas Bushman", porque las flechas se disparan a corta distancia. El bushman se introduce con gran cuidado hasta donde duerme la víctima y dispara la pequeña flecha envenenada hacia la cara o garganta.

Un hombre de ciencia que estudió las costumbres de estos enanos de Kalahan, cuenta que el hombre que quiere matar a otro entra furtivamente cuando éste duerme, y, con gran precisión, clava una flecha en su oído. De este modo, el crimen queda ignorado.

Notas de Arte



Anita Cáceres, destacada declamadora que después de actuar con éxito en el teatro Príncipe, partirá al interior del país en jira artística con objeto de dar una serie de recitales.



Lucía Montalvo, notable primera tiple del elenco que actúa en el teatro Mayo, en cuyo escenario viene triunfando repetidamente.



Las señoritas Clara y Elena Oyuela celebradas guitarristas argentinas, conocidas por "Las Americanitas", que han recorrido las principales capitales europeas, obteniendo los más brillantes éxitos, con la interpretación, a duo, de un selecto repertorio del folklore americano, acompañándose magistralmente con guitarras hawaianas, instrumentos que dominan a la perfección.



Club Social de Liniers

Grupo de señoritas que dieron realce con su presencia a la velada danzante organizada por la comisión directiva del Club Social de Liniers y llevada a efecto, con todo lucimiento, en el local de la mencionada asociación. Un crecido número de familias, que concurrió a la fiesta contribuyó al éxito social alcanzado por la misma.

Fiesta Infantil

Festejando el cumpleaños del niño Carlos German Raffeto, realizóse la fiesta infantil con que los padres del mismo obsequiaron en su residencia particular, a los amiguitos de su hijo. — "Coquito", o sea el pibe festejado, rodeado de la gente menuda de su amistad.







Talleres Gráficos de DAVID GURFINKEL — Montevideo 421 Bs. As.